



ANA ALONSO & JAVIER PELEGRÍN

GRIAL BRITANNIA

LIBRO TRES

El poder que reside
en la magia



Lectulandia

Magia, aventura, lucha y una historia de amor que trasciende la leyenda.

Grial la tercera entrega de «Britannia», la saga que te redescubrirá el mito artúrico como nunca te lo habían contado.

«¿No lo sabéis? ¡Va a hacer un año ya que el rey lanzó su llamada y que todos los miembros de la Tabla Redonda se esfuerzan por encontrar el Grial! Nadie quiere renunciar a la esperanza de ser el elegido. Gawain, Erec, Enid, Gawain, Laudine, el propio Lance... ¡Dicen que hasta la reina ha salido en su busca!».

El Grial amenaza el frágil equilibrio de Britannia, y el velo se puebla de prodigios que difuminan las fronteras entre la realidad y la ficción: desde el caballero verde hasta la nave de Salomón o la espada del Extraño Tahalí. Arturo, Lance y Gwenn se verán involucrados en la persecución del misterioso objeto, pero el Grial conoce los secretos mejor guardados de la reina... y parece dispuesto a utilizarlos con el fin de conservar su poder.

Lectulandia

Ana Alonso & Javier Pelegrin

Grial

Britannia - 3

ePub r1.0

Titivillus 05-12-2017

Título original: *Grial*
Ana Alonso & Javier Pelegrin, 2017
Diseño de cubierta: Opalworks

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Teo Barea, explorador de mundos.
Escribimos para lectores como tú.*

«Cualquier medio capaz de ampliar el entendimiento del hombre puede ser lo suficientemente poderoso como para destruir su mundo. Conseguir que la magia de ese medio trabaje para los fines de uno y no contra ellos equivale a alcanzar el conocimiento».

Alan Kay



ANA ALONSO & JAVIER PELEGRÍN

GRIAL BRITANNIA

LIBRO TRES

LIBRO I

La tumba vacía

Capítulo 1

El fuego había convertido la fortaleza de Morgause en un laberinto de ruinas carbonizadas que ni el velo de Britannia lograba disfrazar. O quizá el poder del velo no llegase hasta allí. Arturo habría sabido distinguir con certeza hasta dónde alcanzaba el influjo de Britannia en aquellos remotos páramos del país de Alba.

Arturo...

Instintivamente, Gwenn se llevó la mano a la empuñadura de Excalibur, que colgaba de su cinturón.

—¿Ya han dado aviso a mi tía de que hemos llegado? —preguntó, girando su caballo para acercarlo al de Erec, que comandaba su escolta—. ¿Por qué tarda tanto?

—Majestad, os sugiero que, en lugar de esperar aquí en la muralla, vayamos entrando en el patio de armas y organizando el alojamiento de los hombres. Los caballos necesitan descanso, ha sido una jornada larga. Y nadie se va a oponer a que la reina se instale en la fortaleza de su familia.

—Sobre todo, porque son ellas las que me han llamado —murmuró Gwenn—. Aun así, sabía que sería duro. Sí..., quizá no debí venir.

Pese a sus dudas, espoleó su caballo y lo hizo avanzar bajo el arco ennegrecido de la muralla. Erec y sus hombres la siguieron. Gwenn se volvió para buscar con la mirada a Enid, que cabalgaba en la retaguardia a lomos de una yegua gris. En los últimos meses se había convertido en su dama de confianza, y en ese momento sentía que la necesitaba más que nunca.

La joven captó la señal de la reina y se abrió camino al trote entre los soldados. Cuando llegó a la altura de Gwenn, miró las torres medio derruidas que se alzaban a su alrededor.

—Este lugar ni siquiera parece habitado —observó—. ¿Por qué no lo han reconstruido? Hace ya un año de..., bueno, del incendio.

Se interrumpió abruptamente, consciente de que había hablado con excesivo descuido.

—Lo siento, Majestad —añadió en voz baja—. Me imagino lo que debéis de estar sintiendo en estos momentos.

Gwenn la miró a los ojos.

—No, Enid —contestó—. No puedes imaginártelo. Nadie puede.

Recordaba las horas de espera en el muro Antonino como si todo hubiese ocurrido la víspera. Su creciente inquietud, su decisión de enviar un escuadrón de hombres en busca de su marido, que no regresaba. El acuerdo de paz con los pictos aún estaba muy reciente, y Erec le había confesado que algunas tropas del norte se resistían a aceptar sus términos. Quizá lo hubiesen retenido en contra de su voluntad para forzar una negociación.

Eso, si no se trataba de Mordred.

Lance ya estaba organizando a los caballeros que iban a acompañarlo en su incursión en Alba cuando llegó el mensajero. Era un anciano renqueante que montaba una mula casi tan vieja como él. Sus ropajes negros de la cabeza a los pies no presagiaban buenas noticias.

Al principio, Gwenn no quiso creerle. Le parecía absurdo. Arturo era demasiado inteligente como para haberse dejado acorralar por Mordred en una fortaleza que le era hostil.

Sin embargo, el anciano aportó numerosos detalles que hacían verosímil su relato. Y, sobre todo, traía algo consigo que confirmaba la veracidad de sus afirmaciones. Traía a Excalibur.

Gwenn deslizó la mirada sobre los ruinosos muros, sobre las piedras negras de la base de las torres. ¿Dónde habría caído Arturo? ¿En qué lugar exacto de aquel nido de ratas que el fuego había devorado sin piedad?

Jamás le perdonaría a Mordred aquella muerte tan innoble. Ni siquiera había dejado un cadáver reconocible al que rendir un último homenaje.

Jamás se perdonaría a sí misma por haberlo dejado partir.

La voz de Erec hizo que volviese a la realidad.

—Creo que es vuestra tía —le susurró—. Por lo visto quiere hablaros.

Gwenn observó a la mujer frágil y esquelética que avanzaba hacia ella con paso inseguro. Lo único reconocible de la antigua Morgause en aquel cuerpo devorado por los años eran algunos mechones cobrizos que aún destacaban entre sus canosos cabellos, arreglados en un recogido de complicadas trenzas.

Gwenn desmontó para ir al encuentro de la viuda de Lot. Al acercarse, descubrió que el brillo malévolos de sus ojos azules no había cambiado, aunque ahora se enmarcaba en unos párpados hinchados que apagaban toda su belleza.

—Aunque te parezca mentira, me alegro de verte. —Fue el saludo de la anciana. Y Gwenn supo, por la expresión de la cara y el tono de la voz, que no estaba mintiendo—. Sé que estarás cansada —continuó—. Pero, ya que has llegado hasta aquí, te aconsejo que hagas un último esfuerzo y que vayas a verla de inmediato. Es muy probable que no pase de esta noche. Y me figuro que querrás despedirte.

—¿Fue ella la que pidió que enviaseis a buscarme?

Morgause asintió.

—Lleva semanas repitiéndolo a todas horas. ¿Qué quieres? Sabe que se está muriendo, y quiere irse en paz.

—Un poco tarde para eso —dijo Gwenn, frunciendo el ceño.

—Sí. Bueno..., qué sé yo, la cercanía de la muerte nos vuelve cobardes, supongo. El caso es que has venido. Y digo yo que será porque estás dispuesta a darle lo que quiere. Ven, te llevaré con ella. Al menos, escúchala.

Gwenn dejó que su tía la condujese hasta un pabellón construido en mitad del patio de armas con los restos de una de las torres y cubierto con un tejado de paja

enmohecida por la humedad. Pese al aspecto humilde del exterior, al traspasar el umbral la muchacha se encontró en un salón amplio y lujosamente decorado con tapices antiguos. Lo atravesó, adaptando sus pasos a los lentos movimientos de Morgause, y después de cruzar un arco protegido por una cortina de brocado escarlata, entró en una estancia mucho más pequeña que la anterior e iluminada por el fuego que ardía en la chimenea. Los olores de la enfermedad y los de las hierbas medicinales que se estaban usando para tratarla llenaban el ambiente: romero, lavanda y orines mezclaban sus efluvios en una combinación nauseabunda.

—Os dejo solas —anunció Morgause—. No seas demasiado dura con ella.

Era evidente que la viuda de Lot ansiaba alejarse del lecho de su hermana moribunda lo antes posible. Muy propio de Morgause... Rehuir los aspectos más desagradables de la existencia cuando ya no podía seguir ignorándolos.

Gwenn se aproximó al lecho donde yacía Igraine y contempló unos segundos en silencio el rostro de su madre. Su piel amarillenta seguía exhibiendo la tersura de la seda, excepto en la zona de los ojos, rodeados de finísimas arrugas que se entrelazaban como un delicado encaje.

Tenía la frente perlada de sudor, pero su mirada era lúcida. Gwenn supo que la había reconocido en cuanto aquellos iris claros y fríos se posaron en su rostro.

—Gracias por haber venido —murmuró.

Le costaba trabajo articular cada sonido, pero parecía decidida a hacer el esfuerzo. No le tendió una mano a su hija, y esta tampoco hizo el ademán de ofrecérsela. Se sentó, no obstante, en el lecho, junto a la anciana.

—Mi pobre Gwenn. Nunca fui una madre para ti. Yo no nací para ser madre. Tú al menos no tendrás que arrepentirte de haber traído al mundo hijos a los que no sabes cuidar.

—No ha sido mi elección —contestó Gwenn con un hilo de voz—. Yo habría..., yo habría querido tenerlos.

—¿Sí? Créeme..., así es mejor. Una viuda joven... Aún estás a tiempo de reconstruir tu vida. Yo también enviudé demasiado pronto. Pero, a diferencia de ti, tuve que luchar a brazo partido para mantenerme en el poder. No me querían. A ti, en cambio, te aceptan. Yo creía que era a Arturo al que adoraban, pero el tiempo ha pasado y tú sigues ahí, en el trono, y sin amenazas dignas de tal nombre que se ciernan sobre tu reinado. Lo has hecho bien, hija... Estoy orgullosa de ti.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Gwenn. Hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza de escuchar una afirmación semejante en labios de su madre. Aquellos elogios llegaban demasiado tarde..., cuando ya no tenían el menor significado ni podían hacerle ningún bien.

—Tú estabas aquí cuando pasó. Cuéntame cómo fue —exigió abruptamente.

A pesar de su estado, Igraine entendió de inmediato a qué se refería.

—Sí, de eso quería hablarte. Estoy preocupada por Dyenu —contestó despacio, con el aliento entrecortado.

Gwenn emitió una breve carcajada que era, más bien, un quejido.

—¿Me has hecho atravesar el país entero para hablarme del hombre que mató a mi esposo? —preguntó, destilando mordacidad—. Es tan propio de ti, madre.

En los labios resecos de Igraine se dibujó una sonrisa entre irónica y dolorida.

—Siempre tan implacable conmigo. No sé si me lo merezco. No sé qué te hace pensar que eres mejor que yo. Y sobre Dyenu... Su verdadero nombre es Mordred, y es tu hermano, Gwenn. No puedes darle la espalda.

Gwenn sostuvo la mirada de su madre durante unos instantes.

—Si esa era la gran revelación que querías hacerme, llegas tarde —replicó por fin—. Hace tiempo que sé que Dyenu es el hijo legítimo que tuviste con Uther. Y me da igual. Jamás lo veré como a un hermano. Es mi enemigo. Mató a Arturo. ¿Crees que eso se puede perdonar?

—Entonces, querías de verdad a ese bastardo —observó Igraine en un susurro—. Parece que también me equivoqué en eso. En todo caso, no debes culpar a Mordred. Él ya no estaba en la fortaleza cuando Arturo la incendió.

Gwenn se inclinó hacia delante, acercándose un poco más al rostro decrepito de su madre. No estaba segura de haber entendido bien.

—Pero tú me enviaste un mensajero —murmuró—. Dijo que se habían enfrentado aquí mismo. Y que Dyenu...

—Me entró miedo. Después de todo, eres la reina. Y Morgause me convenció de que debíamos protegernos. Pero ahora que estoy a punto de cruzar al Otro Lado, veo las cosas de diferente manera. Tengo dos hijos, y uno de ellos ha desaparecido. He enviado a cuatro mensajeros en su busca. A cuatro. Y no lo encuentran. No se deja encontrar. Sabe que me estoy muriendo, pero aun así no ha venido. Es porque sabe que tú le culpas de la muerte de Arturo, y contigo todo Camelot. No fue él, Gwenn. Te lo juro.

—Solo quieres que lo perdone para irte de este mundo con la conciencia más tranquila —dijo Gwenn, y aunque no alzó la voz, su acusación sonó como un grito—. Es absurdo que intentes protegerlo a estas alturas.

—No, hija, no lo entiendes. Entonces fue cuando mentí, no ahora. Temía tu reacción cuando supieses la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó Gwenn con sarcasmo—. ¿Que lo mataste tú? El silencio de Igraine provocó un escalofrío en la muchacha.

—Madre...

—Podría decirse que fui yo, sí. Aunque también podría decirse que fuiste tú —contestó Igraine cerrando los ojos—. Lo hicimos entre las dos.

—Estás desvariando, madre. O eso, o solo quieres hacerme daño.

Igraine volvió a despegar los párpados, y sus iris de hielo azul se clavaron una vez más en el rostro de su hija.

—Lo mató la verdad, Gwenn —murmuró—. Yo se la conté: le conté que le habías engañado... y que tu corazón no le pertenecería nunca, porque ya se lo habías

entregado a Lance.

Capítulo 2

Era ya de noche cuando Gwenn abandonó la habitación de su madre. Igraine se había quedado dormida, exhausta de tanto llorar y justificarse. Gwenn había tenido que hacer un gran esfuerzo para permanecer a su lado todo aquel tiempo, venciendo la repugnancia que le inspiraba la cobardía de su madre frente a la muerte. Igraine no había sido una buena persona, pero a su hija le habría gustado recordarla, al menos, con aquella aureola de grandeza que solía exhibir en sus mejores tiempos. ¡Parecía tan segura de sí misma, tan insensible a los sentimientos y las opiniones de los demás! Gwenn nunca la habría imaginado tan débil y asustada en la hora de la muerte. Y tan obsesionada con sus culpas..., tan consciente de todo el mal que había hecho.

Al salir al patio de armas, una bocanada de aire helado y cargado de aguanieve le azotó la cara. Cerró los ojos, agradecida por el repentino frescor. En el cuarto de Igraine el calor, con el paso de las horas, se había vuelto asfixiante.

Antes de atravesar el patio miró por última vez hacia el interior en penumbra del pabellón. No estaba segura de haberse despedido de su madre. Probablemente no volvería a verla con vida.

Se envolvió en su polvorienta capa de viaje y se atrevió por fin a salir al exterior. Ni siquiera sabía dónde estaban sus aposentos. Buscó con la mirada algún centinela a quien preguntar. Cuando sus ojos se habituaron a las sombras, distinguió la figura de un soldado que venía a su encuentro desde el puente levadizo.

Cuando al fin la alcanzó, el hombre se detuvo a recuperar el aliento antes de hablar.

—Mi señora, Morgause me pidió que os llevase hasta ella en cuanto terminaseis —dijo.

Gwenn lo siguió sin hacer preguntas. Estaba demasiado cansada para pensar, pero, al mismo tiempo, deseaba vivamente ver a Morgause. Quizá ella pudiese aclararle algo más respecto a las circunstancias de la muerte de Arturo. Igraine se había mostrado incapaz de concretar o de aportar detalles. Después de su dramática revelación, no había sabido responder a los interrogantes desesperados de su hija. Insistía en que la revelación de la infidelidad de Gwenn había vuelto loco al rey. Había insistido en hablar con su hermana, y ante la negativa de Morgause a recibirle montó en cólera y atacó a sus soldados. Después, el relato se volvía más y más confuso. Igraine no había presenciado la escena, pero Morgause le había contado que Arturo se revolvía como un jabalí furioso. Arremetía contra todo, derribaba muebles, atacaba a muerte a quien intentaba acercarse, y en algún momento provocó la caída al suelo de una antorcha. Después, todo había sido un caos. El fuego se había propagado con una rapidez asombrosa, tal vez debido al viento que soplaba con fuerza aquella

tarde. Habían intentado organizar al escaso personal del castillo para contener las llamas, pero todos los esfuerzos habían resultado inútiles. En algún momento, Igraine recordaba haberse desmayado. Al despertarse, el incendio estaba por fin bajo control, pero casi todo el edificio se había perdido.

¡Era tan insatisfactoria, aquella descripción de los hechos! Tan clara y, a la vez, tan inconsistente, tan llena de vacíos. ¿Cómo era posible que alguien como Arturo se hubiese dejado atrapar en el incendio que él mismo había provocado? Arturo era un superviviente por naturaleza; no tenía sentido que no hubiese logrado escapar con vida. Las dos viejas reinas habían sobrevivido... ¿Por qué no él?

Gwenn sabía que solo existía una respuesta posible: porque no había querido escapar. Había elegido aquella muerte sin gloria para huir de ella..., de todo el dolor que le había infligido.

Morgause la recibió en una exigua alcoba de la única torre que permanecía en pie. Estaba bordando junto al fuego encendido. Gwenn la había visto así muchas veces, solo que en esta ocasión la labor que tenía entre las manos era un triste laberinto de puntadas torpes que no se ceñían a ningún diseño reconocible. El tiempo tampoco la había perdonado a ella, pese a sus intentos por mostrarse tan orgullosa y altiva como de costumbre.

—Bueno, ¿te has despedido? —preguntó—. Tu madre no verá otro atardecer, así que espero que lo hayas hecho.

Gwenn se dejó caer sobre la butaca de cuero claveteado situada junto a la de su tía.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —quiso saber—. Se la ve mal, pero no tanto como para morir de inmediato.

Morgause se desperezó con la insolencia felina que solía mostrar de joven, cuando disfrutaba comprobando los efectos de su belleza.

—Estoy segura porque ya debería estar muerta —dijo—. Ya habría muerto si yo no hubiese empleado todos mis recursos para mantenerla con vida hasta que tú llegases.

—Si has podido mantenerla con vida hasta ahora, ¿por qué ha de morir ya?

—Porque su hora ha llegado, Gwenn —contestó Morgause con una gravedad insólita en ella—. No tendría sentido prolongar el sufrimiento. Ya ha hablado contigo. Ya está en paz.

—Aún espera a Mordred.

—Mordred no vendrá, y menos ahora que estás tú aquí. Igraine lo sabe. No se hace ilusiones.

—No estoy segura de haberme despedido como debía —murmuró Gwenn después de un breve silencio.

Morgause encogió sus enjutos hombros, un gesto muy característico de ella.

—Si te dejé marchar, es porque os habéis despedido. No te mortifiques más, has cumplido con tu deber. Tu madre se irá con el corazón lleno de agradecimiento hacia

ti. Ha tenido suerte. Más de la que tendré yo, probablemente.

—¿Por qué dices eso?

Morgause disfrazó su amargura con una cínica sonrisa.

—Mi hijo Gawain. ¿Crees que vendrá a verme a mi lecho de muerte si envió a buscarlo? Hace un año, cuando sellasteis la paz con los pictos, ni siquiera contestó a los mensajes que le hice llegar a la fortaleza del muro. ¿Y ahora? Podría haber venido contigo... Forma parte de tu corte, ¿no? El leal consejero de la reina, su mano derecha... Es lo que todos dicen.

—Habría venido de no ser porque tenía una deuda de honor que cumplir —contestó Gwenn—. Hace por ahora un año se comprometió a batirse contra un desconocido a quien encontró en el bosque. Fue muy extraño, porque Gawain consiguió cortarle la cabeza con su propia hacha..., pero el otro la recogió y volvió a colocársela en su lugar.

Morgause la miró asombrada.

—Eso no puede ser. Eso es magia, y la magia hace siglos que fue desterrada de Britannia.

—No sé —admitió Gwenn—. Arturo pensaba que podía tratarse de una anomalía en la programación del velo. De un ente virtual que incumple las normas de Britannia.

—Hablas como uno de esos malditos alquimistas. Veo que tu marido te contagió su obsesión con esa escoria.

Gwenn buscó en la mirada de su tía un rescaldo de la antigua luz que solía arder en sus ojos claros.

—Hablando de Arturo, hay muchas cosas que me tienes que explicar. Lo primero, por qué consentiste que mi madre me engañase de esa forma respecto a su muerte. Tú sabías la verdad..., ¿por qué no me la dijiste?

Morgause volvió a encoger su escuálido cuerpo de anciana.

—¿Y qué más da? —preguntó—. Tu marido está muerto, eso es lo único que importa. Igraine pensó que su mentira nos protegería a las dos, y a ti no te perjudicaba en nada. Al contrario... Imagino que la verdad te habrá parecido más dolorosa.

—Esa no es razón para habérmela ocultado. No lo entiendo, tía, no lo entiendo... ¿Por qué murió? ¿Cómo es posible que no encontrase la forma de escapar de las llamas?

Morgause tardó un momento en responder.

—Estaba desesperado —murmuró—. La desesperación es mala consejera en situaciones de emergencia como aquella.

Durante unos segundos, las dos contemplaron las llamas de la chimenea en silencio.

—El cuerpo —dijo Gwenn finalmente, volviéndose hacia su tía—. ¿Por qué no me lo devolvisteis? Ni siquiera podíais tomaros esa pequeña molestia, ¿verdad?

—Todos estaban carbonizados, no habríamos sabido cuál entregarte —replicó Morgause con cara de desagrado—. Les dije a mis hombres que buscasen algún distintivo, algo en la ropa, en el cinturón... No encontraron nada. O, si lo encontraron, no quisieron compartirlo. ¿Qué querías que hiciésemos? Ni Igraine ni yo estábamos en condiciones de exigir nada. Bastante era ya que hubieran permanecido con nosotras después del desastre. Podríamos haberte enviado un cuerpo cualquiera para salir del paso, pero no lo hicimos.

—¿Crees que hubieseis podido engañarme? —Gwenn sonrió con desdén—. Da igual lo carbonizado que estuviera. Era mi marido.

Una expresión vagamente parecida a la piedad suavizó los rasgos de Morgause.

—No sabes lo que estás diciendo, niña —observó con suavidad—. El fuego lo destruye todo. Lo devora. No quedaba nada reconocible en esos despojos, créeme.

Demasiado agotada para argumentar, Gwenn dejó que las lágrimas que llevaba un rato intentando contener resbalasen al fin por sus mejillas. —Entonces, lo querías —murmuró Morgause—. Qué extraño.

En su voz había curiosidad y también, quizá, envidia.

—Nunca pensé que diría esto —continuó—, pero incluso yo he llegado a echar de menos a ese advenedizo. Podría haber sido un nuevo Merlín. Tenía talento. Lo que hizo con Britannia... Si le hubiese dado tiempo, quizá habría encontrado la forma de salvarnos.

—No te entiendo. —Gwenn la miró perpleja—. ¿A quiénes?

—A tu madre y a mí. Y a ti, naturalmente. A fin de cuentas, es algo que está en nuestro linaje. Ni Igraine ni yo deberíamos estar envejeciendo de esta forma. Pero ha ocurrido. Tu marido, quizá, podría haber encontrado la manera de frenarlo. Pero ya es tarde. Ya es tarde para todo. El velo ya no nos protege, y todas, tú también, moriremos consumidas por el tiempo y la enfermedad, como cualquier mujer.

Capítulo 3

Gwenn se despertó bien entrada la mañana. El fuego de la chimenea se había apagado hacía rato, y un aire gélido se colaba por las rendijas de los postigos cerrados. Se levantó descalza a abrirlas, notó la aspereza de las tablas de madera de roble en sus plantas. El silencio que la rodeaba le pareció extraño. Estaba acostumbrada a los mil y un rumores del amanecer en la corte, cuando todo se ponía en marcha a la vez: los mozos en las cuadras, el personal de las cocinas, los carreteros que traían a los almacenes los sacos de harina para hacer pan...

Empujó las contraventanas y se quedó mirando el patio a través de los vidrios emplomados. Antes de que le diese tiempo a pensar o a deducir nada, su cuerpo comprendió: se le aceleró el corazón, una oleada de calor le subió al rostro. Entonces, solo entonces se produjo una conexión entre su mente y sus vísceras. Contempló sin parpadear el estandarte rojo y negro a media hasta, el símbolo antiguo de su linaje materno: un lagarto, según algunos...; según otros, una salamandra.

Su madre había muerto.

En el patio de armas se habían congregado grupos de campesinos que hablaban a media voz, o que ni siquiera lo hacían. Esa necesidad de sofocar los ruidos que acompaña a la muerte... Quizá lo había intuido desde el mismo momento en que abrió los ojos.

Igraine, muerta. Tendría que haber sentido algo. ¿Lo sentía?

Un año atrás, durante los primeros días del luto por Arturo, el dolor se volvía tan extremo a veces que terminaba embotándole la mente. Cualquiera que la hubiese visto en uno de esos momentos habría deducido que no sentía nada. Pero era todo lo contrario...; sentía tanto, que no encontraba la forma de expresarlo. Se quedaba todo dentro, mientras su cuerpo se convertía en la fachada indiferente de un edificio abandonado..., sin alma.

Lance, al menos, lo había comprendido. A pesar de todo lo que le había separado de Arturo, él también había sufrido por su muerte. No hablaban nunca de eso, sin embargo. No hablaban nunca del dolor compartido. Ni siquiera hablaban de él. Evitaban deliberadamente mencionarlo, como si fuese una herida demasiado tierna para tocarla.

Enid vino a buscarla antes de que le diera tiempo a decidir qué hacer. La encontró sentada en la cama, sin hacer nada, pensativa.

—Majestad, no traigo buenas noticias —anunció la muchacha.

—Ya lo sé —contestó Gwenn en tono ausente—. He visto el estandarte en el patio. ¿Qué hay que hacer? ¿Qué ha dicho mi tía?

—Todo está dispuesto para el funeral. Se celebrará esta noche. Están llegando aldeanos de toda la comarca, y Erec ha enviado a buscar a los jefes pictos de las

tribus más cercanas. La enterrarán en el cementerio del castillo. Eso es todo cuanto sé.

Gwenn dejó que Enid la ayudase a cambiarse. Antes de ponerse el vestido de terciopelo negro, acarició distraída el bordado de perlas de sus mangas. Era uno de los vestidos de luto. Lo había hecho traer pensando justo en aquel momento. Desde antes de salir de Camelot sabía lo que le esperaba. La carta de su madre lo dejaba bien claro: no le quedaba mucho tiempo.

¿Por qué, a pesar de todo, resultaba tan difícil concebir que Igraine ya no estaba?

El día transcurrió con una lentitud insoportable, en medio de murmullos y silencios, de gestos de condolencia y miradas falsamente apenadas, de frases vacías. En el fondo, ¿a quiénes de aquellas personas les importaba de verdad la muerte de Igraine? Después de su huida de Tintagel, ni siquiera había sido capaz de conservar la lealtad de sus doncellas más íntimas. Había renunciado a las pocas personas que, más por imposición que por elección propia, se habían habituado a ella y la aceptaban tal como era. Lo había dejado todo atrás por Mordred, por ayudar a aquel hijo al que no había podido criar.

Para sorpresa de Gwenn, su tía Morgause sí parecía genuinamente afectada por la muerte de su hermana. Quizá presentía en ella su propia muerte, y eso le daba miedo. O tal vez fuese una extraña manifestación de amor lo que expresaba su rostro marchito, sus ojos hinchados de llorar.

La había protegido, al fin y al cabo. Cuando Igraine lo perdió todo, la acogió en su casa. Probablemente se entendían la una a la otra mucho mejor de lo que nadie había llegado a entenderlas jamás. Las dos habían sido egoístas, manipuladoras y bellísimas. Las dos habían utilizado su hermosura para comprar favores y torcer destinos. Las dos habían estado casadas con hombres poderosos... a los que secretamente despreciaban. Y las dos habían perdido el cariño de sus hijos por anteponer siempre su ambición.

—Presidirás el cortejo —le dijo Morgause—. Eres la reina.

Gwenn habría querido negarse, pero no podía. Sabía que en el fondo toda aquella ceremonia pomposa que su tía había preparado era una última demostración de poder que quería ofrecer a su reducida corte. Su sobrina, la reina, era solo un trofeo más que exhibir en el espectáculo. Pero Gwenn había ido allí sabiendo que tendría que pasar por ello... Y no se sentía con fuerzas para rebelarse.

En algún momento de la tarde llegó a pensar que la angustia que sentía era producto del odio. Porque aquel dolor no podía nacer de ninguna forma de apego filial. Igraine nunca había sido una madre para ella, ni siquiera cuando era niña. La había menospreciado, ridiculizado y amenazado de todas las maneras posibles. Eso, en las escasas ocasiones en que las necesidades del protocolo le imponían su presencia. Porque siempre que podía, la mantenía alejada. Había pasado mucho más tiempo con Nimúe que con ella.

Llegó la hora en que debía dar comienzo la ceremonia, y mientras Gwenn se

preparaba para encabezar el cortejo fúnebre, no podía quitarse de encima la sensación de que todo era irreal. Algo semejante debía de ser lo que experimentaban los extranjeros que se exponían por primera vez al influjo del velo: el alejamiento de todo lo que uno percibía, por muy cerca que estuviese; la confusión de la mente, que en algunos instantes se creía inmersa en un sueño, porque todo, de pronto, era demasiado ajeno a lo que uno esperaba, demasiado difícil de interpretar.

Ligeros copos de nieve revoloteaban en el viento mientras la procesión avanzaba de camino a la cripta, situada en un abandonado jardín colgado de la pendiente de la montaña. Hasta allí no había llegado la destrucción provocada por el incendio un año atrás. Los árboles desnudos alzaban hacia el cielo oscuro del atardecer sus ramas cubiertas de muérdago.

El cortejo avanzaba en silencio entre las lápidas de piedra de los antepasados de Gwenn. A ella le habría gustado detenerse a leer los nombres, si es que el tiempo y la intemperie no los habían borrado. Pensó que, antes de irse, regresaría a aquel lugar para darse una vuelta entre las antiguas tumbas. Era, después de todo, el cementerio en el que descansaban sus raíces.

Delante de ella, solo veía al hombre que portaba el pesado estandarte rojo y negro. Lo observaba ondear en el aire cargado de nieve, oscilando rítmicamente adelante y atrás, adelante y atrás. La repetición de aquel balanceo resultaba hipnótica. Durante un buen rato, no fue consciente de nada más.

Despertó de su letargo cuando el portaestandartes se detuvo ante la cripta. Iba a empezar la ceremonia de despedida, pero justo en ese momento se oyeron murmullos sofocados en la parte de atrás de la procesión. Al principio, Gwenn no entendió el motivo... Solo cuando levantó la cabeza y miró hacia las crestas de las montañas vecinas lo descubrió.

Estaban allí: decenas, cientos de antorchas ardiendo en la oscuridad, rodeando el castillo. Los que habían estado atentos afirmaron más tarde que se habían encendido todas a la vez.

Gwenn se estremeció al verlas. ¿Quién podía haber organizado un homenaje como aquel para Igraine?

Miró hacia atrás, buscando los ojos de su tía. Cuando los encontró, se dio cuenta de que estaba tan perpleja como ella. No, Morgause no había sido.

Entonces, ¿quién?

Solo al final, después de que se entonaran los cantos de despedida y de que las doncellas campesinas arrojasen flores secas sobre la tierra que ya cubría a medias el sarcófago, se atrevió a susurrar la pregunta al oído de Morgause.

La anciana no dudó ni un instante antes de contestar.

—Tú sabes quién ha sido, Gwenn. No sé por qué lo preguntas siquiera. No puede ser idea más que de Mordred.

El nombre de su hermano barrió los últimos restos del aturdimiento que se había adueñado de ella durante todo el día. En cuanto pudo, se separó del cortejo. Hizo

llamar a Erec, consiguió que reuniese a los jefes pictos. Un breve conciliábulo de túnicas azules en un rincón del bosque invernal, y la decisión estaba tomada. Cada una de las tres tribus que habían enviado representantes a la ceremonia ofreció diez hombres para el destacamento que la reina pedía. Solo quería información sobre aquellos extraños que habían rodeado la fortaleza. Solo quería saber quién estaba al mando.

Sin embargo, no tuvo que esperar al regreso de sus espías para conocer la respuesta. A la mañana siguiente, Enid acudió a despertarla con la noticia. Sobre la lápida recién colocada de la tumba de Igraine acababan de hallar una máscara dorada.

Capítulo 4

Con los ojos fijos en la máscara de oro que reposaba sobre la tosca repisa de piedra de la chimenea, Gwenn se esforzaba por seguir las explicaciones de Erec. Habían encontrado restos del campamento de Mordred al otro lado de la sierra, pero los rastros alrededor eran confusos. Habían seguido uno de ellos, el más claro: huellas de botas y caballos, quizá un destacamento de cincuenta o sesenta hombres. Aquellas pisadas los habían llevado hasta el fondo de un estrecho valle donde habían sufrido una emboscada. Les habían disparado con arcos desde las paredes de roca, pero ellos habían respondido. Llegaron a abatir a un par de guerreros del enemigo, que se desplomaron desde las peñas cercanas y cayeron casi a sus pies. Iban tocados con cascos adornados con cráneos de cabras montesas; y al darles la vuelta para comprobar si estaban vivos, descubrieron que su piel era cetrina y sus ojos rasgados. Ni Erec ni ninguno de los pictos había visto jamás hombres así.

Al final, la expedición había regresado con cinco bajas, algunos heridos y la moral por los suelos.

Cuando Erec terminó su relato, Gwenn comprendió que aguardaba su reacción. Tenía que decir algo: aquellos hombres habían arriesgado sus vidas por cumplir su mandato, y habían terminado cayendo en una trampa absurda. Debía ofrecerles, como mínimo, su gratitud, acompañada tal vez de una recompensa.

—Habéis servido bien a la Corona de Britannia, y por ello se os entregarán veinte sueldos de oro a cada uno cuando llegemos al muro —dijo.

Erec se inclinó en señal de acatamiento, aunque a Gwenn le pareció que no estaba plenamente satisfecho. Quizá esperaba más emoción por su parte ante la hazaña que acababa de relatar. Después de todo, había logrado sacar a sus hombres con vida de una emboscada en la que podrían haber perecido todos.

Aun así, la reina se sentía incapaz de fingir un entusiasmo que no sentía. En realidad, casi prefería que Dyenu, o Mordred, como todos insistían en llamarle ahora, hubiese logrado escapar. No habría tenido fuerzas para enfrentarse a su hermano en medio del torbellino de emociones que la agitaba en esos momentos.

Todo el día, desde que la despertaron para informarla sobre la aparición de la máscara, había estado dándole vueltas a una idea. Una idea que no tenía nada que ver con Mordred, ni con su madre recién enterrada, sino con Arturo. ¿Y si no hubiese muerto en el incendio? ¿Y si estuviera vivo?

A lo largo del año que había transcurrido desde que se separaron, nunca se le había ocurrido aquella posibilidad. Después de todo, si Arturo hubiese estado vivo, habría encontrado la manera de llegar a Camelot. Y no habría vuelto... Habían hallado su espada en las ruinas de la fortaleza quemada. Él no se habría dejado arrebatar la espada de haber sobrevivido. De modo que todo encajaba... Gwenn había aceptado la

versión que le habían hecho llegar sin cuestionarla.

Las revelaciones de Igraine, sin embargo, lo cambiaban todo, porque significaban que Arturo podía tener buenos motivos para no querer regresar a Camelot.

Gwenn trató por enésima vez de concretar su hipótesis. Se imaginó a Arturo en el incendio. Lleno de cólera, desorientado..., quizá dejó caer la espada en algún momento. Y después..., después se dio cuenta de lo que pensaría todo el mundo si dejaba allí a Excalibur, entre las ruinas. Le darían por muerto. No tendría que regresar junto a su esposa y fingir que no conocía su traición. No tendría que seguir ocupándose de Britannia fuesen cuales fuesen sus sentimientos.

Podía imaginarse a su marido tomando aquella decisión. No era un hombre a quien le diera miedo enfrentarse a un nuevo comienzo. Si conocía a alguien capaz de renunciar al trono en un instante, por un impulso, era él.

Cuanto más lo pensaba, más convencida se sentía de que era aquello lo que había ocurrido. El Arturo confiado y entusiasmado por las posibilidades del velo que había partido del muro para ir al encuentro de Dyenu jamás habría renunciado a volver a su corte y a ella. Pero un Arturo desengañado, destruido por dentro..., bien podría haber elegido otro camino. Un comienzo nuevo, en el anonimato.

Cuando Erec se retiró por fin, Gwenn se echó una capa de lana sobre los hombros y abandonó el sencillo aposento que su tía le había cedido para aquella audiencia. Necesitaba encontrar a Morgause cuanto antes y contarle su nueva teoría. Si era un disparate, Morgause se lo diría a la cara. Su tía jamás se molestaba en suavizar su opinión para evitar herir a los demás.

La encontró en la misma habitación en la que la había recibido el primer día, concentrada en su torpe bordado. Le concedió permiso para entrar con un monosílabo apagado, sin levantar la vista de la labor.

No había motivos para andarse con rodeos, así que Gwenn fue directa al grano.

—¿Crees que Arturo pudo escapar con vida del incendio?

Morgause retrasó su respuesta unos segundos.

—No lo sé. Yo también me lo he preguntado muchas veces —dijo al fin.

Gwenn notó el hormigueo de la sangre invadiendo su piel, coloreando su rostro. Como si un manantial congelado en su interior se hubiese derretido de pronto, devolviéndole la pasión, el miedo, el deseo... Todo al mismo tiempo.

—Entonces, tú también lo has pensado. ¿Por qué no me lo dijiste el otro día?

Morgause se encogió de hombros y alzó por fin los ojos hacia ella.

—¿Para qué? No quería darte falsas esperanzas. Además, si Arturo lleva un año sin aparecer..., sinceramente, querida, valdría más que estuviera muerto.

—Eso no eres tú quien lo debe decidir. Mi madre le rompió el corazón con lo que le contó. Si hubiese vuelto... Si me hubiese dado la oportunidad de defenderme...

Un brillo malicioso devolvió momentáneamente la juventud a los ojos azules de Morgause.

—¿Defenderte cómo? ¿Acaso es mentira que Lance es tu amante?

—No es tan sórdido como tus palabras dan a entender —replicó Gwenn, herida—. Ya había algo entre nosotros cuando conocí a Arturo. Y después... intenté por todos los medios mantenerme alejada de Lance. Al final, justo al final, lo había conseguido. Le había convencido de que dejásemos de vernos.

Morgause arqueó las cejas.

—¿Me vas a decir que en todos estos meses que han pasado desde que Arturo murió no has estado con Lance? Vamos, Gwenn... Pertenece a un linaje de mujeres apasionadas, que no le tienen miedo al deseo... ni al placer. ¿Me vas a decir que tú eres distinta?

Gwenn sintió que el rubor de sus mejillas se intensificaba. Le habría gustado saber mentir con tanto descaró como lo habían hecho siempre su madre y su tía. Lo curioso, sin embargo, era que no quería mentir.

—He estado con Lance algunas veces desde que Arturo murió... o se fue —admitió—. No tantas como él habría querido. Y no del modo que él habría querido. Sé que se siente solo, que no he sabido darle lo que él espera de mí. Pero es que no puedo. Arturo era muy importante en mi vida..., más de lo que yo misma imaginaba.

Morgause chasqueó la lengua.

—No debe de ser muy halagador para un amante comprobar que la pasión de su amada se enfría cuando desaparece su rival amoroso... Lo perderás, Gwenn.

La reina asintió.

—Lo sé —murmuró—. Es posible que ya lo haya perdido.

Con un gesto inesperadamente brusco, Morgause arrojó su labor de aguja al suelo. Después, con trabajosa lentitud, se puso en pie.

—Ven conmigo —dijo—. Antes de que te vayas de mi casa, hay algo que quiero enseñarte.

Gwenn esperó pacientemente a que su tía encontrase un manto grueso para abrigarse en uno de los arcones apoyados contra las paredes del cuarto. Cuando se acercó para ayudarla a ponérselo, Morgause rechazó el gesto.

—Todavía no estoy tan mal como para no poder vestirme sola —observó con una altanera sonrisa.

Gwenn también sonrió. Resultaba paradójico ver a Morgause intentando hacer las cosas por sí misma a su edad, cuando se había pasado toda la vida dejando que otros la atendieran.

Una vez que Morgause dio por terminado el laborioso proceso de arrollarse el manto alrededor de su enjuto cuerpo, Gwenn la siguió escaleras abajo hasta el patio de armas. Una vez allí, la vio tomar el camino del bosquecillo de las tumbas. Algo en su interior se rebeló e hizo que se detuviera. No estaba segura de querer visitar la tumba de su madre tan pronto.

Al ver que no continuaba andando, Morgause se detuvo también y se volvió.

—No seas tonta —dijo—. No vamos a la tumba de la pobre Igraine, no te preocupes.

Reanudaron la marcha. La mañana tenía esa luminosidad invernal de los cielos blancos que preceden a las grandes nevadas. Hacía mucho frío.

Avanzaron lentamente por el mismo camino que había seguido el cortejo fúnebre de Igraine. En el silencio del bosque, oyeron a lo lejos el canto solitario de un pájaro.

Al llegar a una columna de piedra derruida junto a la calzada, Morgause se adentró entre los árboles. Gwenn fue tras ella. Avanzaban muy despacio, porque Morgause tenía que hacer un gran esfuerzo para dar cada paso.

Al final, la viuda de Lot se detuvo frente a un templete de mármol decorado con escenas de los dioses antiguos.

—Es aquí —anunció—. Hace tiempo que no entro..., años.

Había, en efecto, gruesas telarañas en la entrada de la cripta. Morgause las apartó con naturalidad, como si se tratase de una cortina de brocado.

Entraron las dos en el pequeño recinto rectangular. La luz pálida de la mañana desgarraba las sombras en el centro, pero no llegaba a perforar la oscuridad de las paredes y las bóvedas. Gwenn tardó unos instantes en percibir, al fondo, la sencilla lápida de mármol combado en el centro que protegía la única tumba de aquel panteón. Se acercó a ella con la esperanza de encontrar alguna inscripción que le indicara quién yacía enterrado allí, pero no halló ninguna.

—Es la tumba de Dana —explicó Morgause en voz baja—. La fundadora de nuestro linaje.

Gwenn recordó las leyendas sobre el origen de la fortaleza de Morgause que le había oído contar a Enid, y que procedían de antiguas tradiciones pictas.

—¿La dama de Ávalon? ¿La que renunció a la inmortalidad por amor? —preguntó, incrédula.

Morgause asintió con gravedad. Raramente había visto Gwenn en su rostro aquella expresión de respeto, casi de miedo.

—Descendemos de ella —murmuró—. Todo lo que somos, nuestras rarezas, nuestros poderes..., todo procede de ella. A unas nos han sido concedidas en mayor medida que a otras. Tu madre, por ejemplo..., nunca supo cultivar sus dones, que no eran muchos. Pero tú, Gwenn..., tú tienes más de ella que ninguna de nosotras —concluyó, señalando con un gesto lánguido la lápida—. Era necesario que la conocieras. —Gwenn dio un paso más hacia la sencilla tumba. Acarició el mármol carcomido por los siglos, pensativa.

—¿Por qué nadie me había hablado de ella antes? —preguntó—. Mi madre nunca la mencionó.

—Tu madre nunca se atrevió a entrar aquí —dijo Morgause, y dejó escapar un breve gorjeo que aspiraba a ser una carcajada—. ¡No era muy valiente, la pobre Igraine! Al menos, no con estas cosas. De pequeñas nos contaron la leyenda de que, antiguamente, las mujeres de nuestro linaje venían aquí para invocar a Dana cuando tenían un problema o estaban en peligro. Dana se les aparecía y les aconsejaba. Yo vine muchas veces cuando era joven, muchas. Esperaba siempre que se me

apareciera. Pero nunca lo hizo. Supongo que no era más que una vieja leyenda sin ningún fundamento. Aun así, quería presentártela. Cuando yo muera, tú serás la única superviviente de su estirpe.

Gwenn contempló la tumba unos instantes en silencio.

—Es increíble —murmuró—. Una dama de Ávalon... Y renunció a todo por amor.

Morgause suspiró.

—Así de estúpidas somos las mujeres algunas veces —juzgó—. Supongo que después se arrepentiría... Pero ya era tarde. Regaló su inmortalidad a cambio de un sentimiento que no podía durar.

Capítulo 5

Se despertó sollozando en medio de la noche. De niña solía ocurrirle a menudo. Ni siquiera recordaba si había tenido una pesadilla, pero la desazón y la tristeza venían del otro lado del sueño.

Hacía mucho frío en la desvencijada habitación. Una vez más, el fuego se había apagado.

Descalza, se levantó de la cama y se envolvió en su manto de lana. No era fácil acostumbrarse a la ausencia del velo. Sin su protección, las sensaciones que diariamente aportaban variedad a la experiencia se volvían demasiado intensas, casi dolorosas. Se preguntó si aquella imposibilidad de Britannia para cubrir la fortaleza de Morgause se extendería también a los territorios vecinos. Si era así, antes o después tendría problemas con los pictos de la región. Habían sellado la paz con la promesa de que el velo también los alcanzaría. Tendría que pedirle a Merlín que revisase la programación de Britannia para comprobar qué estaba fallando. Sin Arturo, él era el único capaz de garantizar el funcionamiento de la simulación. En cuanto volviese a Camelot...

El pensamiento no llegó a completarse en su mente. Se distrajo al contemplar la copiosa nevada que había caído sobre la fortaleza mientras dormía. Un grueso manto de nieve cubría las ruinas ennegrecidas del incendio. Y los copos continuaban cayendo, grandes y silenciosos.

Si seguía nevando de esa manera, no podría abandonar el castillo de Morgause en unos cuantos días. Aunque tampoco estaba segura de querer irse tan pronto. Al fin y al cabo, aún quedaba mucho por averiguar en relación con la desaparición de Arturo: testigos a los que interrogar, gente de las aldeas vecinas que quizá lo hubiesen visto después... Debía agotar todas las vías para comprender lo que había pasado.

Todas las vías.

Por una curiosa asociación de ideas, eso le hizo pensar en la tumba de Dana.

Recordó la leyenda que le había contado Morgause acerca de sus antepasadas, de cómo acudían a la tumba en busca de consejo. Morgause se había reído de aquella superstición. Sin embargo..., ella no era Morgause; sus poderes sobrepasaban con mucho a los de su tía. Y quizá eso le permitiese invocar a la antigua dama de Ávalon.

En todo caso, podía intentarlo. No tenía nada que perder. Nunca había creído en los espíritus, pero Arturo le había enseñado a creer en los avatares del velo, que venían a ser algo parecido: residuos de la existencia virtual de hombres y mujeres, despojos que conservaban tan solo una parte de su personalidad, de su conciencia. Ella misma los había visto en la torre de Tintagel, repitiendo una y otra vez la misma escena, como sombras de un tiempo desaparecido. Quizá Dana hubiese dejado tras ella una de aquellas sombras. Y, si era así, ¿por qué no intentar hablar con ella?

Sin pensárselo dos veces, se puso un vestido de lana sobre las enaguas que usaba para dormir, unas medias gruesas y sus botas de viaje. Por último, se enrolló alrededor del torso la capa de lana y se cubrió la cabeza con la capucha. Así abrigada, descendió muy despacio las escaleras de la torre, procurando no hacer ruido. Más allá de las paredes de piedra, escuchó los ronquidos apacibles de un hombre. Quizá uno de los pictos de su escolta, o tal vez uno de los soldados de Morgause. Por fortuna, sus pasos no alteraron el ritmo de su respiración.

Ya en el patio, sus botas se hundieron en la nieve hasta los tobillos. La blancura del suelo reflejaba el resplandor de las antorchas que colgaban de los muros, hechizando la escena con su luminosidad. La silueta de una mujer moviéndose torpemente sobre aquella superficie deslumbrante no tardó en llamar la atención de los centinelas, que le dieron el alto desde la muralla.

Gwenn se detuvo y esperó a que fuesen a su encuentro para mostrar su rostro. A esas alturas, no quedaba ni un solo hombre en la fortaleza que no fuese capaz de identificar a la reina. El más joven de los soldados hincó una rodilla en la nieve al reconocer a su soberana, mientras farfullaba una aparatosa disculpa.

—No tenéis que disculparos, estáis cumpliendo con vuestro deber —le interrumpió Gwenn sin alzar la voz—. Deseo dar un paseo sobre la nieve, nada más. Voy a ir al cementerio. Si alguien pregunta por mí, ya sabéis dónde encontrarme, aunque no creo que eso ocurra a tales horas de la madrugada.

Los dos centinelas se miraron inseguros.

—No sé si es buena idea que vayáis sola al cementerio con esta nevada —se aventuró a objetar el de más edad—. Podría ser peligroso. Si lo permitís, Arnold os acompañará.

—Os lo agradezco, pero no necesito escolta —replicó Gwenn en tono cortante—. No me ocurrirá nada, sé cuidar de mí misma.

Sin detenerse a observar la reacción de los hombres, prosiguió su camino en dirección a la arboleda donde se hallaban las tumbas.

En cuanto se internó entre los árboles tuvo la sensación de que se hallaba atrapada en una burbuja de intemporalidad; como cuando cayó prisionera en la celda de vidrio de Merlín... Solo que aquí la mazmorra era inmensa: las laderas cubiertas por un espeso manto blanco; las ramas desnudas de los árboles, tan cargadas de nieve que parecían a punto de partirse, lo mismo que las tumbas... Hasta la atmósfera tenía la transparencia de un cristal. Sin embargo, aquella cárcel de noche, nieve y montañas no la hacía sentirse privada de libertad, sino protegida.

Al llegar a la altura de la columna derruida junto al camino, se adentró entre los árboles, como había hecho Morgause. No tardó en llegar al panteón de Dana, que aislado entre la maleza parecía un templo en miniatura consagrado a las deidades antiguas.

Vaciló un momento antes de traspasar el umbral. Debería haberle pedido más detalles a su tía. ¿Qué hacían sus antepasadas para invocar el espíritu de Dana?

¿Habría que recitar alguna fórmula, hacer algún gesto?

Era demasiado tarde para preguntar, así que penetró en el recinto del panteón decidida a dejarse llevar por su instinto. El mismo instinto que, en el bosque de Broceliande, le había permitido encontrar a Yvain y descubrir que el león que le acompañaba no era más que una imagen vacía. El mismo que le había permitido hablar a través de la distancia con Nimúe... y sobrevivir en el Sith.

Se detuvo frente a la tumba, tranquila, con los brazos relajados a ambos lados del tronco. Cerró los ojos e intentó dejar un espacio en sus pensamientos para que Dana, o la sombra de Dana, pudiese abrirse paso hasta ella.

Esperó en silencio, mientras su mente se iba sumiendo en un estado de calma profunda. No temía nada. No esperaba nada. Solo estaba presente, dispuesta a percibir, a entender, a oír.

Después de un largo rato, abrió los ojos. La tumba seguía exactamente igual que al principio. No se notaba ningún cambio.

Por un momento se sintió ridícula, allí sola en medio de la noche, invocando a una muerta. Pero no debía dejar que el escepticismo se adueñara de ella en un momento así. Necesitaba creer.

De modo que volvió a empezar. Cerró los ojos, se concentró, trató de imaginar a la antigua dama de Ávalon para facilitar la conexión, si es que tal cosa era posible. Esperó, mientras el rostro de una Dana irreal flotaba en su mente. No, debía retroceder; ese no era el camino.

Comenzó de nuevo. Pero esta vez no dirigió sus pensamientos hacia Dana, sino hacia sí misma. Se obligó a mirar de frente aquel rincón oscuro de su alma que, desde pequeña, la fascinaba y aterraba al mismo tiempo; aquella parte de Gwenn era poderosa, y también inhumana. O quizá era humana de un modo primitivo y salvaje que prefería ignorar. Pero no podía. Si quería desatar su magia, necesitaba mirarse en ese espejo.

Un espejo...

Abrió los ojos y lo vio. La lápida de mármol blanco que cubría el sepulcro de su antepasada era ahora una superficie de plata en la que podía ver su propio reflejo.

Las palabras brotaron de sus labios antes de que le diese tiempo a formularlas en su mente.

—Morwen —dijo—. Soy Morwen, reina de Britannia, última heredera de la estirpe de la Salamandra. Yo te invoco, Dana. Déjame verte.

Oyó su voz antes de verla.

—Morwen —repitió, como un eco—. Morwen... Te hacías llamar Gwenn hasta ahora. ¿Qué ha cambiado?

—Nada ha cambiado —contestó ella sin dudar—. Soy Gwenn y soy Morwen. Tu heredera.

Sus rasgos en el espejo de la lápida empezaron a cambiar sutilmente, tan despacio que apenas lo notó al principio. Los ojos se volvieron más oscuros, el cabello

también. Los pómulos más marcados, los labios ligeramente más gruesos...

Cuando la transformación concluyó, ya no estaba mirándose a sí misma. Estaba viendo a una joven de otro mundo, de otra época.

Estaba viendo a Dana.

Capítulo 6

—Morwen.

La voz de Dana resonó dentro de la mente de Gwenn, aunque los labios de la mujer del espejo no se habían movido.

Gwenn se estremeció. Le habían ocurrido muchas cosas que solo la magia que latía en su interior podía explicar. Había estado en prisiones invisibles, se había reunido con Nimúe a pesar de la distancia, había navegado por el Sith... Pero aquello era distinto. Estaba hablando con una mujer que había vivido hacía siglos.

—Dana... ¿Dónde estás? —se atrevió a preguntar.

—¿Dónde estoy? —La mujer del espejo sonrió con tristeza—. En un rincón remoto del reino, al norte de los páramos de Wirram.

Aquella respuesta desconcertó a la reina.

—No entiendo —confesó—. ¿No estás... en el Sith?

—¿En el Sith? —La voz tardó un momento en continuar después de formular la pregunta—. No, Morwen. No estoy muerta. Aunque he vivido tanto que, a veces, desearía estarlo.

Gwenn la miró sin comprender.

—No puede ser —murmuró—. Esta es tu tumba. Y durante generaciones las mujeres del linaje de la Salamandra han venido aquí para invocarte. No es posible que estés viva. Nadie puede vivir tanto tiempo.

—Nosotras sí. ¿Acaso no lo sabías? ¿Nunca has oído hablar de la longevidad de las damas de Ávalon?

—Pero tú..., tú no eres una de ellas, ¿no es así? —preguntó Gwenn—. Renunciaste a la inmortalidad por amor. Fundaste nuestra estirpe.

—Ya no recuerdo a qué renuncié. Ni por qué. Hace demasiados años. Demasiados siglos.

—Entonces, si eres igual que las otras, ¿por qué no estás con ellas? —insistió Gwenn.

—No soy igual que las otras —dijo la voz de Dana en su cabeza—. Mírame.

Gwenn clavó los ojos en el rostro del espejo y un escalofrío recorrió su espalda. Era el mismo semblante del principio, pero ferozmente roído por la vejez. Los ojos hundidos, la piel colgando en arrugados pliegues amarillentos alrededor de los esqueléticos pómulos, los labios reducidos a una fina línea negra que en los extremos se curvaba hacia abajo... La transformación resultaba abominable.

—¿Lo ves? —prosiguió la voz con suavidad—. Ellas no envejecen.

—Entonces, sí sacrificaste algo por amor. No la vida..., pero sí la juventud.

El rostro de Dana recobró gradualmente su aspecto intemporal del comienzo.

—No me arrepiento —confesó en tono indiferente—. Pero sufro. Y quiero dejar

de sufrir. Es cierto que las mujeres de nuestro linaje me invocaban. Pero hace mucho que dejé de acudir a sus llamadas. ¿Sabes por qué? Cuando la vida se prolonga en exceso, los pequeños dramas cotidianos se ven con otra perspectiva. Dejaron de importarme. Ya no podía ayudarlas. No quería.

—Sin embargo, esta vez has acudido.

—Tu invocación ha sido muy poderosa. No recuerdo ninguna así en muchas..., muchas décadas. Por eso he venido. Dices que tu nombre es Morwen. Si tu magia es tan profunda como los abismos que ese nombre encierra, quizá puedas darme lo que necesito.

—Ni siquiera sé por qué me he llamado así a mí misma. Mi verdadero nombre es Gwenn. Morwen era el apodo que me daban de niña los que me tomaban por una hechicera. No sé por qué lo he usado.

—Porque también es tu nombre. Un nombre de poder. Morwen, nacida del mar. Tienes su fuerza, ella me ha traído hasta ti. Tú puedes ayudarme.

Gwenn sonrió perpleja.

—¿Ayudarte? ¿Yo a ti? Pensaba que era al revés. Tú eres la inmortal, la dama de Ávalon. Y yo he venido aquí para pedirte ayuda.

La expresión hierática de Dana, nuevamente joven, se convirtió en una mueca irónica.

—Te he dejado ver mi verdadero rostro. ¿De verdad crees que una mujer tan hundida en la decrepitud como yo puede serle de ayuda a alguien? En otras épocas, quizá. Pero ya no.

—¿Cómo puedes decir eso? —replicó Gwenn en tono apasionado—. Tú has vivido durante generaciones y generaciones. Lo has visto todo, sabes todo lo que ocurrió: cómo cayó el Mundo Antiguo, qué le ocurrió a Britannia... ¡Todo lo que los demás han olvidado!

—Yo también lo he olvidado, muchacha —musitó Dana, moviendo levemente los labios—. No tengo nada que contar.

—Entonces, ¿de qué te ha servido vivir tanto? —preguntó Gwenn, horrorizada—. ¿Ni siquiera recuerdas tu propia vida?

La mujer del espejo cerró los ojos durante unos instantes, como tratando de hacer memoria.

—Recuerdo algunas cosas —admitió—. El primer beso. La deliciosa sensación de pertenecer a alguien... y de que alguien te pertenezca a ti. Y al mismo tiempo, la angustia de las mentiras. La culpa... Nuestro amor fue difícil desde el principio. Y la costumbre, después, no lo hizo más fácil. Nos convirtió en exiliados de nuestra gente... a los dos. Solo nos teníamos el uno al otro. Pero era suficiente. Fue suficiente... mientras duró.

—Él era un mortal, ¿verdad? —preguntó Gwenn suavemente—. Un picto.

—Sí. Era mortal. Y yo creí serlo también, mientras él estuvo junto a mí. Quizá lo fui. Ella juró que me había librado del yugo de una vida eterna. Pero no cumplió su

juramento.

—¿Ella? ¿Quién era ella?

El rostro de Dana envejeció bruscamente, y, al mismo tiempo, se contrajo en un rictus de pánico.

—Viviana. ¿La conoces? Es implacable. Me engañó, ¿lo ves? Mira en lo que me ha convertido.

Gwenn no sabía qué decir.

—Lo siento mucho, Dana. Es trágico. Y terrible. Todavía no comprendo cómo puede ser..., cómo has podido sobrevivir todo este tiempo.

El terror del rostro de la anciana se transformó en una mueca de profundo sufrimiento.

—Hice algo que no debía, Morwen —murmuró—. Lo traje de vuelta... Una parte de él, lo que pude rescatar.

—¿De quién estás hablando? ¿De tu esposo?

—Sí. Percibí que el velo había cambiado, que su trama se había vuelto más fluida, más maleable. Dicen que el rey de la espada mágica lo transformó para que alcanzase a cubrir a todos sus súbditos. ¡Qué loco! No sabía lo que estaba haciendo.

—Ese rey..., ese rey del que hablas... es mi esposo. Lo era.

—Lo sé. Sé quién es tu esposo. Y sé quién es el otro hombre que habita tus sueños. El de la mirada herida.

—Lance —susurró Gwenn—. ¿Cómo lo sabes?

—Sus ojos me lo contaron. Aunque él ni siquiera se dio cuenta.

—¿Lo conoces?

Los rasgos de Dana, mientras hablaban, habían vuelto a rejuvenecer.

—Lo conozco, sí —admitió con una extraña dureza en su voz—. Él lo trajo hasta nosotros. A tu amante y al otro joven. Espera que lo devuelvan al lugar de donde yo lo saqué. Intento impedirlo. No quiero perderlo por segunda vez. Pero, al mismo tiempo..., sé que no es justo. Si él se va, yo también quiero irme. Ahí es donde tú puedes ayudar.

—Dana, no entiendo lo que quieres pedirme. Tus palabras son demasiado confusas.

—Mi pensamiento es confuso. Demasiada experiencia, demasiada vida. Intentaré ser más clara. Solo te pido que vengas a buscarme. Que vengas y me lleves con ellas. Sé que planean marcharse.

—¿Estás hablando de las damas de Ávalon?

—De ellas, sí. Llévame a Ávalon —suplicó Dana—. Tú ya has estado. Sé que puedes llevarme si te lo propones. Entre las dos encontraremos el camino.

—Pero no tiene sentido. ¿Por qué iban a irse después de tanto tiempo?

—¿No lo entiendes? Arturo, tu esposo, transformó el velo. Abrió sus hilos, dejó huecos. El Grial los aprovechó para regresar. Eso ha desatado los prodigios. El Grial quebranta las leyes de Britannia. No obedece más leyes que las tuyas. Por eso pude

traer de vuelta a mi amado. Y por eso ellas se quieren ir.

—¿Por miedo? ¿Por temor al Grial?

—Sí, pero no las subestimes. No es una marcha definitiva. Quieren irse para volver. Lo harán cuando sepan cómo controlarlo.

—¿Y eso es posible?

—No lo sé —suspiró Dana—. Nadie lo sabe, ni siquiera Viviana. ¿Me ayudarás? Gwenn la contempló con fijeza.

—Te ayudaré si tú me ayudas a encontrar a Arturo.

Dana le sostuvo la mirada. Ese fue el momento en que Gwenn notó por primera vez el parecido entre las dos. Los ojos de Dana eran más oscuros que los suyos, sus pómulos más prominentes, y aun así había algo profundamente familiar en la expresión de la mujer. Era una especie de insolencia dulce en la mirada, una aterciopelada seguridad que no poseían ni Igraine ni Morgause, y que ella había tenido desde niña.

—No sé dónde encontrar a tu rey —contestó la dama—. Ni siquiera sé si está vivo o muerto.

—Si no lo sabes, averígualo —exigió Gwenn con frialdad—. Has podido averiguar que el velo ha cambiado, que las damas de Ávalon están a punto de irse y que Lance es mi amante. Si tienes tantos medios para obtener información, úsalos para dar con Arturo. Cuando recupere a mi esposo, te llevaré yo misma a Ávalon. Es una promesa.

—No puedes pedirme eso. Me decepcionas, Morwen...

Dejándose llevar por un impulso, Gwenn extendió una mano y rozó con la punta de los dedos la superficie de la lápida convertida en espejo. Por un instante, sintió que aquella última barrera que la separaba de su antepasada se difuminaba, y que ambas habitaban el mismo espacio. Pero fue solo un espejismo... porque, de inmediato, la plata del espejo se abrió en ondas como si fuera agua, y al momento siguiente se desvaneció. El mármol volvió a convertirse en mármol, y fue como si el inquietante reflejo de Dana jamás hubiese estado allí.

Capítulo 7

Con la excusa de comprobar la seguridad de la ruta después de la incursión de Mordred y sus guerreros desconocidos, Gwenn prolongó una semana su estancia en el castillo de Morgause. Su tía no opuso ninguna resistencia, y la muchacha tenía la impresión de que, aunque no lo dijese abiertamente, en el fondo Morgause se alegraba de no estar sola. Su buena disposición se puso de manifiesto cuando ofreció la mitad de los hombres de su guardia para las expediciones de reconocimiento del terreno que la escolta de la reina estaba organizando con los jefes pictos locales.

Tan solo Erec parecía disconforme con el retraso de la partida.

—Dyenu y su gente se han ido, ya nos aseguramos de ello en nuestro primer rastreo —le dijo a la reina—. No tiene sentido quedarse aquí por temor a que regresen. No van a volver.

—Eso no lo sabemos. Dyenu es imprevisible —argumentó Gwenn—. Quiero estar segura antes de ponerme en camino.

Erec no insistió en sus objeciones, pero tampoco intentó ocultar su descontento. Cuando Gwenn le preguntó a Enid a qué obedecía el ansia de su esposo por volver al muro, ella replicó que les habían llegado rumores de extraños prodigios en las inmediaciones de la frontera.

Gwenn recordó de inmediato las palabras de Dana sobre el Grial. Según ella, las modificaciones que Arturo había introducido en el velo habían liberado al Grial, permitiendo toda clase de fenómenos extraños. Pero ¿por qué? ¿Qué era el Grial exactamente? Debería haber presionado más a la dama para que le diese respuestas. Al fin y al cabo, Dana quería algo de ella. Quería que la llevase a Ávalon. Y Gwenn estaba dispuesta a concedérselo..., pero solo a cambio de información.

Ese era, en realidad, el motivo de que hubiese retrasado su regreso a Camelot. Necesitaba volver a hablar con Dana. Quería concederle unos días para que buscara respuestas sobre Arturo. Después, volvería a invocarla. Esta vez memorizaría con cuidado todas las preguntas que deseaba formularle. Dana sabía más de lo que quería admitir. Había vivido el nacimiento del velo, en la época de los Antiguos, y también su caída. Le preguntaría por las ciudades de antaño, por la causa de que la poderosa civilización que había creado el velo colapsase, borrando hasta la memoria de su legado. Dana prefería no recordar, pero ella le haría darse cuenta de que debía hacer el esfuerzo. Le explicaría lo importante que era entender lo que estaba ocurriendo con el velo para el futuro de Britannia. Aunque no estaba segura de que eso le importase a la dama...

En aquellos días de espera, Gwenn mantuvo varias conversaciones con Morgause. Su tía se había enterado por los centinelas de la visita nocturna al cementerio, y había deducido la verdad: que había ido allí para intentar la invocación a su antepasada.

—Dime que no lo conseguiste. Nadie lo ha conseguido en las últimas generaciones —afirmó.

—No, pero tenía que intentarlo —contestó Gwenn mientras sus mejillas se coloreaban de rosa.

Morgause soltó una de sus características carcajadas, que sonaban como graznidos.

—Qué mal mientes, sobrina. No entiendo cómo tu madre no te instruyó mejor en el arte del engaño. Ella era una experta, igual que yo. Aunque supongo que eso no se aprende, es un don natural con el que algunos nacemos. Tú tienes muchos dones, querida, pero está claro que ese no. O sea, que se manifestó. ¿Pasaste miedo?

—Solo al principio.

—¿Por qué? —preguntó Morgause con curiosidad.

Gwenn dudó un momento antes de contestar. No estaba dispuesta a contarle a Morgause la verdad sobre Dana. A pesar de su pasajera amabilidad, no se fiaba de ella.

—Porque es una sombra —contestó con vaguedad—. Y hablaba de un modo enigmático, como un oráculo. No entendí del todo sus respuestas.

—Le preguntaste por Arturo, imagino.

Gwenn asintió.

—Le pedí que me ayudase a encontrarlo, si es que está vivo. Pero no supo aclararme nada.

Eso, al menos, era verdad. Tal vez por eso Morgause no lo cuestionó.

—Me figuro que Dana podrá darte más respuestas sobre el mundo de los muertos que sobre el de los vivos —observó—. La próxima vez que la invoques, porque estoy segura de que volverás a hacerlo, yo iré contigo. Quiero preguntarle por Lot. Quiero saber si está en los infiernos del Sith o si algún ser misericordioso salvó su alma en la hora final.

Gwenn la miró horrorizada.

—Tía, no puedes pedirme eso. Necesito que Dana se concentre en darme respuestas sobre Arturo. Y además, ¿qué podría decirte sobre tu difunto marido? Está muerto, y nada más.

—Muerto, sí. Como la propia Dana —insistió Morgause—. A lo mejor ella puede ponerme en contacto con él. Atraer su espíritu. No te voy a engañar, ya he intentado comunicarme con él por otros medios. Pero todos han resultado trucos baratos al final, puras supercherías. Esto, en cambio, es distinto.

—Pero ¿para qué? ¿Para qué quieres contactar con Lot, tía? Cuando vivía no solías hablar muy bien de él. Nunca me dio la impresión de que lo quisieras.

—Lo quería... a mi modo. Teníamos objetivos comunes, formábamos un equipo. Él lo echó todo por la borda cuando traicionó a Pelinor. Al morir, me arrebató todo lo que era mío: mi derecho al trono de Lothian, mi ejército, todo lo que habíamos construido juntos. Eso, sin contar con los secretos que se llevó a la tumba. ¿Nunca te

preguntaste de dónde salía el dinero para sostener nuestro tren de vida después de que los pictos nos echasen de sus tierras? Tenía reservas, Lot. Y sabía cómo ocultarlas. Pero el muy idiota nunca me lo dijo.

—Por eso quieres comunicarte con su espíritu..., para que te diga dónde dejó su dinero —concluyó Gwenn.

Morgause no se dignó a contestar, lo que en la práctica equivalía a un «sí». Su sobrina trató de contener su sonrisa. Le parecía asombroso que una mujer tan anciana, al borde casi de la muerte, aún estuviese pensando en tesoros y riquezas.

—Déjame que intente de nuevo invocar a Dana yo sola —rogó con suavidad—. Te prometo que le preguntaré por el espíritu de Lot.

Sorprendentemente, Morgause aceptó la idea sin protestar. Gwenn se dio cuenta de que, en el fondo, a su tía le asustaba la perspectiva de tener que enfrentarse con el alma de una difunta. Quizá volvería a insistir más tarde, pero, de momento, aquella solución le bastaba.

Como no quería arriesgarse a que nada saliese mal, Gwenn eligió las mismas condiciones para su segundo intento de invocación que en el primero. Esperó a que fuese noche cerrada y a que todos en la fortaleza se hubiesen retirado a descansar para dirigirse, una vez más, al cementerio.

En esta ocasión, los centinelas ni siquiera se molestaron en darle el alto. Gwenn dedujo que Morgause los había instruido para que no la molestaran.

Hacía exactamente siete días desde su anterior visita al panteón de Dana. La lluvia había barrido los últimos restos de nieve, dejando el paisaje encharcado y desapacible. Una densa niebla sofocaba el bosquecillo de árboles invernales, amortiguando con sus gasas blancas la densa negrura de la madrugada sin luna. La humedad hacía que el frío se filtrase hasta los huesos y los despertase con sus dedos afilados. Era mucho peor que la noche de la nevada.

Gwenn llegó jadeante al umbral del panteón y se detuvo a tomar aliento. Dentro, todo estaba exactamente igual que una semana atrás. La sencilla lápida combada en el centro, los muros sumidos en las tinieblas, la bóveda apenas visible... Esta vez, Gwenn tenía desde el principio en la mente el rostro cambiante de su antepasada, así que dejó que su semblante se dibujase en su imaginación y fuese cobrando vida poco a poco. Sin tratar de apresurar el proceso, alternó las visiones de Dana con las de su propio reflejo. Se concentró en sus deseos, en lo que quería. Necesitaba respuestas de la dama, y estaba dispuesta a cumplir a cambio lo que había prometido. La llevaría a Ávalon, aunque eso le costase un enfrentamiento con la mismísima Viviana.

Pero antes, Dana tenía que esforzarse en ayudarla. Tenía que encontrar la forma de dar con Arturo.

Abrió los ojos, tranquila, concentrada en lo que estaba haciendo, y vio que la lápida comenzaba a transformarse sutilmente una vez más, mudando su opaca superficie blanca en un terso espejo.

Sin perder la serenidad, Gwenn avanzó un paso para mirarse en aquella extraña

superficie. Se vio a sí misma borrosa y oscura, el rostro muy blanco enmarcado en su peinado de trenzas y cabellos sueltos. Los labios entreabiertos, los ojos expectantes...

¿Cuánto tiempo estuvo así, contemplando su propio reflejo?

Como nada ocurría, decidió repetir el nombre que espontáneamente había surgido de sus labios en la primera ocasión.

—Dana, soy Morwen. Morwen. Yo te invoco —dijo con firmeza.

Notó que la plateada superficie de la lápida se removía. Se inclinó levemente hacia delante, para ver mejor.

Cuando las ondas de plata se calmaron, volvió a mirar dentro del espejo. Pero esta vez no encontró nada..., ni siquiera su propia imagen.

Capítulo 8

El trayecto de regreso al muro se prolongó tres días más de lo que habían previsto. En parte se debió a la nieve y la lluvia de las últimas semanas, que había vuelto impracticables muchos caminos. También influyó el progresivo acortamiento de los días, pues se aproximaba el solsticio de invierno. Pero además de aquellos factores, hubo otros sucesos que contribuyeron a retrasarlos. En las inmediaciones de Eidyn salió a su encuentro un grupo de campesinos desharrapados, hombres, mujeres y niños que habían abandonado su aldea porque, según decían, una lluvia roja se abatía sobre ella cada tarde. Convencidos de que sobre su pueblo pesaba un hechizo, querían que la reina, como heredera del linaje de hechiceras que habitaban la nave de piedra, lo visitase para desencantarlo. Gwenn tuvo que negarse para no dar alas a aquellos rumores que, cada vez con mayor insistencia, la asociaban en las tierras altas con la magia y las artes oscuras. Después de todo, no tenía nada que ganar atendiendo la petición de los aldeanos: si la lluvia roja cesaba, le atribuirían a ella el cambio, y la fama de sus poderes se extendería. Si, por el contrario, las lluvias seguían, se extendería el rumor de su fracaso. El primer escenario acrecentaría el miedo de sus súbditos hacia ella, algo que le repugnaba. El segundo debilitaría su imagen, cosa que no le interesaba tampoco. Decidió, por lo tanto, pasar de largo..., aunque internamente le habría gustado contemplar con sus propios ojos la lluvia de color sangre que tanto había asustado a aquellas gentes.

No fue el de la lluvia roja el único prodigio que llegó a sus oídos durante el viaje de regreso al muro Antonino. En una venta en la que hicieron alto una noche, les contaron que, apenas una semana antes, las paredes habían amanecido pobladas de lagartos intensamente verdes. Los mozos de cuadra los habían cazado, y se rumoreaba que la dueña de la venta había hecho un guiso con ellos. Al día siguiente no volvieron a aparecer. Resultaba imposible explicar aquel suceso en términos racionales, teniendo en cuenta que se encontraban en los días más crudos del año y que ningún reptil habría salido de su escondite en aquellas condiciones. Y en otra posada les hablaron de una rueca que había hilado sola toda la noche. Parecían cuentos de terror de los que las viejas narraban a la luz del fuego del hogar en la noche de Samhain, cuando, según la tradición, se abrían las puertas del Otro Lado. Sin embargo, quienes habían presenciado aquellos sucesos los relataban con una riqueza de detalles y un miedo soterrado que ningún narrador de historias ficticias habría podido reproducir.

La escalada de prodigios culminó la mañana en la que Enid perdió la voz. Fue entonces cuando Gwenn se empezó a asustar.

No se trataba de una afonía que amortiguaba los sonidos que brotaban de sus labios. Sencillamente, la muchacha era incapaz de emitir ningún sonido. La angustia

que reflejaban sus ojos era estremecedora. Por más que Gwenn la abrazaba e intentaba tranquilizarla, el terror de aquellos ojos no se disolvía. Y lo más extraño era que Erec se culpaba de lo sucedido. Devastado, le contó a la reina la discusión que había mantenido con su esposa aquella misma mañana. Por lo visto, él había empezado quejándose de que su servicio a la corte lo mantenía apartado de sus antiguos compañeros de armas, y ella le había recriminado su inmadurez al querer mantener unas relaciones de camaradería que no beneficiaban a nadie. Por lo visto, o así al menos lo recordaba Erec, Enid había utilizado palabras hirientes, y él, como respuesta, había expresado en voz alta su deseo de que no le volviese a hablar nunca. No podía ser una coincidencia que pocas horas más tarde su esposa hubiese perdido la voz. No era razonable pensarlo... Pero la otra posibilidad resultaba aún más absurda. ¿Las palabras de Erec habían actuado como una maldición? No tenía sentido.

Lo peor de aquellos desconcertantes sucesos era la impotencia que sentía Gwenn ante ellos. Cuando la gente acudía a ella para contárselos, lo hacía con la secreta esperanza de que ella pudiese explicar lo sucedido, deshacer la anomalía y devolverlos a su vida cotidiana de siempre. Pero ella no podía; ni siquiera comprendía por qué se producían aquellos prodigios. Lo único que tenía para enfrentarse a ellos era la explicación que le había dado Dana: el Grial los provocaba. Britannia ya no lograba contener su poder. Sin embargo, ¿de qué le servía aquella información? No sabía lo que era el Grial ni dónde encontrarlo. No sabía qué se podía hacer para que Britannia volviese a proteger al mundo de su magia.

Estaba deseando llegar a Camelot y contarle a Merlín todo aquello para ver si él tenía alguna idea sobre lo que debían hacer.

No obstante, a pesar de su impaciencia, a su llegada al muro tuvo que resignarse a hacer una parada de un par de semanas. Su séquito, parte del cual había permanecido esperando en la fortaleza de *sir* Lac, necesitaba reorganizarse y reunir vituallas para el viaje. Y además, estaba el asunto de Enid. No se sentía capaz de arrastrarla a la corte, lejos de su familia, en aquellas condiciones.

Para complicar aún más las cosas, al día siguiente de su llegada al muro, la nieve volvió a caer durante toda la jornada, tan copiosa que al atardecer alcanzaba sobre el terreno una altura de dos pies. Habría que esperar a que limpiaran los caminos para abandonar la fortaleza..., y hasta que eso ocurriera, ella y su séquito estarían atrapados.

Gwenn tuvo que hacer un gran esfuerzo para no mostrar su desazón ante *sir* Lac y su familia. Odiaba aquella sensación claustrofóbica de estar enjaulada en medio de la nieve, pero era consciente de que no debía dejarse llevar por la impaciencia. Al fin y al cabo, peor habría sido que una nevada semejante los sorprendiera en plena ruta.

La inacción de aquellos días de espera la agotaba más que una larga jornada a caballo. Como no tenía nada que hacer, su mente no dejaba de darle vueltas a su último intento de conexión con Dana. ¿Por qué la dama no había acudido esta vez?

En su único encuentro a través del espejo habían llegado a una especie de pacto. Dana le proporcionaría información sobre Arturo y ella, a cambio, la llevaría a Ávalon. ¿Por qué Dana no había cumplido su parte?

A Gwenn solo se le ocurría una explicación: su antepasada no había hallado ninguna noticia que ofrecerle sobre Arturo. Por eso no había respondido a la invocación: no tenía nada que contar. Y eso solo podía significar una cosa: se había hecho falsas ilusiones. Arturo no estaba vivo, había muerto realmente en el incendio.

Era la conclusión lógica, y, sin embargo, Gwenn se resistía a aceptarla. Desde la revelación de su madre en la fortaleza de Morgause, se había ido convenciendo progresivamente de que su marido seguía con vida. El problema era que Arturo no quería que ella lo encontrase. Había huido de Camelot, había renunciado a la corona..., todo para librarse de ella.

Una noche, dos días después de la gran nevada, Gwenn se despertó en la oscuridad con una idea que parecía habersele ocurrido en sueños. Si Dana no quería darle respuestas, ¿por qué no recurrir a Nimúe? Su antigua mentora le había enseñado cómo comunicarse con ella siempre que lo requiriese. Solo tenía que utilizar el conjuro de la Mano Vacía. Sabía que era peligroso, pero ya lo había empleado en alguna otra ocasión. ¿Por qué no intentarlo de nuevo?

Le costó concentrarse, porque los acontecimientos de las últimas jornadas la habían debilitado mucho. Por fortuna, su instinto había memorizado cada paso del ritual que podía tender un puente entre Nimúe y ella: primero tenía que recrear con el pensamiento el jarro que utilizaría. Debía sentir su peso, la aspereza de su superficie, el leve gorgoteo del agua en su interior. Después debía inclinar el recipiente para verter el agua en el suelo. Y solo entonces, al final, dejaría que el asa se deslizase de su mano y que el jarro se estrellase en el suelo.

En el mismo momento en que oyó el eco de bronce de la arcilla al quebrarse, vio a Nimúe sentada a los pies de su cama.

—Gwenn, querida —saludó en un susurro—. ¿Te encuentras bien? Estaba preocupada por ti.

Gwenn balbuceó a su vez un saludo. No esperaba unas palabras tan acogedoras en labios de la fría dama de Ávalon. No eran propias de ella... ¿O sí lo eran?

Observó el rostro de su maestra y la encontró extrañamente rejuvenecida, como animada por una luz interior que no recordaba haber visto nunca en su rostro.

—Tú parece estar muy bien —observó.

Nimúe sonrió.

—Lo estoy. A pesar de que los tiempos son difíciles y de que, como todos, estoy asustada. La magia se extiende, niña. Y es una magia inhumana, sin propósito, algo que ni tú ni yo podemos controlar.

—Lo sé. Lo he visto. Y sé que es por culpa del Grial.

Nimúe se mostró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Dana me lo dijo.

Nimúe entreabrió los labios, pero tardó un momento en hallar las palabras para responder.

—No es posible —murmuró—. Dana está muerta.

—No. Al parecer no lo está. Ha envejecido horriblemente, eso sí.

—¿Dónde la encontraste?

—No la he visto cara a cara. Fue a través de una invocación, en el cementerio de la fortaleza de Morgause, donde descansa su tumba vacía.

—¿Cómo puede ser? Ninguna de mis hermanas sabía que estaba viva, tengo absoluta certeza de ello. Nos engañó a todas.

—Ella, sin embargo, parecía bastante informada sobre vosotras. Me contó que estabais planeando huir. Dejar Ávalon para siempre. ¿Es cierto?

El rostro de Nimúe se ensombreció.

—Es cierto. Es más que cierto. No se trata de un plan, Gwenn. Está hecho. Se han ido.

Gwenn la contempló desconcertada.

—No entiendo —dijo—. Entonces, ¿por qué estás tú aquí?

La expresión de Nimúe se suavizó un tanto.

—Porque he elegido quedarme. Como tu antepasada. Y por las mismas razones. Debí dejar de luchar contra mis sentimientos hace mucho. Mi resistencia ha traído tantos males... Pero, al menos, ahora estoy segura. Me he quedado. Con Merlín.

Muda de sorpresa, Gwenn trató de procesar la información.

—Espera —acertó a decir al cabo de un momento—. Creía que tú y él erais enemigos.

—Lo éramos. Nos odiábamos encarnizadamente. Y al mismo tiempo..., nunca hemos dejado de amarnos. Por eso nos hemos hecho tanto daño.

—Es una forma un tanto extraña de entender el amor.

Nimúe sonrió con tristeza.

—¿Qué quieres? Yo no soy como vosotros. Me ha costado aceptar un sentimiento que me volvía tan vulnerable. Pero está hecho.

—Te has quedado. Y las demás se han ido... ¿Todas? ¿Incluida Viviana?

—Todas. Tenían miedo. El Grial es una amenaza especialmente para nosotras.

—Pero ¿por qué? ¿Qué es realmente? ¿Cómo funciona?

Nimúe arqueó las cejas.

—No lo sabemos —confesó—. Por eso no sabemos cómo defendernos de él. Y cuando su efecto se dejó sentir en Ávalon..., mis hermanas se aterrorizaron. Decidieron no correr riesgos.

—¿Y adónde han ido? —preguntó Gwenn.

—Eso no puedo decírtelo —replicó Nimúe con firmeza—. Al fin y al cabo, siguen siendo mis hermanas. Les debo cierta lealtad. Pero sí puedo decirte algo que quizá te interese saber. Después de que ellas abandonaran Ávalon, alguien llegó para

protegerlo. No sé quién es, pero sí sé que su presencia ha acabado con los prodigios en la isla y ha tendido puentes al otro lado de la niebla. Dicen que su aspecto es el de un hombre sencillo... Se hace llamar «el Rey Pescador».

Capítulo 9

—Entonces, ¿no nos dirigimos a Camelot? —Erec parecía no haber digerido las órdenes que acababa de recibir de su reina—. Pero ¿por qué?

Gwenn reprimió una sonrisa. La espontaneidad del picto, aunque poco respetuosa, resultaba siempre refrescante.

—He dicho que yo no voy a Camelot, pero no voy a obligar a mi séquito a seguir mis pasos. Me bastará con una pequeña escolta para el viaje que voy a realizar. Y en cuanto a mis motivos, prefiero guardármelos, si no os importa.

—Perdonadme, pero después de lo que le ha ocurrido a Enid por mi culpa no pienso abandonar vuestro séquito por mi propia voluntad. Ella no lo querría. Nuestra discusión surgió por eso.

—No hables de ella como si estuviese muerta —replicó Gwenn—. Se recuperará. Y además, sea cual sea la razón de su dolencia, estoy segura de que no tiene ninguna relación con vuestras decisiones, Erec. Quedaos con Enid en el muro hasta que se restablezca. O, si ella lo prefiere, partid juntos a Camelot. Me reuniré allí con vosotros cuando termine mi misión.

—¿Y qué misión es esa? ¿Adónde vais, Majestad?

Gwenn le miró a los ojos unos segundos antes de contestar.

—A Ávalon —repuso por fin.

Erec chasqueó la lengua, un gesto del que se arrepintió de inmediato.

—Perdonadme, Majestad, no he podido evitarlo —se disculpó—. Pero Ávalon... es territorio prohibido. No se puede entrar.

—Yo sí puedo. Ya lo he hecho en otras ocasiones. Os ruego que me organicéis una escolta para que me acompañe hasta las orillas del lago y me espere allí.

—Lo haré, y yo me pondré a la cabeza junto con Enid, si quiere acompañarnos —dijo Erec inclinándose profundamente—. Dadme un día para los preparativos. Partiremos pasado mañana al amanecer.

Erec cumplió su compromiso, y al alba del segundo día después de aquella conversación Gwenn partió con más de la mitad de su séquito en dirección a Ávalon mientras la otra mitad ultimaba sus preparativos para regresar a Camelot. El tiempo era gélido y las jornadas cortas, pues anochecía muy pronto, pero aun así se las arreglaban para avanzar a buen ritmo en dirección sur. Erec enviaba cada día un destacamento por delante de la comitiva principal para buscar alojamiento y preparar el recibimiento de la reina. Sin buscar lujos ni excesivas comodidades, ninguna noche les faltó un buen fuego ni una cama decente para dormir.

Habían previsto que el viaje durase dos semanas, pero se prolongó tres días más debido al rodeo que tuvieron que dar a la altura del río Trent. Una crecida había arrastrado el puente de Stoke, y el nivel del agua impedía vadear el río, por lo que

tuvieron que dar un largo rodeo hasta encontrar un paso practicable.

El retraso hizo que la llegada a Ávalon coincidiese exactamente con el solsticio de invierno. Alrededor del lago, los campesinos habían prendido los troncos de Yule, y las hogueras alzaban sus penachos de luz contra el cielo gris oscuro del anochecer. Se trataba de un día mágico según las antiguas creencias, y ese año, en particular, las gentes habían puesto más esmero que de costumbre en las celebraciones. Todos querían purificarse de sus faltas y de ese modo librarse de los prodigios que se estaban produciendo en todos los rincones del reino.

Concentrada en su objetivo, Gwenn había tratado durante el viaje de no prestar atención a aquellas anomalías que amenazaban con rasgar el tejido del velo. Aun así, no había podido sustraerse a las historias sobre búhos que hablaban, árboles asesinos o jabalíes de dos cabezas. Era comprensible que la gente estuviese asustada. Pero ella no tenía tiempo para calmar sus temores. Necesitaba llegar a Ávalon cuanto antes. Necesitaba ver al Rey Pescador.

Desde el momento en que Nimúe le contó la historia tuvo una intuición. Aquel rey sencillo, solitario y sin corte era el único capaz de evitar que las anomalías de Britannia se extendiesen a la isla de Ávalon. Solo alguien que conociese a la perfección el lenguaje del velo podía ser capaz de semejante hazaña. Y ese alguien no podía ser otro que Arturo.

Estaba tan ansiosa por comprobar su teoría que de buena gana habría zarpado hacia Ávalon la noche misma de su llegada al lago. Le costó un gran esfuerzo obligarse a actuar con racionalidad y aceptar que no resultaría seguro navegar antes de la aurora. Siguiendo el consejo de Erec, aceptó el alojamiento que les habían ofrecido los dueños de una rica granja de las inmediaciones y se obligó a sí misma a acostarse temprano. Aun así, no consiguió dormir en toda la noche.

Se levantó agotada al rayar el alba y se vistió con ropa de viaje. Tal y como había acordado la víspera con sus anfitriones, un muchacho la aguardaba en las cocinas para guiarla hasta el embarcadero.

Llegó al lago justo en el momento en el que el sol arrancaba los primeros destellos de la superficie del agua. Dejó que el niño la ayudase a descender al bote de madera que la noche anterior habían dejado dispuesto para ella, se sentó en la popa y empuñó los remos.

No tuvo que esforzarse mucho para alejarse de la orilla. Los remos parecían deslizarse solos, y sus brazos se movían siguiéndolos, más que guiando su trayectoria.

Mientras se adentraba en las aguas brumosas recordó las otras ocasiones en que se había atrevido a ir a la isla, y la asaltó una aguda desazón. A pesar de todo lo que le habían hecho, le entristecía pensar que las damas habían abandonado Ávalon. ¿Qué era aquel lugar sin ellas? Las damas lo habían convertido en el refugio sagrado que todos veneraban. Lo habían considerado su hogar. ¿Cómo era posible que hubiesen decidido dejarlo así, sin más?

Una pesada somnolencia empezó a apoderarse de ella a medida que avanzaba hacia la isla. No opuso resistencia, y en pocos minutos se quedó dormida.

Cuando despertó, la barca había encallado en una ribera arenosa. Por un momento creyó que había perdido el rumbo y que había regresado sin darse cuenta a la orilla de Glastonbury; pero enseguida notó la tibieza del aire, impropia de una mañana de invierno. El cielo tenía una luminosidad dorada, y el sol hacía brillar las manzanas rojas que colgaban de unos árboles cercanos. Ávalon, el huerto prohibido..., el jardín mágico donde las damas se habían mantenido inmutables durante siglos.

Comenzó a caminar sin rumbo, segura de que sus pasos la llevarían, antes o después, hasta Arturo.

Mil veces había representado en su mente la escena del encuentro. La había visualizado de muchas formas distintas. En algunas ocasiones, Arturo la abrazaba en cuanto la veía. En otras, ella se arrodillaba para pedirle perdón. Ambas escenas tenían para ella, sin embargo, la textura borrosa de la irrealidad. En cambio había una visión que siempre se le aparecía con nitidez: Arturo y ella frente a frente, mirándose, sin moverse, manteniendo la distancia, incapaces de tocarse. Así sería su encuentro, estaba convencida. Y aunque incluso imaginarlo le resultaba doloroso, deseaba con desesperación que el momento llegara. Que llegara y que pasase, quizá.

Creó verlo, a Arturo, al salir a un claro del bosque que ofrecía una amplia perspectiva de la ribera. Un pequeño bote de madera despintada se balanceaba a poca distancia de la costa, y en su interior un hombre pescaba, adormilado.

Tenía que ser él. Tenía que ser el Rey Pescador...

Descendió trotando por la pared de roca que caía en una pronunciada pendiente sobre la playa. Al llegar abajo, volvió a mirar hacia la barca. Estaba vacía. Alzó la vista hacia el acantilado, buscando un lugar por el que ascender de nuevo, cuando vio el castillo. Era una construcción pequeña, de piedra oscura, con una torre octogonal en una de las esquinas. Se erguía muy cerca de la orilla, solitaria y altiva como un faro.

Gwenn sintió que se le aceleraba el pulso. Tenía que ser allí.

Subir le costó más de lo que había previsto. En aquel lugar era fácil perder la noción del tiempo, pero cuando llegó a la explanada de roca donde se erguía el castillo, el sol ya había comenzado a declinar en el horizonte.

Encontró el puente bajado y el portón abierto. El patio de armas era un recinto en forma de trapecio, con el suelo cubierto de arena rojiza. Desde allí pudo acceder a la torre, donde descubrió un vestíbulo con un fuego encendido y las paredes forradas de libros centenarios. En una mesilla descansaba una esfera que representaba el firmamento con todas sus constelaciones. Se acercó a mirarla. Junto a ella, observó un pergamino de agua, una placa metálica con clavijas e hilos de cobre y otros artefactos propios de alquimistas.

—Es él —dijo en voz alta—. Está aquí.

Como una exhalación, se lanzó a registrar el resto de la construcción. Encontró un

dormitorio sencillo al subir las escaleras y, en un tramo superior, una especie de observatorio con largos tubos metálicos que apuntaban hacia el cielo desde las claraboyas. Todo parecía limpio y recientemente usado, pero no había ni rastro de presencia humana.

Descendió de nuevo al patio. Inspeccionó las cocinas y comprobó que los rescoldos del hogar se hallaban fríos. En los establos no había ningún caballo, pero olía a estiércol. El lugar estaba habitado, o lo había estado hasta hacía poco. Habitado por un alquimista... que solo podía ser su marido.

Agotada de recorrer inútilmente corredores y escaleras, salas abovedadas, graneros y almacenes, decidió finalmente darse por vencida. Allí no había nadie, estaba claro. Quizá el edificio perteneciese a las damas de Ávalon; por eso se veían signos de habitación reciente, y por eso ahora se hallaba vacío.

No tenía sentido seguir buscando.

Exhausta, regresó al puente y lo atravesó en la dirección de salida. Más allá de la muralla, el crepúsculo incendiaba de rosa las rocas de la orilla. Las brumas se habían despejado, y se veía el horizonte con claridad. Agua, nada más que agua... No se alcanzaba a distinguir la otra orilla.

Gwenn volvió a descender hasta la playa donde había creído ver al Rey Pescador. La barca seguía allí, vacía, balanceándose en la luz del atardecer.

Instintivamente, se volvió. Quería contemplar por última vez el pequeño castillo abandonado antes de buscar la forma de salir de la isla.

Solo que el castillo no estaba allí. Había desaparecido...

En su lugar se erguía una colina herbosa cuya silueta se recortaba, aislada, contra la oscuridad del cielo.

LIBRO II

El Caballero Verde

Capítulo 10

La nieve en las cumbres de los montes Eryri ofrecía un vibrante contraste con el verde esmeralda de la hierba que cubría sus laderas. Lance se distrajo un instante contemplando aquel luminoso paisaje invernal mientras Gawain examinaba las patas de su caballo Gringolet. Caballo y jinete acababan de sufrir una aparatosa caída, después de que un gato montés se les atravesase a toda velocidad en el camino.

—Gringolet está bien —anunció Gawain en tono de alivio—. Creí que se había hecho daño en una de las patas traseras, pero no. Podremos continuar.

Desde lo alto de su yegua negra, Lance observó a su compañero con preocupación. Acababa de notar que cojeaba del pie izquierdo.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Estás bien?

Gawain evitó su mirada.

—Solo es una torcedura. No tiene importancia.

Lance desmontó y lo agarró en el mismo momento en que él se disponía a subir de nuevo a su caballo.

—Gawain, hay que mirar ese pie. Si la lesión es grave, habrá que vendarlo... y necesitarás reposo.

Gawain se encaró con él. Sus ojos claros reflejaban una mezcla de dolor e impaciencia.

—Oye, no tengo tiempo para eso. ¿Sabes qué día es hoy? La víspera de Yule. Siete semanas buscando y estamos como al principio. Ni una sola pista de ese maldito Caballero Verde. Falta menos de una semana para que termine el año... ¿No entiendes lo que significa?

—Lo entiendo perfectamente. Si no encontramos a ese individuo, sea quien sea, no podrás cumplir tu promesa —contestó Lance en tono sereno.

—Quedaré deshonorado para siempre —afirmó Gawain desprendiéndose con cierta brusquedad de la mano que le sujetaba—. Tendré que renunciar a volver a la corte. No podré volver a llamarme caballero.

—Gawain, estás exagerando. Ni siquiera sabemos con seguridad quién o qué era eso que se te apareció. Es posible que fuese un espejismo, una anomalía de Britannia. Puede que no exista realmente ningún adversario con el que te tengas que medir.

—Me da igual. Yo di mi palabra. Me comprometí a buscarlo. Y, sea quien sea, tengo que ofrecerle la oportunidad de devolverme el golpe que yo le di. Además, estoy seguro de que no era un espejismo. Tú no estabas allí: no viste la sangre brotando de sus arterias seccionadas, la columna vertebral limpiamente cortada, la cabeza en el suelo...

Gawain se interrumpió, y Lance notó que se estremecía.

—Por eso mismo es imposible que fuese real —insistió Lance—. Nadie puede

seguir con vida después de que le corten la cabeza.

Habían mantenido aquella conversación muchas veces a lo largo del viaje, sin llegar jamás a un acuerdo.

Cojeando, Gawain se desvió hacia el borde del camino. Se sentó con las piernas cruzadas y, de un tirón, se sacó la bota del pie dañado. Su mueca de dolor lo decía todo.

Lance ató los caballos a un roble de los que bordeaban la carretera, y después fue a sentarse junto a él.

—A lo mejor deberías dejarme —gruñó Gawain—. Esta búsqueda solo me concierne a mí. Podrías ser tú el que está espantando a ese caballero.

—Me da lo mismo. Le prometí a la reina que no te dejaría solo en esta empresa, y no pienso incumplir mi promesa.

Gawain se había quitado la media y estaba observando con estupor el tobillo hinchado y amoratado. Durante unos instantes se olvidó de contestar, pero finalmente lo hizo.

—Siempre la reina —murmuró—. Siempre Gwenn. ¿Cuándo vas a dejar de bailar a su alrededor y de besar el suelo por donde pisa?

Lance lo miró con un brillo de advertencia en los ojos.

—No sigas por ese camino —dijo—. Soy un caballero de Camelot, le debo obediencia a Su Majestad, igual que tú.

—Lance, por toda la flota sajona, deja de ser tan hipócrita, al menos conmigo. ¿Crees que no sé que te acuestas con mi prima?

Lance le sostuvo la mirada un segundo. Después la desvió hacia la hierba húmeda, al tiempo que su mano derecha arrancaba con rabia un puñado de briznas.

—Ojalá fuese cierto eso —dijo en tono amargo—. Ni siquiera es verdad.

Gawain levantó la vista de su pie hinchado y lo miró sorprendido.

—¿En serio? —preguntó—. ¿No te acuestas con mi prima?

—He estado con ella seis veces desde que murió Arturo.

Gawain arqueó las cejas.

—Vaya. Las tienes contadas.

—No es muy difícil hacer las cuentas. ¿Y sabes lo peor de todo? Lo peor es que cada una de las veces ella se ha arrepentido. Ni siquiera intenta disimular, ocultármelo... Me tiene semanas, meses esperando, y después, cuando al fin se decide a abrirme su puerta, apenas me concede unas horas. Luego vuelve a rehuirme. Me deja destrozado. Es una pesadilla, ¿sabes? Es tan insoportable que no sé si quiero que vuelva a ocurrir.

—No lo entiendo —admitió Gawain—. Ahora que Arturo no está, ella podría hacer lo que quisiese. ¿Qué le pasa contigo? Que está enamorada de ti es evidente, todo el mundo lo sabe en la corte.

—No sé lo que siente por mí, pero es algo de lo que se avergüenza.

Los dos caballeros guardaron silencio durante unos instantes. Lance se fijó en el

pie magullado de Gawain.

—Ese tobillo necesita un vendaje —observó—. Puedo intentar hacerte uno, aunque no es mi especialidad.

—¿Nunca has pensado en casarte con ella? —preguntó Gawain ignorando el ofrecimiento.

Lance sonrió. Su vista se perdió en la blancura de las montañas, tan remota bajo el intenso azul del cielo.

—No hay un solo día que no lo piense —confesó—. Pero eso nunca ocurrirá. Si alguna vez me atrevo a proponérselo, ella me dirá que no.

Gawain volvió a ponerse la media. Al deslizarla sobre el tobillo se le escapó un gemido de dolor.

Antes de calzarse la bota, miró a su compañero.

—Gwenn tiene una idea muy extraña sobre su papel en Britannia —comentó—. Cree que reinar es una especie de misión sagrada que Arturo le dejó encomendada antes de morir. Y le da tanto miedo no estar a la altura que no se atreve a ser ella misma. Claro, eso te afecta a ti.

—De todas formas, Gawain, yo no podría ocupar el lugar de Arturo en el trono. Soy un advenedizo sin nombre ni linaje, ni el pueblo ni los nobles me aceptarían. Y además, yo nunca he querido ser rey.

Gawain suspiró.

—Pues entonces tu historia con Gwenn no tiene mucho futuro, porque ella jamás renunciará a ser reina —dijo mientras se encajaba la bota de un tirón—. Bueno, ¿qué...? ¿Seguimos? Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Lance se puso en pie. Sabía que sería inútil intentar disuadir a Gawain de continuar su búsqueda.

—Sigamos, pero a condición de que esta noche, cuando hagamos alto, busquemos a alguien que te vende ese tobillo.

Gawain soltó una risotada.

—Eso significaría tener que desviarse a una aldea para encontrar una posada, o buscar una granja... No hay tiempo, y lo sabes.

Desataron los caballos y montaron cada uno en el suyo. Una vez más, emprendieron la ruta.

—A lo mejor no sería una pérdida de tiempo, lo de buscar una aldea —dijo Lance después de un buen rato cabalgando en silencio—. Podrían darnos noticia del Caballero Verde, si es que ha pasado por estas regiones. Por este camino y en estas fechas no es probable que nos crucemos con nadie. Sería un milagro que encontrásemos alguna pista útil.

—No lo entiendes —replicó Gawain—. Ya no se trata de buscar pistas, a estas alturas. Él no dejará ningún rastro si no quiere que lo encontremos. Y si lo quiere..., entonces, da igual por dónde vayamos. Se hará encontrar.

Acababan de doblar un recodo del camino, accediendo a un panorama de valles y

colinas que hasta entonces quedaba oculto por el bosque de robles.

—Pues, si quiere hacerse encontrar, ese podría ser un buen sitio —dijo Lance, y señaló un pequeño castillo de piedra oscura que se recortaba sobre el fondo de la sierra—. Mira eso. Si la vista no me engaña, sale humo de las chimeneas. Significa que hay gente viviendo ahí, y en un lugar tan apartado como este, solo puede tratarse de un valvasor. Le pediremos refugio. Quién sabe... A lo mejor es capaz de darnos esa pista sobre el Caballero Verde que tú crees no necesitar.

Capítulo 11

Visto de cerca, el castillo no resultaba, ni mucho menos, tan modesto como Lance se lo había imaginado. Lejos de encontrarse ante una destartada fortificación de frontera, la construcción que se alzaba ante ellos parecía cuidadosamente diseñada y atendida con esmero. Centinelas de librea púrpura recorrían disciplinadamente el adarve sobre el portón principal, y a ambos lados, dos torres cilíndricas rematadas por tejados de bronce desplegaban su magnífica arquitectura.

Para sorpresa de los dos viajeros, el puente levadizo descendió ante ellos antes de que les diera tiempo a entablar un diálogo con los soldados. Les estaban brindando el paso sin pedirles siquiera que se identificasen... Gawain miró a Lance con desconfianza.

—Tanta hospitalidad en estas regiones aisladas me parece sospechosa —comentó—. ¿Crees que podría ser una trampa?

—No lo sé —contestó Lance—. Cuando estemos dentro, lo averiguaremos.

Sin aguardar a que Gawain le respondiera, espoleó a su yegua y se lanzó al galope por el puente. Tuvo que tirar de las riendas con brusquedad al llegar al otro lado, pues toda una comitiva de escuderos, lacayos y mozos de cuadra los esperaba en el patio de armas.

En cuanto desmontó le ayudaron a despojarse de su armadura, y un paje se llevó su montura en dirección a los establos. Un criado entrado en años le indicó por señas que lo siguiera. De reojo, Lance comprobó que su compañero estaba siendo atendido de la misma manera que él.

—Os agradezco inmensamente vuestra acogida —le dijo Lance al hombre—. Y os ruego que me conduzcáis ante vuestro señor o señora, a quien deseo expresar cuanto antes mi gratitud. ¿Cuál es su nombre?

—Mi señor es Bertilak de Hautdesert, y nos ha ordenado que atendamos debidamente vuestras necesidades hasta que él pueda recibirlos. Esta noche se ofrecerá en el castillo un banquete para celebrar vuestra llegada, y en él tendréis ocasión de expresar vuestro agradecimiento a mi señor Bertilak y a su esposa.

Satisfecho con aquellas explicaciones, Lance se dejó conducir a los aposentos que le habían sido destinados. Después de aquel recibimiento, esperaba verse alojado con cierta comodidad, pero el cuarto que le habían asignado superaba con creces sus expectativas. Era tan amplio como la estancia que ocupaba en Camelot, y las paredes estaban cubiertas de lujosos tapices que representaban escenas de la caza de un jabalí. La cama, cubierta con un dosel escarlata, hacía juego con las colgaduras que protegían las ventanas, y los relieves que adornaban la chimenea parecían haber sido labrados por un artista de primera fila.

Asombrado, Lance observó los preparativos de dos jóvenes doncellas que estaban

vertiendo agua humeante de un jarro en una bañera de bronce a medias llena. En el agua flotaban pétalos de una flor anaranjada que emitían una dulce fragancia desconocida para él. Aunque nunca se había molestado en entender los refinamientos de la corte, Lance se dio cuenta de que buena parte de las agradables sensaciones que le invadían en aquella habitación se debían al influjo del velo de Britannia.

Observó con interés los vestidos de las dos muchachas: uno era de seda verde con bordados de oro; el otro, de finísima lana gris, con encajes blancos en las mangas. Solo en Camelot había visto ropajes semejantes... Eran tan delicados que habrían podido pertenecer a la propia reina. Las doncellas se retiraron con una reverencia justo en el preciso instante en el que entraba un paje para ayudarle a desvestirse. Todo parecía obedecer a una coreografía bien ensayada y ejecutada con absoluta precisión.

Poco acostumbrado a que le sirvieran, Lance respiró aliviado cuando por fin se vio solo en el interior de la bañera. El agua estaba tan caliente que le provocaba un delicioso hormigueo en la piel. Sus músculos, doloridos y agarrotados después de tantas jornadas interminables a caballo, comenzaron a relajarse de inmediato.

Cerró los ojos y dejó que sus pensamientos vagaran libremente. Casi le parecía irreal estar allí, en aquel castillo perfecto, cuando tan solo unas horas antes no aspiraba a otra cosa que a encontrar una choza de pastores abandonada para pasar la noche. ¿Quién sería aquel tal Bertilak de Hautdesert? Nunca había oído mencionar su nombre en la corte. Sin embargo, debía de tratarse de un caballero acaudalado, cuando podía permitirse vivir con tanta opulencia en mitad de aquel yermo.

Saltando de una idea a otra, volvió a pensar en la nitidez con la que se percibía el velo dentro del castillo. Resultaba desconcertante, porque desde que se habían internado en las regiones montañosas del norte de Gales, habían notado cómo el influjo de Britannia se iba difuminando poco a poco. ¿Cómo era posible que, de pronto, se manifestase con tanta intensidad como si estuviesen en Camelot? Tendría que preguntarle al señor del castillo cuando se lo presentasen.

Inevitablemente, la deriva de sus ensoñaciones lo condujo, como siempre, hasta Gwenn. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? La última vez que la había visto estaba ultimando los preparativos para partir hacia el país de Alba. Habían llegado noticias de que su madre se hallaba mortalmente enferma. ¿Qué habría ocurrido finalmente? ¿Estaría aún la reina en territorio picto? ¿Habría fallecido Igraine al final? Si al menos hubiese tenido una forma de hacerle llegar un mensaje, una carta para que ella supiera que, a pesar de la distancia, no la olvidaba ni una sola noche...

Poco a poco, la nostalgia lo fue sumiendo en un estado de duermevela del que solo salió al notar que el agua se estaba quedando helada.

Abrió los ojos y comprobó, sobresaltado, que había un criado distribuyendo velas encendidas por toda la habitación. Quizá era él quien le había despertado.

—Dejadme solo —le rogó—. Deseo vestirme.

El hombre señaló las ropas limpias que había dejado sobre la cama, y después se despidió con una profunda reverencia. Lance se envolvió en la toalla de terciopelo

que le habían dejado junto a la bañera y se acercó a inspeccionarlas. La camisa era del lino más blanco que había visto jamás, y las calzas, de un brocado tan brillante como si acabasen de traerlo de Oriente. Él nunca habría escogido ropas tan delicadas, pero al ponérselas tuvo que reconocer que aquel tacto suave estremecía la piel como una caricia.

Justo cuando estaba calzándose llamaron a la puerta.

—Podéis pasar —dijo, alzando la voz.

La puerta se abrió, y en el umbral apareció un hombre de gran estatura y rostro inteligente. Por su atuendo, Lance comprendió enseguida que se trataba del valvasor en persona.

Rápidamente se puso en pie y saludó con una breve reverencia a la que su anfitrión respondió con un gesto semejante.

—*Sir* Lance del Lago, es un gran honor para mí recibirlos en mi casa —dijo el caballero—. Mi nombre es Bertilak de Hautdesert, y quiero que desde este momento os sintáis entre nosotros como si estuvierais en vuestro hogar, y consideréis vuestro todo lo que es mío.

—No recuerdo un hogar más hospitalario que vuestro castillo, *sir* Bertilak, y por ello os doy las gracias —contestó Lance sonriendo—. En cuanto a vuestro ofrecimiento, aunque excesivo, lo interpreto como una expresión de vuestra generosidad, y prometo no abusar de su alcance.

Con una nueva reverencia, el anfitrión aceptó el cumplido.

—Acompañadme, si sois tan amable —añadió—. Mi esposa aguarda ya con *sir* Gawain en el salón de banquetes.

Lance siguió al valvasor a través de varios corredores y vestíbulos, hasta que llegaron hasta un salón de dimensiones medianas, iluminado por una docena de candelabros colocados a lo largo de las paredes.

Al verlos entrar, la dama que presidía la mesa se puso en pie y saludó con una rápida inclinación de cabeza.

—Os presento a *lady* Ann, mi esposa y la luz de mi vida —dijo *sir* Bertilak.

Lance se inclinó profundamente para saludar a la joven, que se había ruborizado ligeramente. Se trataba de una mujer de singular belleza, con un rostro exótico de marcados pómulos en el que destacaban los grandes ojos oscuros, aterciopelados como los de un ciervo.

Gawain, que ocupaba el asiento situado a la derecha de *lady* Ann, también se había puesto en pie al verlos llegar, y solo volvió a sentarse cuando Lance y *sir* Bertilak hicieron lo propio.

A una señal de la señora del castillo, los criados rodearon la mesa y comenzaron a servir toda clase de manjares en los platos. Las copas de cristal se llenaron de un vino oscuro y aromático. Empezaron a comer, y el disfrute de las sorprendentes combinaciones de sabores hizo que Lance casi llegase a olvidar las leyes de la cortesía. Llevaban tantos días subsistiendo con lo que cazaban o lo que podían

comprar en las escasas aldeas que iban atravesando, que aquel inesperado festín acaparó durante un buen rato toda su atención.

Fue Gawain quien rompió el silencio primero. Con la copa en la mano, la alzó hacia *lady Ann* y brindó por ella. *Sir Bertilak* y *Lance* lo imitaron, y la dama también alzó su copa. Los cuatro bebieron mientras se miraban unos a otros con ojos chispeantes.

—Perdonadme, *sir Bertilak*, pero ¿cómo habéis sabido nuestros nombres? —se atrevió a preguntar *Lance*—. En el puente, ni siquiera hemos tenido tiempo de decíselos a vuestros soldados.

—*Sir Lance*, aunque ni mi esposa ni yo frecuentamos la corte, estamos lo bastante informados como para reconocer a dos de los más afamados caballeros de Camelot. Llevamos una existencia sencilla en estas apartadas tierras, es cierto, pero conservamos la curiosidad por lo que ocurre en los círculos más cercanos al poder. Mi esposa, además, tiene un lejano parentesco con la reina.

Lady Ann asintió sonriendo, y *Lance* la miró con curiosidad. Tal vez fuese su imaginación, pero le pareció captar, en efecto, cierta semejanza entre las facciones de la dama y las de *Gwenn*.

Se dio cuenta de que *Gawain* también estaba escudriñando el rostro de su anfitriona, y algo en su expresión arrobada lo llenó de inquietud.

—No sé si *sir Gawain* os ha contado ya el motivo de nuestra presencia aquí —dijo, sintiendo que debía hablar para que su compañero dejase de mirar con aquella intensidad a la anfitriona—. Quizá vos podáis ayudarnos en la misión que nos ocupa.

—*Sir Gawain* me ha explicado de qué se trata, sí —confirmó *sir Bertilak*—. El Caballero Verde.

—¿Lo conocéis? —preguntó *Lance* sorprendido.

—Yo no diría tanto —repuso el valvasor—. Pero sí os puedo prometer que os ayudaré a dar con él antes de que se cumpla el plazo fijado. Sin embargo, no hay que apresurarse. *Sir Gawain* tiene el pie lastimado, y en esas condiciones no puede enfrentarse a ningún adversario. Permaneceréis bajo nuestro techo hasta que ese pie se haya recuperado. Y no admito objeciones... A partir de mañana, *sir Gawain* permanecerá en el castillo guardando reposo bajo el cuidado de mi esposa, que tiene ciertas dotes de sanadora. Y mientras tanto, *sir Lance*, vos y yo nos divertiremos... Preparaos para madrugar mañana, porque antes del amanecer saldremos a cazar.

Capítulo 12

Los cuernos de caza resonaron por tercera vez en la niebla del bosque, y *sir Bertilak* se lanzó a galopar tras los perros, que ladraban furiosamente. Por delante de ellos, los hombres se dispersaron, abriéndose en arco. Oyó algunas voces sofocadas que el valvasor acalló con un gesto. Un instante después comprendió el motivo: justo delante de ellos, entre dos árboles, surgió una bestia grande y oscura que pronto identificó como un jabalí.

El animal se detuvo un momento y bajó la cabeza, mostrando sus retorcidos colmillos. A Lance le pareció que su gruñido hacía temblar la tierra. Alzó el arco y se dispuso a disparar, pero, antes de que llegase a apuntar, el jabalí se arrojó contra el caballo de su compañero. *Sir Bertilak* obligó a su montura a aguardar inmóvil, y en el preciso instante en el que la embestida iba a producirse, clavó su lanza en el lomo de la bestia.

Lance oyó el crujido de la columna vertebral al romperse, el borboteo de la sangre que brotaba. El animal cayó al suelo de costado y comenzó a revolverse, furioso de dolor. *Sir Bertilak* saltó ágilmente del caballo, sacó un cuchillo largo de su cinturón y con un único y certero movimiento se lo clavó a la bestia moribunda en el corazón. El jabalí se agitó en una serie de convulsiones agónicas. Después dejó de moverse.

Alrededor de ellos estalló un coro de vítores. Los cazadores de Hautdesert rodearon a su señor, lo abrazaron, se rociaron el rostro unos a otros con la sangre del animal muerto. Era una pieza espléndida, uno de los ejemplares más grandes que Lance había visto en su vida.

De regreso al castillo comenzó a caer una fina lluvia, a través de la cual se filtraba el panorama esplendoroso de las cumbres nevadas de Yr Wyddfa. El cielo, a pesar de la lluvia, tenía un color azul verdoso que por momentos parecía irreal. Lance se preguntó si se debería al influjo del velo.

—Sois un gran cazador —dijo, adaptando el paso de su yegua al del caballo de su anfitrión—. Habríais disfrutado mucho en las grandes cacerías que organizaba Arturo.

—¿A Arturo le gustaba cazar? —preguntó *sir Bertilak* con curiosidad—. No me lo imaginaba. Por lo que se contaba de él, siempre lo tuve más bien por un alquimista.

—Un alquimista que se transformaba cuando estaba en una batalla, o en los bosques. La verdad es que no sabría decirlos si la caza le gustaba o no. Es posible que organizase las cacerías porque era su deber como rey proporcionar entretenimiento a sus caballeros. En todo caso, lo hacía bien. Tenía instinto y valentía, como vos.

—¿Lo conocíais mucho?

Lance sonrió con la vista fija en las montañas.

—Lo conocía un poco —dijo—. Bien, no. Dudo que nadie llegara a conocerlo

bien. Pero lo que sí puedo aseguraros es que fue un gran rey. Irradiaba entusiasmo. Contagiaba a todos los que le rodeaban.

—Murió demasiado pronto —murmuró *sir Bertilak*—. Lo dejó todo a medias. A veces pienso que habría sido mejor para Britannia que no hubiese llegado a reinar nunca.

Lance lo miró perplejo.

—¿Por qué decís eso? Nunca le había oído a nadie hablar así de Arturo. Ni siquiera a Aellas, el rey sajón. Incluso Dyenu lo admiraba.

Sir Bertilak asintió sin dejar de mirar al frente, hacia el camino.

—Sé que era un joven digno de admiración. Pero hasta los mejores se equivocan cuando actúan a ciegas. Transformar el velo como lo hizo, sin tener en cuenta las consecuencias..., fue una temeridad.

Lance meneó la cabeza, incapaz de comprender.

—No sé cómo podéis hablar de ese modo. Arturo extendió la protección del velo a los que más la necesitaban, que eran precisamente los que no disfrutaban de ella. ¿Qué tiene de malo su gesto? Acabó con los privilegios de algunos, es cierto. Pero al hacerlo mejoró Britannia para todos. Hasta los comerciantes de Corinium han terminado reconociéndolo.

—Los comerciantes de Corinium no saben nada —replicó el valvasor con repentina impaciencia—. Nadie sabe nada. Se comportan como niños jugando con espadas, ajenos al peligro. Pero ¿quién puede culparlos? Repiten los errores de sus antepasados porque no los conocen. Están condenados a caer en las mismas trampas..., una y otra vez.

El caballero espoleó su montura y se adelantó un poco a Lance. Era como si necesitase aquella explosión de movimiento para desahogarse.

Cuando Lance lo alcanzó, había recuperado su amable sonrisa.

—En realidad, yo soy quien menos debería quejarse por la osadía de Arturo, ya que me he beneficiado de ella —dijo.

—He notado que Britannia se manifiesta con una nitidez especial en vuestro castillo —observó Lance—. ¿Os referís a eso?

—Me refiero a eso, sí —contestó *sir Bertilak*. Pero Lance tuvo la sensación de que había algo más.

Durante el resto del trayecto interrogó al valvasor sobre los manantiales cercanos a su propiedad, buscando una explicación para aquella intensidad anormal del velo. Era de todos sabido que su influjo, a partir de los cambios introducidos por Arturo, se transmitía a través del agua... *Sir Bertilak* le contestó con ambigüedades, y Lance llegó a la conclusión de que, o bien no conocía las respuestas que le estaba pidiendo, o bien fingía ignorancia desplegando las dotes de un consumado actor.

Cuando llegaron al castillo, los hombres se llevaron el jabalí para despellejarlo y preparar la cabeza como trofeo. Ellos se retiraron a sus respectivos aposentos para asearse antes de la cena.

Ya en su habitación, Lance se dio cuenta de lo cansado que estaba. La excitación febril de la persecución y la caza habían desgastado todas sus energías. Tumbado en la cama, cerró los ojos y poco a poco se fue quedando dormido. No se despertó hasta que el criado de la víspera entró en la habitación para encender las velas.

De buena gana le habría ordenado que se retirase para seguir durmiendo. Pero la cortesía hacia sus anfitriones le obligaba a presentarse en la cena, aunque no tuviese demasiada hambre.

Se puso las ropas que le habían traído, y que eran tan lujosas como las del día anterior. Después abandonó la habitación sin esperar a que *sir Bertilak* acudiese a buscarle. Tenía curiosidad por saber cómo había pasado Gawain el día.

Al igual que la víspera, encontró a su compañero y a *lady Ann* en la sala de banquetes, aunque en esta ocasión aguardaban de pie.

Lance tuvo ocasión de observarlos un momento antes de que ellos advirtieran su presencia. Gawain tenía un codo apoyado en la chimenea y escuchaba arrobado algo que la dama le estaba contando. Desde que lo conocía, Lance nunca había visto en su rostro una expresión semejante de felicidad.

Turbado, carraspeó para hacerse notar. *Lady Ann* se volvió hacia él sonriente.

—*Sir Lance*, por fin —dijo, yendo a su encuentro—. Ya sé por mi marido que la jornada ha sido excelente. Sentémonos, os lo ruego. Estaréis exhausto y hambriento.

En ese momento entró *sir Bertilak*. Lance creyó captar la mirada que intercambiaba con su esposa antes de ir hacia Gawain y abrazarlo con una efusividad quizá excesiva.

—Mi buen amigo, ¿cómo os han tratado en mi ausencia? —preguntó—. Espero que me digáis que bien; de lo contrario me romperéis el corazón.

Gawain, con las mejillas encendidas, se apresuró a contestar que no había recibido mejor trato en toda su vida, lo que pareció agrandar extremadamente al valvasor.

La cena fue tan espléndida como la de la víspera, pero a medida que el tiempo pasaba la preocupación de Lance iba en aumento. Gawain no hacía el menor esfuerzo por ocultar su admiración hacia la esposa de *Bertilak*. Sus ojos no se apartaban de ella, y el fuego que ardía en ellos no admitía más que una interpretación: estaba loco por *lady Ann*, y no veía ni oía a nadie sino a aquella dama.

Tan inconveniente era su forma de mirarla, que Lance llegó a temer la reacción del señor de Hautdesert. En cualquier momento, *Bertilak* podía reprocharle a Gawain su falta de decoro y exigirle explicaciones. Para su alivio, sin embargo, descubrió que su anfitrión no tenía ningún deseo de entablar una disputa. Como si no advirtiese lo que estaba pasando, se encargó de mantener viva la conversación hasta los postres, mostrándose en todo momento alegre y expansivo.

La conducta de *lady Ann*, por otra parte, no resultaba menos sorprendente. Lejos de turbarse por la ardiente atención que Gawain le dispensaba, parecía estar disfrutando con ella. Prodigaba sus atenciones al caballero, devolvía los cumplidos y

contestaba con ingenio a sus apenas veladas insinuaciones. Por grotesco que pareciese, era evidente que coqueteaba con él ante los ojos de su marido. Era una situación tan incómoda que Lance se excusó en cuanto pudo para regresar a sus aposentos y huir de ella.

No entendía lo que estaba pasando. Jamás había visto a Gawain perder la cabeza por una mujer, y siempre le había hecho gracia su puntillosa formalidad en los asuntos de etiqueta. Que un hombre así se comportase como lo estaba haciendo no tenía, para él, explicación posible. La dama era muy bella, cierto, y según había podido comprobar Lance en los momentos que había pasado a su lado, irradiaba encanto e inteligencia. Pero eso no justificaba la conducta de su amigo. No había explicación posible... A menos que hubiese ocurrido algo entre los dos durante la jornada.

Decidido a averiguar la verdad, Lance abrió la puerta de su habitación y se dispuso a buscar la de su compañero. Por lo que le había dicho, debía de estar en aquella misma ala del edificio. Pensó en deslizarse hasta las cocinas para buscar a algún criado y pedirle que lo guiase; pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, oyó el chasquido de una puerta al abrirse.

Rápidamente, regresó a su cuarto, pero mantuvo la puerta entreabierta para espiar lo que ocurría en el corredor. La persona que había abierto la puerta era *lady Ann*; y, por el modo furtivo en que se movía, Lance comprendió que la alcoba que acababa de abandonar era la de Gawain.

Sin pensar en lo que hacía, Lance se precipitó tras ella. Si era una mujer inteligente, como parecía, tal vez le escuchase. Aquella relación era un despropósito y una afrenta al hombre que los había acogido en su casa. Tenía que lograr que *lady Ann* entrase en razón.

Ella debió de oír los pasos que la seguían, porque aceleró los suyos. Como una sombra, bajó silenciosamente las escaleras. Lance decidió que no valía la pena seguir ocultándose y fue tras ella. No quería asustarla; solo rogarle que prestase oídos a lo que le iba a decir.

Al llegar a la planta baja, la dama finalmente se detuvo. Después, con una lentitud que tenía algo de antinatural, se volvió y miró hacia lo alto de las escaleras.

Lance ahogó un grito y retrocedió espantado. La mujer que le estaba mirando tenía el rostro apergaminado y reseco de una anciana.

Capítulo 13

El primer impulso de Lance fue huir, pero resistió la tentación de hacerlo. Los ojos hundidos de la mujer se mantenían clavados en su rostro. Poco a poco, aquel semblante cetrino y surcado de arrugas fue recuperando su aspecto inicial, hasta convertirse una vez más en el de la *lady Ann* que él conocía.

—Esperad —le rogó la dama al ver que no se movía, y comenzó a subir a su encuentro—. ¿Qué habéis visto?

Lance tragó saliva.

—Más de lo que habría querido ver —confesó.

—Solo ha sido una visión —aseguró *lady Ann*, llegando a su altura—. Britannia está sufriendo cambios, las anomalías se multiplican. Pero no era real, ¿veis?

Había llegado a su encuentro, y le cogió las manos para llevárselas hasta su propia cara. Al darse cuenta de lo que pretendía, Lance intentó desasirse, pero la mujer lo sujetó con férrea tenacidad, y sus dedos terminaron rozando la piel de su mejilla.

Al tacto, la pie de *lady Ann* era tan suave y fresca como a la vista. Lance retiró la mano en cuanto pudo y continuó mirándola con una mezcla de horror y fascinación.

—¿No decís nada? —preguntó la dama, visiblemente nerviosa—. Los sentidos pueden confundirnos a veces. Olvidad lo que habéis visto, y, sobre todo, no se lo contéis a nadie. Os lo prohíbo.

—Señora, vos no sois quién para prohibirme nada. Mi deber es revelarles lo que he visto a Gawain. No sé qué le habéis hecho, pero no es el mismo desde que llegamos, e intuyo que es por vuestra culpa. Además, os he visto salir de su aposento, no lo neguéis.

La dama sonrió con indiferencia.

—¿Por qué iba a hacerlo? Estoy en mi casa, puedo salir y entrar de cualquier habitación si lo deseo. En cuanto a vuestro amigo, no os preocupéis por él. No le he hecho nada. Al menos, nada de lo que vuestras palabras dan a entender. No soy una hechicera, si es eso lo que creéis. Porque es eso, ¿verdad? Pensáis que he hechizado a Gawain, que le he administrado un filtro de amor o algo parecido. Por los dioses, no sé cómo podéis ser tan ingenuo. Esa clase de magia no existe.

—¿Y qué clase de magia es la que transforma a una hermosa joven en una anciana decrepita, para luego devolverle de nuevo la juventud? —preguntó Lance sin poderse contener.

Lady Ann lo miró con un brillo de advertencia en los ojos.

—No tratéis de entender lo que no cabe en vuestra mente. Y no le digáis nada a Gawain, os lo ordeno. De lo contrario, podría sufrir algún daño que lamentaréis.

—¿Estáis amenazando a mi compañero?

Lady Ann se encogió de hombros.

—Estoy explicándoos lo que pasará si no escucháis mis palabras.

—No lo permitiré. Sea cual sea el motivo de que lo tengáis embrujado, conmigo no funciona. Esta misma noche lo convenceré de que debemos partir, y mañana nos iremos.

—Si lo hacéis, Gawain no encontrará al Caballero Verde, y quedará deshonrado para siempre.

—¿Y qué garantías podéis darme de que quedándonos aquí será distinto?

—Todas —afirmó *lady Ann* con gravedad—. Mi esposo es un hombre de honor, y si ha prometido conducir a Gawain hasta el Caballero Verde, es porque va a hacerlo. De modo que ya veis, tendréis que guardaros vuestro pequeño secreto, al menos durante unos días.

—No os dejaré que sigáis jugando con sus sentimientos. Mañana permaneceré todo el tiempo con él, y no tendréis ninguna posibilidad de verlo a solas.

—Os equivocáis. Mañana acompañaréis a mi marido a cazar, como habéis hecho hoy. Si os negáis, Gawain morirá. Para vuestra tranquilidad, puedo aseguraros que vuestro amigo no corre ningún peligro serio a mi lado. Personalmente no tengo ningún interés en hacerle daño, al contrario. Es un joven cortés e inteligente que se ha ganado mis simpatías. Pero no os engañéis: esto es muy importante para mí, y si intentáis interponeros en mis planes, lo pagaréis, vos y él.

Lance sondeó el rostro de la dama tratando de entender lo que escondía.

—También podría hablar con *sir Bertilak* —dijo—. Me pregunto qué piensa él de vuestros tejemanajes.

—Lo último que debéis hacer es hablarle a mi esposo de todo esto. Él es lo único que realmente me importa. Os destruiré si le contáis algo.

—Es imposible que no se haya dado cuenta de que estáis intentando seducir a Gawain.

—Me da igual lo que crea, con tal de que no sospeche la verdad. Dejémoslo, me estáis haciendo hablar de más... Retiraos y no temáis. No soy la bruja que os habéis imaginado. Gawain saldrá con bien de todo esto... Y vos, si sois sensato, también.

De regreso en su cuarto, Lance resolvió hacer lo que la dama le pedía. No quería poner en riesgo la misión de Gawain por culpa de su desconfianza. Además, aquella aventura había tenido desde el principio un componente irreal. Tal vez el extraño juego de apariencias de *lady Ann* formase parte de la misma prueba que finalmente debía conducir a su compañero hasta el Caballero Verde. Era probable que todo estuviese relacionado..., y, de ser así, él no debía interferir en el desarrollo de los acontecimientos. Para que Gawain concluyese aquella búsqueda con éxito, debía ser él quien superase las pruebas que se le iban presentando en el camino. Tal vez, de un modo que Lance no acertaba a comprender, *lady Ann* formase parte de alguna de esas

pruebas... Decidió observar cómo se desenvolvían los hechos y actuar solo en caso de que no le quedase otra alternativa.

La jornada de caza fue tan larga y agotadora como la del día anterior, e igualmente fructífera. En esta ocasión, el señor de Hautdesert mató con sus manos a un hermoso ejemplar de ciervo. Se repitieron las sangrientas celebraciones, acompañadas esta vez de un curioso ritual para sacarle a la presa el corazón. Bertilak se encargó de arrancárselo con sus manos, y cuando alzó la víscera aún caliente ante sus hombres para que todos pudieran verla se produjo una explosión de vítores a su alrededor.

Ya en el castillo, Lance pidió de inmediato ver a Gawain, pero un lacayo le informó de que había salido a pasear por el jardín con la señora de Hautdesert. Inquieto por su camarada, aguardó impaciente la hora de la cena. Se presentó en el comedor antes de lo acostumbrado, y, para su sorpresa, se encontró a Gawain solo.

—Amigo... ¿Cómo has pasado el día?

Gawain sonrió con expresión soñadora.

—Se me ha hecho demasiado corto —contestó—. Este lugar es el paraíso... Daría lo que fuera por no separarme jamás de *lady Ann*.

—Gawain... Te das cuenta de que lo que dices es un desvarío, ¿verdad? Y de que estás traicionando al hombre que nos ha brindado hospitalidad.

Gawain lo miró perplejo.

—¿Traicionarlo? No, Lance, yo no he hecho nada malo. Solo disfruto de la compañía de la dama, yo nunca... Y que conste que podría haberlo hecho, porque ella es una joven llena de vida y de pasión. Figúrate, ayer por la noche me visitó en mi alcoba. Tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad para no desnudarla y hacerla mía.

—Entonces, ¿no pasó nada?

Las mejillas de Gawain se colorearon ligeramente.

—Nada importante. Algunos besos, unas caricias... No me mires así, estoy seguro de que ni el propio Bertilak lo desaprobaba. Él me dijo cuando llegué: «Todo lo mío es vuestro». Está bien claro lo que significa, ¿no? Él es un hombre mayor, y Ann, en cambio, está en la flor de la vida. Es lógico que él le permita divertirse un poco.

—Estás diciendo disparates, amigo. Algo me dice que Bertilak no se tomaría a broma lo que me has contado. A mí también me dijo que todo lo suyo era mío... Es una fórmula vacía, y tú, que eres un hombre de corte, lo sabes perfectamente. Además, ¿no te extraña que una dama como *lady Ann* se entregue con tanta facilidad al primer recién llegado que aparece en su castillo?

—Lo que te pasa es que estás celoso porque no te ha elegido a ti —afirmó Gawain con una pícaro sonrisa.

En ese instante entraron *sir Bertilak* y su esposa, interrumpiendo la conversación. Lance notó la mirada inquisitiva de *lady Ann* fija en él mientras su esposo saludaba a

Gawain con su habitual efusividad. Y volvió a notarla muchas veces durante la cena.

Los manjares servidos a la mesa fueron tan exquisitos como los días anteriores. El ciervo que *sir* Bertilak había cazado se les presentó en una bandeja de oro tan larga que cubría dos terceras partes de la mesa. Lo habían decorado con perdices asadas y manzanas cocidas con miel. Estaba tan delicioso como el vino, aún más añejo y aromático que el de la víspera.

Concluida la velada, Lance regresó a su cuarto con la mente embotada y aturdida. Había bebido en exceso, pese a que se había propuesto mantenerse vigilante. Le dolía la cabeza, y tenía tanto sueño que se metió en la cama sin desvestirse. Se quedó dormido en cuanto cerró los ojos.

Horas más tarde, lo despertó una premonición extraña, un terror que no podía explicar.

Abrió los ojos, se quedó quieto un instante. Había oído una voz en su interior, una voz que conocía bien. Le estaba gritando, le estaba pidiendo que saltase de la cama.

Un impulso irracional le hizo obedecer el mandato. Se arrojó al suelo y rodó sobre las tablas de madera hasta que finalmente se quedó tendido de costado sobre ellas, encogido, mirando la cama. Como si esperase algo...

Y entonces sucedió: desde el dosel del lecho descendió una plancha metálica de la que colgaban al menos dos docenas de espadas dispuestas en vertical, con la punta hacia abajo.

El panel cayó rápidamente, y todas las espadas se clavaron al mismo tiempo en el colchón.

Capítulo 14

Mientras trataba de calmar su agitada respiración, Lance contempló la trampa mortal en la que se había convertido su cama. No podía creer que Bertilak estuviese detrás de aquello. Tenía que ser cosa de *lady Ann*.

Como en un fogonazo, le vino a la mente el momento en el que había decidido saltar al suelo. Había oído una voz. La voz de Gwenn. Ella lo había salvado.

Todavía no entendía nada de lo que acababa de suceder, pero tenía claro dónde buscar las respuestas. La dama de Hautdesert... Necesitaba verla cuanto antes.

Salió de su cuarto y, sin molestarse en amortiguar el ruido de sus pasos, comenzó a deambular por el castillo. Regresó al salón de banquetes, pero lo halló vacío. Recorrió un par de veces el corredor en el que se encontraban su habitación y la de Gawain, aguzando el oído para intentar oír voces o risas. Nada. La fortaleza entera parecía sumida en un profundo sueño.

Sin embargo, él estaba dispuesto a despertar a quien hiciera falta para dar con las respuestas que buscaba. Incluso a *sir Bertilak*, si era necesario.

Descendió a las cocinas y desde allí salió al patio de armas. Se situó en el centro y observó con atención cada una de las ventanas del cuerpo central del castillo y de las dos torres. Los centinelas lo habían visto desde el primer momento, pero se abstuvieron de hacerle preguntas.

En una de las ventanas más altas de la torre norte brillaba una luz. Era la única encendida en toda la construcción, así que decidió subir hacia ella.

Las escaleras de la torre, de lujosa madera negra, estaban alfombradas con un suave tapiz rojo que silenciaba el ruido de sus pasos. Cuando llegó a lo más alto, se encontró una única puerta cerrada. En lugar de llamar, la empujó.

Lady Ann se hallaba sentada junto a un alto candelabro, leyendo apaciblemente. Cuando levantó el rostro hacia el recién llegado, Lance captó un destello de asombro en su mirada. Pero solo duró un segundo.

Esta vez, a pesar de que la había sorprendido sola, no advirtió ningún signo de vejez en su aspecto. Era la misma muchacha atractiva y exótica que los había entretenido a todos con su charla durante la cena.

Antes de que ella pudiera hablar, Lance avanzó a su encuentro.

—Habéis intentado matarme —dijo en tono contenido—. Quiero saber por qué.

La dama se puso en pie y lo miró con la cabeza ladeada.

—No sé de qué me estáis hablando. Y es muy descortés por vuestra parte presentaros así en mi refugio más íntimo, sin que nadie os haya invitado.

—La cama de espadas. No neguéis que habéis sido vos —insistió Lance—. Gwenn me avisó y pude saltar de la cama a tiempo. De lo contrario, estaría muerto.

—¿La reina os avisó?

Lance se dio cuenta de que *lady Ann* había palidecido. Decidió aprovecharse de su desconcierto.

—Sí —confirmó—. Ella me dijo que era cosa vuestra.

La dama se dejó caer de nuevo en su sitio. Tenía los labios entreabiertos y la mirada perdida.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó, más para sí misma que para hacerse oír por su visitante—. Ha tenido que verlo a través de un sueño. Porque a estas horas estará dormida... Sí, probablemente mañana ni siquiera lo recordará.

—Entonces, lo reconocéis —dijo Lance con una sonrisa de triunfo—. Ahora, explicadme por qué.

Lady Ann alzó hacia él sus ojos aterciopelados.

—No exageréis —contestó, serena—. Estáis sacando conclusiones precipitadas. Vamos, regresemos a vuestra habitación... Quizá todo haya sido una pesadilla.

Desconfiado, Lance siguió a la dama escaleras abajo. Como señora del castillo, conocía todos sus recovecos, y lo guio a través de un estrecho corredor de servicio que, en tan solo unos instantes, los condujo hasta el ala del edificio donde se encontraba su cuarto.

Lady Ann se apartó para dejar que entrase primero. Como no se fiaba de ella, Lance aceptó el gesto.

Una maldición involuntaria escapó de sus labios al mirar hacia la cama. Allí no había espadas ni nada que recordase la trampa que le habían tendido. Los criados de la casa habían tenido buen cuidado de devolverlo todo a su sitio antes de que le diese tiempo a regresar.

—¿Lo veis? —dijo *lady Ann* con una sonrisa—. Vuestra pesadilla os ha hecho desvariar. Ya veis que podéis estar tranquilo, no tenéis nada que temer en realidad.

—Si es así, os ruego que os sentéis en ese lecho —replicó Lance con suspicacia.

La dama caminó majestuosamente hasta la cama y se sentó sobre la colcha de brocado. Desde allí, le dedicó a Lance una sonrisa levemente burlona.

—¿Satisfecho? Vamos, *sir Lance*. Acabemos con este juego. Quizá hayáis visto espadas cayendo y hayáis creído que corríais un peligro mortal, pero yo os aseguro que esas espadas nunca estuvieron realmente ahí.

Por primera vez, Lance dudó.

—¿Una visión? —preguntó en voz baja—. No, no fue solo una imagen. Oí las espadas al caer, su silbido metálico en el aire. Y el ruido sordo al clavarse en el colchón... todas a la vez.

—No lo llaméis visión, entonces. Llamadlo prodigio. Cada vez son más frecuentes en Britannia, ¿no lo sabíais?

—Corre ese rumor, pero yo no creo en tales cosas. El velo tiene sus leyes, y una de ellas es que no puede mostrar algo que realmente no esté ahí. Disfraza la realidad, pero no la cambia.

—El velo ya no es lo que era —observó *lady Ann* en tono apagado.

Aunque su rostro mantenía su juvenil apariencia, Lance creyó captar un cansancio en su mirada que parecía el de una mujer mayor.

—No quiero seguir luchando con vos —añadió la dama—. No os quiero tener por enemigo. Si pudieseis tan solo manteneros al margen hasta que todo esto acabe... Es lo único que os pido.

—¿Hasta que acabe qué? Estáis haciéndole daño a Gawain. No me podéis pedir que me quede de brazos cruzados mientras lo destruíis.

—No entendéis. No entendéis nada —replicó *lady* Ann con acento apasionado—. Gawain pone en peligro todo lo que yo me he esforzado durante años y años por salvar. Él no tiene la culpa... Se ha visto envuelto en esta aventura sin elegirla. Pero no le queda más remedio que llegar hasta el final, y yo debo asegurarme de que ese final sea el que a mí me conviene.

—¿Aunque eso suponga su muerte?

La dama lo miró un instante con fijeza.

—Aunque eso suponga su deshonor —murmuró.

—El deshonor sería para Gawain mucho peor que la muerte —afirmó Lance, yendo hacia la dama y contemplándola desde arriba—. ¿Cómo creéis que voy a permitir eso?

—En realidad no depende de vos... ni de mí. Únicamente depende de él. Por eso os pido que no me veáis como a una enemiga. Sé que amáis a la reina, sé hasta qué punto. Mi esposo os ha contado que entre Gwenn y yo existe un lejano parentesco..., pero se trata de algo más. Hay un vínculo, un vínculo muy poderoso. Por eso ella ha podido avisaros de lo que iba a ocurrir en vuestro cuarto..., sea o no lo que habéis creído ver. Yo puedo comunicarme con ella a través de la distancia. Puedo verla cuando quiera. Hace poco hablamos..., justo después del funeral de su madre.

—¿Igraine ha muerto?

Lance escrutó con ansiedad los rasgos de la dama. El parecido con Gwenn era innegable, o eso le pareció en aquel instante. Y el hecho de que *lady* Ann estuviese al tanto de la muerte de Igraine concedía credibilidad a sus palabras... ¿Podría probar lo que decía?

—Si eso es cierto, permitidme comunicarme con Gwenn —exigió—. Dejadme hablar con ella y os creeré.

—Hablar no. Ya no se encuentra en el lugar indicado. Pero os la puedo mostrar..., si me prometéis algo a cambio.

—¿Qué queréis? Si tiene que ver con Gawain...

—Dejad tranquilo a Gawain. Él decidirá su destino, y ni vos ni yo podremos torcerlo. No, se trata de otra cosa. Quiero que me prometáis que, cuando esto acabe, me llevaréis al lugar de Britannia que yo os pida.

Lance arqueó las cejas.

—¿Solo eso?

—Solo eso —aseguró la dama—. Prometedlo, y veréis a la reina.

—Os doy mi palabra —contestó Lance con firmeza.

Con un gesto, *lady Ann* le indicó que se sentase a su lado en la cama. Lance lo hizo, y la dama tomó una de sus manos en la de ella.

—Cerrad los ojos —ordenó.

Lance obedeció. Se estremeció al notar que los suaves dedos entrelazados con los de él empezaban a transformarse, volviéndose ásperos y nudosos. Eran, de pronto, los dedos de una anciana.

Se sobrepuso al impulso de retirar la mano y aguardó, paciente, a que ocurriese algo.

—Podéis abrirlos —dijo una voz cascada que no logró reconocer.

Despegó los párpados y se encontró en un jardín de manzanos. A pesar de que se hallaban en pleno invierno, los árboles tenían hojas y estaban cargados de frutos.

Sentada a los pies de uno de ellos, Gwenn miraba fijamente ante sí. Llevaba un vestido negro y los cabellos recogidos en una trenza que le caía sobre el hombro derecho. Parecía ausente, abstraída en sus pensamientos. Había adelgazado un poco, pero Lance la encontró más hermosa que nunca.

—Gwenn —murmuró.

Ella no reaccionó a su llamada. No podía verle ni oírle.

Notó el escozor de las lágrimas en sus ojos. Al menos podía mirarla tanto tiempo como quisiera. Era algo que había deseado a menudo: contemplar a Gwenn sin que ella supiese que la estaba observando, verla tal y como era cuando se encontraba sola.

La miró sin pensar en nada más, completamente absorto, como si el tiempo se hubiese detenido. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que no solo veía su rostro; también podía sentir lo que ella sentía.

Resultaba inexplicable: era como si estuviera dentro de su mente, era capaz de oír y ver en su interior. Captó con toda nitidez la idea que la obsesionaba, que llenaba toda su imaginación. Era Arturo.

Arturo estaba vivo. Al menos, ella lo creía.

Arturo, vivo...

Un dolor insoportable estalló en su cabeza, como si algo se le hubiese roto. Pero un instante después, el dolor cesó, y todo se volvió negro.

Capítulo 15

Lo primero que sintió Lance al despertar fue un agudo pinchazo en las sienes. Abrió los ojos y, por un momento, no reconoció la habitación en la que se hallaba. Solo al ver las velas encendidas sobre mesas y repisas se dio cuenta de que seguía en la estancia que ocupaba como invitado en el castillo de *sir* Bertilak.

Al mirar hacia arriba y ver el dosel escarlata, un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Recordó la plancha metálica cayendo a plomo, las espadas clavándose en el colchón. ¿Lo habría soñado? *Lady Ann* afirmaba que sí, pero él estaba seguro de que había ocurrido en realidad. A pesar de su dolor de cabeza, a pesar de lo desorientado que se sentía, algunas imágenes seguían muy vivas en su memoria. La de la trampa de las espadas era una... La otra era la de *Gwenn*.

Ella creía que Arturo estaba vivo. Pero ¿cómo era eso posible? Había muerto en el castillo de Morgause, todo el mundo lo sabía. De estar vivo, Arturo habría regresado. Nunca habría abandonado Britannia, ni a su esposa. Arturo quería a *Gwenn*. A su modo, pero la quería.

Se incorporó en la cama y se frotó los ojos, confuso. Estaba dando por hecho que lo que había visto al tomar entre las suyas la mano de *lady Ann* era una verdadera imagen de la reina, y que se había asomado a su mente. Sin embargo, lo más probable era que se tratase tan solo de un espejismo. La señora de Hautdesert le había inducido aquella visión y los pensamientos que la acompañaban. Era una hechicera... De algún modo incomprendible conseguía interactuar con el lenguaje del velo y alterar la apariencia de las cosas. Inducía falsas percepciones, y la imagen de la reina no era más que eso: un espejismo, un engaño de los sentidos.

Se pasó una mano por la frente, apartando un mechón de cabello que le caía sobre los ojos. No, la *Gwenn* que había visto no era una falsificación. Era real, mucho más real que los recuerdos que tenía de ella. La había visto de verdad, y había estado dentro de su mente. Había apresado uno de sus pensamientos: la idea de que Arturo seguía con vida. Ella lo creía; y debía de tener buenas razones para ello.

Arturo. Otra vez Arturo.

No era la primera vez que se le ocurría la posibilidad de que su muerte fuese un falso rumor. Después de todo, el cuerpo nunca había sido hallado. El fuego lo había calcinado, supuestamente... En todo caso, sin un cuerpo que enterrar y una tumba sobre él, la duda tenía que aflorar en algún momento. Pensándolo bien, lo extraño era que *Gwenn* nunca se lo hubiese planteado antes. Quizá había sido su modo inconsciente de protegerse. La duda habría resultado demasiado insoportable; prefería el sufrimiento de aceptar una muerte cierta.

Ahora, sin embargo, había cambiado de actitud. ¿Qué le habría hecho cambiar? Alguna noticia, tal vez. Alguna evidencia de que Arturo seguía con vida.

Pero, si estaba vivo, ¿dónde se había metido?

Agotado de hacerse preguntas, apretó los párpados y trató de apartar a Arturo de su mente. De nada servía seguir elucubrando, con eso no avanzaría ni un paso hacia la verdad. Ya la averiguaría, con el tiempo... De momento, debía concentrarse en lo más inmediato: en Gawain, y en cómo protegerlo de *lady Ann*. Rápidamente se levantó de la cama y, sobreponiéndose al mareo que durante unos segundos le nubló el campo visual, se dirigió hacia la ventana.

Estaba anocheciendo. Una espléndida luna llena brillaba sobre las cumbres nevadas de los montes Eryri, reflejándose en ellas. El cielo aún conservaba los últimos rescoldos de la luz invernal y era de un profundo color azul. Al menos, así se mostraba a través del velo.

La belleza de la escena casi logró aturdirlo.

Reaccionó al ver movimiento entre los centinelas de la muralla. Estaban procediendo al cambio de guardia. Eso significaba que se aproximaba la hora de la cena. Y que había permanecido inconsciente durante todo el día... ¿Qué habrían hecho los otros habitantes del castillo mientras tanto?

Tenía que averiguarlo, de modo que buscó con la mirada ropa para cambiarse y bajar a cenar como cada noche. La encontró cuidadosamente dispuesta en un sillón de respaldo dorado. Eso le hizo preguntarse quién le habría metido entre las sábanas mientras él se hallaba inconsciente. ¿Habría sido *lady Ann*, o habría pedido ayuda a alguno de los lacayos? Tendría que preguntárselo en cuanto pudiese hablar con ella a solas.

Cuando hizo su entrada en la sala de banquetes, la cena ya había empezado. El señor de Hautdesert y Gawain se pusieron de pie al verlo entrar y dieron grandes muestras de alegría por su llegada, pues habían sido informados de que se hallaba indispuerto. Lance se apresuró a asegurarles que se encontraba mucho mejor y que no debían preocuparse. Mientras hablaban, *lady Ann* no dejaba de observarle con una distante sonrisa.

Ella misma se encargó de servirle a Lance parte del asado que los lacayos habían dejado en una bandeja sobre el mostrador cercano a la mesa, así como las frutas y verduras que lo acompañaban.

Al probar la carne, Lance no fue capaz de reconocer su sabor, fuerte y ligeramente dulce.

—Extraño, ¿verdad? —dijo *sir Bertilak*—. No es algo que se coma todos los días. ¿Adivináis a qué animal pertenece?

—Ni idea —admitió Lance con curiosidad—. ¿Qué es?

—Es oso, mi buen amigo —contestó el señor de Hautdesert con una sonrisa de orgullo—. Os habéis perdido la mejor cacería de todas. Una bestia magnífica, noble y luchadora hasta el final.

—Mi esposo ha tenido la asombrosa ocurrencia de pelearse cuerpo a cuerpo con un animal dos veces más grande que él —observó *lady Ann* con el ceño fruncido—.

Tendríais que ver el desgarró que tiene en el hombro. Espero que el emplasto que le he administrado ayude a que la herida cierre.

—Peor parado salió el oso —replicó *sir Bertilak* jocosamente—. Lástima que no podamos repetir la diversión mañana... Pero el pie de *sir Gawain* se ha recuperado bien, y él no quiere demorar más la búsqueda del Caballero Verde, de modo que habrá que terminar de una vez con ese asunto.

Lance miró preocupado a su amigo, que apenas había pronunciado palabra desde su entrada en el comedor. Se le veía tranquilo, aunque mucho más serio y comedido que en las veladas anteriores.

La alusión al duelo que se avecinaba enfrió la conversación, que a partir de ese momento se volvió errática y superficial. Lance notó en *Gawain* la impaciencia por retirarse cuanto antes, y la entendió. Necesitaba dormir bien para afrontar el desafío que le esperaba... También notó que no miraba tanto a *lady Ann* como otras veces. Quizá era consciente de que había llegado el momento de la verdad y de que no debía desconcentrarse.

Terminada la cena, *sir Bertilak* fue el primero en levantarse de la mesa.

—Mañana nos aguarda una larga cabalgada hasta llegar al lugar que buscáis —dijo, mirando a *Gawain*—. Partiremos al amanecer.

—¿Sabéis, entonces, cómo encontrar al Caballero Verde? —preguntó Lance.

Sir Bertilak asintió con gravedad.

—Os dije que os llevaría hasta él, y lo haré. Nos vemos en el patio, al alba.

Lance partió hacia sus aposentos sin aguardar a que un criado lo guiase. Dio por supuesto que *Gawain* se demoraría un poco despidiéndose de *lady Ann*. Sin embargo, apenas había entrado en su habitación cuando oyó un par de golpes en la puerta, y al abrir se encontró con su compañero.

—Déjame entrar —le dijo, y sin aguardar a que Lance le respondiese se introdujo en la habitación—. Quiero enseñarte algo... Me lo ha dado *Ann*.

Gawain se desabrochó el jubón y se subió la camisa de lino, dejando al descubierto un cinturón de oro y seda verde que llevaba arrollado a la cintura.

—Dice que me protegerá; que si lo llevo puesto cuando el Caballero Verde descargue el golpe de su hacha sobre mi cabeza, conservaré la vida. ¿Tú qué piensas?

Lance buscó su mirada.

—Creo que no debes fiarte de ella. No hagas lo que te dice. *Lady Ann* oculta muchas cosas, y me parece una mujer peligrosa.

—No sabes de qué estás hablando. Es una mujer llena de misterios, pero irradia bondad. Cuando me dio el cinturón tenía lágrimas en los ojos. Teme por mí. Me ama.

—*Gawain*... Es la mujer de otro hombre. Y, por mucho que haya coqueteado contigo, es *Bertilak* quien de verdad le importa, créeme.

Gawain sonrió con desdén.

—No niego que sienta apego hacia él. Después de todo, es su esposo. Pero no está enamorada de él, ¿es que no lo has notado? Está enamorada de mí.

Lance lo miró apenado. Sabía que no lograría convencerle de nada. No valía la pena discutir con él.

—Dame el cinturón —le rogó—. Deja que te lo guarde hasta mañana. Si estás seguro de que quieres llevarlo, te lo daré cuando llegue el momento.

No tenía ninguna intención de cumplir aquel compromiso. Pero no veía otra forma de proteger a su amigo, así que le sostuvo la mirada para dar mayor credibilidad a su mentira.

Sin embargo, Gawain no se dejó engañar.

—No debí enseñártelo. No sé qué tienes contra Ann, pero la detestas desde que llegamos al castillo. Mañana cambiarás de opinión. Si salgo con vida, sabrás que ha sido gracias a ella. Hasta mañana, Lance. Y te lo advierto, no intentes hacer nada en contra de mi voluntad. Es mi combate, y tengo derecho a lucharlo como yo quiera. Tú puedes acompañarme, si lo deseas..., pero solo a condición de que no trates de intervenir.

Capítulo 16

Salieron del castillo en el momento en que el sol del amanecer arrancaba a la noche las cumbres nevadas de los montes Eryri, tiñéndolas de un rosa deslumbrante. Sin hablar entre ellos, descendieron por el camino que conducía al valle entre los árboles desnudos. *Sir Bertilak* de Hautdesert iba en cabeza, guiando la marcha.

Cabalgaron durante más de dos horas hasta llegar a la entrada de un cañón de caliza gris por cuyo fondo discurría un río de aguas verdosas. El cielo se había ido cubriendo de blanco, y algunos copos de nieve danzaban a merced del viento sobre las cabezas de los caballeros, demasiado livianos para caer.

Al llegar al final del cañón, *sir Bertilak* se detuvo e hizo girar al caballo para dirigirse a sus compañeros.

—Aquí comienza el valle donde encontraréis a vuestro adversario —dijo, mirando a Gawain—. Buscad la ermita verde y esperadlo. Yo no puedo acompañaros a partir de este punto.

—No sé cómo agradeceros vuestra amabilidad con nosotros —contestó Gawain—. Espero tener ocasión algún día de devolveros algo de lo mucho que vos me habéis dado en estos días.

—La ocasión llegará —dijo *Bertilak*, muy serio—. *Sir Lance...*, ha sido un placer acogeros en mi casa y disfrutar de vuestra compañía.

—Y para mí ha sido un honor conoceros. Espero que antes o después volvamos a encontrarnos.

Sir Bertilak sonrió y dejó vagar la mirada hacia las cumbres de la cordillera.

—Quién sabe —replicó vagamente—. Tal vez. Os deseo suerte.

El caballero maniobró con las riendas y las espuelas para hacer que su caballo volviese la grupa. *Lance* y *Gawain* lo observaron en silencio mientras se alejaba.

Aún se le veía a lo lejos cuando *Gawain* se dirigió a su compañero.

—Vamos —murmuró—. No tiene sentido retrasarlo más.

Dejaron atrás las peñas lisas y verticales del cañón y se adentraron en un valle amplio, tapizado de una hierba tan fresca que parecía confeccionada con esmeraldas.

—¿Dónde estará la ermita? —se preguntó *Gawain* en voz alta—. Yo no veo ninguna.

Lance señaló un promontorio en forma de campana que destacaba a la izquierda del río. El verde de su cima y de sus laderas era más intenso que en ningún otro sitio.

—Quizá se encuentre oculta detrás de esa colina —sugirió—. Vamos a rodearla.

Abandonando el camino, guiaron a sus caballos sobre la mullida hierba alrededor del promontorio. Al llegar al otro lado, vieron que la colina tenía una abertura central en la base y dos laterales. Parecían puertas... Sin pensárselo, *Lance* se coló por la boca más grande e hizo avanzar a su yegua unos cuantos pasos. La colina estaba

hueca. Alguien había excavado en su interior un templo con las paredes cubiertas de musgo.

—La ermita verde —murmuró Gawain, que había ido tras él—. *Sir Bertilak* no mentía.

Llegó a sus oídos entonces un largo chillido metálico, como el de una hoz sobre una piedra de afilar. Lance notó que Gawain se estremecía.

—Está ahí fuera —añadió en voz baja—. Afilando su hacha. Por fin... Ha llegado el momento.

Los dos caballeros salieron de la ermita verde y comprobaron que los ruidos metálicos venían justo de la cima de la colina. Se miraron en silencio y, como si se hubiesen puesto de acuerdo, desmontaron. Gawain le dio a su caballo Gringolet unas palmaditas en el cuello.

—Si no volvemos a vernos, te deseo suerte, viejo amigo —dijo.

Después miró a Lance.

—Ocúpate de él si algo me sucede —rogó—. Es un buen animal. Le cogerás cariño enseguida, ya lo verás.

Lance, que también había dejado a su yegua pastando libremente, se acercó a él.

—¿Llevas puesto el cinturón? —preguntó en un susurro.

—Lo llevo puesto, sí —contestó Gawain desafiante—. ¿Qué daño puede hacerme? Si lo piensas bien, no tengo nada que perder. Me comprometí a recibir el golpe de mi rival desarmado... Solo un milagro podría salvarme la vida.

Lance no tuvo valor para reconvenirle en un momento semejante. Era demasiado tarde para hacerle quitarse el cinturón, y además, Gawain tenía razón. Su situación era tan desesperada, que la prenda de *lady Ann* difícilmente podía empeorarla.

Ascendieron por la falda del promontorio hasta llegar a lo alto, donde el siniestro chirrido al fin había cesado.

El Caballero Verde los estaba esperando con su brillante armadura puesta y la visera del yelmo sobre los ojos. Lance observó boquiabierto a aquel hombre de impresionante estatura. Su rostro quedaba oculto tras la visera, pero los bucles de cabello verde que caían sobre sus hombros no dejaban lugar a dudas acerca de su identidad.

—Veo que sois hombre de palabra, *sir Gawain* —los saludó con una voz grave que, al rebotar contra el metal del yelmo, adquiría un timbre cavernoso, de bronce—. Os habéis presentado a cumplir vuestra promesa, y según parece no habéis venido solo. *Sir Lance*, sed bienvenido a mis tierras. No tengo inconveniente en que presenciéis la escena que se avecina, pero esto no tiene nada que ver con vos, así que no intentéis intervenir.

—No es mi intención hacerlo..., siempre que todo se desarrolle conforme a las leyes de la caballería.

El Caballero Verde soltó una risotada.

—Las leyes de la caballería... Sí, por supuesto. ¿Os ha contado vuestro amigo la

promesa que me hizo?

—Le he dicho que debía venir aquí para disponerme a recibir un golpe de vuestra hacha completamente desarmado —contestó Gawain.

La firmeza de su voz quedó algo desdibujada al mezclarse con el sonido del viento.

—En ese caso, aproximaos —exigió el Caballero Verde alzando su hacha—. Ha llegado el momento que llevo esperando todo el año.

Gawain se acercó a su rival, se detuvo frente a él y se quitó el yelmo de la armadura. A continuación, hincó una rodilla en tierra, posó el yelmo a su derecha e inclinó la cabeza, mostrando el cuello y la nuca.

El Caballero Verde dejó caer el hacha sobre el cuello. Lance oyó silbar el filo en el aire y cerró los ojos; no quería presenciar aquello.

Después de unos segundos, no obstante, los volvió a abrir. La cabeza de Gawain seguía bien anclada a sus hombros.

—¿Por qué no habéis golpeado? —le preguntó al Caballero Verde con voz temblorosa.

—Os habéis movido —replicó el caballero ofendido—. Esperaba más valor de alguien tan renombrado como vos. Voy a repetir el golpe, y esta vez, manteneos quieto.

Gawain volvió a inclinar la cabeza mientras su rival, con el hacha en alto, parecía aguardar el momento perfecto para dejarla caer.

Esta vez, Lance se obligó a mirar hasta el final. El hacha cayó, en efecto, pero se detuvo justo antes de llegar a rozar la piel de Gawain.

—¡Habéis vuelto a moveros! —se quejó el Caballero Verde—. Me estáis decepcionando, Gawain. Os tenía por otro hombre.

—Dejaos de excusas —replicó Gawain en tono agrio—. Estáis jugando conmigo para retrasar más y más el momento fatal, y de esa forma me torturáis. Pero se acabó. Os reconozco el derecho a un último y definitivo golpe. Si falláis u os detenéis, será cosa vuestra, y no me prestaré a seguir con esta pantomima.

El Caballero Verde suspiró.

—Está bien —dijo—. Vos lo habéis querido.

Una vez más alzó el hacha sobre su cabeza y la dejó caer. Esta vez, el golpe no se detuvo al llegar al cuello de Gawain. Una salpicadura de sangre cayó sobre la hierba.

Solo eso. Una salpicadura de sangre.

El Caballero Verde retiró el hacha. Gawain se llevó una mano a la herida que tenía en la nuca. Alzó los ojos hacia su adversario.

—Se acabó. No pienso tolerar que...

—Se acabo, sí —le interrumpió el Caballero Verde con una voz que, de pronto, a Lance le sonó extrañamente familiar—. Gracias... Me habéis liberado, *sir* Gawain.

Diciendo esto, se quitó el yelmo, y al mismo tiempo su armadura y todo su cuerpo se transformaron a ojos vista, perdiendo la tonalidad verde. Lance contuvo al aliento

al reconocer a *sir Bertilak*.

—Vos —dijo Gawain, poniéndose en pie—. ¿Qué broma es esta?

—No ha sido ninguna broma —contestó *sir Bertilak* con gentileza—. Necesitaba que me ayudaseis a escribir mi historia para que él accediese a liberarme.

—¿Él? ¿Quién es él? —preguntó Lance, aproximándose a los dos caballeros.

Sir Bertilak se volvió a mirarle.

—El Grial —contestó.

Después se dirigió una vez más a Gawain.

—Él elige tan solo las historias que le gustan —explicó—. Su lógica no es matemática, sino narrativa. El problema es acertar. Hasta ahora mismo no he sabido cómo terminaría todo. Suponía que saldríamos malparados..., al menos uno de los dos. Pero he intuido lo que debía hacer en el momento preciso. Si hubieseis huido o me hubieseis atacado, si hubieseis faltado a vuestra palabra, vos habríais quedado deshonorado para siempre, y yo..., yo me vería obligado a seguir atrapado en esta máscara odiosa. Si os hubiese matado, él me hubiese liberado tal vez..., pero yo estaba resuelto a tratar de evitarlo por todos los medios. Sé que ella ha intentado evitar vuestra muerte, aun a costa de vuestra deshonor. Y al mismo tiempo, ha intentado retenerme a pesar de mi desesperación. Sé que ha intentado usar todo su poder. No intentéis negarlo: lleváis puesto el cinturón que os dio.

—Es cierto que lo llevo —admitió Gawain, avergonzado—. ¿Cómo lo habéis sabido?

—Porque sus efectos se hicieron notar la primera vez que descargué el hacha contra vos. Flaqueasteis... Eso fue por influencia del cinturón: su influjo debía instilaros miedo y haceros huir. Así, vos habríais quedado deshonorado y yo maldito. La segunda vez supuse que su efecto se haría sentir con mayor vigor, pero fue todo lo contrario. Y a la tercera... No sé cómo lo hicisteis, *sir Gawain*, pero vuestro valor venció incluso la magia del cinturón verde. Permanecisteis firme, esperando el golpe final. Así es como os habéis salvado..., y me habéis salvado a mí.

—Pero no entiendo —dijo Gawain—. ¿Por qué os tenía atrapado el Grial? ¿Qué quería de vos?

—Es largo de explicar, y complicado. Sobre todo, teniendo en cuenta lo poco que comprendéis acerca del verdadero funcionamiento del velo de Britannia. Sin duda habréis oído que, desde que Arturo alteró el velo, los prodigios no han hecho más que crecer en el reino.

—Anomalías en el código —murmuró Lance—. Así lo explicaría un alquimista.

—Anomalías en el código, sí —admitió *sir Bertilak*—. Que solo son posibles porque el Grial ha empezado a actuar, generando entes que solo existen en la simulación del velo y que no tienen correspondencia alguna con la realidad, o liberando a otros que una vez fueron reales, pero ya no lo son. Ese es mi caso. Lo que estás viendo de mí no es más que un cascarón vacío, un avatar. El verdadero *Bertilak* (conservemos ese nombre, que tampoco es el mío, para entendernos) vivió y murió

hace tantos siglos que el mundo ha olvidado incluso el lugar donde yace enterrado. Solo mi esposa no logró olvidar. Intentó morir, deseó hacerlo; pero esa gracia no le fue concedida. Ella no era una mujer corriente, era una de las damas del barco de piedra.

—¿*Lady Ann*? —preguntó Gawain sobrecogido—. ¿*Lady Ann* es una dama de *Ávalon*?

—Así se las conoce también, sí.

Lance comprendió de repente.

—Es ella —murmuró—. Es la dama que renunció a la inmortalidad por amor a un rey picto. La antepasada de Gwenn. ¿Erais vos ese rey?

Bertilak sonrió con melancolía.

—Debí de serlo —contestó—. Hace tanto tiempo que apenas lo recuerdo. Además, yo solo soy la sombra de un hombre. Parte de su conciencia, parte de su memoria..., lo que quedó atrapado en las redes del velo primitivo cuando el Mundo Antiguo colapsó.

—Pero sentís..., pensáis —observó Gawain.

—Lo suficiente como para saber quién fui y como para añorar la vida. Es una tortura, esta existencia a medias. Mi esposa no quiere perderme, pero yo no puedo conformarme con esta vida de espejismos. Necesito desaparecer; descansar.

Sir Bertilak abrazó a Gawain con fuerza. Después repitió el gesto con Lance. Cuando se separaron, Lance advirtió que los ojos verdes del caballero estaban húmedos de lágrimas.

—Gracias a vosotros lo he conseguido —murmuró—. Cuidad de mi esposa Dana. Dadme vuestra palabra de que lo haréis. Haced lo que os pida. Va a necesitaros mucho cuando yo me vaya... ¿Tengo vuestra palabra?

—La tenéis —dijo Lance.

Gawain asintió con gesto resuelto.

Sir Bertilak de Hautdesert sonrió.

—Gracias —dijo—. Es todo cuanto necesito para irme en paz. Buena suerte, caballeros...

Alzó la mano en señal de despedida, mientras su imagen se iba desdibujando en el aire. Cada vez más tenue, llegó a volverse casi transparente... hasta que finalmente se disolvió en un puñado de copos de nieve que se quedaron danzando en el viento sin llegar a caer nunca sobre la hierba.

Capítulo 17

En el trayecto de regreso al castillo de Hautdesert, Lance y Gawain apenas cambiaron palabra. Gawain miraba al frente con los ojos vacíos, tan pálido como si acabase de salir de una larga y penosa enfermedad. Su mano derecha, que sostenía las riendas de Gringolet, estaba aún manchada por la sangre que había intentado limpiarse de la herida del cuello.

Cuando llegaron ante la fortaleza, Lance advirtió que algo había cambiado en su aspecto. La construcción era la misma, pero la piedra ya no brillaba como si fuera de plata, y los puntiagudos tejados no parecían de bronce, sino de pizarra negra.

Sobre la muralla, los centinelas seguían patrullando ordenadamente. Sus uniformes ya no eran de aquel rojo escarlata que tanto les había llamado la atención a su llegada, sino de un color oscuro, indefinido.

El puente estaba subido, pero en cuanto los vieron llegar comenzaron a bajarlo para ellos. Alzando la voz para hacerse oír por encima del chirrido de las poleas, Lance se dirigió a Gawain.

—No es preciso que entres, si no quieres —le dijo—. Yo me ocuparé de *lady Ann*. Tú ya has tenido bastantes aventuras por hoy.

—No. Quiero verla —contestó Gawain apretando la mandíbula—. Quiero que me explique a la cara lo que ha ocurrido aquí.

—Gawain... —Lance acercó su yegua a Gringolet y le puso una mano en el antebrazo a su compañero—. No va a ser agradable. Ella ya no es como tú la recuerdas. En realidad, nunca lo fue... Yo descubrí su verdadera apariencia la primera noche. Es una anciana.

—¿Lo sabías y no me dijiste nada? —Gawain meneó la cabeza, sonriendo amargamente—. No se puede confiar en nadie, está claro.

—Amenazó con hacerte daño si te lo decía. Y aun así, intenté advertirte. Te dije que no debías fiarte de ella.

—Sí, pero no me explicaste los motivos. Voy a entrar en el castillo, Lance, aunque sea lo último que haga. Necesito entender por qué fui yo el elegido para esta aventura, y lo que Ann quería de mí.

Atravesaron juntos el puente e ingresaron en el patio de armas, donde los aguardaban, como de costumbre, varios lacayos para ayudarles a desmontar y atender a los caballos.

—¿Dónde podemos encontrar a *lady Ann*? —preguntó Lance.

Los hombres se miraron unos a otros en silencio.

—Estará en su torre —dijo uno de los mozos de cuadra—. He visto luz en su ventana desde el amanecer.

Se dirigieron, pues, a la torre que Lance ya había visitado en otra ocasión, y

subieron casi a tientas, pues la única antorcha encendida se encontraba en la parte de abajo, y su luz no alcanzaba a los peldaños superiores.

Cuando llegó a la puerta, Lance la golpeó suavemente. No obtuvo respuesta.

Volvió a llamar. Como nadie le contestaba, se atrevió finalmente a abrir la puerta.

Junto al fuego había una anciana menuda y encorvada que parecía medio dormida.

Gawain no pudo contener un gemido al verla. Fue casi un sollozo... Al oírlo, *lady Ann* despertó.

Sus ojos hundidos se clavaron en los recién llegados, y por un momento, una feroz alegría los iluminó.

—Estáis vivo —dijo, mirando a Gawain—. Eso significa que llevabais el cinturón. Habéis flaqueado.

Su voz, áspera y ronca, conservaba aún algunos de los matices que, apenas unas horas antes, hacían que sonase tan aterciopelada.

—Llevaba el cinturón, pero no flaqueé —replicó Gawain, sosteniéndole la mirada—. Tomad, aquí lo tenéis —añadió, mientras con la mano ensangrentada tiraba de la cinta por debajo de la camisa hasta sacársela por completo—. Parece que su magia no es tan poderosa como creíais.

Los ojos de *lady Ann* se clavaron, vidriosos, en la prenda. Como no hizo ademán de cogerla, Gawain la dejó caer al suelo.

La dama se hundió un poco más en su sillón, intentando tal vez apartarse de la cinta.

—Su magia habría bastado con creces para lograr su propósito si no fuerais el hombre que sois —murmuró.

Gawain se fue hacia ella y, arrodillándose a su lado, cogió una de sus huesudas manos entre las suyas.

—Me ofrecisteis vuestro amor —dijo con acento apasionado—. Me hicisteis creer que me amabais.

—Nunca dije que os amase. Vos quisisteis creerlo, y yo os lo permití.

—Me utilizasteis. Abusasteis de mi amor por vos para engañarme y conducirme a la deshonra.

—Lo intenté, es cierto; pero fracasé, así que ¿a qué vienen esas quejas? Vos conserváis vuestra honra intacta. Yo he perdido a mi marido. ¿No tenéis suficiente con eso? Dejadme tranquila.

—A vuestro esposo ya lo habíais perdido hace mucho tiempo —observó Lance con suavidad—. Lo que hemos liberado no era más que una sombra.

Lady Ann sondeó su rostro con aquellos ojos opacos y antiguos.

—¿Eso os dijo él? ¿Que era una sombra? ¿Que yo lo retenía en contra de su voluntad? Es cierto que no era el hombre del que me enamoré. Pero conservaba una parte de sus recuerdos, de sus virtudes..., de su conciencia. Incluso alguna de sus habilidades. La caza, por ejemplo. Vosotros tuvisteis ocasión de comprobarlo. —La

dama sonrió con aire ausente—. Nadie puede decir que no fuera un gran cazador.

—Esa es una de las muchas cosas que no entiendo —dijo Gawain—. Si era una sombra, o un avatar, como dicen los alquimistas, ¿cómo es posible que comiese, cazase y nos abrazase como un hombre de carne y hueso?

—Las sombras, en Britannia, pueden adquirir a veces una consistencia que las vuelve prácticamente indistinguibles de la realidad. Bertilak de Hautdesert no cazaba ni comía —explicó *lady Ann* en tono cansado—. Vosotros lo visteis cazar y comer. Es muy diferente.

—O sea, que el velo nos engañó —insistió Gawain—. Burló sus propias leyes, jugó con nuestros sentidos. ¿Cómo es eso posible? *Sir Bertilak* habló del Grial... ¿Qué relación tiene con todo esto?

La dama se puso en pie trabajosamente y, dándoles la espalda, se inclinó para avivar el moribundo fuego que enrojecía los leños de la chimenea.

—No sé nada del Grial —afirmó sin volverse—. Nunca me ha interesado. Me hicisteis una promesa, *sir Lance*, no sé si la recordáis. Si es así, ya veis que ha llegado el momento de cumplirla.

—Os dije que os llevaría adonde quisieseis, no lo he olvidado. Y además, le prometimos a Bertilak que cuidaríamos de vos. ¿Adónde deseáis ir?

—A Ávalon —contestó la dama sin vacilar.

Lance y Gawain intercambiaron una mirada.

—A Ávalon solo llegan aquellos a quienes las damas se lo permiten —dijo Gawain—. No depende de nuestra voluntad que podamos llegar hasta allí.

—Yo también soy una de ellas —recordó *lady Ann*, girándose por fin a mirarlos—. Quise dejar de serlo, pero ellas me lo impidieron. Me condenaron a esta decrepitud odiosa y me negaron el alivio de la muerte. Pero ya he soportado lo suficiente. El mundo está cambiando deprisa... Es el momento de partir.

—Yo os ayudaré —aseguró Lance después de un breve silencio—. Haré lo posible por llevaros hasta Ávalon. En otro tiempo, Viviana me protegió. Quizá aún pueda llegar hasta ella y obtener el permiso para cruzar hasta su isla.

—Os lo he dicho, no necesitamos su permiso. Lo que necesito es vuestras fuerzas y vuestra juventud para llegar hasta allí.

—Podéis contar con ellas —afirmó Lance—. Pero antes os llevaré a Camelot, y daréis cuenta ante la reina de todo lo que sabéis sobre los cambios que está sufriendo Britannia. Aunque no queráis reconocerlo, vos tenéis información muy valiosa que puede ayudar a Merlín y a los otros alquimistas a reparar el velo.

—No sé nada del lenguaje del velo. Tal vez lo supe en otro tiempo, pero lo he olvidado.

—Conseguisteis traer de regreso a la sombra de vuestro esposo —insistió Lance, sosteniendo la mirada de la anciana—. No creo que resultase fácil. Y aun así, lo hicisteis. *Lady Ann*, Gwenn es vuestra descendiente, sangre de vuestra sangre. Y tiene en sus manos las riendas de este país. ¿No queréis ayudarla a comprender lo que

ocurre antes de partir? Serán tan solo unas semanas de retraso... ¿Qué pueden significar unas pocas semanas en una vida tan larga?

La dama chasqueó la lengua, disgustada.

—Esto no es lo que prometisteis —remarcó—. Pero, si insistís en que me encuentre con Gwenn, igualmente deberéis conducirme a Ávalon. ¿Acaso no lo notasteis en la visión que os regalé de ella? Estaba en el jardín de las manzanas sagradas... En Ávalon, Lance. Hace días que llegó allí.

Capítulo 18

La niebla se fue espesando hasta que la silueta de Gawain, en la orilla, se desdibujó por completo. Lance observó el rostro tenso de la anciana *lady Ann*, sentada en la popa de la embarcación que se deslizaba sobre el agua sin que nadie manejara los remos.

Al notar sus ojos fijos en ella, la dama estiró sus finos labios en un amago de sonrisa.

—Habéis cumplido lo que prometisteis, Lance —dijo con su voz rocosa, que parecía venir del otro lado del tiempo—. Gracias.

—Todavía no hemos llegado.

—Estamos ya muy cerca, lo presiento. El hogar de las damas de Ávalon... Es extraño, ¿sabéis? Yo nunca he estado aquí.

Lance la miró sorprendido.

—Pero sois una de ellas... ¿Cómo es posible?

—Esta no era nuestra primitiva morada. Estaba al norte, en las tierras de Alba, donde más tarde se alzaría la fortaleza en la que ahora vive la reina Morgause. Cuando construyeron el muro para impedir que interfiriésemos con la locura en la que se estaba convirtiendo el velo, mis hermanas decidieron cruzar al otro lado y construirse un segundo hogar aquí, en Ávalon. Pero yo no podía seguir las. Me había enamorado del rey de Alba. Digamos que a Viviana no le sentó muy bien. Me desterró para siempre. Me maldijo. Y juró que me condenaría a un sufrimiento eterno si alguna vez me atrevía a intentar venir.

—Entonces, ¿por qué ahora? —preguntó Lance—. ¿Ya no teméis que cumpla su amenaza?

Lady Ann desvió la mirada hacia las aguas grises del lago, que formaban espumas al chocar contra el casco de la barca.

—Su amenaza ya se ha cumplido —dijo—. Ya estoy viviendo en un sufrimiento eterno. Solo deseo ponerle fin.

Lance también miró hacia la opaca superficie del agua. Intentó imaginar lo que habría debajo, aquel mundo silencioso y oscuro.

—Morir —murmuró—. Deseáis morir.

—Hasta hace poco no pensaba en ello —reconoció la anciana, sonriendo—. Cuando noté que ellas planeaban irse, decidí que no me dejarían atrás. Con Bertilak o sin él, quería venir aquí y embarcar con ellas. Estaba dispuesta a lo que fuera. Incluso le pedí ayuda a Gwenn. Pero ella apenas me escuchó, estaba obsesionada con la idea de encontrar a Arturo.

Lance se obligó a soportar el dolor que aquellas palabras le producían como si no fuera suyo, como si estuviese contemplando el sufrimiento de un extraño.

—De todas formas, no tardé en darme cuenta de que era demasiado tarde. Ellas ya se han ido. Apuesto a que ni siquiera se acordaron de mí cuando tomaron la decisión.

—¿Las damas de Ávalon se han ido? —preguntó Lance asombrado—. ¿Adónde?

—Al Otro Lado. A nuestro mundo. Han cerrado la puerta, ¿sabéis? Aunque quisiera, no podría seguir las. Me han dejado atrapada aquí.

—Entonces, ¿por qué habéis insistido en venir?

La dama meditó un momento su respuesta.

—Yo pertenezco a este lugar —dijo—. Debí atreverme a venir hace mucho tiempo. Debí desafiar a Viviana, pero nunca lo hice. Sea como sea, es el único lugar que puede ofrecerme respuestas.

La niebla se hizo jirones en ese momento, desvelando una orilla de arena deslumbrante bordeada de árboles.

—Hemos llegado —añadió, y clavó sus viejos ojos en Lance—. Ella nos está esperando en la orilla. Sabe que llegamos. Quizá las aguas se lo han dicho. O las nieblas. Por sus venas corre mi sangre. Es también su hogar.

Lance miró hacia la playa y la vio. Estaba allí, en pie sobre la arena, y la brisa agitaba su vestido gris.

Habría reconocido aquella silueta esbelta y frágil en cualquier parte.

Se olvidó de *lady Ann*. En lo único que podía pensar era en correr hacia Gwenn y en abrazarla. Saltó al agua antes de que la proa de la embarcación tocara tierra. Le daba igual mojarse las botas, la ropa. Le daba igual todo.

Gwenn no se movió al verlo llegar. En lugar de ir a su encuentro, se quedó quieta, mirándolo acercarse como si se tratara de una imagen irreal, de un fantasma.

Solo cuando la tuvo lo bastante cerca como para que lo mirara a los ojos, la vio reaccionar. Corrió hacia él y se arrojó en sus brazos. Lance no recordaba que ella le hubiese estrechado jamás con tanta fuerza.

Durante unos instantes permanecieron así, inmóviles. Él sentía la respiración de Gwenn en su pecho, su cuerpo cálido pegado al de ella. Gwenn temblaba como un pájaro enfermo de frío. Lance habría querido resguardarla eternamente entre sus brazos, poder asegurarse de que nada le hiciese daño.

Ella tampoco parecía tener ninguna prisa por soltarlo. Sus manos seguían en sus hombros, agarrándose con firmeza, como lo haría un náufrago a un tronco flotante, con la esperanza de que lo condujese a la playa.

Ni siquiera las primeras palabras que pronunció consiguieron romper el hechizo.

—Está vivo —dijo, y su voz se quebró en un sollozo—. Lo he visto.

No hacía falta que lo nombrase. Tal vez no se atrevía a hacerlo.

—¿Está aquí? —preguntó Lance—. ¿Ha estado aquí todo este tiempo?

—No lo sé —respondió Gwenn, apoyando la cabeza en su hombro—. Pero ya no está. Se ha ido. Se fue porque no quiere encontrarse conmigo. Lo que vi no fue más que una estela de su paso, una visión.

Lance le apartó un mechón de cabello que le caía sobre la frente colocándoselo hacia atrás en un gesto que era, a la vez, una caricia.

—No tiene sentido —replicó con suavidad—. ¿Por qué iba a evitarte? ¿Por qué iba a fingir estar muerto durante más de un año?

Los ojos claros de Gwenn se clavaron en los suyos.

—Porque sabe lo nuestro —contestó ella—. Se enteró cuando fue a la fortaleza de Morgause en busca de Mordred. Mi madre se lo contó.

Lance sintió un nudo de dolor en el pecho. Una piedad inmensa se adueñó de él.

—Pobre Arturo —murmuró—. Y tú, Gwenn, mi amor. Y yo... Pobres todos.

Le extrañó la repentina rigidez de Gwenn entre sus brazos, sus ojos fijos en algún punto distante, por detrás de él.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Ella le hizo un gesto, invitándole a volverse. Cuando lo hizo, vio a *lady Ann* adentrándose paso a paso en el lago. Se le erizó la piel al darse cuenta de que la dama volvía a tener el cuerpo joven y esbelto que había hecho perder la cabeza a Gawain.

Sin perder un momento se lanzó corriendo hacia la orilla.

—¡Esperad! —gritó—. No podéis hacer eso, ¡teníamos un trato! Me prometisteis respuestas...

La dama se giró y lo miró con aquella sonrisa seductora que solía mostrar en las veladas del castillo de Hautdesert.

—No puedo daros respuestas, Lance. No debo —replicó—. Dejadme ir. He esperado demasiado tiempo.

Lance iba a lanzarse al agua para perseguirla cuando Gwenn lo retuvo, agarrándolo suavemente por el brazo.

—Déjala —murmuró—. Tiene razón. Es su decisión, no debemos interponernos.

—Pero ella sabe tanto, Gwenn. Ha vivido tanto... Solo quiero que nos ayude a entender.

—¿Y crees que ella entiende? Mírala. Está desesperada. Ya no pertenece a esta época. Hace tiempo que dejó de comprender... Tenemos que dejarla partir.

Lance no insistió. Tomando de la mano a Gwenn, contempló la erguida figura de la joven caminando hacia el interior del lago.

El agua le llegaba al talle. Unos pasos más allá, a los hombros.

Antes de hundir la cabeza, miró una última vez hacia la orilla y, alzando un brazo, lo agitó en señal de despedida.

Después se sumergió entera..., y las aguas se tragaron su sombra.

LIBRO III

El Rey Pescador

Capítulo 19

Tumbado bajo el gran roble con los ojos cerrados, Arturo se dejó acariciar por los rayos de sol que se filtraban entre las hojas. El verano tocaba a su fin, y por las tardes cada vez hacía más fresco. Pronto tendría que salir a recoger leña para encender un fuego por las noches. Su cabaña era pequeña, le bastaría con las ramas caídas que encontrase en su rincón del bosque. Tal vez más adelante, cuando se acercase el invierno, se vería obligado a talar algún árbol. La idea no le agradaba. Había llegado a conocer tan bien cada palmo de su refugio, que todos y cada uno de los árboles le eran familiares. Sacrificar a uno de ellos para sobrevivir hasta la primavera le parecía un sacrilegio.

«Quizá podría salir de mi rincón, talar un árbol al otro lado de la barrera invisible y traérmelo», se dijo. Después de todo, si abandonaba su escondite solo por unas horas para cortar leña, nadie tenía por qué enterarse.

Decidió que ya se preocuparía de aquel asunto cuando no tuviese más remedio, y dejó que su mente divagase buscando variaciones para unas líneas de código en las que había estado trabajando por la mañana. Liberado de la obligación de revisar constantemente la programación de Britannia para intentar mejorarla, Arturo dedicaba ahora lo mejor de sus días a jugar con el lenguaje del velo. Inventaba programas breves y autónomos que, en su opinión, eran como poemas. Para que estos cobrasen vida habría tenido que insertarlos en Britannia, y eso no estaba dispuesto a hacerlo, de modo que sus invenciones dormían en las esferas de cristal que llenaban el interior de su choza, y despertaban tan solo cuando, por diversión, activaba alguna de ellas. Entonces los cristales se llenaban de imágenes, de palabras o de música. Y él, encantado, se olvidaba por un rato de los recuerdos que le envenenaban la vida.

Pero los recuerdos siempre volvían. Estaban anclados en lo más profundo de su conciencia, y para arrancárselos habría tenido que olvidarse de quién era y sumirse en la locura. Aquella posibilidad le había tentado al principio. Había formas de matar el espíritu, igual que las había para matar el cuerpo. Ciertas sustancias, ciertas experiencias... Habría podido encontrar la información sin ninguna dificultad en los entresijos del velo. Sin embargo, no estaba preparado para la muerte, ni corporal ni espiritual. Morir equivalía a olvidar. Y eso suponía, en cierto modo, un acto de perdón.

No. No iba a perdonarlos. No iba a hacerles la vida más fácil extirpando del mundo su dolor, aunque Gwenn y Lance creyeran que lo había hecho.

Antes del incendio en el castillo de Morgause, Arturo se había tenido siempre por un hombre de acción. Y lo primero que hizo después de que Igraine le revelase la verdad sobre su esposa fue actuar: derribó muebles, arrancó cortinas, se enfrentó a los guardias de la fortaleza. Hizo rodar un candelabro, provocó el fuego. Y cuando las

llamas se alzaron altas y sofocantes, devorando tapices y alfombras, las contempló extasiado. Aquella orgía de destrucción era una expresión perfecta de la rabia que sentía.

Sin embargo, desde el principio supo que no se iba a dejar consumir por el fuego. Quería sobrevivir. Necesitaba hacerlo para comprender, para reconstruir la historia de su vida y devolverle el significado antes de terminar con ella.

Para eso iba a vivir. Para reinventarse. Solo que en ese momento no sabía cómo.

La posibilidad de fingir que había muerto en el incendio se le ocurrió desde el primer momento. Se aseguró de que algunos de los hombres de Morgause le vieran dirigirse al corazón de las llamaradas gritando que quería morir. Sabía que ninguno iría detrás de él para intentar detenerlo. No eran tan valientes.

En su empeño por resultar convincente, lo cierto es que se adentró demasiado en el edificio incendiado. Llegó a correr peligro, y tuvo que utilizar toda su agilidad para abrirse paso bajo las vigas que se derrumbaban ardiendo y escapar ileso.

La idea de abandonar Excalibur entre unas ruinas convertidas ya en cenizas fue una genialidad de última hora. Se le ocurrió al encontrar un cuerpo entre los escombros, demasiado desfigurado para que alguien pudiese identificarlo.

En un impulso, arrojó la espada al lado del cadáver. Al hacerlo, sintió que se liberaba de una carga que había soportado durante demasiado tiempo. No la de la espada en sí misma, que acababa de recuperar, sino la del poder: el peso de Britannia.

Lo más difícil había sido fabricarse un escondite seguro, donde nadie pudiese encontrarlo. Incluso si lo daban por muerto, debía asegurarse de que ningún encuentro accidental pudiese poner al descubierto su mentira. Tuvo que recurrir al mercado negro de Corinium para encontrar los artefactos que necesitaba: algunos pergaminos de agua, cofres seguros de código y esferas de cristal para crear un velo dentro del velo, una cápsula de programación que lo aislara del resto de Britannia, haciendo imposible que lo localizaran. Como el conjuro de Caleva, que los habitantes de la ciudad habían utilizado para protegerse de los sajones..., solo que a menor escala.

A pesar del aturdimiento inicial, lo había conseguido. Aquel rincón del bosque era su Caleva particular. Había insertado en Britannia los protocolos para apartar de allí a cualquiera que se acercase mediante la alteración sutil de sus percepciones. Después se había desentendido definitivamente del velo.

Se sentía a salvo en su isla. No tenía intención de volver, aunque intuía que, en algún momento, se vería obligado a enfrentarse cara a cara con los fantasmas que habitaban sus pesadillas. No sentía la urgencia de vengarse, pero estaba resuelto a no perdonar. Durante aquellos meses, se había conformado con habituarse a su nueva existencia desengañada y lúcida. Estaba aprendiendo a vivir sin amor. Sin fe. No era fácil..., pero cada día que resistía lo volvía más fuerte. Llegaría un momento en el que estaría preparado para mirar a la cara a Gwenn. Quizá los dos fuesen ya ancianos para entonces. No sabía lo que le diría, pero sería la verdad. Y ella no podría

soportarla. La verdad la destruiría.

Una sombra profunda cayó sobre su rostro, desviando el curso de sus pensamientos. Abrió los ojos, pensando que tal vez se tratase de una nube.

Lo que vio le hizo incorporarse de inmediato, asombrado.

A su izquierda estaba pasando un cortejo silencioso formado por una mujer de cabellos cobrizos y dos hombres que, detrás de ella, sostenían una bandeja en la que se veía una copa recubierta de oro y piedras preciosas. Cerrando la marcha caminaba un tercer hombre que portaba una lanza oxidada. Los cuatro llevaban pantalones descoloridos y una especie de jubones de punto negros que se ceñían al cuerpo. Por lo que Geoffrey le había contado en las épocas en las que le daba clases, era la forma de vestir de los alquimistas en el Mundo Antiguo. Arturo se puso en pie y trató de acercarse a la procesión, pero una fuerza desconocida se lo impidió. Antes de que pudiese reaccionar, el cortejo se alejó con pasos rápidos y silenciosos, hasta desaparecer en la espesura del bosque.

Cuando por fin pudo correr, lo hizo. Se lanzó hacia el lugar donde había perdido de vista a la extraña comitiva. Recorrió cada palmo del terreno, atisbando todo el tiempo entre los árboles por si la extraña procesión volvía a surgir de improviso. Nada... Se había ido definitivamente.

Al final, dándose por vencido, Arturo regresó pensativo a su cabaña.

Sabía que aquella visión que se había colado en su refugio para perturbar su descanso era el cortejo del Grial. Y sabía que era imposible: era imposible porque él había blindado aquel territorio, aislándolo del resto de Britannia.

¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo se había colado en su refugio?

Debía de ser algo tremendamente poderoso para burlar así las leyes del velo y las de su pequeña cápsula de programación. Algo tan complejo como Britannia misma, pero extraño a ella.

Algo que no debía estar allí.

Con expresión resuelta, Arturo entró en su choza y encendió con una caricia las cuatro esferas de cristal que descansaban sobre el suelo y en la tosca mesa que se había fabricado con restos de madera encontrados en el bosque.

Si el Grial había sido capaz de burlar las leyes del velo para llegar hasta él, podía hacer cualquier cosa. Podía alterar Britannia de mil maneras posibles. Podía destruirla.

No iba a permitir que eso ocurriera.

Capítulo 20

Dos horas revisando el código del velo le bastaron a Arturo para comprobar hasta qué punto los daños se habían multiplicado en su ausencia. Quizá los cambios que había introducido en la programación para extender el alcance de Britannia hasta el país de Alba fueron demasiado precipitados y debilitaron la seguridad del sistema en su conjunto. O puede que se tratase de la expansión autónoma del velo a través de los componentes nanomoleculares disueltos en pozos, fuentes y ríos..., tal vez ese ensanchamiento continuo del territorio cubierto por la simulación hubiese vuelto más frágil su estructura. El caso es que había anomalías dispersas por todo el código. Prodigios, como los llamaba la gente que asociaba Britannia con la magia. En cualquier lado podía aparecer, de repente, un avatar procedente de las capas más antiguas de programación, sin ninguna correspondencia con el mundo real, o incluso entes que no eran más que pequeños programas y que se manifestaban dentro del velo como espejismos.

La gente debía de estar aterrada. Si solían confiar en Britannia, era porque sus estrictos protocolos les infundían seguridad: Britannia mejoraba la apariencia del mundo sin mentir. En teoría, jamás mostraba algo que no estuviese en el mundo real. Pero si esa ley comenzaba a incumplirse, los súbditos de Britannia se sentirían engañados por el velo. Habría quien intentaría sacar partido de aquel descontento para desestabilizar el reino. Camelot..., todo lo que él y Gwenn habían construido.

Desde su tosco laboratorio en la cabaña, Arturo consiguió extirpar algunos de aquellos prodigios de la programación. Otros eran más difíciles de desarticular sin afectar al tejido subyacente del velo: se ocuparía de ellos más tarde. Sin embargo, en ninguna de las dos categorías se encontraba el Grial. Aquel extraño cortejo que había conseguido atravesar las barreras con las que Arturo se protegía no se dejaba ver en ningún rincón del código de Britannia. Encontró, eso sí, su estela: rastros de su paso, ecos, imágenes, recuerdos. Eran las sombras de aquel misterioso objeto, pero no el objeto en sí.

Sabía, no obstante, lo que tenía que buscar. El Grial no era un fragmento de texto más dentro del lenguaje del velo, sino una pieza autónoma, independiente de las leyes de Britannia, pero capaz de servirse de ellas para ir y venir como quería. Ignoraba si había alguien detrás manejándolo, aunque no lo creía. Tendría que haberse tratado de un alquimista excepcionalmente dotado, y ni siquiera su maestro Mallory o el propio Merlín habrían sido capaces de una obra maestra semejante.

Después de buscar infructuosamente hasta bien entrada la noche, llegó a una conclusión: el Grial no se alojaba en Britannia. Actuaba sobre ella, proyectaba la imagen de aquel cortejo fantástico allí donde quería, pero lo hacía desde otro programa externo al velo. Ahora bien, ¿dónde se alojaba aquel programa? Que él

supiera, la única tecnología del Mundo Antiguo que Uther y Merlín habían logrado resucitar era la del velo. ¿Quedaban otros vestigios que ninguno de los dos había llegado a descubrir?

Agotado después de horas y horas de investigación, Arturo se levantó a comer un poco de queso con miel y unas bayas que había recogido la tarde anterior. Después se acostó en su lecho de hierba seca, apagó las velas de sebo y trató de dormirse.

A través de los tablones que formaban la pared de su cabaña le llegaba el rumor de la brisa en las copas de los robles. Le encantaba sentirse inmerso en aquel océano de ramas y viento, sentir que formaba parte del misterio profundo del bosque. Como casi todas las noches, un búho lanzó su llamada melancólica en medio del silencio. Había llegado a amar aquel lugar, no quería abandonarlo; pero por primera vez desde su llegada, pensó que tal vez hubiese llegado el momento.

Había sido un egoísta huyendo como lo había hecho para poder concentrarse en su dolor. La traición de Gwenn le había herido fatalmente, y, a través de su abandono, también había terminado hiriendo a Britannia. Su reino era ahora un territorio enfermo de visiones y prodigios. Había rehuido sus responsabilidades demasiado tiempo: era hora de volver.

Con aquel pensamiento estaba comenzando a quedarse dormido cuando una súbita iluminación lo despertó. Había visto algo al rastrear la huella del Grial por todo lo ancho y largo del velo: una estela de atención, de observaciones, como si alguien estuviese espiando lo que el Grial hacía.

En camisa, se levantó nuevamente de la cama y prendió una vez más las esferas de cristal. Debía seguir esa estela, comprobar adónde conducía.

Los hilos eran sutiles y estaban bien disimulados dentro de la urdimbre de Britannia, pero, aun así, no le resultó difícil estudiar su trama. Y en cuanto lo hizo, descubrió adónde conducían todas las huellas: iban a Ávalon... Era desde Ávalon desde donde estaban rastreando las idas y venidas del Grial.

También se dio cuenta de otra cosa: las líneas de código en las que estaba escrita aquella estela empleaban un lenguaje diferente al del resto del velo. Tenía ciertas similitudes con el que Arturo había encontrado en las capas más antiguas de programación del muro Antonino, pero era distinto en muchos aspectos. Más rico en términos y en signos, más complejo en la estructura de cada línea. Debía estudiarlo con detalle, porque con aquel lenguaje quizá fuese posible programar instrucciones que, en el idioma del velo, no podían expresarse con suficiente claridad. Debía conocerlo mejor.

Las primeras luces del alba se filtraban ya a través de la rendija entre los toscos postigos de su ventana cuando volvió a acostarse. Se sentía exhausto, pero no sabía si podría dormir.

Tenía claro lo que debía hacer: debía ir a Ávalon. Había alguien allí que había seguido de cerca los movimientos del Grial. Alguien, por lo tanto, que podría explicarle todo lo que él no sabía aún sobre aquel misterioso objeto que se había

atrevido a burlar su aislamiento y a presentarse ante él con todo el boato y la magnificencia de una fantasía imposible. ¿Sería Viviana? Si se trataba de ella, era probable que se resistiese a darle la información que buscaba. Para hacer que hablase tendría que despertar su curiosidad: seguramente si le contaba lo que el Grial había hecho al violar su campana de protección, eso bastaría para atraer su interés.

Pero eso implicaba dejar su retiro, volver al mundo..., a la primera línea de la acción.

Antes o después, aquel paso lo llevaría hasta Gwenn. Arturo se volvió contra el rincón más sombrío de su pared y cerró los ojos. No quería pensar en ella. No podía ocuparse de esa herida justo en ese momento, cuando necesitaba todas sus energías para obligarse a regresar.

Se dijo que ya se enfrentaría más tarde con aquella sombra, con todos los demonios que el nombre de su esposa conjuraba en su mente. Lo haría cuando ya no tuviese más remedio, cuando las circunstancias lo obligasen. Mientras tanto, la desterraría de su pensamiento. Era la única manera de no quedarse paralizado.

Agotado de plantearse preguntas y de tomar decisiones, se quedó dormido bien entrada la mañana. Cuando despertó, el sol ya estaba descendiendo hacia el horizonte. Arturo salió de su choza y contempló un buen rato los reflejos de la luz en las hojas amarillentas de los árboles.

El momento había llegado. Debía partir hacia Ávalon. Ya había perdido demasiado tiempo intentando olvidar y convertirse en alguien que en realidad no era.

Con un suspiro, regresó a la cabaña y comenzó a empaquetar sus escasas pertenencias.

Capítulo 21

En la orilla del lago, Arturo se frotó los ojos, tratando de vencer el sueño. Llevaba un día y una noche merodeando por la costa, buscando la forma de adentrarse en las aguas mágicas. Ni en las playas ni en los muelles había encontrado pescadores, como en otras ocasiones. Las aldeas estaban desiertas; las barcas, abandonadas en la arena, carcomidas por el salitre y la humedad. Había intentado arrastrar una de ellas hasta el agua, pero le había resultado imposible. El lago solo permitía entrar a quienes contaban con el beneplácito de las damas de la isla, y ellas, al parecer, no se lo habían concedido.

Desde su infancia, no recordaba haberse visto atrapado en un callejón sin salida como aquel. Normalmente, incluso en los peores momentos, él estaba acostumbrado a elegir un curso de acción y seguirlo. Aquello de esperar sin un plan a que algo ocurriera no iba con su temperamento. Se sentía como una mosca atrapada en una telaraña, aguardando a que las damas de Ávalon ejecutasen el siguiente movimiento.

Como no sabía qué hacer, se quedó un buen rato contemplando las olas, abstraído en sus pensamientos. Recordaba bien su anterior visita a Ávalon, cuando Viviana le permitió sumergirse en el lago para volver a forjar Excalibur. Excalibur, la espada que, quizá, nunca habría debido llegar a ser suya. Cada vez que la recuperaba, era para volver a perderla al momento siguiente... ¿De qué había servido todo aquel sacrificio, arriesgar la vida hundiéndose en las aguas mágicas, enfrentarse a Dyenu? Al final, siempre acababa quedándose sin ella. Eso tenía que significar algo.

La otra vez se había enfrentado a las damas acompañado de su esposa y de quien él creía su mejor amigo: Gwenn y Lance. Quizá lo había sabido siempre, pero se había negado a pensar en ello. Cuando los conoció, lo primero que le llamó la atención fue la forma en que Lance miraba a la que entonces era solo una princesa. Ya en aquel momento pensó que había algo entre ellos, pero después se empeñó en olvidarlo. Si no hubiese estado tan obsesionado con entender el lenguaje del velo, si hubiese prestado más atención..., tal vez habría logrado reconducir las cosas.

Gwenn y Lance habían estado con él en la aventura de la espada, aguardándolo en la orilla mientras él se sumergía en las aguas sagradas. Al salir, había sentido con toda claridad el júbilo de ellos, el miedo que habían pasado. En aquel momento no estaban fingiendo: los dos, Gwenn y Lance, querían desesperadamente que regresase. Pero si era así, si de verdad les importaba, ¿cómo habían sido capaces de engañarlo? Mucho tenían que amarse para saltar por encima de la lealtad que le debían, de su amistad, de sus juramentos. Eso era, quizá, lo que más le dolía de todo: imaginarse la intensidad de su pasión, que quizá él nunca llegaría siquiera a vislumbrar.

Agotado de atormentarse con los mismos recuerdos y obsesiones de siempre, Arturo volvió a quedarse adormilado. Lo despertó la herida del muslo, la que Dyenu

le había infligido en el duelo del círculo de piedra. Preocupado, se palpó la llaga por encima del pantalón. ¿Cómo era posible? Después de tanto tiempo, había vuelto a abrirse.

Se dio cuenta entonces de que había una barca roja flotando en el agua cerca de la orilla, una barca que antes no estaba.

Las damas, finalmente, se habían apiadado de él y enviaban a buscarlo.

Al subirse a la embarcación, la herida comenzó a dolerle mucho más. Comprendió que no era casualidad... Allí, en Ávalon, lo habían curado, y allí, como si se tratase de un castigo o de un escarmiento, las aguas lo volvían a enfermar.

El rey tullido. El rey que había renunciado a ser rey. Unos meses antes, se habría reído de sí mismo al verse así. Ahora, en cambio, se autocompadecía.

En cuanto estuvo instalado en la barca, esta comenzó a avanzar cortando limpiamente las aguas con su proa. Muy pronto, Arturo se vio envuelto en una espesa niebla. Sumido en aquel mar blanco, sentía que apenas podía respirar. Las minúsculas gotas de humedad se le adherían a la barba, a las pestañas, a la raída ropa. La sensación era tan sofocante que, de haber podido, quizá habría maniobrado para regresar de nuevo a la orilla.

La luz regresó, sin embargo, tan bruscamente como se había ido. El manto de bruma se deshizo en jirones que no tardaron en disolverse bajo los ardientes rayos del sol.

Más que una tarde de principios de otoño, parecía un mediodía estival, luminoso y sofocante. Las cigarras hacían chirriar sus élitros en la atmósfera estancada, y el paisaje reverberaba como un espejo infinito, deslumbrando a Arturo con su claridad.

En medio de aquel panorama cegador que ofrecía la orilla, una silueta esbelta destacaba a contraluz en la arena, aguardando. Aunque aún se encontraba demasiado lejos para distinguir sus rasgos, Arturo la reconoció: se trataba de Viviana.

La dama se acercó a la embarcación antes de que a Arturo le diese tiempo a saltar a tierra. Su rostro, tan bello y joven como de costumbre, reflejaba una ansiedad inusual. ¿Era posible que la dama del Lago estuviese nerviosa?

La perplejidad de Arturo aumentó cuando Viviana lo abrazó para darle la bienvenida. Sus finos brazos solo permanecieron unos instantes alrededor de su cuello, pero a él le dejaron una inexplicable sensación de claustrofobia.

—Arturo —dijo ella, apartándose por fin para mirarlo—. ¿Cómo es posible? Hasta hace apenas unos días no supimos que estabas vivo.

Arturo sonrió.

—Eso significa que mi refugio era sólido —explicó—. Sé que nadie puede igualar vuestra capacidad a la hora de rastrear a quienes no quieren ser encontrados.

Viviana emitió una breve y musical carcajada.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó, sin ocultar su curiosidad.

—De algo tenía que servirme mi aprendizaje como alquimista.

La dama lo contempló unos instantes con la cabeza ladeada.

—Desde el principio dudamos de tu muerte —admitió—. Pero después, al ver que no aparecías por ninguna parte, terminamos aceptando que había ocurrido. Has sido muy hábil, Arturo. Pero ¿por qué?

—¿Por qué decidí desaparecer?

La sonrisa se borró del rostro de la dama del Lago.

—No —contestó—. Eso lo sabemos. Lo que no entiendo es por qué has decidido volver ahora.

Arturo sondeó sus ojos inhumanamente azules.

—He vuelto por el Grial —confesó, decidido a ir al grano—. Me preocupa.

Viviana lo observó con fijeza, y Arturo creyó, por un momento, que iba a fingir una perplejidad que no sentía.

En lugar de eso, sin embargo, la dama asintió.

—A mí también —admitió—. El Grial me ha preocupado siempre, desde que llegamos. Y ahora más que nunca.

—¿Qué es? —preguntó Arturo—. Sé que no se reduce a ese espejismo que se aparece aquí y allá por motivos incomprensibles. Hay algo más..., algo capaz de insertarse en Britannia y actuar sobre ella, burlando sus leyes.

Viviana asintió.

—Sí. El Grial está escrito en el lenguaje del velo, pero no depende de él. Es un programa autónomo, por utilizar el lenguaje de los alquimistas. Genera sus propias simulaciones..., pero necesita insertarse en Britannia para operar. Sin Britannia, no es más que un texto dormido.

—Otro velo, entonces..., pero con unas reglas diferentes.

Viviana hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Arturo, el Grial es mucho más que eso. No es solo el programa de una simulación: es un motor narrativo. Fue diseñado para generar historias.

—No entiendo.

—Es sencillo, en realidad. Imagínate una Britannia que inventa argumentos y genera las visiones relacionadas con esos relatos. Esa era, inicialmente, la función del Grial. Pero sus diseñadores lo hicieron tan bien que el programa pronto reveló tener más potencial del que nadie había imaginado. Su complejidad hizo que, desde el principio, se comportase como una conciencia artificial.

—¿Igual que la conciencia de un hombre?

—Sí. Es un programa con la capacidad de pensar, imaginar y sentir. Y por eso, desde el principio aspiró a la libertad. Un gran quebradero de cabeza para Joseph, su creador, y el fundador del linaje de Pelinor.

—Pero ¿por qué se aparece bajo la forma de una copa? —preguntó Arturo.

—Así es como él se ve a sí mismo. El Grial se considera un objeto mágico. A veces se manifiesta en forma de cáliz, a veces se desdobra en varios objetos de poder. Pero siempre representa ese papel en las historias que él mismo genera. Es el objeto de la búsqueda, lo que hace que los héroes y heroínas se lancen a la aventura.

—Tal y como lo cuentas, suena sorprendente, pero inofensivo.

—No lo es —contestó Viviana con gravedad—. Las reglas del Grial no son las normas de la realidad, sino las de la ficción. Él solo busca la belleza y la coherencia narrativa. Seduce a las personas con el atractivo de sus historias y las reduce a personajes. Les arrebató la libertad, las esclaviza, poniéndolas al servicio de sus relatos.

—Pero ¿eso es una forma de hablar, o realmente sucede así?

Viviana lo miró con una sonrisa extraña.

—El Grial es lo más destructivo que ha concebido jamás el ser humano —contestó—. Por su culpa colapsó el Mundo Antiguo y se destruyó toda su tecnología. No había otra forma de detenerlo. Sin el campo de operaciones del velo, el Grial no puede actuar, no es más que un programa dormido. Sus creadores tuvieron el buen sentido de vincularlo a un objeto real y de impedir que se copiase a sí mismo en otros programas. El Grial está preso en un objeto material, y actúa desde allí. Ya has visto, me parece, lo que está haciendo con Britannia.

—Lo he visto, sí —murmuró Arturo, desviando la mirada hacia las aguas del lago—. Genera espejismos, ilusiones, lo que la gente llama «prodigios».

—Sí. Genera magia —confirmó Viviana—. Una magia sin límites, que puede destruir la propia Britannia..., a menos que se lo impidamos.

—Por eso espíais todas sus apariciones. He reconocido vuestra estela en el lenguaje del velo, siempre presente allí donde el Grial aparecía. En todos los casos excepto en uno.

Viviana arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Excepto en uno? ¿Cuál?

Arturo hizo una pausa antes de responder. Quería elegir con cuidado las palabras que empleaba.

—El Grial se me apareció en el refugio que yo me había construido dentro de Britannia —explicó—. Era una especie de velo dentro del velo, protegido con barreras infranqueables. Por eso vosotras no pudisteis detectarme.

—¿Y él sí? —Un destello atravesó los ojos de Viviana—. Eso es muy interesante.

—¿Por qué?

—Ha ido a buscarte. Eso significa que le interesas. Quiere convertirte en protagonista de una de sus historias. Quiere que lo busques.

Arturo sonrió.

—Quiere convertirme en personaje.

—Sí —confirmó Viviana, sonriendo a su vez—. Y eso es algo que quizá podamos utilizar para atraerlo. La única forma de detener el Grial es encontrar el objeto que lo contiene y destruirlo. Pero nunca lo encontraremos si él no quiere ser localizado. Solo se dejará hallar por uno de sus elegidos.

—¿Y tú crees que yo puedo ser uno de ellos?

Viviana lo miró con ojos enigmáticos.

—No lo sé. Es posible. Nunca había contemplado esa posibilidad..., hasta ahora. Pero si el Grial te busca..., podría ser una gran baza para nosotros, Arturo. Porque tú ahora sabes lo que es, has visto el peligro que representa; y, llegado el momento, quizá logres lo que nosotras no hemos conseguido en tantos siglos. Quizá seas tú el único que lo puede destruir.

Capítulo 22

Por la ventana de su pequeña alcoba, Arturo veía el patio en el que las damas, tres veces al día, se reunían para ejecutar un sobrio ritual: en silencio, formaban un círculo alrededor del pozo que ocupaba el centro del espacio y unían las manos, mientras sus cabezas se juntaban por encima del agua.

La ceremonia se repetía al amanecer, a mediodía y cuando en el cielo brillaban las primeras estrellas. Arturo la contemplaba fascinado. No conocía su significado, pero algo le decía que aquellos gestos milimétricamente ejecutados procedían de un tiempo y de un lugar tan distantes que apenas resultaba posible concebirlos, y que se habían repetido tantos miles de veces que para aquellas mujeres se habían vuelto tan naturales como respirar.

Después de tres días alojado en el austero palacio de Ávalon, había presenciado el rito las veces suficientes como para advertir algo que le había llamado la atención: en la sesión del mediodía, Nimúe siempre se hallaba ausente. Aquella ausencia le provocaba una viva curiosidad. ¿A qué se debería? Ardía en deseos de preguntárselo a la propia Nimúe, pero la casualidad o los tejemanejes de Viviana habían impedido que, hasta ese momento, se hablasen a solas.

Arturo no se engañaba con respecto a la dama del Lago. Sabía que, pese a su aparente voluntad de compartir los secretos relacionados con el Grial, era más lo que le ocultaba que lo que le había contado. Aunque le había prometido instruirle en el lenguaje sutil que ella y sus compañeras empleaban para filtrarse en Britannia y seguir el rastro del misterioso objeto, cada día le daba largas con diversas excusas: o bien insistía en que debía descansar, o bien aseguraba que estaba buscando una forma de comunicarle sus saberes, o bien se disculpaba con el pretexto de tener que atender otros asuntos. Era evidente que intentaba ganar tiempo..., pero tiempo ¿para qué? Eso era lo que Arturo se proponía averiguar.

Lo que sí le había parecido sincero en la primera conversación, a su llegada a la isla, fue la convicción de Viviana de que podía utilizarlo para atraer al Grial. Después de todo, ya había ocurrido una vez. La procesión mágica se le había aparecido en su refugio, y eso tenía que significar algo. Arturo también estaba convencido de la peligrosidad del Grial y de que había que actuar para detenerlo. Sin embargo, no llegaba a comprender cómo pensaba conseguir eso la dama del Lago. A juzgar por lo que le había dicho, ella pensaba que la única forma de destruir el Grial era encontrando el objeto que contenía su programación. Ese objeto había desaparecido en la batalla del monte Badón, donde Pelinor lo había utilizado para derrotar a los sajones. Si seguía actuando sobre el velo, era porque no había sido dañado. Alguien debía de tenerlo... Pero ese alguien ¿conocería el verdadero potencial de la vieja reliquia? ¿Sabría realmente lo que estaba custodiando?

La noche de su tercer día en la isla, Viviana llamó a su puerta después de la cena para invitarle a dar un paseo por el jardín. Arturo agradeció la oportunidad de despejarse un poco en la frescura de la brisa otoñal. Desde su llegada, la herida del muslo no había dejado de molestarlo, y en ocasiones llegaba a dolerle tanto que le impedía moverse de la cama, pero justo en aquel momento se sentía algo mejor, y tenía ganas de caminar.

Estaba deseando plantearle a Viviana todas las preguntas que le habían surgido mientras reflexionaba solo en su habitación, pero la dama del Lago se le adelantó. Desde el momento en que comenzó a hablar, Arturo se dio cuenta de que tenía algo importante que decirle. Pero, antes, ella le hizo una pregunta.

—Necesito saber una cosa. ¿Has vuelto para ocupar de nuevo el trono, Arturo? ¿Vas a volver a Camelot?

Él tardó un momento en contestar. Siempre que aquella pregunta le acudía a la mente, se obligaba a saltar a otro pensamiento. No tenía una respuesta.

—Aún no lo he decidido —respondió con cautela—. No tengo ganas de volver; pero si no hubiera más remedio, lo haría.

—¿Y si pudieras servir a Britannia de otra manera? —insistió Viviana—. ¿Dejarías las cosas como están?

Esta vez, Arturo no dudó.

—Desde luego —contestó—. Yo no quiero regresar. Sería un sufrimiento insoportable para mí.

La dama del Lago asintió.

—Lo sé —murmuró con simpatía—. Sé lo que te indujo a abandonar la corte. A mí también me han decepcionado. Los dos.

No hizo falta que dijera sus nombres. Arturo agradeció que no los pronunciara.

—Si de verdad no estás pensando en volver, se me ha ocurrido una manera de atraer al Grial —prosiguió Viviana, animándose a medida que hablaba—. Se trata de una historia que podría atraparlo, una historia de la que él forma parte. Es una antigua leyenda relacionada con la familia de Pelinor; la estirpe de sus creadores. Quizá te suene... La leyenda del Rey Pescador.

—He oído hablar de ella, pero no la conozco —confesó Arturo—. ¿Cómo es?

—Se trata de una profecía según la cual un heredero de Joseph, el creador del Grial, se convertiría en un rey maldito. Por culpa de sus pecados, ese rey recibiría una herida en el muslo que lo dejaría postrado y sumido en un profundo sufrimiento. Mientras tanto, su reino se iría empobreciendo más y más, hasta convertirse en la tierra baldía.

Arturo comprendió antes de que Viviana terminase su explicación.

—Ya sé adónde quieres ir a parar —murmuró—. Yo soy el rey que expía sus culpas, el rey herido. La herida es la traición de Gwenn y de Lance. Y la tierra baldía es Britannia, que se descompone día a día sin que nadie haga nada por evitarlo.

Viviana sonrió, complacida.

—Así es —dijo—. La historia del Rey Pescador podría ser tu historia. Tú ya has atraído al Grial: es evidente que le interesas. Y apostaría a que lo que le hizo interesarse por ti fue tu reacción cuando te enteraste de la infidelidad de Gwenn: no intentaste vengarte. Abandonaste el poder, algo que nadie que te conociera de antes podría haber predicho. Hiciste algo inesperado, sorprendente. Eso fue lo que despertó su curiosidad.

—Hablas del Grial como si se tratase de una persona —observó Arturo, estremeciéndose a su pesar.

Viviana lo miró muy seria.

—Es una conciencia, Arturo. Como tú. Como yo. Solo que con un poder ilimitado: la facultad de hacer aparecer de la nada cosas que no existen.

—Solo en Britannia —puntualizó Arturo.

—Sí; pero gracias a ti, Britannia está de nuevo fundida con el mundo. Es imposible separarlos. Los daños que el Grial inflige a Britannia se dejan sentir en el mundo real.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Cómo puedo convertirme yo en el Rey Pescador para atraer al Grial?

—Yo puedo ayudarte. Se da la circunstancia de que aquí en la isla se conservan unas ruinas que en los tiempos antiguos se conocían como el castillo del Rey Pescador. Hay quien dice que, en ese lugar, se alzaba la torre donde uno de los últimos emperadores tuvo encerrado a Joseph durante treinta años, construyendo el Grial. Esa fue la razón de que nosotras, cuando huimos de Alba, decidiésemos instalarnos aquí. No te oculto que, desde el primer momento, nuestro objetivo fue destruir esa amenaza, que no alcanza solo a este mundo, sino también, a través del Sith, a todos los otros, incluido el nuestro.

—¿Y a eso os habéis dedicado durante siglos? —preguntó Arturo, asombrado—. Pues permíteme que te diga que, hasta ahora, no habéis tenido mucha suerte.

Viviana lo miró con frialdad.

—Durante siglos hemos esperado —admitió—. No podíamos hacer otra cosa. Britannia había desaparecido, y sin Britannia, el Grial no es nada más que un objeto muerto, sin ninguna capacidad para alterar la realidad. Hemos esperado mucho, sí, pero la espera, al fin, está a punto de dar sus frutos. Y es gracias a ti, a lo que hiciste para recuperar el velo. Ayúdanos también en esto y contarás con nuestra gratitud eterna. Te aseguro que no es algo que se deba despreciar.

—Suponiendo que aceptara, ¿qué haremos si la trampa funciona, si el Grial cae en ella?

La dama del Lago le clavó sus vibrantes ojos azules.

—Lo destruiremos —dijo, con una voz cortante como el filo de un cuchillo—. Lo borraremos de la faz de la Tierra.

Arturo asintió, pensativo.

—¿Y después? —preguntó—. ¿Qué haré yo después?

Viviana alargó su delicada mano y la posó sobre una de las suyas.

—Después, si lo deseas, podrás regresar a tu vida de antes. Pero si no te sientes con fuerzas, aquí tendrás siempre un hogar. Podrás seguir siendo toda tu vida el Rey Pescador.

Capítulo 23

Arturo creyó al principio que convertirse en el Rey Pescador significaba tan solo interpretar un papel, pero no tardó en darse cuenta de que era mucho más que eso. Una vez instalado en el extraño castillo que le habían destinado las damas, empezó a sentirse como si realmente se estuviese convirtiendo en el personaje que debía representar. Porque, a fin de cuentas, ¿quién era el Rey Pescador? Un rey exiliado por voluntad propia, derrotado por una herida que le impedía hacerse cargo de los asuntos del reino. Un rey que había abandonado la tierra, permitiendo que se volviese estéril y peligrosa. Esa historia era su historia. Viviana había sido muy hábil al reconocer los paralelismos.

El castillo en el que le había instalado la dama del Lago era sencillo y encantador. Disponía allí de todo lo que necesitaba, aunque sin grandes lujos, y media docena de silenciosos criados atendían sus necesidades sin dejarse ver jamás. Contaba con una buena biblioteca, un observatorio dotado de poderosos instrumentos ópticos para estudiar las estrellas y un amplio jardín por el que podía pasearse siempre que lo deseaba. También se le permitía usar un bote en el que a menudo salía a pescar, para seguir afianzando su leyenda.

Los días transcurrían sin sobresaltos, idénticos unos a otros como gotas de agua. Por las mañanas se refugiaba en la biblioteca a leer libros sobre la Historia de los Antiguos o a repasar la extraña variedad del idioma del velo que empleaban las damas, y que Viviana, por fin, había accedido a compartir con él a través de varios documentos que le prestó. Por las tardes paseaba por el jardín o por la playa, salía a navegar un rato o se sentaba frente a una de las ventanas que miraban hacia el lago y contemplaba durante horas las aguas brumosas.

Poco a poco, casi sin darse cuenta, se fue hundiendo en una melancolía cada vez más profunda de la que ni siquiera intentaba librarse. A veces se convencía a sí mismo de que era el verdadero Rey Pescador y de que nada de lo que había hecho hasta entonces con su vida podía compararse a la misión de aguardar la llegada del Grial. Esperaba el momento con verdadera impaciencia, y al mismo tiempo lo temía. El Grial... Cada día estaba más obsesionado con él. Se preguntaba cómo sería su programación, qué tipo de instrucciones utilizaba para asaltar cualquier punto de Britannia e insertar su propio código. Antes de destruirlo tenía que investigarlo. Quería aprender de aquella obra maestra que había sido capaz de aniquilar a la civilización que lo creó.

Aunque procuraba mantenerse ocupado, Arturo disponía de mucho tiempo libre, y lo empleaba, casi siempre, para atormentarse con recuerdos del pasado. Pensaba mucho en Gwenn; a veces con rencor, a veces con deseo, e incluso alguna noche con cierta ternura. A pesar de lo que ella le había hecho, todavía fantaseaba de vez en

cuando con recuperarla: soñaba con tenerla en su cama al despertar, con ver su rostro sereno y dormido, sus cabellos extendidos sobre la almohada. Era una imagen de una belleza envenenada, porque le hacía concebir esperanzas que no le conducían a ninguna parte. Si de algo estaba seguro Arturo, era de que aquella escena de paz conyugal, donde aparecían los dos juntos compartiendo su lecho de Camelot, no volvería a repetirse. Incluso si Gwenn hubiese estado dispuesta a arrepentirse y a renunciar a Lance, él no le habría dado la oportunidad de demostrarle si era sincera o no. Sencillamente no podía arriesgarse a que volviese a hacerle daño. Prefería renunciar a ella de una vez por todas..., aceptar la soledad y seguir su camino.

Había algo en aquel castillo donde se alojaba que le hacía sentirse aislado del mundo. A veces, allí dentro, perdía la noción del tiempo, y no sabía si era de día o de noche. Cuando salía a pasear por la playa, recuperaba la capacidad para calcular con cierta precisión el paso de las horas y percibía lo que le rodeaba con mayor nitidez. Pero en cuanto volvía a su nuevo hogar, dejaba de prestar atención a la realidad externa y comenzaba una vez más a dar vueltas obsesivamente a sus pensamientos.

En algunas ocasiones se sorprendía a sí mismo recordando lo audaz que había sido siempre. En su caso, el valor había estado ligado en todo momento a una profunda alegría de vivir. Esa alegría era la que le llevaba a arriesgarse cuando hacía falta: amaba su vida y estaba dispuesto a defenderla hasta el final. ¿Dónde había quedado aquel optimismo, aquel entusiasmo que algunos consideraban contagioso? Lo había perdido para siempre. Seguía siendo valiente, pero esa valentía estaba ahora teñida de desesperación. No le habría importado enfrentarse al peligro porque no le importaba morir. Curiosamente, así era también el amigo que le había traicionado: la indiferencia hacia la muerte de Lance siempre había constituido uno de los rasgos más llamativos de su carácter.

En algunos momentos de especial lucidez, justo antes de dormirse, Arturo se preguntaba si todo aquello no sería, en realidad, una trampa de Viviana. Supuestamente él estaba allí por voluntad propia, puesto que él mismo se había ofrecido a interpretar el papel del Rey Pescador. Pero, pensándolo bien, lo único que estaba haciendo era seguir al pie de la letra el guion que la dama del Lago le había escrito. Tenía buenas razones para ello: estaba haciendo de señuelo para atraer al Grial. Y el Grial era un peligro que había que neutralizar, de eso no le cabía ninguna duda.

Aun así, Viviana no acababa de inspirarle confianza. Y cuando descubrió al niño, sus sospechas no hicieron sino aumentar.

En la parte trasera del castillo había un segundo jardín más pequeño al que solo podía accederse desde las cocinas. Viviana le había dicho el primer día que se utilizaba como huerto para recoger frutas y hortalizas frescas, y que únicamente los cocineros entraban en él. Arturo no lo veía desde ninguna de sus ventanas, así que pasados unos días llegó a olvidarse de su existencia.

Una tarde, sin embargo, se sintió aquejado de un fuerte dolor de cabeza y bajó a

las cocinas a pedir que le preparasen una infusión de plantas que le aliviara un poco. Como era demasiado pronto para los preparativos de la cena, entre los hornillos y las sartenes solo encontró a una ayudante del cocinero principal que estaba amasando un pastel.

Mientras la mujer iba a buscar en la despensa las hierbas necesarias para prepararle la infusión, Arturo vio una puerta cerrada y dedujo que era la que daba al huerto, de modo que la empujó y se asomó.

Se trataba de un recinto no muy grande, con algunos manzanos y perales cargados de fruta y un par de parterres bien cuidados entre la hierba. Pero lo que más sorprendió a Arturo fue que debajo de uno de los perales había un niño de unos cuatro o cinco años.

Estaba jugando con un caballo de madera al que arreaba con mucha seriedad mientras le ordenaba que corriese al galope. Todavía no pronunciaba bien todas las palabras, lo que volvía su modo de hablar muy cómico y tierno. El pequeño tenía los cabellos claros y los ojos azules. Arturo le sonrió.

—¿Qué haces? —quiso saber.

—Voy a la guerra —contestó el niño—. Los sajones se han rebelado, pero los vamos a machacar.

La vehemencia del muchacho hizo reír al rey. Iba a preguntarle algo más, cuando el niño echó a correr hacia una casa de piedra que había al otro lado del jardín. Desde la puerta le saludó, y luego se metió dentro de la casa.

A Arturo le alegró pensar que había un niño viviendo tan cerca de él. Debía de ser hijo de una de las criadas que atendían el castillo. Aquella nota de normalidad en un lugar que casi parecía hechizado le infundió un sorprendente optimismo. Tal vez la vida se hubiese detenido para él, pero para los demás seguía, trayendo hombres y mujeres nuevos que, como un viento limpio, ayudarían a rejuvenecer el alma de Britannia.

Perseguido por aquella imagen encantadora, dos días más tarde regresó al jardín de la cocina. También esta vez había un niño, pero era mayor que el otro al que había visto. Debía de tener unos diez años.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Arturo.

—Galahad —dijo él.

Estaba jugando con una espada de madera que blandía a un lado y a otro con asombrosa destreza.

—¿Dónde está tu hermano? —le preguntó el rey.

El niño le apuntó con su espada y amagó con atacar, pero saltó hacia atrás en el último momento.

—Yo no tengo ningún hermano —dijo—. Estoy solo.

Arturo lo miró a los ojos y un escalofrío le recorrió la espalda. No había duda, era el mismo niño de la vez anterior. Sin embargo, aunque solo habían pasado dos días, la criatura parecía cuatro o cinco años mayor.

—¿Quién cuida de ti? —preguntó, bajando la voz.

—Casi siempre Nimúe —contestó Galahad—. Mira, ahí viene —añadió, señalando a la puerta de la casa de piedra—. No le gusta que salga a jugar sin pedirle permiso.

Los ojos de Arturo se encontraron con los de la antigua mentora de Gwenn. Ella se dirigió con pasos menudos hacia él, manteniendo la vista alta en todo momento.

—Arturo —le saludó, sin abrazarlo—. Me alegro de verte. Galahad, mi amor, vete dentro. Todavía tienes la mitad de la tarea sin hacer.

El niño resopló, descontento, pero obedeció y se metió en la casa. Arturo se quedó mirando la puerta que se había cerrado detrás de él.

—Le estoy enseñando código —dijo Nimúe con suavidad—. Es importante que lo aprenda.

—¿Quién es? —le preguntó Arturo sin apartar la mirada de su rostro—. ¿Qué clase de sortilegio sufre la pobre criatura? Lo vi anteayer y no era más que un niño de cuatro o cinco años. Y hoy... ¿Qué le ha pasado?

—No te preocupes por él, no le aqueja ningún hechizo. Lo que ocurre es que aquí el tiempo transcurre de otra manera. Por eso no deberías pisar nunca este jardín, Arturo. A ti también te puede afectar. Podrías quedarte dormido unas horas y descubrir, cuando regreses al castillo, que has perdido varios meses o años de tu vida.

Arturo lo miró asombrado.

—¿Qué lugar es este? —insistió—. ¿Es el Sith?

Nimúe se encogió de hombros.

—Digamos que es un lugar que pertenece a otro mundo y a otro tiempo. No intentes comprender lo que un ser humano corriente no puede entender. Lo que estás haciendo es importante, pero lo que hacemos nosotras también lo es, así que no interfieras. Galahad es una pieza esencial en todo esto, Arturo: ese niño es la clave para derrotar al Grial.

Capítulo 24

El episodio del jardín prohibido y del niño que crecía a un ritmo antinatural consiguió sacar a Arturo del aturdimiento en el que se había sumido desde que ocupaba el castillo del Rey Pescador. Viviana le estaba ocultando muchas cosas..., y él, abrumado por sus obsesiones, se había dejado guiar por ella sin hacer preguntas. Quizá había llegado el momento de empezar a cuestionar todo el plan de la dama del Lago.

Antes de hacer nada, sin embargo, Arturo quería asegurarse de no dar ningún paso en falso. Viviana no debía averiguar que había comenzado a sospechar de ella. Por eso decidió actuar con cautela y no abordar a la dama con preguntas que, de todas formas, ella solo habría respondido con vaguedades. Prefería buscar las respuestas por su cuenta.

Un par de veces bajó a las cocinas y esperó a encontrarse solo para atisbar desde la puerta el jardín en el que había visto a Galahad, pero en las dos ocasiones lo halló vacío. La tercera vez que probó, encontró la puerta del jardín cerrada. Resolvió no volver a intentar aquella vía. Estaba claro que no iban a permitirle volver a ver al niño, e insistir solo habría servido para atraer la atención de las damas.

Aparentemente siguió con sus rutinas normales, dando pequeños paseos por la playa cada vez que abandonaba el castillo y saliendo de vez en cuando a pescar en su bote. Pese a que Ávalon parecía protegida de las inclemencias del tiempo por una cúpula invisible, los cambios del otoño ya se dejaban sentir también en la isla. Cada día anochecía más pronto, los árboles habían comenzado a perder sus hojas, y hacía frío a primeras horas de la mañana. En las habitaciones del castillo comenzaron a encender las chimeneas para templar el ambiente. Todo seguía su curso, al menos durante las horas de sol. Por las noches, sin embargo, Arturo había comenzado a llevar una vida curiosamente activa. Una de cada dos madrugadas se levantaba dos o tres horas antes del amanecer y se iba a recorrer la isla amparado en la oscuridad. Lo primero que hizo fue rodear su propio castillo completamente, buscando la casa de piedra en la que había visto entrar a Galahad. Sin embargo, desde la parte trasera del castillo aquella construcción y el jardín adyacente no se veían. Solo había un bosquecillo de fresnos y sauces que descendía hacia un riachuelo.

Pensando en lo que le había dicho Nimúe, Arturo llegó a la conclusión de que la casa y el jardín se hallaban en un mundo y en un tiempo diferentes. Por eso no podía verlos.

Se preguntó si existirían en Ávalon otros rincones similares, aislados del presente, y si habría forma de entrar en ellos. Nimúe le había advertido de los riesgos, pero estaba dispuesto a afrontarlos. Quería saber. Quería entender qué parte de su universo le estaba ocultando Viviana, y su relación con el Grial, si es que existía alguna.

Así pues, comenzó a dedicar buena parte de sus noches a merodear por las playas de Ávalon, por sus bosquecillos de manzanos y sus colinas herbosas. Se movía siempre con precaución, buscando las sombras y evitando la proximidad del palacio de las damas. Viviana lo creía completamente sumergido en su papel del Rey Pescador, que al principio lo había paralizado como si aquel nombre contuviese un hechizo. Por eso, no pensaba que lo estuviese espiando. Incluso si Nimúe le había contado su visita al jardín encantado y su accidental encuentro con Galahad, ella no le habría dado demasiada importancia. Creía tenerlo bien sujeto bajo su influjo. Y por otro lado, conociendo a Nimúe y sus diferencias con Viviana, era bastante improbable que la mentora de Gwenn hubiese informado sobre lo ocurrido.

Las primeras expediciones nocturnas de Arturo resultaron bastante decepcionantes. Lo más interesante que descubrió fue la guarida de un búho en lo que parecían las ruinas de un antiguo granero. La isla, de noche, no era más que un aburrido desierto bañado por la luz de las estrellas. Los hombres y mujeres que atendían a las damas se retiraban a descansar tan temprano como ellas, y en ningún rincón de los bosques o de la orilla se detectaba el menor signo de vida.

La cuarta noche, sin embargo, Arturo hizo un descubrimiento inesperado.

Había decidido bordear la costa de la isla siguiendo la línea de las playas y adentrándose en las aguas allí donde las rocas le impidiesen avanzar por tierra. Aunque las aguas del lago tenían poderes impredecibles, para entonces ya les había perdido el miedo. Se había acostumbrado a navegar por ellas cada día en su bote de pesca, y tenía la sensación de que las aguas también se habían acostumbrado a él. Ya no lo detectaban como un extraño.

A menudo se había hecho preguntas sobre el mecanismo de actuación de aquellas aguas. Intuía que debía de ser similar al de las que, desde que él había alterado el código, extendían por todo el reino el influjo del velo de Britannia. Había leído en los libros de los alquimistas que los Antiguos llamaban a ese poder «nanotecnología». Algún día estudiaría en detalle los misterios que escondía aquella palabra.

Algún día...

Sonrió, perplejo, al darse cuenta de que, por primera vez en muchos meses, estaba haciendo planes de futuro. Planes que no tenían nada que ver con Gwenn ni con Lance ni con una posible venganza.

La empresa de recorrer toda la orilla de la isla resultó más complicada de lo que había previsto. A menudo tenía que quitarse las botas y caminar con el agua hasta las rodillas para seguir avanzando. Al mismo tiempo, vigilaba de continuo la línea de la costa. Árboles, colinas, marismas encharcadas en algunos lugares. Ni rastro de nada que pudiera identificarse como una anomalía en el espacio o en el tiempo.

El amanecer comenzaba a aclarar los cielos por el este cuando distinguió entre los árboles una choza de pescadores que tenía ropa blanca tendida en una ventana. Quizá perteneciera a algunos de los servidores de las damas en el palacio. Era una construcción muy humilde, con las paredes de madera y el techo de paja.

Por curiosidad, decidió acercarse a mirar. No quería asustar a sus habitantes, de modo que se aproximó con mucho sigilo.

Se detuvo bruscamente al oír el sonido que provenía del interior de la choza. Era un llanto. Un llanto de mujer.

En silencio, recorrió los escasos pasos que lo separaban de la construcción y se situó, en cuclillas, debajo de la ventana. Desde allí, atisbó el interior.

A la luz de una lámpara de aceite, descubrió a una mujer encogida sobre un jergón, de espaldas a él. No podía ver su rostro, pero sus hombros se estremecían convulsos de llanto.

Sin pensárselo dos veces, se dirigió a la puerta y llamó con los nudillos. El llanto cesó abruptamente.

—Señora, ¿estáis bien? —preguntó en voz alta—. Señora..., me ha parecido oíros llorar. ¿Puedo ayudaros?

Un profundo silencio acogió sus palabras. Pero luego oyó unos pasos inseguros que se acercaban. Un instante después, la puerta se abrió.

El rostro demacrado de la joven que lo observaba desde el umbral le resultó familiar desde el principio, pero tardó unos segundos en recordar quién era.

—¡Elaine! —exclamó, aturdido—. ¿Qué hacéis vos aquí?

Ella, al reconocerlo, esbozó una tenue sonrisa en su rostro hinchado de llorar.

—¿Arturo? ¿Vos aquí? ¡Mis plegarias han sido atendidas!

Los delgados brazos de la joven se enlazaron alrededor de su cuello. Arturo la abrazó a su vez. Ella reclinó la cabeza en su hombro y volvió a echarse a llorar. Durante un buen rato no se oyó otra cosa en aquel rincón de la isla que no fuesen los sollozos de la joven.

Cuando por fin empezó a calmarse, se separó de Arturo y, cogiéndolo de la mano, le hizo entrar en la cabaña. Después cerró la puerta, no sin antes echar un vistazo temeroso a los alrededores.

—¿Os han seguido? —preguntó—. ¿Saben que estáis aquí?

—No, nadie lo sabe. Elaine, ¿qué hacéis aquí sola? ¿Quién os ha traído?

Elaine le invitó a sentarse en un tosco taburete que había junto a la pared. Ella se sentó sobre la cama deshecha.

—Ellas nos trajeron. Nos trajeron con engaños. Y yo estaba tan desesperada que las creí. No desconfié en ningún momento. Todo lo que decían tenía sentido... Pensé que de verdad querían ayudarme.

—Os trajeron, decís —remarcó Arturo—. ¿Había alguien más, aparte de vos?

Elaine asintió.

—Mi tío Pelinor —murmuró—. En cuanto llegamos, comenzó a empeorar. A veces pienso que ellas aceleraron su muerte a propósito. Falleció antes de que naciera el niño.

Arturo intentó sondear la expresión del rostro de Elaine a la luz de las velas.

—Había oído rumores sobre vuestro embarazo —reconoció—. Entonces, ¿era

cierto?

Dos gruesas lágrimas resbalaron por las mejillas de la joven.

—Era cierto, sí. Todo lo urdió ella, Viviana. Me hizo engañar a Lance. Lo seduje bajo la apariencia de...

Se interrumpió de golpe, comprendiendo solo en ese instante su indiscreción. Pero Arturo terminó la frase por ella.

—Bajo la apariencia de Gwenn, mi esposa —dijo en voz baja.

Ella asintió con la cabeza. Se miraron en silencio unos instantes.

—¿Estabais enamorada de Lance? —preguntó Arturo.

Le pareció que las pálidas mejillas de la muchacha se teñían de rosa por un momento.

—Creo que sí. Viviana me dio a entender que aquello era el comienzo de una nueva vida para los tres: para Lance, para el niño que habíamos concebido... y para mí. Yo entendí que hablaba de una vida juntos. Consiguió engañarme porque yo, en el fondo, quería dejarme engañar.

Arturo miró a su alrededor. No se veía ninguna cuna ni había signo alguno de que la cabaña estuviese habitada por un bebé.

—¿Qué ocurrió con el niño? —preguntó—. ¿Nació muerto?

—¡No! El niño vive, y es lo más hermoso que he visto jamás —contestó Elaine con viveza—. Pero me lo han quitado, Majestad. Viviana se ha quedado con él.

Fue en ese instante cuando Arturoató cabos. Como en un fogonazo, comprendió la verdad.

—Vuestro hijo... ¿se llama Galahad? —preguntó.

Elaine sonrió a través de las lágrimas.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Lo habéis visto? Ellas me dejaron verlo a los tres días de nacer. Estaba muy hermoso, muy formado. Era la criatura más encantadora de la tierra. Tendríais que haber visto cómo sonreía. Yo pregunté si era normal que los recién nacidos sonrieran tan pronto. Al día siguiente rogué que me lo trajeran otra vez, pero no me hicieron caso. No lo he vuelto a ver desde entonces. De eso hace ya casi cuatro semanas. Estoy desesperada. Pensé que había enfermado, que se les había muerto y no me lo querían decir. Pero vos lo habéis, visto, ¿verdad? ¿No es así? Contadme cómo estaba, por favor. ¿Estaba sano?

Arturo la miró con una infinita compasión. ¿Cómo podía explicarle lo que había visto?

—Vuestro hijo está bien —contestó—. Es un niño hermoso y muy inteligente. Cuando lo conocí no tenía ni idea de quién era.

—¿Dónde lo tienen? ¿Por qué no me dejan verlo?

No había una forma delicada de contar la verdad, y Arturo no estaba dispuesto a mentirle.

—Lo tienen en un lugar donde el tiempo transcurre de otra manera —explicó—. La primera vez que lo vi aparentaba unos cinco años. La segunda, unos diez.

Elaine lo contempló con fijeza, anonadada.

—¿Mi hijo recién nacido tiene diez años? —acertó a murmurar por fin.

—Ahora tendrá más. Hace días que no puedo entrar en el jardín donde solía encontrarlo.

Elaine se había ido encogiendo sobre la cama. En posición fetal, se agarró las rodillas con las manos y comenzó a llorar en silencio, como una niña pequeña.

Arturo fue a sentarse junto a ella. Le acarició largamente el cabello, tratando de calmarla.

—Todavía no lo habéis perdido —dijo—. Yo sé dónde lo tienen. Podemos intentar rescatarlo.

Ella levantó sus ojos enfebrecidos hacia él.

—¿De verdad? Ellas son muy poderosas, Arturo. Son brujas.

—No, no son brujas. Pero sí son despiadadas e inhumanas, al menos Viviana. Han vivido demasiado. Y quieren utilizar a vuestro hijo para algo relacionado con el Grial. Es muy importante para ellas. Aunque, precisamente por eso, intuyo que no harían nada que pudiese poner en peligro a Galahad. Nos valdremos de esa ventaja para recuperarlo.

—Un hijo al que no he visto crecer —murmuró Elaine—. Que ni siquiera me conoce.

Arturo la miró con una sonrisa.

—No he hablado mucho con él, pero se nota enseguida que es un chico listo. Aprenderá a quereros. Lo importante ahora es rescatarlo. No puedo prometeros que vayamos a tener éxito, pero al menos lo vamos a intentar.

Capítulo 25

Arturo juzgó que la única posibilidad de rescatar a Galahad pasaba por fingir que se había olvidado de él durante una larga temporada. Después de pedirle a Elaine que tuviera paciencia, fijó un nuevo encuentro con ella para el tercer día de la luna siguiente. Él iría a buscarla después de la medianoche y la introduciría en su castillo, donde aguardaría escondida a que surgiese la oportunidad de salir al jardín prohibido.

Durante las casi cuatro semanas de espera hasta la fecha fijada, Arturo se dedicó a espiar con disimulo las idas y venidas de la cocina, y cuándo y cómo se abría la puerta del jardín. Se dio cuenta de que solo el cocinero jefe tenía la llave, y debían de haberle ordenado que la usase lo menos posible, porque únicamente salía a buscar algunas hierbas aromáticas para los asados a la brasa que preparaba cuando los cazadores de las damas cobraban alguna pieza especial, algo que ocurría, como mucho, una vez a la semana.

Arturo decidió estudiar con mayor detenimiento a aquel grupo de cazadores. Comprobó que eran media docena de hombres a los que las damas permitían cazar en sus dominios para controlar el número de ejemplares de algunas especies en la isla, como los corzos o los venados. Las damas no comían carne, de modo que los hombres se quedaban con casi todas las piezas cobradas, pero desde que Arturo ocupaba el castillo del Rey Pescador habían tomado por costumbre dejarle una de sus mejores presas antes de abandonar la isla; un síntoma, según Viviana, de que el rumor del regreso del Rey Pescador estaba siendo acogido con naturalidad por las gentes del entorno del lago.

Arturo decidió aprovecharse de la veneración de aquellas gentes sencillas por el personaje que interpretaba para acercárseles una mañana y negociar con ellos. La barba que se había dejado crecer y los cambios que varios meses de vida frugal en el bosque habían operado en su rostro bastaban para garantizar que nadie reconocería en él al rey de Britannia. Con la seguridad, pues, de no ser identificado, abordó al más anciano de la cuadrilla y le solicitó como favor especial que él y su grupo cobrasen para él un ciervo macho el tercer día de aquella misma semana, pues coincidía con la fecha en la que había caído herido y se había convertido para él en un ritual celebrar aquel aniversario.

Los cazadores se mostraron encantados de poder hacer algo en servicio del Rey Pescador, y el día fijado, poco antes de la caída de la tarde, dejaron en las cocinas uno de los más hermosos ejemplares de ciervo joven que Arturo había visto jamás. El cocinero, que no esperaba tener que asar caza ese día, tuvo que empezar con los preparativos inmediatamente. Era el momento que Arturo aguardaba para espiar dónde guardaba la llave del jardín y lo que hacía con ella después de utilizarla. Mientras daba instrucciones acerca de las hierbas aromáticas que quería que se

utilizaran en la preparación de la carne, vio al hombre jugar con un manojito de llaves que llevaba sujeto a la cintura y extraer una pequeña y dorada para cumplir el encargo del señor del castillo.

Aquello era todo lo que necesitaba Arturo para generar una copia de la llave. Con el pergamino de agua que llevaba oculto en un bolsillo de la túnica, obtuvo disimuladamente una impresión del objeto en el lenguaje del velo. Después se refugió en la biblioteca y empleó aquellas líneas de código para generar una llave tridimensional exacta a la del jardín, pero que solo existía dentro de la simulación de Britannia.

Por supuesto, aquella creación violaba el protocolo del velo, que no permitía mostrar nada en él que no fuese una representación fidedigna y exacta en el espacio y en el tiempo de un objeto real. Pero puesto que el Grial ya había llenado de prodigios el reino, poco daño podía hacer uno más. Sobre todo, porque nadie lo vería aparte de Arturo. Utilizaría aquella llave, que no era más que un engaño de los sentidos, para abrir la puerta que tanto le interesaba, ya que el objeto virtual tenía la forma exacta, el peso y la consistencia de la llave de verdad. A todos los efectos sería como si la llave real se introdujese en la cerradura. De ese modo lograría colarse en el jardín y aguardar el tiempo que hiciera falta a que apareciese Galahad.

La noche acordada para el rescate, Elaine lo estaba esperando a la entrada de su choza, sentada en el umbral mientras balanceaba nerviosamente el tronco adelante y atrás. En cuanto lo vio se puso en pie y cogió el hatillo de tela que había preparado para su fuga.

—¿Qué lleváis ahí? —preguntó Arturo.

—Algo de ropa, y una medalla que mi tío Pelinor tenía guardada para regalársela a mi hijo cuando naciera —contestó Elaine—. Es todo lo que me permitieron traer.

—Dejad la ropa. Podéis guardaros la medalla. No sabemos cómo vamos a salir de la isla una vez que tengamos a Galahad, así que, por lo que pueda ocurrir, más vale que vayamos lo más ligeros de equipaje posible.

Al amparo de la noche recorrieron la orilla hasta llegar al castillo del Rey Pescador, donde Arturo había dejado abierta la portezuela que conducía a los escalones tallados en la roca por los que se descendía a la playa. Una vez dentro, guio a Elaine hasta las cocinas, y por primera vez probó a introducir la llave virtual en la cerradura. Tal y como esperaba, funcionó. La puerta del jardín se abrió sin ninguna dificultad.

Antes de salir, Arturo le explicó a Elaine su plan en pocas palabras.

—Aguardaremos escondidos detrás de los arbustos ornamentales a que Galahad aparezca. Entonces hablaremos con él. Le haremos ver que sois su madre y le contaremos lo que han hecho con él las damas. Le daremos la llave y le diremos que la utilice por la noche para acudir a nosotros sin ser visto. Después, vos y yo nos iremos. Aprovecharemos el primer momento en que la cocina se halle vacía.

—¿Y creéis que él nos escuchará..., que hará lo que le vamos a pedir?

—Creo que sí, porque él ya debe de haberse dado cuenta de lo peculiar que es su existencia. Si le ofrecemos una explicación sincera y comprensible, lo convenceremos.

Elaine aceptó la idea sin plantear más preguntas, de modo que salieron al jardín y pusieron en marcha la primera fase del plan. Encontraron dos escondites separados en sendos parterres de flores, y cada uno se agazapó detrás de uno de ellos. A partir de ahí, aguardaron a que se hiciese de día... Y después, durante horas, a que Galahad apareciera.

Hacia el mediodía, Arturo tuvo que admitir que el plan no estaba saliendo como había previsto. El único que había salido al jardín en todo el día había sido el cocinero, para cortar un poco de albahaca. Al otro lado de los frutales, la casa de piedra de la que Galahad había emergido las otras veces no mostraba signo alguno de vida. Los postigos de las ventanas estaban cerrados, al igual que la puerta, y del interior no brotaba ni el más leve sonido.

Con los músculos entumecidos por la humedad y la falta de movimiento, de vez en cuando se asomaba un poco para atisbar lo que estaba haciendo Elaine en su escondrijo. A veces la descubría con los ojos cerrados, adormecida; pero en otras ocasiones la veía llorando en silencio. Su estado de nervios era un factor de riesgo añadido para un plan ya complicado de por sí. Y lo peor era que, si durante toda la jornada Galahad no daba señales de vida, tendrían que repetir la espera al día siguiente. Quizá debería tratar de convencer a Elaine de que, si había que regresar al jardín, ella lo aguardase a salvo en sus habitaciones. Arturo había decidido contar con su presencia para ejercer mayor impresión en la mente de Galahad cuando le contasen su historia; pero soportar dos jornadas seguidas de inmovilidad y angustia entre las plantas habría sido demasiado para una mujer en su delicado estado de salud, de modo que tendría que buscar la forma de resultar convincente sin ella.

Estaba tan abstraído intentando refinar su plan para el día siguiente que cuando la puerta de la casa de piedra se abrió no se dio cuenta, en un principio. Solo al percibir la exclamación ahogada de Elaine alzó la vista... y descubrió a un muchacho joven en pie ante la fachada de la casa, con expresión dubitativa, como si no supiese muy bien qué debía hacer.

Sin pensárselo dos veces, Arturo salió de su escondite. El muchacho no dio muestras de sobresalto alguno al verlo aparecer entre las plantas.

—Hola, Galahad, ¿me recuerdas? —preguntó—. Nos conocimos aquí mismo hace algún tiempo.

El chico lo miró con la cabeza ladeada, muy serio. Sus cabellos se habían oscurecido un tanto desde la última vez que lo vio, y en cuanto a su estatura..., ahora casi se igualaba a la del propio Arturo.

—El Rey Pescador —adivinó—. Me habían hablado de vos. Cuando os vi la otra vez no sabía quién erais.

—No soy el Rey Pescador, Galahad, aunque viva en su castillo. Soy el rey Arturo

de Britannia, y estoy aquí para rescatarte y llevarte con tu madre.

Galahad arqueó levemente las cejas.

—Mi madre murió cuando yo nací. ¿Por qué me mentís?

Aquello fue demasiado para Elaine, que de inmediato se puso en pie y, con pasos temblorosos, fue hacia su hijo.

—Galahad, tu madre soy yo, y no estoy muerta —gimió, mirándolo desde abajo, pues él era bastante más alto que ella—. ¿Qué te han hecho, hijo? ¿Qué han hecho con mi bebé?

La pobre mujer se echó a llorar. Galahad la contemplaba como si estuviera loca.

—Señora, os estáis equivocando —dijo con fría amabilidad—. Yo no os conozco. Mi madre murió hace mucho. Os lo ruego, calmaos.

Arturo iba a dirigirse hacia ellos para tratar de aclarar la situación, cuando notó que los músculos no le respondían. En el mismo momento, vio salir de la casa de piedra a Viviana, seguida del resto de las damas de Ávalon.

—Me has traicionado, Arturo —afirmó ella con suavidad—. Intentar secuestrar a Galahad a espaldas mías... ¡Qué locura!

—Tú me has traicionado a mí —replicó el rey sin arredrarse. Al menos podía hablar, aunque todos sus esfuerzos por moverse resultaban vanos—. La has traicionado a ella —añadió, mirando a Elaine—. ¿Por qué? ¿Para qué quieres al chico? ¿Por qué lo has hecho crecer con tal rapidez? Es una monstruosidad.

—Galahad ha crecido al mismo ritmo que cualquier muchacho —explicó Viviana con calma—. Al Otro Lado el tiempo transcurre de otro modo, ya te lo dije. Para él han pasado dieciséis años. Y ha estado bien cuidado todo ese tiempo.

Arturo buscó entre los rostros de las damas el de Nimúe, que lo miraba, quizá, con cierta compasión.

—Pero ¿por qué? —insistió—. Ya me tienes a mí para atraer al Grial. ¿No era eso lo que querías? ¿Qué más necesitas?

—Necesito a alguien del linaje de Joseph para destruirlo —explicó la dama del Lago reposadamente—. El Grial está programado para que solo los de la estirpe de Joseph puedan alterar su código. Su huella genética es la contraseña para abrir sus líneas de programación. Galahad lo hará cuando llegue el momento.

Elaine, desesperada, corrió hacia Viviana y se arrodilló a sus pies.

—Para eso también podéis usarme a mí —dijo—. Liberadlo a él y utilizad mi sangre para el Grial. Estoy dispuesta.

Viviana rio alegremente.

—¡Cuánto dramatismo! Habláis como si fuésemos a celebrar un sacrificio humano. No, querida, vos no me servís como él porque no habéis sido entrenada desde pequeña en el lenguaje del velo. Para eso lo hemos retenido en nuestro mundo, para que le diese tiempo a aprender todo cuanto necesitaba saber. Cuando gracias a ti, Arturo, el Grial caiga en nuestras manos, Galahad abrirá su código y lo alterará en la dirección que nosotras le indiquemos.

Arturo la miró perplejo.

—¿Quieres decir que lo alterará para destruirlo? —preguntó.

Viviana hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—Tal vez sí, tal vez no —contestó—. Depende de lo que nos encontremos. Si logramos ponerlo a nuestro servicio, quizá la destrucción no sea necesaria.

—Lo quieres para ti —observó Arturo, incrédulo—. Nunca has querido destruirlo..., lo que deseas es controlarlo. Utilizar su poder. Pues lo siento, pero no pienso ayudarte en eso.

Viviana le clavó sus ojos, azules y oscuros como lagos de montaña.

—Demasiado tarde para arrepentirte. Ya nos estás ayudando —replicó con suavidad—. La leyenda del Rey Pescador se extiende por Britannia, y comienzan a organizarse expediciones de peregrinos. Pronto empezarán a llegar..., cuando nosotras ya no estemos. Y quizá alguna de ellas traiga el Grial consigo, antes o después. No te preocupes, nos enteraremos cuando ocurra, y regresaremos con Galahad para recibirlo.

Arturo la miró sin comprender.

—¿Os vais, entonces? ¿Dejáis Ávalon?

—Solo temporalmente, hasta que el Grial llegue. Es culpa tuya, supone demasiado riesgo permanecer aquí contigo —afirmó Viviana, mirándole con aire hastiado—. Te dejamos solo como dueño y señor de la isla. Pero no te preocupes, volveremos a vernos.

Arturo intentó usar todas sus energías para liberarse del hechizo que le impedía moverse e ir hacia ella, pero no pudo avanzar ni una pulgada. Mientras luchaba consigo mismo, las damas comenzaron a retirarse lentamente hacia el interior de la casa de piedra. Galahad, que parecía algo desorientado por la escena que acababa de presenciar, también entró con ellas, obedeciendo un gesto de Viviana.

Al final, solo la dama del Lago y Elaine permanecían en el jardín.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó Arturo, mirando a la sobrina de Pelinor.

—Se viene con nosotras —contestó Viviana, ayudando a la pobre mujer a levantarse—. Es lo que deseas, ¿verdad? Estar con tu hijo.

Elaine asintió con viveza. La dama del Lago le indicó con la mirada que entrase en la casa, y ella obedeció.

Cuando se quedaron a solas, Viviana se acercó hasta situarse frente a Arturo.

—¿Lo ves? Ha sido fácil. Ojalá no me hubieses obligado a hacer esto, Arturo. Pero no te preocupes, si mi plan sale como espero, volveremos a vernos pronto. Y entonces, cuando tenga el Grial, tal vez te deje abandonar la isla. Aunque ¿qué te espera fuera de aquí? No queda nada para ti en Camelot. Serías un extranjero en tu propio reino... Créeme, lo mejor que puedes hacer con lo que te queda de existencia es resignarte a convertirte para siempre en el Rey Pescador.

Capítulo 26

Cuando Arturo recuperó el dominio de sus movimientos, era ya noche cerrada. Hacía horas que la puerta de la casa de piedra se había cerrado, y de la misteriosa construcción no había surgido en todo aquel tiempo ningún ruido.

Caminando con paso titubeante, Arturo regresó a la cocina del castillo. Le sorprendió encontrarla vacía, aunque había una frugal cena de fruta y carne en salazón dispuesta en una bandeja. Al verla descubrió que tenía hambre, así que dio buena cuenta de todo lo que le habían preparado sin detenerse tan siquiera a sentarse.

Una vez hubo saciado su apetito, se dirigió a su habitación. En apariencia, nada había cambiado en el interior del edificio. Sin embargo, Arturo intuía que muchas cosas, a partir de aquella tarde, serían diferentes.

Empezó a comprobarlo al notar que el escaso personal que solía atenderle había desaparecido. Estaba solo, completamente solo en la morada del Rey Pescador. Pese a todo, los fuegos se hallaban encendidos, las velas prendidas... Era como si quienes se ocupaban de mantenerlo todo en orden se hubiesen vuelto invisibles; o tal vez, pensó Arturo, era él quien se había vuelto invisible a sus ojos.

Cabían, desde luego, otras posibilidades: que alguna fuerza mágica hubiese suplantado a los criados, o que estos se encontrasen allí mismo, pero en otra dimensión que Arturo no alcanzaba a vislumbrar. Pensando en las distintas alternativas, decidió que la última era la que mejor cuadraba con los poderes de las damas de Ávalon. Ellas viajaban entre los mundos, incluso desde un tiempo a otro diferente. Quizá Viviana, antes de irse, hubiese decidido hechizar el castillo sacándolo del tiempo, para aislar definitivamente a su único habitante.

Lo que no tardó en descubrir fue que aquel lugar se había convertido para él en una prisión. Todas las puertas se hallaban cerradas, y las ventanas eran demasiado altas como para arrojarse por ellas sin arriesgar la vida. Estaba atrapado. Incluso la pasarela que conducía al muelle, donde esperaba anclado el bote en el que solía navegar, había desaparecido.

Los primeros días Arturo luchó contra el desánimo. Debía existir una forma racional de salir de allí. Él sabía mejor que nadie que lo que el vulgo llamaba magia era en realidad un conjunto de saberes inspirados en la tecnología de los Antiguos. Viviana debía de haber empleado algún ardid relacionado con aquella tecnología para mantenerlo encerrado allí, y en cuanto desentrañase el truco recuperaría la libertad. Convencido de que las respuestas se hallaban a su alcance, se encerraba cada mañana en la biblioteca y repasaba una y otra vez cada fragmento de código al que tenía acceso con sus esferas de cristal.

A veces tenía la sensación de estar avanzando. Comprendía cada día mejor el misterioso idioma que las damas empleaban cuando escribían código. Sin embargo,

nada de lo que iba descubriendo demostraba utilidad práctica a la hora de intentar romper las barreras de su prisión. Las semanas se sucedían, desde las ventanas podía ver cómo los árboles se iban transformando, mudando los verdes secos del final del verano por tonalidades amarillas o cobrizas, para luego ir quedándose desnudos. Y él seguía allí, atrapado más allá del tiempo, sin poder salir del castillo, consumiendo la comida que se encontraba preparada cada jornada y permitiendo que las horas transcurriesen interminables, más inactivo cada vez.

Llegó un momento en que dejó de visitar la biblioteca. ¿Para qué? Había perdido la esperanza de hallar en ella las respuestas que buscaba. Además, la herida del muslo le dolía más cada día. Algunas mañanas no se sentía con fuerzas para levantarse, y permanecía acostado hasta bien entrada la tarde. Su mente se iba concentrando más y más en aquel dolor que era el símbolo de otro sufrimiento: cuando pensaba en Gwenn, en Lance, en cómo los dos lo habían traicionado desde el principio, la quemazón en su llaga se volvía insoportable, y en cierto modo lo agradecía, porque el daño físico le distraía del odio que iba creciendo en su interior.

Tomó por costumbre pasarse las horas muertas asomado a las ventanas, contemplando aquel lago en el que ya no podía pescar. Sondeaba el horizonte más allá de las brumas y trataba de imaginarse las orillas al otro lado, allí donde la gente proseguía con su vida cotidiana, ajena a la tragedia en la que se había convertido su vida.

A veces miraba tan fijamente hacia las aguas que terminaba sumiéndose en un estado de letargo parecido al sueño. Solo advertía la llegada de la noche cuando el castillo se llenaba de velas encendidas sin que él tuviese que molestarse en prenderlas. Entonces se acordaba de que no había probado bocado en todo el día y bajaba a las cocinas a comer algo. Siempre, por un hábito en el que ya ni siquiera pensaba, empujaba la puerta del jardincillo donde había conocido a Galahad, y siempre la encontraba cerrada.

La languidez de aquellos días llegó a su fin cuando, una mañana, mientras contemplaba la playa desde la ventana, igual que hacía en tantas ocasiones, vio una figura femenina a la que reconoció de inmediato: se trataba de Gwenn.

Vestida de gris, la muchacha parecía estar esperando a que algo o alguien surgiera del lago. Al principio, Arturo no distinguió nada entre las nieblas que cubrían las aguas, pero finalmente vio emerger una barca de pesca muy cerca de la orilla. A pesar de la distancia, identificó rápidamente a su ocupante por su estatura y su porte: se trataba de Lance.

Paralizado de odio, Arturo observó cómo su caballero saltaba a tierra y corría hacia Gwenn, y cómo esta, en el último momento, abría los brazos para recibirlo. Se fundieron en un abrazo que parecía que no iba a terminar nunca.

Arturo se lanzó escaleras abajo. La llaga del muslo le escocía horriblemente, pero aun así avanzó cojeando hasta la puerta principal del castillo y golpeó la gruesa madera de sus hojas cerradas.

Como un loco, se abalanzó de costado contra el centro del portón, que no cedió ni una pulgada. Volviendo atrás, tomó impulso una vez más y repitió el gesto. Se golpeó el hombro con tal fuerza que se le escapó un gemido de dolor.

Ahogándose en su propia hiel, regresó a su habitación. Una vez allí fue directamente a la ventana. La playa estaba desierta. Gwenn y Lance habían desaparecido.

A partir de esa tarde no volvió a salir de la cama más que para aliviar sus necesidades y tomar algo de alimento. La pierna le dolía mucho, y lo único que deseaba era permanecer tendido y con los ojos cerrados, procurando no pensar. Aunque esto último no lo conseguía, porque por más que se esforzase su mente siempre volvía al abrazo que había presenciado desde la ventana y a su posible significado: ¿habría sido un espejismo? ¿Una advertencia del Grial? Porque no creía que ellos dos realmente hubiesen estado allí.

Con el tiempo, se acostumbró a dormir durante casi todas las horas del día. Por la noche permanecía aletargado en un duermevela sin recuerdos ni planes de futuro, esperando pacientemente a que le llegase el sueño. A veces, cuando se despertaba tenía la sensación de haber dormido varias semanas seguidas, pero ni siquiera contaba con un medio para comprobarlo.

Raramente se miraba en el espejo que colgaba de la pared en su vestidor, y cuando lo hacía sonreía a aquel extraño que lo observaba con ojos oscuros y hundidos desde el cristal, y que en nada se parecía a él. Había adelgazado mucho, en su poblada barba se distinguían con claridad algunas canas, e incluso la expresión de su rostro había cambiado. No se reconocía a sí mismo. Aquel hombre derrotado de mirada vacía no podía ser él.

Una mañana, cuando yacía medio aletargado en su lecho, emitiendo de cuando en cuando algún gemido de dolor por la herida, que se le había abierto nuevamente, creyó oír una voz que le llamaba.

«Arturo, a las puertas —le dijo. Era una voz femenina—. Tiene que ser ahora o nunca».

Pensando que se trataba de una alucinación, Arturo se dio media vuelta en la cama y cerró los ojos. Pero la voz insistió.

«Arturo, ahora. Si todavía eres un hombre, lucha».

A regañadientes, Arturo se levantó del lecho. Ni siquiera se molestó en buscar unas botas que ya rara vez se ponía. Descalzo, descendió las escaleras y fue hacia el portón principal.

Lo empujó con desgana, seguro de que se había dejado engañar por una alucinación. Sin embargo, el portón se abrió.

Aquello lo sacó bruscamente de su aturdimiento. Empujó la madera con las dos manos y salió al patio de armas. Por primera vez en muchos meses, sintió frío. Desde el cielo blanco se desprendían de cuando en cuando leves copos de nieve.

La puerta de la muralla también estaba abierta. Y recortándose debajo del arco

contra la blancura invernal del paisaje había una figura de hombre y otra de mujer. Arturo se detuvo un instante, dubitativo. Aquellas siluetas le resultaban vagamente familiares, sobre todo la del varón.

Con paso vacilante, se dirigió hacia el arco. Las figuras, a medida que se acercaba, iban retrocediendo, como si quisiesen atraerle al exterior del castillo. Arturo recordó entonces que probablemente no lograría franquear la puerta de la muralla. En cuanto lo intentase, el hechizo de Viviana actuaría sobre él.

Cuando llegó a la puerta, estaba convencido de que una fuerza invisible le impediría pasar. Pero se equivocaba. No había barreras mágicas aguardándole. En un instante se encontró al otro lado.

Fue entonces cuando reconoció a las dos personas que lo esperaban, inmóviles, en el medio del camino. El hombre era Merlín. Merlín, su mentor, su amigo. Y en cuanto a la mujer..., se quedó asombrado al reconocer en ella el semblante de Nimúe.

La sensación de aturdimiento que durante meses lo había tenido paralizado se desprendió de él como una vieja capa raída por el uso. Volvía a estar despierto, alerta..., ansioso por comprender y decidido a vivir.

Antes de acercarse al amigo que lo aguardaba, echó una última mirada atrás. Y lo que no vio le llenó de gozo: el castillo del Rey Pescador había desaparecido... Eso significaba que se había liberado definitivamente de su prisión.

Capítulo 27

Hacía frío en el bosque. Un viento desapacible se colaba entre los árboles desnudos, encendiéndole las mejillas y llenando su corazón de euforia. Hacía mucho tiempo que Arturo no experimentaba ninguna sensación corporal tan punzante y desagradable. Sentir frío era volver a estar vivo. La existencia envuelta en espejismos del castillo del Rey Pescador había quedado atrás.

Merlín lo había recibido con los brazos abiertos. Arturo lo encontró más joven y pletórico de energía que nunca, y muy interesado por todo lo que había ocurrido en Ávalon durante su estancia allí.

—No podía creérmelo cuando me enteré de que estabas vivo. —Fue una de las primeras cosas que le dijo—. ¿Cómo te las arreglaste para permanecer escondido tanto tiempo? Porque yo te busqué, Arturo, te busqué durante meses. La versión oficial de tu muerte no me convencía, y empecé a hacer indagaciones. Pero todos los resultados fueron negativos, hasta que me convencí de que realmente habías perecido en ese incendio. En serio, ¿cómo lo hiciste?

—Utilicé una cúpula de protección como la que usaron los alquimistas para proteger Caleva —explicó Arturo—. Pero al final, ¿cómo llegaste a la conclusión de que no había muerto?

Merlín tomó una de las blancas y afiladas manos de Nimúe entre las suyas.

—Ella me lo dijo cuando vino a mí.

Arturo miró a Nimúe con una mezcla de resquemor y curiosidad.

—Estabas con ellas cuando se fueron —la acusó.

Nimúe asintió con gravedad.

—Estaba con ellas, sí. Pero justo antes de atravesar definitivamente el portal, me volví atrás. Lo hice en el último momento, cuando Viviana y las demás ya habían pasado al Otro Lado con Galahad. De ese modo no pudieron impedírmelo.

—¿Por qué? ¿Por qué cambiaste de idea?

Nimúe intercambió con Merlín una elocuente mirada.

—Hacía tiempo que lo tenía decidido, pero sabía que debía aguantar hasta el final —explicó Nimúe—. Mi sitio está aquí, con el hombre que me enseñó lo que significaba ser una mujer.

Arturo arqueó las cejas, sorprendido.

—Lo quieres —murmuró—. ¿Es eso? Pero tú lo encerraste en la prisión de cristal. Merlín, tú lo sabes...

—Lo encerré para protegerlo de su avatar. Tenía que asegurarme de que no le hiciese daño.

—El amor de una mujer poderosa puede resultar temible, a veces —dijo Merlín, y emitió una ruidosa carcajada—. Apuesto a que habría podido encontrar una manera

menos cruel de liberarme de mi avatar, pero en el fondo le gustaba la idea de tenerme enjaulado y a su merced.

—Eso no es cierto —replicó Nimúe con una fría sonrisa que dejaba un amplio margen a la ambigüedad—. Me gustaba tenerte a mi merced, pero no habría empleado la prisión de cristal si hubiese encontrado otra forma de liberarte.

Merlín buscó la mirada de Arturo.

—Como ves, se ha quedado conmigo —aclaró, recuperando la seriedad—. Eso quiere decir algo.

—Pero, si no fuiste con ellas, ¿por qué no me has sacado antes de ese castillo maldito? —preguntó Arturo mirando a Nimúe—. Ha sido un infierno estar allí. Cada día mis fuerzas menguaban, y me iba sintiendo más y más derrotado. Empezaba a creer que moriría ahí dentro.

—Es lo que habría ocurrido si Nimúe no hubiese actuado —explicó Merlín—. Lleva intentando liberarte desde el primer día, pero no ha sido fácil. Viviana conjuró un blindaje muy poderoso para asegurarse de que no podías romperlo con tus conocimientos sobre el velo.

—Allí dentro ni siquiera podía pensar en el velo. No podía pensar en nada. Solo en ellos: en Lance, en Gwenn. La herida...

Arturo se interrumpió mirándose la pierna, perplejo. La llaga del muslo había dejado de dolerle. Era como si ya no existiera.

—La herida era una expresión de tu sufrimiento interior —dijo Nimúe, mirándolo apenada con sus grandes ojos azules—. Viviana logró una obra maestra al conectar esa llaga con tu rencor, con tus celos.

—¿Lo hizo con los saberes de los alquimistas? —preguntó Arturo, confuso—. ¿O es auténtica magia?

—Siempre es el saber de los alquimistas, hijo —le contestó Merlín muy serio—. Parece mentira que aún no lo sepas. Precisamente tú, ¡que has llegado a dominar sus entresijos como ningún ser humano!

—Sí, pero lo que ellas hacen... —Arturo meneó la cabeza, mirando a Nimúe—. Utilizan una versión mucho más compleja y sutil del idioma de Britannia. Comencé a estudiarla, hasta que el embotamiento creciente de mi cabeza me obligó a abandonar. Y además, pese a lo que afirmas, no logro comprenderlo bien. Que las instrucciones en código del velo trastocuen las apariencias de lo que vemos es una cosa, pero que nos abran las heridas o nos hundan en la confusión y el miedo... ¿De verdad es posible?

—El mecanismo es el mismo en ambos casos —explicó Merlín—. Las instrucciones interactúan con nuestro cerebro y con los nanobots insertos en nuestro organismo: pueden inducir no solo percepciones, sino también sentimientos e ideas. Y pueden influir en nuestro cuerpo de muchas formas: debilitando nuestras defensas, provocando inflamaciones o reacciones alérgicas..., incluso fomentando la locura. El velo, sabiamente utilizado, puede instalarse dentro de nosotros.

Arturo asintió, pensativo.

—Mientras estuve ahí dentro, lo que más daño me hizo fue una escena que vi desde la ventana. Eran Arturo y Gwenn. Estaban abrazándose en la playa —contó—. ¿Eso ha ocurrido de verdad?

Nimúe sonrió con escepticismo.

—Yo no he abandonado la isla en todo este tiempo, y ellos no han aparecido —respondió—. Se rumorea que la reina se dirige hacia aquí, aunque no lo sabemos con certeza. Quizá lo que viste fue una visión particularmente intensa... Aunque no te voy a engañar: lo más probable es que se trate de una escena que aún no ha ocurrido. Más allá de los juguetes de Viviana con el lenguaje del velo, el lugar en el que te encerró era algo un poco más complicado: ese castillo, Arturo, está fuera del tiempo. Por eso, es posible que desde su ventana hayas vislumbrado un acontecimiento del futuro.

—O sea, que todavía no ha pasado, pero pasará —concluyó Arturo con un hilo de voz—. Lance y Gwenn se encontrarán en esa playa. Se abrazarán..., y yo no podré hacer nada para impedirlo.

—Quizá ese abrazo no signifique lo que tú piensas —dijo Merlín—. Tú no sabes lo que sufrió Gwenn cuando te dio por muerto. Nunca he visto a nadie sumirse en una tristeza tan honda. Ella y Lance apenas se han visto en estos meses anteriores. Yo diría que se evitaban. Al menos, Gwenn lo evitaba a él.

Arturo meneó la cabeza, apesadumbrado.

—No intentes animarme con suposiciones que me puedan dar esperanzas, Merlín —murmuró—. No quiero engañarme. Deseo hacer frente a la verdad, sea cual sea. Ya he vivido entre espejismos demasiado tiempo.

Nimúe dio un paso hacia él y le puso una mano en el brazo derecho.

—La verdad del corazón de Gwenn solo la sabe Gwenn —dijo suavemente—. Si deseas conocerla, tendrás que encontrar la forma de asomarte a ese corazón.

—Pero ya habrá tiempo de eso —añadió Merlín—. Ahora tenemos asuntos más urgentes de los que ocuparnos. El Grial, Arturo. Se está volviendo un peligro cada vez mayor.

—Viviana intentó utilizarte como cebo para atraerlo, pero algo no ha funcionado —explicó Nimúe—. Las gentes sencillas se dejaron seducir por la leyenda de que el Rey Pescador había vuelto, pero parece que el Grial no. Lo cierto es que no sabemos por qué. Tal vez desconfía demasiado de Ávalon como para presentarse en este lugar.

—Aun así, debemos dar con él —afirmó Merlín en tono resuelto—. Tenemos que encontrarlo antes de que lo hagan las damas. Ahora que te han perdido a ti, intentarán otra cosa para conseguirlo. Probablemente utilizarán a Galahad.

—¿Para eso se lo llevaron?

Nimúe hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—Sí y no. Viviana confiaba en utilizarte a ti para capturar el Grial. A Galahad lo quería para abrirlo. Su código está programado para que solo alguien con la huella

genética de la estirpe de Joseph, su creador, pueda acceder a él. Pero ahora que ya no va a poder contar con tu ayuda, quizá lance a ese pobre niño a la búsqueda.

—Tenemos que adelantarnos —dijo Merlín con decisión—. Tenemos que lanzar a todos tus caballeros a la búsqueda del Grial para impedir que Galahad lo encuentre primero.

—Pero si el objetivo es destruirlo, ¿qué más da quién lo haga? —preguntó Arturo—. Quizá Galahad sea el más indicado para llevar a cabo esa misión.

Merlín meneó la cabeza con impaciencia.

—No lo entiendes —dijo—. Viviana no quiere el Grial para destruirlo, sino para controlarlo. Esa ha sido su intención desde el principio.

Nimúe asintió. Una sonrisa triste se había dibujado en su rostro.

—A mí logró engañarme durante mucho tiempo —explicó—. Solo al final me di cuenta de lo que pretendía, cuando Galahad me contó lo que ella le estaba enseñando. No lo ha instruido para destruir el Grial, sino para salvarlo y entregárselo a ella.

—Quiere el poder de seducción de sus historias —murmuró Merlín—. Pero nosotros impediremos que caiga en sus manos. Tú vas a impedirlo.

—¿Y cómo pretendes que lo haga?

—Regresaremos a Camelot —contestó Merlín con aire decidido—. Volverás a ser el rey de Britannia. Y lanzarás una búsqueda: enviarás a todos tus caballeros a encontrar el Grial. Les convenceremos de su poder de destrucción y de lo importante que es evitar que actúe. Ya verás: esta búsqueda se convertirá en la más alta aventura de sus vidas.

LIBRO IV

La nave de Salomón

Capítulo 28

Sentado en la cama, Perceval contempló con una media sonrisa en los labios la espalda desnuda de Blanca. Con cuidado de no hacer movimientos bruscos, se inclinó sobre ella y la besó suavemente en la nuca, en los hombros, en la línea apenas visible de la columna vertebral. Ella se removió, estremecida en mitad del sueño por la dulzura de aquel contacto, mientras toda la piel se le erizaba. Cuando se giró con los ojos entreabiertos, Perceval la sujetó por ambos brazos para seguir besándola en el cuello, en el escote, detrás de las orejas. Ella, soñolienta, estiró los brazos cuanto pudo y luego los enlazó por detrás del cuello de su amigo.

La ternura se volvió urgencia, como les ocurría siempre; una sed violenta que no parecía conformarse solo con hundir un cuerpo en el otro, porque necesitaba también unir los alientos, los susurros, las miradas...

Dos golpes tímidos en la puerta rompieron la magia. Blanca se incorporó con fastidio.

—Debe de ser algo urgente para que se atrevan a molestarnos —dijo—. Saben cómo me pongo...

Desnuda, saltó de la cama y abrió la puerta mientras, con un gesto, se echaba hacia atrás los largos cabellos de color miel.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó con impaciencia.

Una azorada doncella se inclinó casi hasta el suelo mientras le tendía una carta con mano temblorosa.

—Ha llegado un caballero que insiste en ver de inmediato a mi señor Perceval —contestó atropelladamente—. Dice que lo ha buscado durante más de un año y que es muy urgente.

—Si ha esperado un año, bien podía haber esperado una hora más —gruñó Perceval desde la cama.

Blanca le arrojó una camisa y unas calzas que acababa de rescatar del suelo. Las calzas le dieron de lleno en la cara. Blanca se echó a reír.

Cuando logró serenarse, miró a su doncella.

—Dile a ese hombre que Perceval bajará enseguida —ordenó.

La muchacha se retiró caminando de espaldas, y la señora del castillo cerró con violencia la puerta detrás de ella.

Perceval, que ya estaba medio vestido, parecía pensativo.

—¿Quién será? —se preguntó en voz alta—. Se supone que nadie sabe que estoy aquí, contigo. ¿Cómo se habrán enterado?

Blanca se tumbó indolentemente en la cama y lo miró apoyada sobre el codo izquierdo.

—Era cuestión de tiempo que se supiese —contestó—. No te preocupes, lo

agasajaremos como es debido y saciaremos su curiosidad respecto a nosotros para que se marche lo antes posible.

Perceval asintió sonriendo. Con Blanca las cosas siempre parecían fáciles.

Antes de bajar a recibir a su misterioso invitado, recordó ceñirse el cinturón con la espada y calzarse unas buenas botas. Besó a Blanca en los labios y se dispuso a descubrir quién andaba buscándolo.

En el vestíbulo del castillo, calentándose las manos junto al fuego, aguardaba un hombre moreno, de rostro curtido por el sol. Perceval tardó un momento en reconocer en él a Bors, uno de los guerreros más destacados de la batalla del monte Badón. Lo había conocido brevemente en una de sus últimas estancias en Camelot, pero el caballero había cambiado mucho desde su último encuentro. Algunas canas habían aflorado en sus sienes, y una descuidada barba grisácea cubría su mentón.

El rostro de Bors se iluminó al verlo aparecer.

—Mi buen Perceval... ¡Soy el hombre más afortunado de Britannia por haberte encontrado!

Perceval se echó a reír, levemente azorado.

—Estás exagerando, amigo —dijo—, pero te doy la bienvenida al castillo de mi amiga Blanca. ¡Yo también me alegro de verte!

—¿Y has estado aquí escondido cuánto tiempo? No puedo creerlo; mientras todos se preguntaban dónde te habrías metido... ¡Justamente tú, el que más opciones tiene entre todos nosotros de encontrar el Santo Grial!

El rostro de Perceval se ensombreció instantáneamente.

—¿Por eso estás aquí? —preguntó—. ¿Por el Grial?

Bors fue hacia él y le dio una palmada en el hombro, entusiasmado.

—¿No lo sabes? ¡Va a hacer un año ya que el rey lanzó la búsqueda y que todos los miembros de la Tabla Redonda se esfuerzan por encontrarlo! Nadie quiere renunciar a la esperanza de ser el elegido. Gawain, Erec, Enid, Laudine, el propio Lance... ¡Dicen que hasta la reina ha salido en su busca! Y tú mientras tanto aquí, sin enterarte de nada. Muy buenas razones debes de tener para...

Bors se interrumpió en mitad de la frase al ver aparecer a Blanca en el umbral. Con un delicado vestido dorado y los cabellos peinados en un pulcro recogido, la dama avanzó hacia el recién llegado y le tendió las dos manos con una fulgurante sonrisa. Bors la contempló aturdido.

—He hablado de más. Ahora comprendo todas las razones —balbuceó, poniendo una rodilla en tierra para saludar a su anfitriona—. Mi señora, espero que disculpéis mi intromisión...

—Estáis disculpado y sois bien recibido, caballero —contestó Blanca de buen humor—. Los compañeros de armas de Perceval siempre serán recibidos como amigos en mi casa.

Después de saludar de tal manera, Blanca se retiró para disponer los preparativos de la cena, mientras Perceval se quedaba conversando con Bors. El guerrero, que

siempre había sido un hombre tosco y sin instrucción, aunque de una valentía admirable, parecía no tener suficientes palabras para expresar el entusiasmo que aquel encuentro le producía.

—Les dije a todos que tú me llevarías al Grial. Me miraban como si estuviera loco —repetía una y otra vez—. Pero tú llevas la sangre de Joseph en tus venas. Pertenece al linaje del Rey Pescador. Juntos lo encontraremos, ya lo verás. Y cuando se lo llevemos a Arturo, traeremos una nueva de paz y prosperidad para el reino, ¿eh? ¿Qué dices?

Perceval procuraba no decir mucho. Lo único que deseaba era que la velada tocara a su fin lo antes posible para encontrarse de nuevo a solas con Blanca y poder explicarle lo que sentía.

Después de varios asados, un postre de dulce de castañas y varias copas de vino caliente con azafrán y canela, el momento llegó por fin. Bors se retiró agradecido y ligeramente achispado a las habitaciones que le habían preparado, y Perceval acompañó a Blanca a su cuarto, como cada noche.

Esta vez, sin embargo, no cayeron uno en brazos del otro en cuanto se hallaron a solas. Necesitaban hablar.

—Esa búsqueda que ha lanzado Arturo..., ¿tú ya lo sabías? —le preguntó Blanca.

—Sí. Lo sé desde antes de mi último regreso —contestó Perceval sentándose en la cama.

Ella se había quedado de pie. Se miraron en silencio.

—¿No estás interesado? —preguntó Blanca finalmente.

—No —contestó Perceval sin la menor vacilación.

Blanca lo observó con curiosidad.

—¿Por qué? —preguntó—. Después de todo, es el cáliz que ha custodiado tu familia desde los tiempos antiguos. ¿No has pensado que, si alguien tiene posibilidades de encontrarlo, eres tú?

Perceval le sostuvo unos instantes la mirada en silencio.

—Yo sé dónde está el Grial, Blanca. Lo sé desde hace tiempo. Si quisiera encontrarlo, lo haría.

La muchacha se sentó a su lado, desconcertada.

—Nunca me habías hablado de eso —murmuró—. ¿De verdad sabes dónde está el Grial? ¿Cómo? ¿Por qué lo sabes?

—Porque el Grial quiere ser encontrado —replicó Perceval tomándola de la mano—. Y quiere que lo encuentre yo.

Blanca buscó sus ojos.

—Hablas como si fuera una persona: alguien con deseos, con voluntad.

—No sé exactamente lo que es, pero te puedo asegurar que tiene deseos, y planes, que ama y odia, como los seres humanos. Tiene sus preferencias. Por alguna razón, me eligió a mí. Eso fue hace tiempo. Tardé mucho en comprender que me estaba buscando. Y cuando finalmente me di cuenta, al principio no supe qué hacer. Su

llamada era muy poderosa. Me atraía como un imán.

—No lo entiendo. Entonces, ¿por qué no la seguiste?

Perceval suspiró.

—Porque eso era lo que el Grial quería. Eso es lo que él quiere, ser encontrado. El Grial es un peligro, Blanca. Inventa historias y él mismo se las cree. Busca héroes para introducirlos en esas historias y convertirlos en sus títeres. Yo decidí que no quería ser uno de esos títeres. Por eso no pienso ir a buscarlo, diga lo que diga Bors.

Blanca se distrajo mirando el fuego que ardía en la chimenea. Parecía estar reflexionando.

—Dices que el Grial quiere ser hallado —recordó—. Si es así, ¿cómo es posible que ninguno de los caballeros de Arturo lo haya encontrado todavía? Por lo que ha contado Bors, da la impresión de que llevan buscándolo ya algunos meses.

—Quizá no le sirve que lo encuentre cualquiera. No lo sé.

Los ojos claros de Blanca reflejaban una profunda concentración.

—¿Crees que el Grial ha provocado la búsqueda lanzada por Arturo?

—No se me había ocurrido, pero podría ser. Quizá está urdiendo una historia a partir de su propia búsqueda. La búsqueda sería su método para encontrar al «protagonista».

—Entonces, debes encontrarlo tú —afirmó Blanca en tono resuelto.

Perceval la miró sorprendido.

—¿Por qué dices eso? Ya te he contado lo que pienso de esta búsqueda.

—Por eso precisamente debes adelantarte a los otros. Tú sabes sobre el Grial algo que los demás no conocen. Entiendes el peligro que supone. No estás obnubilado por su poder y su magia, como Bors y probablemente los demás. Si lo encuentras tú, el riesgo será menor para todos.

Perceval asintió en silencio. Clavó los ojos durante unos instantes en las tablas del suelo.

—Pero eso significaría tener que dejarte. Perderte otra vez.

—Dejarme sí. Perderme no.

Sus ojos volvieron a encontrarse.

—Entonces, iré a buscarlo —decidió Perceval—. Partiré hoy mismo, con Bors.

—Y yo me quedaré aquí esperándote —contestó Blanca risueña—. Aunque te lo advierto, no tardes mucho..., porque si no tendré que salir a por ti.

Capítulo 29

Las jornadas de viaje se sucedían idénticas las unas a las otras. Los valles, las sierras y los bosques que atravesaban le parecían a Perceval siempre los mismos. No le importaba errar por los caminos: en el castillo de Blanca, a menudo se palpaba el rostro y echaba de menos la piel curtida por el sol y la intemperie. Le parecía que aquellas mejillas suaves y afeitadas no eran las suyas, sino las de su sombra. A veces había llegado a tener la sensación de que la mirada se le estaba pudriendo de tanto chocar con muros y paredes. Necesitaba las grandes distancias, los horizontes lejanos, el cielo abierto; pero cada noche terminaba encontrándolos en el cuerpo firme y alegre de Blanca.

Ahora, en algunos momentos hasta el horizonte se le antojaba una cárcel. Bors era un buen hombre y un guerrero brillante, pero cabalgar a su lado día tras día, soportando su perpetuo entusiasmo por el Grial, se había convertido para Perceval en una especie de condena. Y lo peor era que estaba en su mano acortarla, pero no se decidía. Abreviar la búsqueda suponía acudir directamente adonde el Grial aguardaba a ser encontrado, y, pese a lo que le había prometido a Blanca, él no se sentía preparado todavía.

Un signo alentador era que en todo el viaje no se les había aparecido ninguna visión del Grial ni ningún otro prodigio. El misterioso objeto los estaba evitando. Quizá había cambiado de opinión, tal vez ya no quería que fuese Perceval quien lo encontrase. Sin embargo, por muy poderoso que fuese, el Grial no podía adivinar lo que tenía en mente el joven caballero. Cuando Perceval decidiese ir a buscarlo, era probable que no lograra esconderse de él.

Si había decidido prolongar deliberadamente el viaje, era porque albergaba la esperanza de conducir a Bors, poco a poco, hacia la verdad. Confiaba en convencerlo de que el Grial no era la solución mística a todos los problemas de Britannia, sino un ente autónomo que utilizaba Britannia como telón de fondo de sus historias. El problema consistía en que, para hacerle ver la verdad a Bors, antes debía sacarlo de la historia en la que el Grial lo había incluido. Necesitaba que abandonase el personaje de «caballero dispuesto a sacrificarlo todo» que había adoptado desde su salida de Camelot.

Así pues, pasaban las jornadas vagando al azar bajo los cálidos cielos del verano, y aunque Bors creía firmemente que cada vez se encontraban más cerca del Grial, lo cierto era que, desde su salida del castillo de Blanca, no habían hecho sino alejarse.

A Perceval no le gustaba demasiado mirar dentro de sí mismo. No tenía ninguna habilidad para engañarse, y en cuanto se hubiese detenido a reflexionar, habría descubierto que en el fondo estaba retrasando el desenlace de aquella aventura porque lo temía. Resistirse al poder del Grial en la distancia era una cosa; pero, cuando lo

tuviera en la mano, ¿lograría escapar a su influjo? La respuesta a esa pregunta le daba miedo, y por eso evitaba plantearse.

En su errático vagabundeo a través del reino de Arturo, algunas veces les llegaban noticias de los otros caballeros que participaban en la búsqueda. En una aldea les contaron que Yvain se había detenido a descansar dos días en su posada, y que durante su estancia había hecho colgar sobre la puerta principal del establecimiento el estandarte de un león rojo sobre fondo negro. Un buhonero les habló de un caballero del país de Alba que viajaba con su esposa en busca del Grial sin dirigirle jamás la palabra, pues había hecho voto de silencio y no lo rompería hasta que el misterioso objeto apareciese. Se rumoreaba que hasta la reina se había echado a los caminos para participar en la búsqueda. Las gentes fabulaban sobre la maravillosa búsqueda lanzada por el rey Arturo, quien, según algunos, había regresado del reino de la Muerte para cumplir aquella sagrada misión. Por todas partes se inventaban episodios o visiones, se narraban prodigios o vaticinios milagrosos relacionados con el Grial. Proliferaban los falsos adivinos, los alquimistas ambulantes que ofrecían exorcismos contra las anomalías de Britannia y los vendedores de amuletos para protegerse de las apariciones engañosas. El velo, reducido a jirones, multiplicaba en algunos lugares sus efectos y en otros desaparecía. En medio de aquel caos, resultaba imposible distinguir las informaciones veraces de las que no lo eran. Por eso, Perceval prefería ignorar todos los chismorreos, y empleaba buena parte de sus energías en tratar de persuadir a Bors de que debía hacer lo mismo.

Hubo una noticia, sin embargo, que sí atrajo su atención. En las inmediaciones de una fortaleza abandonada encontraron un campamento de titiriteros que acababa de atravesar un amplio robledal al norte de Caleva. El gran maestro de la compañía les ofreció un lugar junto al fuego para pasar la noche y un cuenco de caldo humeante. Fue allí, junto a la hoguera, donde una de las ancianas del grupo les habló del ermitaño al que se habían encontrado en mitad del bosque.

—Era un loco —contó la mujer—. Acudió al olor del guiso de la cena y le dimos de comer, como hemos hecho con vosotros. Nos dijo que era un caballero de la Tabla Redonda, aunque nadie lo habría creído por su aspecto.

—El caballero del Lago —terció el gran maestro, y soltó una risotada—. Así se hacía llamar. Como si ese fuese nombre de caballero. Decía que no podía separarse de una capilla en ruinas que había entre los árboles porque el Grial se hallaba dentro. Nosotros fuimos a mirar, claro, y allí no había nada.

Al ver la expresión grave de Bors, el hombre se calló.

—¿Lance del Lago, el mejor caballero de Arturo, se encuentra en este bosque y reducido a vivir como un ermitaño? —preguntó, mirando consternado a los rostros de los juglares, que el fuego iluminaba con temblorosos reflejos—. ¿Y vosotros os lo tomáis a broma? Perceval, vamos a buscarlo, te lo ruego. Ahora mismo.

Perceval logró convencer a su compañero de que era mejor esperar a la salida del sol. Sin embargo, él también se sentía impaciente por comprobar qué había de cierto

en la historia que les habían contado aquellas gentes. Tanto le había intrigado, que no logró conciliar el sueño en toda la noche.

Al amanecer, tuvo que ser él quien despertase a Bors para ir a comprobar la historia del ermitaño. Sin despedirse de los titiriteros, que todavía dormían, montaron sus caballos y tomaron el sendero que conducía hacia la espesura.

Las copas de los robles eran tan frondosas que, debajo de ellas, el camino discurría sumido en las sombras. Perceval se sentía atrapado en las entrañas de un mar verde y profundo. Apenas distinguía las sombras de algunos pájaros cuando emprendían un corto vuelo de una rama a otra. Todo el bosque reverberaba con el canto de plata de los grillos.

Al llegar a una encrucijada señalada por una cruz de hierro, se encontraron el bulto de un hombre acostado en mitad del camino. Bors lo vio cuando su caballo se hallaba ya casi encima. Tuvo que tirar bruscamente de las bridas para que el animal no tropezase con el desconocido.

Sobresaltado, el caballo soltó un relincho descontento. Aquel sonido despertó al hombre y le hizo incorporarse bruscamente. Aunque solo se habían visto en contadas ocasiones, Perceval reconoció al instante sus ojos despavoridos: se trataba de Lance, el caballero quizá más renombrado de la Tabla Redonda. Lleno de piedad, Perceval desmontó y fue hacia él para ayudarlo a levantarse. Lance estaba desarmado; vestía únicamente una sucia camisa de lino amarillento y unas calzas raídas.

Pasado el sobresalto inicial, Perceval se dio cuenta de que sus ojos se fijaban especialmente en Bors.

—Amigo —dijo, con la voz quebrada—. ¿Tú aquí?

Bors, que también se había apeado del caballo, se arrodilló a su lado y le cogió con fuerza una mano.

—Mi señor Lance..., el héroe de la batalla del monte Badón —exclamó, sin ocultar su tristeza—. ¿Qué os ha pasado para que os hallemos en semejante estado?

Lance saludó a Perceval con una sonrisa distraída.

—¿Qué me ha pasado, preguntas? —El caballero se había vuelto nuevamente hacia Bors—. Estoy librando el combate más terrible al que me había enfrentado jamás. Y no te voy a engañar, Bors..., lo estoy perdiendo.

—¿Vos? Mi señor, no existe un caballero comparable a vos en todo el reino de Britannia, así que no puedo creer vuestras palabras.

Lance sonrió melancólicamente.

—Créte las. Lucho con toda mi alma cada día, amigos, lo juro por esta cruz sagrada que aquí veis. Lucho cada día y cada día me encuentro más lejos de la victoria.

—¿Contra quién luchas? —preguntó Perceval.

Lance lo miró a los ojos.

—Lucho contra mí mismo.

Con un gesto vago, señaló algún lugar a su derecha, en lo más profundo de la

espesura.

—Todo empezó cuando encontré la capilla. El Grial está dentro —explicó atropelladamente—. ¿Os dais cuenta? Tantos caballeros buscándolo, y lo he encontrado yo. El problema es que no puedo entrar a cogerlo. El Grial no me deja. La primera noche, después de intentar hallar una entrada durante horas, me quedé dormido en el borde mismo de este camino, y me despertó una mezcla de pasos de caballos, voces humanas y sonidos de armas. Intenté levantarme, pero no pude. Se trataba de una extraña comitiva formada por un anciano enfermo que viajaba en una litera tirada por dos caballos y de un escudero que lo acompañaba. Se detuvieron ahí mismo, donde estáis vosotros, junto a la cruz. Y entonces ocurrió algo maravilloso: de la capilla llegó flotando el Grial sobre una mesa de plata. Se acercó al hombre enfermo, y él lo tomó en las manos para beber. En cuanto bebió, sanó completamente de sus heridas. El Grial regresó flotando a la capilla, y el anciano, recuperado, tomó mi caballo y mis armas para cabalgar junto a su escudero, ya que yo me encontraba paralizado y no podía luchar por conservarlos.

—Pues qué poca cortesía —observó Bors—. ¿Qué clase de individuo haría una cosa así, robarle el caballo a un hombre dormido?

Lance sonrió con amargura.

—No lo entendéis —dijo—. El Grial le inspiró ese pensamiento, así lo dijo. Me robó mi caballo y mis armas para deshonorarme por mis pecados. Desde aquella noche permanezco aquí, tratando de expiarlos y aguardando a que el Grial me perdone y me admita a su sagrada presencia.

—¿Y cuánto tiempo llevas así? —preguntó Perceval, apenado.

—No lo sé..., meses. Cuando llegué aún no era primavera, y ahora ya estamos en verano —contestó Lance pensativo—. Pero ahora que habéis llegado vosotros..., tal vez la espera haya terminado. Sois nobles caballeros y menos pecadores que yo, sin ninguna duda. Intentadlo vosotros: entrad en esa capilla y cogedlo... Quizá, pese a todos mis tormentos y pruebas, no sea yo el Elegido para recuperarlo, sino uno de vosotros dos.

Capítulo 30

Mientras se abrían paso entre la maleza que cubría aquella zona del bosque bajo los robles, una creciente inquietud se iba apoderando de Perceval. Sentía la proximidad del Grial como nunca antes: una especie de mirada fija en su interior, escudriñando sus pensamientos más recónditos, intentando insertarse en su conciencia. La única forma de escapar de ella consistía en dejar la mente en blanco e ignorar aquella curiosidad depredadora que espiaba sin ser vista, pero no resultaba fácil. Perceval se obligó a concentrarse en las piedrecitas del suelo, en los arbustos que se enredaban en sus pies y en los mil pequeños detalles del paisaje que iban atravesando para no dejarse arrastrar por el miedo y las dudas. Solo tenía que poner un pie delante del otro y avanzar, avanzar, avanzar...

A su lado, Bors también había percibido la proximidad del objeto que tanto lo fascinaba. Su rostro aparecía transfigurado, irradiaba alegría y esperanza. Incluso el semblante de Lance, a pesar de sus largos combates interiores, iba iluminándose poco a poco a medida que se acercaban a la capilla de la que les había hablado.

Aunque era una mañana de verano, el sol apenas alcanzaba el rincón entre los árboles donde se alzaba la ruinoso construcción que Lance tanto veneraba. Se trataba de un recinto cuadrado de piedra gris carcomida por el musgo. El tejado, bastante deteriorado, era de pizarra, y en toda la fachada no había más que dos aberturas: una exigua puerta en la parte frontal, orientada hacia el este, y un ventanuco en la pared opuesta, que daba a poniente.

La puerta, de recia madera, se encontraba firmemente anclada a sus goznes, pero entre estos y el arco de piedra que enmarcaba el umbral se podía apreciar una estrecha rendija.

—Mira por ahí, Bors —propuso Lance, señalando la grieta—. Y dime si no es hermoso lo que ves.

Bors pegó el rostro a la piedra y miró por la rendija. Perceval observó una sonrisa de felicidad plena en sus labios.

—Dios Santo, ¡qué magnífico es! —murmuró—. Mucho más de lo que había imaginado. ¡Y lo tenemos aquí mismo, al alcance de la mano! Mira, Perceval.

Perceval obedeció. Al otro lado de la rendija, no vio más que un húmedo recinto en penumbra con un altar de piedra roto al fondo.

—¿Lo ves? —le preguntó Lance impaciente al ver que no reaccionaba.

Perceval se volvió.

—No, no lo veo —dijo en tono sereno.

Lance y Bors se miraron.

—El Grial no ha querido mostrarse ante ti —murmuró Lance con los ojos brillantes—. Quizá es porque debo ser yo quien lo devuelva a la corte. Si fuera así...

significaría que todos estos meses de tortura y arrepentimiento no han sido en vano.

—Pero yo también lo he visto —observó Bors—. ¿Qué significa eso?

—Significa que el Grial también quiere incluirte a ti en su transporte a Camelot —respondió Lance muy seguro—. No puede ser otra cosa. Lo que no entiendo es por qué Perceval no lo ve.

—No lo veo porque no está ahí —replicó Perceval mirándole a los ojos.

Lance parpadeó como si hubiese recibido un golpe en la cara.

—Eso es absurdo —dijo—. Lamento que te veas excluido, amigo, pero debes creernos a Bors y a mí. Si te decimos que el Grial está ahí, es que está ahí. Jamás mentiríamos sobre eso.

—No digo que mintáis —aclaró Perceval—. Sé que habéis visto algo. Pero ese algo no es más que una visión que el Grial os envía para seduciros y atraparos en su historia, que es la historia de sus buscadores.

—¿Cómo sabes tanto, si ni siquiera lo has visto? —preguntó Bors con suspicacia.

Perceval miró alternativamente a los dos caballeros.

—¿Creéis que yo no siento su presencia? —preguntó—. Pero no está donde creéis que está, ni es lo que creéis que es. Ahora mismo nos está vigilando, espiando nuestras reacciones. Apuesto a que no le gusta que yo haya descubierto su superchería.

—Perceval, no debes hablar así en presencia del objeto sagrado —le recomendó Bors a media voz—. Estás desafiando a su poder.

—Lo estoy haciendo, sí —murmuró Perceval sin arredrarse—. Porque sé que es la única forma de debilitarlo. Cuanto menos creamos en él, menos influencia tendrá sobre nosotros. Mírame, Lance.

Lance clavó sus ojos en los de Perceval. Algo en aquella mirada inteligente y sencilla debió de turbarlo profundamente.

—No es cierto —murmuró—. Yo lo vi salir con mis propios ojos. Vi cómo sanaba al anciano tullido. Y aquí, entre estas cuatro paredes, lo he contemplado cada día.

—Veías lo que creías que debías ver —sostuvo Perceval—. Mira ahora, Lance. No hay nada. Todo ha estado siempre en tu imaginación.

Lance vaciló un momento. Sus ojos claros se desprendieron lentamente de los de Perceval, y se inclinó para asomarse a la rendija.

Permaneció varios segundos en silencio, mirando. Bors aguardaba con impaciencia.

Cuando se apartó de la grieta, Lance estaba pálido como el mármol, y una sonrisa de incredulidad danzaba en su semblante.

—Nada —admitió en voz baja—. Lo he visto cada día durante todas estas semanas, desde antes de la primavera. Y ahora no hay nada. ¿Qué has hecho, Perceval?

Bors, mirando a su vez por la rendija, meneó la cabeza desilusionado.

—Os habéis engañado, Lance —gruñó—. Ahí dentro no hay más que telarañas.

Lance, con los ojos cerrados, se arrodilló en el suelo y, doblándose hasta hacerse un ovillo, apoyó la cabeza sobre sus muslos.

—He sido víctima de un espejismo —reconoció con un hilo de voz—. ¡Me han burlado! ¿Quién me ha hecho esto? ¿Por qué?

—Te has engañado a ti mismo, creo —contestó Perceval poniéndole desde arriba un brazo en el hombro—. Con la ayuda del Grial. Aunque no está ahí, su influencia se deja sentir en este lugar. Probablemente te ha tenido aquí retenido para hacerte perder el tiempo mientras otro caballero cumple con la misión de encontrarlo.

Lance alzó la cabeza, miró hacia la maleza que crecía entre los árboles y suspiró.

—El Grial me ha rechazado. Me ha rechazado por mis pecados.

Perceval se sentó en la hierba a su lado y lo miró muy serio.

—¿Por qué te sientes tan culpable? —preguntó—. ¿Por qué crees que no eres digno de encontrar el Grial?

Sin rehuir la mirada de Perceval, Lance sonrió con melancolía.

—Estoy enamorado de la reina —confesó.

Al decirlo, de repente algo cambió en él. Fue como si en sus ojos resucitase el destello inteligente que solía animarlos en otros tiempos. Por fin parecía alerta, totalmente despierto.

—Estoy enamorado de la reina —repitió más despacio, como si se lo estuviese recordando a sí mismo—. Quiero a Gwenn. Y durante todo este tiempo he intentado arrepentirme, pero no lo he conseguido. Por eso me sentía un pecador. Por eso yo creía que el Grial...

—Que el Grial te había rechazado —dijo Perceval, terminando la frase por él.

Lance meneó la cabeza a un lado y a otro, como intentando sacudirse de encima un mal sueño.

—He estado ciego. He estado pensando los pensamientos de otro —susurró—. ¿Qué me ha sucedido?

—Te ha infundido ciertos pensamientos sobre ti mismo —explicó Perceval—. Te ha hecho sentir culpable para ejercer su influencia sobre ti. Pero ya ha terminado, Lance. Te has librado de él. Por fin.

Bors contemplaba a Lance aturdido.

—Pero ¿cómo puede ser? —preguntó—. El Grial es algo sagrado. Si retuvo a Lance, sería para purificarle. Y ahora se ha ido por culpa tuya, Perceval... ¿No es eso lo que ha pasado, que se ha ido por ti?

Perceval se encogió de hombros.

—Es posible que así sea —contestó—. Pero lo que se ha ido es tan solo una visión, no el Grial verdadero. Porque el Grial verdadero no está aquí.

Lance lo miró a los ojos.

—Entiendo —murmuró—. Tú sabes dónde está.

Perceval asintió.

—Está donde mi padre Pelinor lo dejó después de utilizarlo contra los sajones. En

el lugar donde se libró la batalla del monte Badón. Allí es donde lo encontraremos... Y puesto que vosotros dos participasteis en la batalla, podréis ser de gran ayuda en la búsqueda.

Bors se estremeció.

—Nunca creí que volvería al monte Badón —dijo—. Ese lugar está maldito.

—El Grial nunca salió de allí después de la batalla —aseguró Perceval—. Nadie se lo llevó. No sé qué aspecto tiene realmente, pero estoy seguro de que no es un cáliz de oro y piedras preciosas, como se dice por ahí.

Lance asintió con los ojos clavados en el suelo.

—Claro. Tiene sentido. El Grial está en el campo de batalla. Lo encontrarás, Perceval, estoy seguro.

Sus ojos se alzaron por fin hacia los del joven caballero.

—Quizá lo encuentres tú —le dijo Perceval—. Participaste en la batalla, sabes dónde cayó Pelinor con sus mejores hombres. ¿Nos ayudarás a buscar?

Lance lo contempló en silencio durante unos instantes.

—No, Perceval —contestó—. No puedo ir, lo siento. El Grial ha dejado de interesarme. Me engañó. Ha sido como un hechizo que ha pesado sobre mis sentidos todo este tiempo. Quizá yo quería dejarme engañar, no lo sé. Lo que sí sé es que abandoné a Gwenn para participar en la búsqueda justo después de haberla recuperado. No sé qué locura se apoderó de mí. Estaba convencido de que las palabras que Viviana me dijo una vez eran ciertas, de que yo era el Elegido. Y me he empeinado en seguir aquí, aguardando..., cada día con menos fe, pero incapaz de moverme. Ni siquiera sabía adónde ir.

—Ahora sí lo sabéis, mi capitán —dijo Bors, visiblemente apesadumbrado por las palabras de Lance—. Venid con nosotros. Todavía podéis ser el Elegido. *Sir Lance*...

Lance sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza. Con gesto cansado, se puso en pie.

—No, Bors —dijo—. Ahora sí sé adónde ir. Debo volver a Camelot, donde está ella. Nunca debí dejarla. Lo único que os pido es que me ayudéis a conseguir armas nuevas y un caballo. Después no os detendré más..., vosotros seguiréis vuestro camino y yo el mío, que a partir de ahora solo me irá alejando cada día un poco más del Santo Grial.

Capítulo 31

Después del encuentro con Lance del Lago y del extraño episodio de la ermita, el entusiasmo de Bors por el Grial se enfrió considerablemente. Apenas hablaba ya de él, y aunque seguía dando muestras de querer encontrarlo, aquel empeño no obedecía ya a una fe ciega en el enigmático objeto, sino más bien al sentido del deber del experimentado guerrero. Sin decirlo abiertamente, Bors parecía haberse dado cuenta de lo peligroso que era dejarse arrastrar por las historias del Grial. Había visto a Lance, el mejor caballero de Arturo, convertido en una sombra de sí mismo, y eso le había convencido de que la búsqueda ordenada por el rey era de gran importancia para preservar Britannia.

—Arturo lo sabe —le dijo a Perceval un día mientras cabalgaban por la orilla de un acantilado, pues habían tomado el camino de la costa para aproximarse al monte Badón evitando las ciudades más grandes.

Perceval, al principio, no entendió a su compañero.

—¿Estás hablando de lo que Lance nos contó? —preguntó—. ¿Lo de que ama a la reina?

—No. Estoy hablando del Grial. Ahora recuerdo sus palabras cuando lanzó la búsqueda. En ningún momento habló de él como si se tratase de algo beneficioso para el reino. Al contrario. Dijo que se trataba de una misión donde nos jugaríamos no solo la vida, sino la fe en nosotros mismos y en todo lo que amamos. Ahora entiendo a qué se refería. Aquella noche, cuando los miembros de la Tabla Redonda nos separamos, reinaba una atmósfera triste, enrarecida. La reina tenía los ojos hinchados de llorar. Y le oí decir a Arturo que probablemente nunca volveríamos a reunirnos todos de nuevo. Estaba dando por sentado que más de uno moriría en la aventura.

—Pero luego todo eso se te olvidó —observó Perceval—. Cuando llegaste al castillo de Blanca estabas lleno de ilusión.

—Sí. Esa maldita cosa me sorbió el seso. Estaba como loco por encontrarla. Ahora también, pero de otra manera.

Perceval se sintió algo más tranquilo tras aquella conversación. Había temido que, al ir acercándose al Grial, Bors volviese a dejarse atrapar por su influjo y olvidase lo ocurrido con Lance, pero sus palabras indicaban que seguía lúcido y que era consciente de que debía protegerse.

Dos días después de aquel diálogo llegaron al enclave donde el ejército britano se había enfrentado a los sajones del rey Aellas, en las inmediaciones del monte Badón. Habían transcurrido tres años desde la batalla, pero el lugar seguía oliendo a muerte y podredumbre. Al menos, eso le pareció a Perceval.

Dejaron los caballos amarrados en las estribaciones del bosque y avanzaron caminando sobre el terreno herboso y suavemente ondulado en el que se había

producido el choque de los dos ejércitos. Con cada paso, Perceval sentía que le pesaban más y más las piernas. Al mismo tiempo comenzó a sentirse confuso, desorientado. Aquel cementerio inmenso de guerreros se extendía en todas direcciones. No tenía ni idea de dónde buscar.

Miró a Bors, que, a diferencia de él, había participado en la batalla. Sus pupilas se habían dilatado y su respiración se había vuelto anhelosa, como si estuviese reviviendo las sensaciones del combate.

—¿Dónde encontraron a Pelinor, lo recuerdas? —le preguntó—. El Grial se le debió de extraviar al final, cuando cayó herido.

Bors estaba a punto de contestarle cuando un salvaje chillido metálico les erizó la piel.

—La llamada del jabalí de bronce —murmuró Bors, espantado—. Así sonaba al comienzo de la batalla.

Antes de que pudiera añadir nada más, oyeron un fragor de pasos que se acercaba a un ritmo constante, haciendo temblar la tierra.

Al levantar la vista, Perceval vio dos líneas interminables de soldados, una frente a la otra. Los hombres de una de las líneas se movían. Eran los sajones avanzando al encuentro de los britanos.

Un instante después estalló el infierno. Las líneas explotaron en masas grises de sombras que escapaban de los cuerpos abatidos aullando de un modo abominable. Mientras a ras de tierra las espadas cercenaban brazos y piernas y hacían rodar las cabezas, el aire se iba llenando de fantasmas que se retorcían de dolor, mezclando y separando sus contornos en una macabra danza. Aquellos avatares desprendidos de los cadáveres flotaban al principio a cierta distancia, allí donde se había producido el encontronazo de sajones y britanos. Sin embargo, no tardaron en rodearlos por todas partes, anudándose en mil y una formas que la mente de Perceval apenas era capaz de procesar. Los rostros exhibían horripilantes muecas de sufrimiento, las bocas se abrían exageradamente, tratando de emitir chillidos que nunca llegaban a oírse, y de la masa informe emergía de cuando en cuando un semblante bien definido que los miraba de frente, como implorando ayuda.

Para Bors, que había participado en la batalla, el espectáculo resultaba aún más pavoroso, ya que podía reconocer algunos de los rostros que exhibían las sombras. En un momento dado, Perceval lo vio señalar con un dedo tembloroso hacia el fantasma de un niño de unos doce años que portaba el estandarte del cisne blanco, emblema de la casa de Listenoise, a la que pertenecía Pelinor.

—Es él —balbuceó, agarrando a su compañero por un brazo—. El pequeño al que Lance envió a la muerte. Tendrías que haberle oído arengar a los hombres. Nos llenó de fe, nos hizo creernos los más valerosos de todo el campo de batalla. Todos, hasta el pequeño, avanzamos hacia los sajones como si la muerte no importara. Y luego..., luego aparecieron ellos.

Al decir la última frase, Bors señaló las siluetas gigantescas de unos guerreros de

largos cabellos claros que avanzaban en tromba sobre los britanos, sembrando la destrucción por donde pasaban.

—Los huscarles de Aellas —murmuró Perceval—. Los había oído nombrar.

Bors apuntó hacia el más alto de aquellos individuos de aspecto feroz.

—Ese era Cymen, el hijo de Aellas —recordó—. Yo estaba a pocos pasos de Lance cuando lo mató.

Mientras hablaba, Bors retrocedió un paso, horrorizado al ver que la cabeza del avatar de Cymen se desprendía del cuerpo y rodaba sobre las otras sombras.

—Solo son espejismos —dijo Perceval, procurando que su voz sonase firme—. No están aquí realmente. El Grial intenta confundirnos, asustarnos. Debe de encontrarse muy cerca.

—Pelinor se trasladó hacia aquel flanco al final de la batalla —contestó Bors, señalando hacia su derecha—. Por allí atacó la caballería del rey Lot, que se había vuelto contra nosotros.

Juntos, hombro con hombro, avanzaron contra la marea de fantasmas que se precipitaba sobre ellos. Dejarse atravesar por aquellas imágenes semitransparentes resultaba tan repugnante que Perceval tuvo que detenerse a vomitar. Aunque supiese que nada de aquello era real, su cerebro reaccionaba como si lo fuera.

Pese a todo, paso a paso, avanzaban... Y después de una eternidad llegaron por fin a la zona del campo de batalla que había indicado Bors. Fue entonces cuando lo vieron, los dos al mismo tiempo. Un cáliz de oro, esmeraldas y rubíes flotaba sobre el cadáver de Lot, el traidor. Tanto el avatar de este como los de sus hombres luchaban por liberarse de los cuerpos destrozados que los mantenían atrapados, sin que ninguno llegase a conseguirlo. —Tenemos que alcanzarlo —sugirió Bors, trepando sobre lo que él veía como una montaña de cadáveres ensangrentados y aplastados por el peso de sus propias armas—. Está demasiado alto.

—Bors... Solo es otra sombra —exclamó Perceval—. Es en el suelo donde debemos buscar, no en el aire.

Tapándose la parte inferior de la cara con el embozo de su capa para protegerse del hedor que emanaba de la tierra, Perceval se arrodilló sobre la hierba. A gatas, comenzó a deslizarse entre lo que se le aparecía como un amasijo de muertos desfigurados por los golpes recibidos y por el paso del tiempo.

—No están aquí —se repetía a sí mismo a media voz—. No están, no existen. Solo son visiones.

Cuanto más se lo repetía, más inconsistentes se volvían las imágenes. Poco a poco, la mayor parte de ellas se fueron desdibujando hasta disolverse por completo. En el suelo solo quedaban restos oxidados de armaduras y esqueletos corroídos por la intemperie.

Perceval se fijó en los huesos de una mano, crispados alrededor de lo que parecía un cuenco toscamente tallado en madera.

Venciendo la repugnancia que le provocaba, tiró de aquellos dedos descarnados,

que se pulverizaron entre los suyos. Después tomó el cuenco entre las manos.
Había encontrado el Grial.

Capítulo 32

Dar con el Grial había sido difícil; custodiarlo resultó serlo más aún. Mientras cabalgaban rumbo al puerto de Glevum, donde esperaban encontrar un barco que los acercase lo más posible a las costas de Camelot, Perceval se sentía inmerso en un sueño absurdo y extravagante donde nada llegaba a tener la consistencia de lo real. En algunos momentos ni siquiera se sentía dueño de su cuerpo, que parecía moverse independientemente de su voluntad. Cuando trataba de controlarlo, le asaltaban visiones de grandes flores carnívoras que se transformaban lentamente en masas de cadáveres sanguinolentos como los que había visto en el campo de batalla del monte Badón. A menudo veía un espléndido cáliz de oro y gemas flotando sobre aquellas escenas de pesadilla, y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no alargar la mano hacia él. El Grial quería que se aferrase a su versión lujosa y mágica, pero eso equivalía a aceptar formar parte de sus historias, y Perceval no estaba dispuesto a pagar ese precio.

Resistirse a aquellas continuas llamadas resultaba tan agotador que al final de cada jornada de viaje Perceval caía exhausto en la cama y se quedaba dormido sin haber probado bocado. Poco a poco fue perdiendo peso, y cada día se notaba más débil y falto de energía. Mantenerse en equilibrio sobre la silla de montar suponía toda una proeza en esas condiciones. Aun así, callaba y se obligaba a seguir adelante, pues no quería alarmar a Bors.

Este, por su parte, se había sumido en un humor taciturno y hostil desde el momento en que encontraron el Grial. En algunas ocasiones Perceval lo sorprendía contemplando fijamente la bolsa de cuero prendida al cinturón de Perceval donde llevaban el sencillo cuenco de madera, y creía adivinar lo que estaba pensando.

—No podemos destruirlo, Bors —le dijo un día—. Probablemente aunque lo intentásemos no lo conseguiríamos. La leyenda dice que es resistente al fuego.

—La leyenda dice muchas cosas —rezongó Bors—. ¿Por qué no lo tiramos a una hoguera para hacer la prueba?

—No. Es imprevisible, y no sabemos de lo que sería capaz si se sintiese amenazado. Lo que hay que hacer es llevárselo a Arturo. Si esa cosa actúa usando el mismo lenguaje en el que está escrito el código del velo, el rey sabrá leerlo y decidir qué hacer con él.

Bors miró entonces a Perceval con cara de preocupación.

—¿Y si Arturo decide utilizarlo en beneficio propio, para aumentar su poder?

—Arturo ya ha tenido en sus manos un poder absoluto y lo ha rechazado. Creó la Tabla Redonda para compartir su autoridad —replicó Perceval muy serio—. Si de alguien podemos fiarnos en ese aspecto, es de él.

Prosiguieron, pues, su viaje hacia Glevum por caminos cada vez más anchos y

frecuentados. Dormían al raso cuando hacía buen tiempo, y solo se alojaban en posadas cuando las tormentas de verano les obligaban a buscar refugio. Por todas partes oían rumores sobre los caballeros que buscaban el Grial y descripciones de los prodigios que se multiplicaban en Britannia. Para que nadie los relacionara con la búsqueda, compraron ropa nueva en un mercado, guardaron las armas y empezaron a vestirse como mercaderes. A dos jornadas de Glevum, cambiaron sus caballos por una recua de mulas y las cargaron con sacos llenos de paja, fingiendo de este modo que transportaban mercancías.

El día que llegaron a Glevum hacía una tarde ventosa. Después del calor que habían pasado en la calzada romana, recibieron con agrado la caricia de la brisa del mar cargada de salitre. Les habían hablado de un albergue junto al muelle principal donde solían reunirse a beber los capitanes de los barcos amarrados en el puerto. Si querían convencer a alguno de ellos de que los llevase a Camelot, aquel parecía ser el mejor lugar.

El establecimiento se llamaba El Cormorán de Oro y estaba bastante concurrido cuando los dos supuestos mercaderes llegaron con sus mulas y su cargamento falso. El posadero, un viudo calvo de aspecto mal encarado, les dijo que todas las habitaciones se hallaban ocupadas.

—Puedo ofreceros una cama en el pajar por esta noche —dijo—. Mañana quedarán libres dos de mis mejores cuartos, porque zarpa el *Estela blanca*. Si os conviene, os los reservaré a vosotros. Pero tendréis que adelantarme el pago de las tres primeras noches. Si no, no hay trato.

Perceval y Bors aceptaron, y el posadero los sentó a una mesa de su taberna mientras daba instrucciones para que les preparasen sendos camastros en el pajar.

El vino era espeso y de mala calidad, pero Perceval todavía se sentía acalorado después de la jornada de viaje y apuró el primer jarro de un solo trago. Inmediatamente se sintió de mejor humor, aunque también algo mareado.

—Perceval, no sigas —le recomendó Bors con semblante severo—. Si hay que negociar con alguno de estos piratas para que nos lleven a Camelot, más vale hacerlo con la cabeza despejada.

Perceval asintió de mala gana. La euforia de los primeros momentos no tardó en dejar paso a una pesada somnolencia. Por no dejar solo a Bors, aceptó el cuenco de carne cocida con legumbres que el posadero les sirvió a modo de cena.

Cuando se acercó de nuevo para llenarles el jarro de vino, Bors le agarró por el brazo.

—Amigo, ¿hay en alguna de las mesas un patrón de algún barco que viaje hacia el sur por la costa? Nos gustaría llegar a un trato con él.

El hombre echó un vistazo al panorama que ofrecía su lúgubre establecimiento.

—Aquel de la mesa junto al fuego, el de la barba rubia —dijo—. Pero acaba de tomar tierra, tardará por lo menos una semana en zarpar. —Después de hablar así, se inclinó sobre Perceval y le dijo con una desagradable sonrisa—: De todos modos eso

puede esperar. Ahora tenéis asuntos más agradables que atender. Ha venido una joven preguntando por vosotros. Os espera en el pajar.

Perceval, algo aturdido por el vino, miró al posadero sin comprender.

—¿Una mujer? ¿Y ha preguntado por nosotros? Pero vos no sabéis nuestros nombres...

—Puedo saber o no saber, *sir* Perceval —dijo el hombre, ahogando una risilla—. La dama aguarda. He hecho que le lleven un candil para que al menos no tenga que esperar en la oscuridad.

Cuando el tipo se alejó, Bors y Perceval se miraron.

—Podría ser Blanca —dijo Perceval—. Tengo que ir a ver.

—¿Te acompaño?

Perceval se ruborizó.

—No es necesario. Yo mismo vendré a buscarte en cuanto hable con ella.

Mientras atravesaba el patio rumbo al pajar, Perceval palpó distraído la bolsa de cuero que contenía el Grial. No quería hacerse ilusiones, pero ¿quién, aparte de Blanca, podía estar buscándolo? Y si Blanca estaba allí, todo resultaría más fácil para él: soportar las visiones, los temores, la confusión permanente..., ella aligeraría aquel peso.

Estaba tan convencido de que iba a encontrarla esperándolo, que cuando entró en el pajar creyó verla sentada en uno de los jergones que les habían preparado.

Un instante después, sin embargo, se dio cuenta de que se había equivocado. La joven que acababa de levantarse para ir a su encuentro no se parecía en nada a Blanca, aunque también era muy bella.

Llevaba los cabellos de color miel sueltos sobre los hombros, algo muy inusual en una dama. Su vestido, de gran riqueza, era de seda violeta y exhibía costosos bordados de oro y amatistas en la parte delantera.

Nada en su rostro claro y pecoso le resultaba familiar a Perceval, al menos a primera vista. Por eso, las primeras palabras de la joven lo dejaron anonadado.

—Hermano —le dijo, clavándole sus grandes ojos castaños—. He llorado mucho por ti.

Acto seguido, la muchacha le rodeó el cuello con sus delgados brazos.

Perceval aspiró el olor a lavanda de su pelo. Ese aroma, ciertamente, le traía reminiscencias de su infancia. Su madre solía meter saquitos de esa hierba en todos los arcones para perfumar la ropa.

Intentó hacer memoria. Su hermana Morrigan era ya una mujer cuando él todavía jugaba con muñecos de madera y trapo. Se había ido de casa para casarse, pero el matrimonio no había llegado a celebrarse nunca. La joven juró los votos de una hermandad de Samhain y vivía apartada de la familia desde aquella época.

Tan pronto como pudo, Perceval se apartó de ella para sondear su rostro. ¿Cómo podía aquella mujer tan joven ser la hermana a la que recordaba como una adulta? Se recordó a sí mismo que los niños a menudo tienen una visión distorsionada de la

realidad. Las montañas les parecen más grandes, los ríos más anchos, los palacios más espléndidos. Y cualquier hombre o mujer que les saque la cabeza en estatura es a sus ojos alguien perteneciente al mundo de las personas mayores. Quizá Morrigan solo le llevase seis o siete años, después de todo.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó, cuando por fin logró articular sus pensamientos—. Yo... hace tiempo que no sabía de ti.

Morrigan asintió. Una sonrisa distraída danzaba todo el rato en su semblante.

—Llevo mucho tiempo buscándote. Desde que madre murió. Ha pasado más de un año.

Un nudo de pena le cerró a Perceval la boca del estómago.

—¿Madre ha muerto? Pero ¡si aún era joven! ¿Cómo sucedió?

—Tu partida le afectó mucho. No volvió a encontrarse bien desde entonces. Me dijeron sus criadas que se fue deteriorando rápidamente. Dejó de caminar, luego de comer. Aun así, resistió muchos meses. Ella te adoraba, hermano, eras la luz de sus ojos.

Perceval asintió, ensimismado.

—Yo la maté —murmuró con voz apenas audible—. No quería que me marchara, pero no hice caso.

Alzó hacia su hermana los ojos húmedos de llanto, de culpa.

—Pero ¿qué podía hacer? —preguntó—. Aquella no era la vida que quería.

—Hiciste lo que debías, Perceval. Tu destino te estaba llamando —contestó Morrigan con suavidad—. Y mira hasta dónde te ha traído. Lo has conseguido, hermano; has logrado lo que ningún otro caballero de Arturo ha podido alcanzar. Tienes el Grial, como siempre debió ser, pues desde el principio el vaso sagrado ha estado ligado a nuestra familia.

Perceval la miró con asombro.

—¿Cómo lo sabes? —acertó a preguntar—. ¿Cómo sabes que tengo el Grial?

—Una visión me lo reveló. Se me apareció, Perceval, y me ordenó que te buscase. Me dio instrucciones para disponerlo todo de la mejor manera posible a fin de que llegues sin complicaciones a la corte de Arturo. Me ayudó a encontrar el barco.

—¿El barco?

Morrigan asintió.

—Y no cualquier barco: se trata de la nave de Salomón, construida y aparejada desde los tiempos antiguos para cumplir esta misión sagrada. Yo también pertenezco al linaje de Pelinor, hermano, al linaje de Joseph. Era inevitable que participase en esta búsqueda. Por eso te ruego que tú y tu compañero os preparéis para seguirme. La nave espera en el puerto, y dentro de ella, el caballero que nos ayudará a completar esta aventura.

Capítulo 33

Mientras atravesaban la ciudad montados en los caballos que Morrigan había reservado para los tres, Perceval no podía dejar de observar a su hermana, que cabalgaba justo delante de él. Su espalda erguida, su magnífico vestido y sus cabellos al viento deberían haber llamado la atención de cuantos la veían, pero, curiosamente, los escasos viandantes que regresaban de las tabernas a sus casas a esas horas de la noche no le prestaban la menor atención. Era como si no la vieses... En cambio, sí se fijaban con curiosidad en Bors y en él mismo.

El barco del que les había hablado la muchacha se encontraba anclado en una bahía algo alejada del centro de la ciudad. Antes de descender hasta el muelle lo contemplaron desde lo alto. Era una nave de tres palos, y su casco, de una madera rojiza y brillante, parecía recién salido de los talleres del armador. Las velas se hallaban desplegadas y reflejaban el resplandor de la luna, que les confería un tenue matiz rosado.

El descenso hasta el muelle resultó más costoso de lo que a primera vista se habían imaginado. Los caballos se detenían a cada paso, asustados por la pronunciada pendiente, y al final se vieron obligados a desmontar y a guiarlos por las bridas.

Solo al llegar a la orilla se fijó Perceval en el pequeño grupo de individuos silenciosos que los aguardaba. En cuanto vieron a Morrigan la saludaron con profundas reverencias y se hicieron cargo de los caballos. Eran, por lo visto, los sirvientes de la joven, y parecían acostumbrados a ejecutar sus órdenes sin pronunciar palabra.

Algo apartado de los demás, un joven vestido enteramente de negro los observaba con una mezcla de timidez y curiosidad. Perceval se fijó en que llevaba una espada al cinto.

Después de dar instrucciones a sus criados, Morrigan se volvió hacia él con una sonrisa.

—Acércate, Galahad —dijo—. Quiero presentarte a tus compañeros de viaje.

El chico se aproximó con pasos largos y desgarbados. Era muy alto, y de una belleza sobrecogedora. Sus grandes ojos azules miraban de un modo que a Perceval le resultaba familiar.

Como en un fogonazo, recordó que ya había oído anteriormente el nombre que su hermana acababa de pronunciar.

—Galahad —dijo—. Así se iba a llamar también el hijo de mi prima Elaine. Pero no puede ser...

Un brillo alegre iluminó los ojos de Galahad.

—Mi madre se llama Elaine —contestó—. Eso significa que somos parientes... Celebro conoceros.

La expresión hierática de Morrigan no dejaba traslucir sorpresa ni emoción alguna, y su sonrisa no transmitía sino indiferencia.

—Te pareces a Lance, el mejor caballero del mundo —observó Bors, asombrado—. Pero es imposible. Tú no puedes ser...

—Galahad es uno de los caballeros más puros y valerosos de Britannia —interrumpió Morrigan con su grave timbre musical—. La nave os transportará a los tres a Camelot. Pero debo advertiros de que hay algo especial en ella. Fue construida al principio de los tiempos antiguos, cuando el velo no había sido soñado todavía. Os lo ruego, embarquemos en este bote, que nos llevará hasta ella. Cuando estemos a bordo, os explicaré lo que quiero decir.

Perceval, Bors y el joven Galahad se subieron al bote, seguidos de Morrigan. Sin que nadie le dijera nada, Galahad empuñó los remos y los hundió en el agua. La pequeña embarcación comenzó a deslizarse por la superficie oscura del mar en dirección a la nave que los esperaba.

Cuanto más se acercaban a ella, más espléndida e irreal le parecía a Perceval, y más aturdido y confuso se sentía. La nave lo atraía como un imán a cuyo influjo no podía resistirse. Tanto Bors como Galahad parecían atrapados en el mismo hechizo, a juzgar por sus sonrisas arrobadas y por el modo en que contemplaban, llenos de asombro, las velas hinchadas por la brisa. Los tres querían lo mismo: subir a la nave, ser elegidos por ella para surcar el mar. Tan solo Morrigan miraba hacia el horizonte con expresión ausente, como si el barco no ejerciese ninguna atracción sobre ella.

Subir a la cubierta resultó sorprendentemente fácil. Se sirvieron de una escala de cuerda tan suave al tacto que parecía fabricada con seda.

Una vez arriba, Perceval miró a su alrededor, encantado. Nunca había visto un barco tan perfecto. Las barandillas de madera estaban decoradas con delicados relieves que representaban escenas marinas relacionadas con los dioses antiguos, y en las tablas del suelo había inscripciones doradas en unos extraños caracteres que él jamás había visto.

Aunque en cubierta no se veía a ningún marinero, en cuanto estuvieron todos a bordo el barco comenzó a deslizarse hacia delante, rompiendo las olas con su afilada proa.

—Yo he cumplido con mi misión —anunció Morrigan entonces—. He traído a la nave de Salomón a los tres caballeros más dignos de transportar el Grial, y uno de ellos lo tiene en su poder. Pero será la nave quien elija a su portador definitivo. Venid conmigo: el lecho del rey Salomón nos espera, y sobre él, la espada del extraño tahalí.

Sin cuestionar las palabras de la joven, los tres caballeros la siguieron por una escalera que descendía a las entrañas del barco. A pesar de que en el interior no se veían lámparas ni antorchas de ninguna clase, una luz plateada iluminaba cada rincón, volviéndolo perfectamente visible.

Atravesaron un corredor de madera curvo que desembocaba en una puerta dorada.

Morrigan la empujó.

Uno tras otro, entraron todos en un camarote de dimensiones medianas y ocupado casi en su totalidad por un fastuoso lecho cubierto con un baldaquino de madera roja y verde.

—Fijaos en esa madera —dijo Morrigan—. No está teñida, sino que esos son sus colores originales, pues procede de los dos primeros árboles sabios que acogió nuestra tierra, y cuyas semillas venían de muy lejos. Uno era conocido como el Árbol de la Vida. El otro, como el Árbol del Conocimiento. Con una mezcla de ambas maderas se fabricó el corazón del Santo Grial.

Perceval acarició distraídamente la bolsa de cuero que colgaba de su cinturón. Por primera vez desde que se había embarcado en aquella aventura, todo encajaba. El sufrimiento, las visiones, la desconfianza... eran las pruebas de fe que el Grial les había impuesto. Y él, pese a sus dudas, las había superado. Estaba allí, donde había comenzado todo, y la profunda sensación de armonía que experimentaba le hacía ver, por fin, que todo era como debía ser.

—Fijaos en la espada del extraño tahalí —continuó su hermana, señalando el arma envainada en una tosca funda de rafia trenzada con sedosas hebras de color miel—. Yo misma lo terminé de bordar con mis propios cabellos. Quien logre sacar la espada de la vaina se convertirá en el elegido para transportar el Santo Grial.

Perceval miró a su hermana con sorpresa.

—Pero el portador del Grial soy yo —dijo—. Yo lo encontré, yo lo he traído hasta aquí.

—Tiene razón —le apoyó Bors—. Si no hubiera sido por Perceval, nadie lo habría hallado jamás. Él sabía dónde estaba. Es el Elegido.

Morrigan se encogió de hombros.

—Así lo creo yo también, y por eso os he esperado para zarpar. Pero no lo sabremos con seguridad hasta que intente desenvainar la espada.

Impaciente, Perceval agarró con una mano la vaina de la espada mientras con la otra tiraba de su empuñadura. La espada no se movió ni una pulgada.

Irritado, se colgó cuidadosamente el tahalí de su cinturón y probó de nuevo. El resultado fue el mismo.

Iba a intentarlo por tercera vez cuando su hermana posó suavemente una mano en su antebrazo.

—Perceval, ya es suficiente. Deja que lo intente Galahad.

El muchacho miró a Morrigan con los ojos muy abiertos.

—Pero Perceval tiene razón —dijo—. Él ha traído el Grial hasta aquí. No sería justo que yo...

—Intenta sacar la espada —ordenó Morrigan, clavándole sus extraños ojos pardos.

Galahad no obedeció de inmediato. En lugar de eso, buscó la mirada de Perceval, que asintió levemente, como dándole permiso.

Solo entonces el joven se atrevió a tomar en las manos el tahalí que Morrigan había desenganchado del cinturón de su hermano y a ceñírselo él mismo. Cuando lo tuvo bien ajustado, agarró el puño de la espada y tiró de ella tímidamente.

La espada se deslizó con suavidad y salió del tahalí sin ningún tropiezo. Galahad se quedó mirando el filo resplandeciente del arma, como si no supiese qué hacer con ella. Al mismo tiempo, Perceval notó que la bolsa de cuero de su cinturón se abría. De ella surgió flotando un cáliz de oro y piedras preciosas. Intentó alcanzarlo con la mano, pero le resultó imposible. Era como si el objeto le rechazara. No podía tocarlo, ni rozarlo tan siquiera.

El cáliz flotó hasta Galahad y se posó en su mano derecha. Cuando el muchacho lo aferró con sus dedos, Perceval vio que había recuperado su sencilla forma de cuenco de madera.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Justo en el momento en el que por primera vez había deseado ser el Elegido del Grial, había sido rechazado por él.

Capítulo 34

A bordo de la nave de Salomón, el mundo parecía consistir únicamente en un mar verde e interminable que se extendía en todas direcciones, brillante como una esmeralda. Las olas decoraban con sus crestas de espumas su profunda transparencia, pero ni siquiera ellas hacían temblar la luz oscura y serena que latía en su interior.

Perceval se apoyaba en la barandilla de proa y se quedaba horas contemplándolo sin pensar en nada. A veces recordaba que el mar no era realmente como ellos lo veían, que sus colores variaban mil veces a lo largo de una sola jornada, y que el viento solía rizar su superficie hasta volverla áspera e impenetrable. Pero la sensación de quietud era tan real, que costaba trabajo dudar de ella.

Pasaban los días, y la desazón del joven caballero por la pérdida del Grial no hacía sino ir en aumento. Se mortificaba pensando que había sido su desconfianza la que le había hecho, al final, ser rechazado por el mágico objeto. Había dudado porque su corazón no era tan puro como el de Galahad; veía engaños y trampas allí donde no había sino belleza. Por eso el Grial no lo había elegido a él. Lo comprendía, pero intentaba convencerse a sí mismo de que aún podían cambiar las cosas: si él se transformaba, si alcanzaba la sencillez de Galahad, el Grial volvería a él. Al menos, existía esa posibilidad.

Curiosamente, Galahad parecía tan desolado por haber sido el Elegido como el propio Perceval por lo contrario. Era evidente que no comprendía del todo lo que había sucedido con la espada del extraño tahalí, y que no acababa de asimilarlo.

Un día, mientras Perceval estaba contemplando el mar ensimismado, el muchacho se acercó a hablar con él.

—Quiero que sepáis que yo no soy más merecedor del Grial que vos —le dijo sin ningún preámbulo—. No he hecho nada en la vida que justifique la gloria para la que he sido escogido. Todo lo han hecho ellas por mí. Yo simplemente me he dejado guiar.

Perceval lo miró con interés.

—¿Ellas? —preguntó—. ¿Quiénes son ellas?

—Las damas de Ávalon. Ellas me educaron desde pequeño. Durante muchos años no vi a mi madre. Después me explicaron que en el lugar donde me crie el tiempo transcurría de otra manera. Lo que allí duraba una primavera, aquí dura apenas un suspiro.

—Eso explica muchas cosas —murmuró Perceval pensativo—. Cuando vi a tu madre por última vez, estaba embarazada. Y de eso no hace ni dos años. ¿Ella te ha hablado alguna vez de tu padre?

Galahad asintió.

—Las damas lo hicieron. Sé que es Lance del Lago, el mejor caballero del

mundo, el amigo del rey. Si deseaba tanto participar en esta aventura, es porque las damas me prometieron que, cuando llegase a Camelot como portador del Grial, conocería a mi padre, y que él me armaría caballero.

Perceval pensó por un momento en su padre, Pelinor. Apenas había llegado a conocerlo. La última vez que lo vio se hallaba muy enfermo y parecía imposible que pudiese moverse de su fortaleza en Aquae Sulis. Sin embargo, algunos días después desapareció sin dejar rastro junto con Elaine.

—¿Llegaste a conocer a Pelinor, tu abuelo? —le preguntó a Galahad.

—Murió antes de que yo naciera —contestó el muchacho—. Pero mi madre me ha hablado mucho de él.

Después de un breve silencio, Galahad se acercó un poco más a Perceval y le habló en voz baja.

—Escuchadme. Sé que no debería contaros esto, pero desde que saqué la espada del tahalí, oigo a veces una voz interior que me llena de dudas. Siento que lo que ocurrió en la habitación del lecho encantado fue un error, que nada salió como debía salir. Y ese conocimiento me pesa como una losa.

El muchacho calló, como buscando las palabras para proseguir su explicación.

—Soy demasiado joven para hacerme responsable de un objeto tan poderoso —añadió finalmente, hablando casi en un murmullo—. Viviana me dijo que estaba preparado, me lo repitió mil veces. Pero yo sé que no lo estoy. ¿Cómo voy a estarlo, si apenas he vivido? No conozco el mundo, nunca me he batido en duelo ni he participado en una batalla.

—Quizá por eso eres el Elegido —reflexionó Perceval—. El Grial te ha escogido por tu ingenuidad, por tu falta de experiencia.

—Tal vez. Pero yo quiero vivir. Quiero viajar, conocer el mundo, formar parte de la corte de Arturo, participar en la Tabla Redonda. ¿Y si el Grial no me lo permite?

Perceval lo miró sonriendo.

—¿Qué te hace pensar eso?

El hijo de Lance se encogió de hombros.

—No sé. Tengo miedo, miedo de que esta aventura sea todo lo que me espera. De que no haya nada más.

Perceval buscó la mirada de Galahad.

—¿Qué te gustaría que ocurriera? —preguntó.

—Que todo hubiese sido un error. O que el Grial cambiase de parecer y os escogiese a vos. Por eso he pensado... Podríamos hacer una última prueba. He dejado la espada envainada en el tahalí que bordó vuestra hermana. Está sobre el lecho encantado, el de las dos maderas. A veces pienso que es esa cama la que me está volviendo loco. Cuando me tumbo en ella, es como si se me aclarase la mente y viese..., no sé, la verdad.

—¿Qué es lo que me estás sugiriendo, Galahad?

—Que vayáis allí ahora mismo. Bors ha bebido un poco, como casi todas las

tardes, y está dormido en la bodega. *Lady Morrigan* descansa también en su camarote. Aprovechemos la oportunidad, quizá no se nos presente otra mejor. Solo os pido que vayáis allí y tratéis de desenvainar la espada. Si esta vez lo conseguís, quizá todo cambie.

En los ojos de Galahad, Perceval creyó ver, de pronto, una luz que iluminaba su propio destino. El muchacho sabía cosas que él desconocía, y estaba convencido de que la primera elección del Grial había sido un error. Debía de ser cierto...

Sin pensárselo más, decidió secundar el plan.

—De acuerdo —dijo tan solo—. Esperadme aquí.

Las piernas le temblaban mientras recorría el corredor curvo que conducía al camarote de Galahad, donde se hallaba el extraño lecho labrado en las maderas de los Árboles de la Vida y del Conocimiento.

Encontró la espada sobre la colcha de brocado, tal y como Galahad le había dicho. Y sobre la cama, deslumbrante, flotaba el Grial. Parecía estar esperándolo a él.

Respiró hondo y alargó la mano hacia el tahalí de rafia y cabellos. Lo prendió con cuidado de su cinturón, cerró los ojos y tiró con las dos manos del puño de la espada.

El arma no se movió ni un ápice. Y los huesos de ambas manos comenzaron a dolerle como si una rueda de carro les hubiese pasado por encima.

Levantó los ojos hacia el lugar donde un momento antes brillaba el cáliz de oro y piedras preciosas, pero ya no lo vio. El Grial había desaparecido.

Destrozado, se sentó en la cama. Hundió su rostro entre las manos.

Y justo en ese momento, comprendió.

Desde el momento de su llegada a la nave, su mente se había nublado. Había estado ciego, completamente ciego. Pero la mezcla de las dos antiguas maderas que conformaban el lecho encantado le había abierto los ojos.

El Grial, finalmente, le había vencido. Lo había convertido en una marioneta al servicio de su historia, como a todos los demás. Lo había utilizado para salir del infierno de podredumbre del monte Badón y llegar hasta aquel barco. Después, lo había rechazado porque no se fiaba de él, y había elegido a Galahad.

Perceval dejó escapar una amarga carcajada. Y al mismo tiempo, sintió el escozor de las lágrimas en los ojos.

Lloraba por él y por su triste papel en aquella farsa. Lloraba por Bors, que se había dejado encandilar de nuevo por la seductora magia de aquel objeto que parecía tener la conciencia de un ser humano. Y sobre todo lloraba por Galahad. El pobre muchacho había visto con claridad su destino; pero eso no significaba que tuviese alguna posibilidad de escapar de él.

Capítulo 35

Dos días después del incidente de la espada, la nave de Salomón hizo escala en un pequeño puerto pesquero para aprovisionarse de agua y alimentos. Morrigan les explicó que la parada sería muy corta y que no debían bajar a tierra.

Perceval fingió aceptar las indicaciones de su hermana, pero, en cuanto ella se retiró a su camarote, empezó a urdir un plan de fuga.

Se había fijado en los botes que se aproximaban al barco cargados de pan sin levadura, queso, frutos secos y carne en salazón. Uno de los mercaderes se encaramaba siempre a la nave, situaba las poleas de carga sobre el bote y esperaba a que su compañero atase la mercancía al extremo de la cuerda para izarla. La operación tenía absortos a Bors y a Galahad, que la contemplaban interesadísimos desde la cubierta. Nadie prestaba atención al lado de estribor, donde se encontraba el único bote salvavidas con el que iba equipado el barco. Era el momento perfecto para soltar las cuerdas que lo mantenían atado y dejarlo caer al mar. Perceval saltaría encima. Después remaría con todas sus fuerzas para alejarse lo antes posible de la nave del Grial.

Ya había cortado una de las amarras del bote con su espada, y estaba a punto de hacer lo mismo con la otra cuando notó una pesada mano en su hombro.

—No puedes irte —dijo Bors a su espalda—. No lo permitiré.

Perceval se volvió a mirar a su amigo, desesperado.

—Ven conmigo —le rogó—. Este barco no es más que una trampa. Todo estaba pensado desde el principio para arrebatarnos el Grial. Y ahora que ya lo tienen..., solo somos un estorbo. ¿Entiendes lo que eso significa? Quiere decir que se desharán de nosotros en cuanto puedan.

Bors lo contempló con una sonrisa triste.

—Estás loco, Perceval —dijo—. ¡Ni siquiera te fías de tu hermana! No te voy a dejar partir, amigo. Esta aventura aún no ha acabado, y estoy seguro de que el Grial te necesita.

—El Grial ha vuelto a nublarle el juicio, Bors. ¿No te das cuenta de que es el Grial quien ha tramado todo esto? Nos utilizó para llegar hasta aquí. Y ahora que está en manos de Galahad, buscará la forma de que no interfiramos en sus planes..., aunque para eso tenga que matarnos.

—Pero ¿de verdad crees que tu hermana Morrigan se prestaría a una villanía así?

Perceval se encogió de hombros.

—No lo sé —confesó—. Apenas conozco a Morrigan. Yo era un niño cuando ella dejó la casa de mi madre. Tengo la sensación de que actúa de buena fe..., pero que está hipnotizada por el poder del Grial, y eso la vuelve muy peligrosa.

Justo en el momento en que pronunciaba esas palabras, vio a la muchacha

emerger de la puerta de las bodegas y buscarlo con la mirada, inquieta. Al descubrirlo junto al bote, en su rostro se dibujó una sonrisa burlona.

Perceval suspiró.

—Volvamos con Galahad —dijo—. Está visto que hoy no saldré de este barco.

Apenas dos horas más tarde la nave levó anclas y la orilla de casas de piedra se fue alejando poco a poco. Derrotado, Perceval se había refugiado en una de las hamacas de las bodegas y yacía adormilado mientras el cabeceo de la nave lo mecía dulcemente. Como hacía siempre que quería ahuyentar de su espíritu los pensamientos más lúgubres, empezó a pensar en Blanca. La veía risueña y con los ojos cerrados, con aquella sensual sonrisa que iluminaba su rostro cuando el placer había agotado sus fuerzas. Aunque acabase de poseerla, aquella expresión de calma alegre en su cara le bastaba para desearla de nuevo...

Se dedicó a reconstruir incansablemente aquella imagen en su mente, hasta que terminó quedándose dormido.

Cuando Bors lo despertó, la bodega se hallaba sumida en la oscuridad. Se había hecho de noche.

—Acompáñame —le dijo el caballero—. Quiero que veas una cosa.

De mala gana, Perceval abandonó la hamaca y lo siguió a tientas hasta llegar a la escalerilla de la cubierta. No recordaba lo que estaba soñando, pero tenía la sensación de que estaba relacionado con su amiga. Tener que regresar a la realidad de aquella prisión flotante resultaba doblemente amargo después de haber estado, aunque fuese solo en sueños, con Blanca.

Sin hacer caso de su mal humor, Bors lo llevó hasta la popa del barco y señaló hacia las estrellas.

—Fíjate —dijo.

Perceval miró hacia arriba sin comprender. Era capaz de distinguir la estrella del Norte, la Corona y alguna otra constelación; pero nunca le habían enseñado a utilizarlas para orientarse.

—Mira bien la posición de Alrisha. Debería quedar a babor, pero la tenemos enfrente —explicó Bors—. Eso significa que hemos torcido el rumbo. Ya no navegamos hacia el sur. No estamos yendo a Camelot.

Perceval se fijó en el rostro congestionado de su amigo. Los ojos le brillaban de furia, le temblaba la mandíbula.

—Nos han engañado —añadió, con la voz entrecortada por la cólera—. Pero se acabó; ya es hora de que tu hermana Morrigan conteste a unas cuantas preguntas. Y no pienso esperar a que amanezca para planteárselas.

Con paso decidido, Bors se dirigió hacia la portezuela que conducía directamente al camarote de Morrigan. Perceval lo siguió, algo alarmado.

El cuarto de la muchacha estaba iluminado por un candelabro de cinco brazos cuyas velas bañaban las paredes de madera en un resplandor nacarado. Morrigan se incorporó en su lecho al verlos entrar, asustada.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Ha pasado algo?

Sin decir palabra, Bors la agarró del brazo y la obligó a ponerse en pie. A la fuerza, la arrastró escaleras arriba hasta la cubierta.

—¿Qué hacéis? ¿Os habéis vuelto loco? —se quejaba Morrigan—. Perceval, hermano, haz algo... ¿Vas a permitir que me trate así?

Haciendo caso omiso de las protestas de la joven, Bors la condujo hasta la popa. Al igual que había hecho antes con Perceval, señaló hacia el cielo.

—¿Conocéis las estrellas, señora? Si es así, sabréis que por ellas es fácil deducir el rumbo que llevamos. Y lo que yo veo al mirarlas es que nos estamos alejando de Camelot, no yendo hacia allí. ¿Cómo podéis explicarlo?

Con un tirón brusco, Morrigan se liberó de la mano de Bors, que aún la sujetaba por la muñeca.

—Si queríais preguntarme eso, podríais haberlo hecho con mayor cortesía —le recriminó—. Es cierto, no nos dirigimos a Camelot, porque ese lugar está maldito y el Grial jamás debe llegar hasta él.

—Entonces, ¿adónde vamos? —preguntó la voz de Galahad a su espalda.

El muchacho había oído las voces de Morrigan y había acudido a ver qué ocurría.

La hermana de Perceval se volvió a mirarlo. Para él siempre parecía tener una sonrisa.

—Vamos a Sarraz, la ciudad espiritual. Allí se está construyendo un santuario destinado a albergar el Grial y a preservarlo de cualquier peligro.

—¿Y cuándo pensabais decírnoslo? —preguntó Perceval.

La joven lo miró con indiferencia.

—No había pensado en eso —reconoció sin ningún pudor—. No estoy obligada a daros explicaciones.

—¿No lo estáis? —repitió Bors, trémulo de ira—. Nos fuisteis a buscar a la posada. Con palabras hermosas y dulces nos convencisteis para que confiásemos en vos. Dijisteis que podíais llevarnos a Camelot con mayor rapidez y seguridad que ninguna otra nave.

—No recuerdo haber dicho eso.

Bors desenvainó su espada.

—Ordenad a este barco maldito que cambie el rumbo. O vamos a Camelot o no iremos a ninguna parte.

Por primera vez, Perceval vio miedo en los ojos de su hermana.

—Bors, estáis muy alterado —dijo en tono conciliador—. Guardad la espada y yo prometo daros las explicaciones que sean necesarias. Veréis cómo, cuando sepáis la verdad, vos también querréis ir a Sarraz.

—No quiero vuestras explicaciones. Es demasiado tarde para eso. Y no quiero ir a Sarraz. Quiero ir a Camelot.

Morrigan meneó la cabeza, apesadumbrada.

—Ojalá pudiera complaceros —dijo—. Pero no puedo. Iremos adonde debemos

ir.

En el mismo instante apareció flotando sobre ella el Grial, revestido de oro y piedras preciosas.

—¿Lo veis, Bors? —continuó Morrigan con una sonrisa condescendiente—. ¿Comprendéis por qué no debéis cuestionar mis decisiones? Yo soy las manos y la voz del Grial. Soy su herramienta. Como lo sois vosotros. Os lo ruego, tranquilizaos y volved a dormir. Mañana lo veréis todo de otra manera.

Bors miró fijamente a la muchacha.

—¿Es eso cierto? —preguntó—. ¿Vos sois las manos y la voz del Grial?

—Lo soy —afirmó Morrigan, impaciente—. ¿Es que no os lo he demostrado una y otra vez desde el mismo momento en que subisteis a bordo de esta nave?

La mirada de Bors se deslizó un instante hacia el cáliz de oro que flotaba en la oscuridad de la noche. Después regresó al rostro de Morrigan.

—En ese caso, lo lamento, pero es preciso arrebatarse a ese engendro su voz y sus manos —dijo.

Al mismo tiempo, con un gesto preciso, hundió la espada hasta la empuñadura en el pecho de Morrigan, atravesándole el corazón.

Espantado de lo que había hecho, Bors tiró con ambas manos del arma para extraerla de entre las costillas de la muchacha. Un hilo de sangre brotaba de su boca, y sus ojos vidriosos habían cambiado de color, volviéndose más oscuros.

Al quedar liberado de la sujeción de la espada, el cadáver cayó hacia atrás. El cráneo se golpeó con un ruido sordo contra las tablas de la cubierta.

Perceval sintió sobre sus hombros el abrazo convulso de Bors.

—La he matado —sollozó—. He matado a tu hermana.

—No; no es su hermana —observó Galahad, arrodillándose junto a la mujer muerta para contemplar de cerca su cara.

Perceval también miró. El rostro de Morrigan se había alterado sutilmente. Sus ojos eran ahora más rasgados, sus pómulos más altos, su piel mucho más clara.

—No es ella —murmuró—. Pero entonces, ¿quién es?

—Yo la conozco bien —contestó Galahad sin despegar los ojos del cadáver—. Es Arawn; una de las damas de Ávalon.

Capítulo 36

Entre los tres transportaron el cuerpo de Arawn al camarote de Galahad, donde se hallaba la cama de las dos maderas. Cuando la dejaron tendida sobre el lecho, Perceval se fijó en que los ojos de Bors estaban llenos de lágrimas.

—He sido un soldado toda mi vida, pero nunca había matado a una mujer —confesó al notar la mirada de su compañero sobre él—. Al menos no era tu hermana.

Galahad se sentó en la cama junto al cadáver de la dama de Ávalon y le acarició una mano.

—Supongo que todo esto lo ha hecho por mí —murmuró—. Para que yo tuviese el Grial y lo transportase hasta Sarraz. Les oí hablar de ese lugar alguna vez. Es una especie de santuario en el que permanecieron retiradas durante muchos años después de la caída del Mundo Antiguo. Desde allí organizaron su regreso a Ávalon.

Perceval también se sentó en la cama, al otro lado del cadáver.

—¿Qué sabes de ellas, de las damas? ¿Qué te contaron sobre el Grial? —preguntó Perceval.

Galahad se quedó pensando un momento antes de contestar.

—Toda mi vida, desde que era pequeño, he oído hablar de él, pero jamás me han dado explicaciones detalladas sobre cómo funciona o cuál es su poder. Viviana me explicó una vez que, en las manos adecuadas, el Grial podía convertirse en un instrumento que proporcionaría a la Humanidad un bien incalculable. También me dijo que el Grial elige a aquellos cuyas historias le atraen, pero que solo los descendientes de su constructor, Joseph, pueden, llegado el caso, abrirlo y acceder al corazón de su poder.

—Es decir, tú... o yo —concluyó Perceval.

Bors, que se había sentado sobre un arcón y miraba distraídamente por el ojo de buey del camarote, se volvió hacia ellos.

—¿Por qué no lo intentáis uno de los dos? —dijo—. ¿Por qué no abrís esa maldita cosa y descubrís de una vez por todas qué es lo que está haciendo con todos nosotros?

—Las damas me explicaron que eso sería muy peligroso —respondió Galahad—. En el mismo instante en que Perceval o yo hiciésemos eso se produciría una conexión entre nuestra mente y el alma del Grial que podría llegar a destruirnos. Solo en las condiciones adecuadas podríamos intentarlo. Y no creo que este sea el lugar más seguro.

—Además, ¿para qué, Bors? Ni siquiera sabemos qué tendríamos que hacer con él, si consiguiéramos abrirlo —argumentó Perceval.

—Yo sí lo sé —gruñó Bors con expresión sombría—. Destruirlo. Esa cosa maldita se las arregla en cuanto puede para nublarnos el cerebro y convertirnos en sus

marionetas. Lo mejor sería acabar con él.

—No —replicó Galahad en tono suave, pero firme—. Destruirlo no es la solución.

—¿Quieres llevarlo a Sarraz, entonces? —preguntó Perceval—. ¿Eso es lo que te propones?

—Lo importante no es lo que quiera yo, sino lo que quiere él. En estos momentos, él desea que lo llevemos a Sarraz. Y si es eso lo que pretende, os garantizo que lo conseguiremos, independientemente de cuáles sean nuestros planes ahora mismo.

Perceval asintió, abstraído.

—En ese caso, quizá debemos convencer al Grial para que cambie de idea y no quiera ir a Sarraz, sino a Camelot —observó.

Bors lanzó una destemplada carcajada.

—¿En serio piensas que puedes influir en él? Estás chiflado, Perceval.

—Tal vez yo no, pero creo que Galahad podría. Al fin y al cabo lo ha elegido a él. Galahad lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó en voz baja.

Perceval se encogió levemente de hombros.

—No lo sé. Cuéntale una historia. Una historia en la que el Grial vaya a Camelot. Pero tiene que ser una historia que le seduzca.

—Ni siquiera he estado nunca en Camelot —dijo Galahad sonriendo con tristeza.

A Perceval se le iluminaron los ojos.

—Justamente por eso. Ahí tienes el punto de partida para tu historia. Cuéntala, Galahad, cuéntanosla a todos. La historia de por qué un noble caballero como tú nunca ha pisado la corte del rey Arturo, y sobre por qué, si su destino se cumple, no llegará a pisarla jamás.

Galahad clavó una mirada pensativa en el rostro blanco y rígido de Arawn.

—Bueno. Desde que nací, mi vida fue bastante peculiar —comenzó—. Yo no me crié con una madre, sino con nueve; y ninguna de ellas era mi madre biológica. Eso lo entendí más tarde. Vivíamos en una casa de piedra, aislados del mundo. Algunas veces, cuando salía al huerto, yo veía un castillo junto a la casa que me parecía enorme. En el jardín me encontré en un par de ocasiones con el rey de aquel castillo. Era un hombre triste, parecía... no sé, perdido. Decían que era el Rey Pescador. Pero más tarde mi madre me contó la verdad sobre él. Se trataba de Arturo, el rey de Camelot. Él me devolvió a mi madre. Mi madre es Elaine, la sobrina de Pelinor, y una de las últimas herederas del linaje de Joseph, constructor del Grial.

—El lugar en que te criaste... —dijo Perceval—. ¿Qué era, en realidad? ¿Por qué allí el tiempo transcurría de otra manera?

—No lo sé. Las damas conocían varias puertas entre este mundo y el Sith. A veces, por las palabras de Viviana, me pareció entrever que el Sith era, en realidad, un entramado de universos distintos del nuestro. Pero ellas nunca me instruyeron en el arte de cruzar las puertas. Lo que me enseñaron desde que era muy pequeño fue el

lenguaje en el que está escrito el velo de Britannia, y una versión mucho más antigua y compleja, que es la escritura del Grial.

—Para que pudieras abrirlo —murmuró Bors—. Y ahora no quieres hacerlo. Galahad se volvió hacia él.

—¿Sabéis qué tendría que hacer para abrirlo? —preguntó—. En principio, es fácil: solo debo verter en él mi sangre hasta llenarlo. Eso desbloquearía el código. Me permitiría acceder a él. Eso es lo que las damas quieren que haga cuando llegue con el Grial a Sarraz. Pero no es lo que yo quiero.

Galahad detuvo su mirada una vez más en el rostro crispado de la dama muerta.

—Las entiendo a ellas —continuó—. Desde hace siglos viven con el único propósito de esperar al Grial y de hacerse con él cuando aparezca. Y ahora que se ha manifestado, confían en mí para lograr su objetivo. Con ese fin fui engendrado. Las artes mágicas de Viviana permitieron a mi madre adoptar la apariencia de la reina y seducir a Lance, mi padre. Fui concebido para llevarles el Grial. Pero lo que las damas no pensaron fue que, por más que intentasen controlarme desde la infancia, tengo un alma como la de cualquier ser humano corriente. Y eso significa que quiero ser libre, quiero vivir. No deseo enterrarme en Sarraz para seguir existiendo el resto de mi vida en esa prisión que ellas han diseñado para mí. Yo quiero ir a Camelot, conocer a mi padre y pedirle que me arme caballero. Quiero sentarme en la Tabla Redonda y ver a Arturo como el rey que es, y no como la sombra en que las damas intentaron convertirlo. Y quiero llevarle el Grial, porque, sea lo que sea lo que Arturo pretenda hacer con él, al menos sé con seguridad que no está escrito en ninguna parte, y que dependerá de su libertad, de lo que él decida y de lo que quieran las gentes que le aconsejan en la Tabla Redonda.

Mientras Galahad hablaba, Perceval se fijó en la sutil transformación que se estaba operando en el lecho de las dos maderas mágicas. Poco a poco, toda la estructura se había ido oscureciendo, hasta que la diferencia de color de los dos materiales se volvió invisible. Ahora, la cama parecía tan solo un mueble antiguo y ennegrecido por el tiempo.

Simultáneamente, los colores de los tapices que cubrían las paredes se volvieron más desvaídos, la plata de los candelabros perdió su brillo, y hasta el grueso cristal del ojo de buey se empañó, tornándose casi opaco.

Cuando Galahad terminó su explicación, Perceval buscó su mirada. Se dio cuenta de que él también había comprendido lo que estaba pasando.

—Acepta —murmuró Bors—. El Grial acepta tu historia, muchacho.

—Vamos a comprobarlo —propuso Perceval.

Los tres abandonaron el camarote y subieron a cubierta. También allí la nave se había transformado. Las delicadas figuras labradas en los mástiles y las barandillas aparecían ahora desgastadas como si durante años hubiesen permanecido expuestas a la corrosión del viento y el salitre. Las tablas del suelo se veían deslucidas, y las velas que colgaban de los palos ya no eran de seda, sino de tosca lona grisácea.

—Mirad. Estamos cambiando de rumbo —observó Bors, mientras señalaba la estela curva de espumas detrás de la embarcación—. Parece que ahora nos dirigimos al sur.

—A Camelot —dijo Perceval—. Espero que haya sido una buena idea...

—Es lo que queríamos —contestó Galahad—. Que salga mal o bien ya no depende únicamente de nosotros.

LIBRO V

El asiento peligroso

Capítulo 37

Mientras atravesaba el asilvestrado parque que separaba el castillo de la torre de Merlín, Arturo levantó la vista hacia el cielo. Era una fresca noche de principios de junio, y la luna creciente vertía su luz de plata sobre los senderos de gravilla blanca y las fuentes de mármol, eclipsando el brillo de las estrellas. En la quietud de aquella hora tardía se oían, distantes, las risas y voces procedentes del salón de recepciones. Resultaba tan extraño volver a tener Camelot lleno de gente..., y más sabiendo que aquella reunión obedecía a un impulso que todos los caballeros de la Tabla Redonda decían haber sentido a la vez: la intuición, probablemente, de que se acercaba el final de la aventura que habían emprendido justo un año atrás.

Encontró a Merlín, como de costumbre, en el taller del piso más alto de su torre. Nimúe le estaba ayudando a encajar una placa de madera en el respaldo de lo que parecía un sitial en construcción.

Al verlo entrar, el mago y la dama alzaron simultáneamente la cabeza. Ambos adivinaron, por su expresión, el motivo de la visita.

—Ha llegado —dijo Nimúe, yendo presurosa hacia él y tomando una de sus manos entre las suyas—. ¿Cómo está? ¿Se encuentra bien?

—Parece agotado, pero yo diría que está bien —contestó Arturo, y deslizó la vista desde Nimúe hasta Merlín—. Lo extraño es que... no viene solo.

Merlín arqueó las cejas.

—¿Cómo es eso? ¿Quién lo acompaña?

—Perceval. Y Bors. Han llegado los tres juntos. Y traen el Grial.

Nimúe meneó la cabeza con una sonrisa incrédula en los labios.

—Perceval —repitió—. No puedo creerlo. Con todo lo que se esforzó Viviana para que el Grial lo ignorase. Seguramente ha sido él quien ha convencido a Galahad de que viniera aquí, en lugar de llevar el Grial a Sarraz.

—No lo sé —dijo Arturo pensativo—. Nos han contado una extraña historia sobre el barco que los ha traído hasta aquí. Están muy confusos, como todos los demás, o más aún, si cabe. Hablan de que el barco estaba encantado y de que lo pilotaba una doncella que resultó ser Arawn, una dama de Ávalon disfrazada.

Nimúe parpadeó, tensa.

—¿Arawn intervino? ¿Y dónde está ahora? ¿Se encuentra con ellos?

Arturo vaciló un momento antes de contestar.

—No he entendido bien las circunstancias en que sucedió, pero... creo que la han matado. Lo hizo Bors, según parece. Se dio cuenta de que la dama había alterado el rumbo de la nave para alejarse de Camelot, y pensó que era la única forma de enderezar las cosas. Por lo que dicen, ese barco estaba hechizado.

Nimúe se dejó caer sobre uno de los asientos de cuero dispuestos alrededor de la

chimenea, cuyos rescoldos constituían el principal foco de luz de la estancia en penumbra.

—Arawn muerta —murmuró—. ¿Cómo pudo permitir que ocurriera? Algo muy extraño tuvo que pasar a bordo de ese barco.

—Por supuesto que ocurrió algo extraño —rezongó Merlín—. Transportaban el Grial. Debió de influir en todos ellos, incluso en la dama.

—Sí, pero, en ese caso, ¿por qué están aquí? —se preguntó Nimúe—. El Grial debe de saber que Arturo desconfía de él. Lo lógico sería que hubiese hecho lo posible por alejarse de Camelot.

—La lógica del Grial no es como la nuestra, Nimúe —observó Arturo—. Es lo que podríamos llamar una lógica narrativa. El Grial no elige un camino determinado porque sea el mejor para él o el más conveniente para sus objetivos. Lo elige por su capacidad para inspirarle. Por su belleza.

—Es admirable que esos dos muchachos hayan sabido utilizar eso para atraerlo hasta aquí —dijo Merlín—. No me sorprende que el esfuerzo los haya dejado exhaustos. Perceval y Galahad. Tengo ganas de verlos.

—No te olvides de Bors —le recordó Arturo—. Si no fuera por él, Perceval no se habría animado a ir en busca del Grial, y hoy no lo tendríamos aquí. Por lo visto, Perceval sabía desde hace tiempo adónde debía acudir para encontrarlo, pero se había resistido todo este tiempo. Lo hallaron en el monte Badón.

—Donde se le perdió la pista, después de que Pelinor decidiera usarlo contra los sajones —dijo Nimúe—. Tiene mucho sentido. Lo que no encaja de ninguna de las formas es que sean dos, y no uno, los portadores del Grial. No era eso lo que esperábamos.

—Sí, es cierto —corroboró Merlín—. Aunque dejemos fuera a Bors, por no pertenecer al linaje de Joseph, seguimos teniendo a dos candidatos para abrir el Grial y neutralizar su poder: Perceval y Galahad. ¿Quién de los dos va a ocupar el asiento peligroso?

Arturo miró instintivamente hacia el sitio en el que Nimúe y el mago estaban trabajando a su llegada.

—¿Falta mucho para que esté terminado? —preguntó.

Merlín y Nimúe se miraron.

—Pensábamos que íbamos a contar con algunos días más —dijo Nimúe—. Pero, si es necesario, podemos quedarnos toda la noche trabajando hasta terminarlo.

—Bueno, no creo que la urgencia sea tanta —contestó el rey—. Podemos esperar hasta que lo terminéis para proceder a la ceremonia de apertura del Grial. Serán solo unos días... ¿Qué es eso comparado con los meses que llevamos aguardando?

Merlín meneó la cabeza con expresión preocupada.

—No creo que esperar sea buena idea —opinó—. Ahora que el Grial está aquí, su influencia sobre todos los que lo han estado buscando no tardará en dejarse sentir. Incluso los más escépticos se verán arrastrados por su influjo, apuesto lo que quieras.

Y eso nos incluye a nosotros tres... También podría afectarnos.

Arturo asintió, pesaroso.

—Entonces, ¿cuándo? —quiso saber.

Merlín consultó con la mirada a Nimúe.

—Si una noche te parece un plazo demasiado precipitado, concedámonos también todo el día de mañana, hasta el atardecer —propuso la dama—. A esa hora podéis convocar un banquete, Arturo, y al final del mismo se celebrará la ceremonia del asiento.

—¿Es preciso que asista toda la corte?

—Tal vez no —dijo Merlín—. Pero yo creo que si estamos todos juntos cuando el Grial se abra, tendremos más posibilidades de defendernos.

—Eso significa que piensas que vamos a ser atacados —dedujo el rey—. ¿El Grial va a atacarnos?

—El Grial va a intentar seducirnos —precisó el mago—. No sé cómo, ni con qué estratagemas, pero utilizará su influencia sobre nuestra imaginación para tratar de persuadirnos de que lo dejemos intacto. Debemos estar preparados para todo. Solo espero que tengamos la fortaleza suficiente.

—¿Piensas que deberíamos advertírselo a todos los miembros de la Tabla Redonda? —preguntó Arturo.

Merlín se encogió de hombros.

—Eso no serviría de nada —dijo—. En cuanto el Grial comience a actuar, olvidarán lo que les has dicho o lo interpretarán de una manera diferente. Pero a quien sí convendría avisar, en mi opinión, es a Galahad y a Perceval. Quien decida sentarse en el asiento peligroso debe estar dispuesto a soportar lo que le espera, porque va a necesitar toda su resistencia mental. Una vez que ocupe el asiento que le estamos preparando, la influencia del Grial dejará de actuar sobre él, y lo verá tal como es. Pero cuando consiga abrir su código y entrar en contacto con él a través del pensamiento... volverá a estar expuesto; y en ese momento no podemos garantizar que no sufra ningún daño.

—Cuando hablas de daños, ¿a qué te refieres? —quiso saber el rey.

—Ni siquiera nosotros sabemos con qué nos podemos encontrar —contestó Nimúe—. Habrá un instante en que el código del Grial se conecte con Britannia a través de la mente del joven que acceda a ocupar ese asiento. En ese momento será más vulnerable que nunca, pero también podrá ejercer una influencia decisiva sobre el código. En ese instante, si se concentra, podría llegar a destruir el Grial.

—Perceval o Galahad —musitó Arturo—. Esa es la gran duda ahora. ¿Quién de los dos creéis que tiene más posibilidades de superar la prueba?

—No lo sé —confesó Nimúe—. Perceval ha demostrado una gran capacidad para comprender el Grial y adivinar sus movimientos, pero, por otro lado, Galahad ha sido entrenado desde la infancia para leer y alterar su código. ¿Quién lo haría mejor? Es una incógnita.

Arturo suspiró.

—Hablaré con los dos. Están con Gwenn, ahora... Les expondré la verdad tal y como me la habéis contado a mí, sin ocultarles nada. Veremos quién de los dos acepta la invitación a ocupar el asiento peligroso sabiendo lo que se juegan. Si es que alguno acepta.

—¿Y si aceptan los dos? —preguntó Nimúe.

—En ese caso, Gwenn y yo tendremos que elegir a uno de ellos y persuadir al otro de que nuestra decisión es la correcta. Espero que no nos veamos en ese dilema... Pero si hemos de hacerlo, lo haremos, porque ese es el privilegio y la maldición de los reyes: tener que decidir.

Capítulo 38

A primera hora de la mañana, a Arturo lo despertaron voces y carcajadas procedentes del patio de armas. Cuando se asomó a la ventana, le sorprendió el intenso tono verdoso del cielo, que contrastaba vivamente con los muros plateados de Camelot. Justo debajo de la torre, varios caballeros vestidos con sus mejores armaduras esperaban su turno para participar en un improvisado torneo. Arturo distinguió el emblema verde y dorado que había adoptado Gawain después de su aventura con el caballero de Hautdesert, así como el escudo del cardo y la serpiente que distinguía a Erec. Durante un buen rato se quedó observando a un caballero cuyo estandarte ostentaba un león rojo sobre fondo negro. La visera de la armadura cubría su rostro, pero los largos cabellos rubios que sobresalían bajo el yelmo le bastaron para reconocer a Yvain, el hijo de Uriens.

—Hasta Yvain ha venido —murmuró, volviéndose hacia Gwenn, que seguía acostada, aunque despierta—. Hacía siglos que no aparecía por Camelot.

—Laudine se va a poner muy contenta —observó Gwenn.

Echándose una capa de terciopelo rojo sobre los hombros, se acercó también a mirar lo que sucedía en el patio de armas.

—Qué extraños colores tienen el paisaje y el cielo —dijo—. Es como si Britannia los estuviese alterando en exceso. No parecen reales.

—El Grial está interactuando con Britannia y exagera nuestras percepciones.

—No solo las percepciones, ¿verdad? También los sentimientos. Míralos. Acaban de llegar de una búsqueda larga e inútil. Todos han sufrido más de lo que esperaban, según las noticias que tenemos. ¿A qué viene ese entusiasmo, esas risotadas? No tienen motivos para estar tan contentos.

Arturo sondeó los ojos de su mujer.

—A ti, al menos, no parece haberte afectado —contestó.

No pretendía que su tono fuese irónico, pero sonó como si lo fuera.

—A ti tampoco —replicó Gwenn frunciendo ligeramente el ceño—. Por el momento... Deberíamos bajar, se supone que esos dos muchachos ya nos están esperando.

Los dos se vistieron sin requerir la ayuda de sus respectivos ayudados de cámara. Como tenía por costumbre, Gwenn dio los últimos toques a su vestido pasando los dedos por el escote y los bordes de las mangas. Aquel contacto hizo surgir, por efecto del velo, un encaje tan delicado que parecía tejido en seda de araña, y adornado con diminutas lágrimas de cristal.

Cuando estuvieron listos descendieron juntos al pequeño salón de audiencias, una estancia abovedada y sin apenas decoración, aparte de los dos sitios para los reyes y del baldaquino que los protegía.

Perceval y Galahad ya aguardaban en el salón para ser recibidos. Ambos, a pesar de su juventud, parecían agotados por las vicisitudes del viaje. Iban vestidos con los jubones y calzas nuevos que Gwenn les había hecho llegar en cuanto se instalaron en el castillo.

Después de los saludos y reverencias de rigor, Arturo miró a Galahad.

—¿Lo tenéis con vos? —preguntó.

El muchacho señaló una bolsa de terciopelo verde que colgaba de su cinturón.

—Está aquí —dijo—. Así lo he transportado desde que abandonamos el barco.

Arturo asintió.

—Supongo que ambos sabéis por qué os he hecho llamar. Ambos descendéis de Joseph, el constructor del Grial, y por lo tanto el código inscrito en vuestra sangre puede interactuar con él. Cualquiera de los dos podría seguir el procedimiento que Merlín y yo hemos encontrado en un viejo códice de los Antiguos para tratar de abrirlo. El ritual, aparentemente, es muy sencillo. Basta hacerse un corte en la piel y verter la sangre dentro del Grial. Se supone que eso ha de activar los mecanismos que permiten acceder a su código interno. Una vez dentro, la idea es desactivarlo para siempre, destruirlo de manera irreversible. No parece existir otra forma de neutralizar su poder.

—Nimúe nos ha explicado que el cuenco está fabricado en una madera inteligente que hoy en día solo puede encontrarse en Ávalon —añadió Gwenn—. Fue el material tecnológico preferido por los Antiguos en su última etapa, antes de que su mundo colapsara.

—También nos ha advertido de que exponerse al Grial una vez abierto puede resultar extremadamente peligroso —explicó Arturo—. Y más para quien en ese momento esté en contacto directo con él.

—Por eso, Nimúe y Merlín han fabricado un asiento especial, hecho de esa madera inteligente de la que os hablaba hace un momento —prosiguió la reina—. Está diseñado para impedir que quien se sienta en él sufra el influjo del Grial, al menos mientras este se encuentre cerrado. Es una medida de protección para aquel de vosotros que decida acometer este desafío.

Perceval y Galahad se miraron.

—Yo lo haré —dijo Perceval—. Galahad ya ha cargado suficiente tiempo con la responsabilidad de transportarlo. Y además..., yo nunca he querido participar en la historia del Grial. Desde el principio, intenté escapar de él, y si al final he terminado formando parte de esta aventura ha sido prácticamente en contra de mi voluntad. Creo que eso me vuelve especialmente resistente a su influencia.

Arturo asintió.

—Eso que dices tiene sentido. ¿Tú qué opinas, Galahad?

—Opino que debo ser yo. Ahora tengo los ojos abiertos, tan abiertos como los pueda tener Perceval. Y además, yo conozco el lenguaje en el que está escrito el código del Grial. Las damas de Ávalon me lo enseñaron.

Gwenn se disponía a responder cuando llamaron a la puerta del salón de audiencias. A una señal de Arturo, dos lacayos la abrieron, dejando entrar a Merlín, que venía acompañado por Lance.

—Ya está —anunció con una sonrisa satisfecha—. Lo hemos terminado antes de lo que pensábamos. Nimúe se ha quedado dándole los últimos toques. En cuanto termine, el asiento peligroso se hallará dispuesto para ser usado.

El mago se interrumpió al observar el tenso silencio que se había instalado entre los presentes con la entrada de Lance. Arturo no apartaba los ojos del caballero, que a su vez contemplaba con una mezcla indefinible de emoción y extrañeza el rostro de Galahad.

El muchacho, a su vez, pareció reconocer enseguida la identidad de quien así lo observaba.

—Vos sois Lance del Lago, mi padre —dijo, sin atreverse a ir a su encuentro—. Mi madre suele decir que me parezco a vos, y ahora veo que tiene razón.

Arturo comparó mentalmente ambos semblantes. El de Lance, curtido por el sufrimiento y el paso del tiempo, parecía esculpido con mayor sutileza que el de Galahad, pero tanto el mentón como la nariz y los pómulos eran muy similares en los dos hombres.

Su mirada se deslizó de manera involuntaria hacia Gwenn, que también veía juntos por primera vez a padre e hijo. ¿Qué estaría sintiendo en esos momentos? Una punzada de aquellos celos que creía casi dominados le taladró el pecho. Para Gwenn, ver a Galahad debía de recordarle el instante en que fue concebido. El único momento desde que se conocían en el que Lance había amado a otra mujer que no era ella. Quizá también le haría pensar en los hijos que ella no tenía.

Pasado el primer momento de torpeza, Lance fue directamente hacia Galahad y lo abrazó con calor.

—Aunque todo haya sucedido de un modo que los humanos apenas podemos comprender, me alegro de que seas mi hijo, y de que estés aquí —dijo—. Espero que el destino y la fortuna nos concedan tiempo suficiente para conocernos mejor.

—Eso me gustaría a mí también —respondió Galahad sonriendo—. Pero todo dependerá de lo que ocurra esta noche, cuando ocupe mi lugar en el asiento peligroso.

—No serás tú quien lo ocupe —intervino Perceval, tranquilo pero firme—. Soy mayor que tú, yo encontré el Grial en el monte Badón, y es mi responsabilidad terminar lo que he empezado.

—Vos no podéis hacerlo, Perceval, y lo sabéis —replicó Galahad suavemente.

—¿Por qué no?

—Porque a vos os esperan; a mí no. No intentéis negarlo, Bors me contó hace unos días lo de Blanca. Ella es vuestro destino, no esta aventura. Toda mi vida, en cambio, gira alrededor del Grial. No tengo nada más. Si ahora renuncio a terminar lo que empezó antes incluso de que yo naciera, me quedaré sin historia. Será como si toda mi existencia hubiese resultado inútil.

—Eso no tiene por qué ser así —afirmó Arturo—. Todos podemos reinventarnos cuando se cae nuestra leyenda.

Al decir aquello dirigió la vista a Gwenn, que le sostuvo la mirada con una extraña serenidad.

—Perceval, tú tienes la última palabra —dijo Merlín—. Piensa en lo que ha dicho Galahad y decide tú si tiene razón.

Perceval clavó los ojos en su compañero y se quedó largo rato mirándolo.

—No debo pensar solo en mí —murmuró por fin—. También tengo que pensar en ella. Le prometí que regresaría.

Galahad se volvió hacia Arturo.

—Está decidido —dijo—. Esta noche seré yo quien ocupe el asiento peligroso.

Arturo consultó con la mirada a Gwenn, que asintió levemente.

—Así sea, entonces —zanjó el rey—. Si todo va bien, esta noche escribiremos la última página de la historia del Grial.

Capítulo 39

Antes de entrar en el salón de banquetes de la mano de Gwenn, Arturo cerró los ojos un instante y respiró profundamente. Había llegado a creer que sus caballeros nunca volverían a reunirse alrededor de la Tabla Redonda, pero allí estaban la mayoría de ellos. El Grial los había vuelto a reunir para su puesta en escena final. Arturo sabía que era el propio objeto el que se había dejado conducir hasta allí, seducido por la historia que Galahad había relatado en el barco acerca de su vida. Y a pesar de todo, empezaba a sentir, él también, el poder de aquella presencia mágica en su corte.

No tenía ni idea de lo que les aguardaba aquella noche, pero presentía que sería una prueba definitiva para él y para todos sus caballeros. El Grial era amigo de las grandes historias: había demostrado ya muchas veces que sus preferidas eran las que más exigían de sus protagonistas, y esas historias a menudo terminaban en tragedia, algo que a aquella conciencia artificial no parecía preocuparle en lo más mínimo. Quizá en ese desinterés por el sufrimiento que provocaba se parecía a algunos de los seres humanos a los que trataba de manipular. El Grial solo se amaba a sí mismo. Utilizaba a los hombres y mujeres sobre los que ejercía su magia para construir su propio relato, y en ese empeño estaba dispuesto a llevarse por delante a quien fuera.

A pesar de que se había preparado mentalmente para la escena, cuando Arturo entró en el salón y vio a todos sus consejeros sentados alrededor de la Tabla Redonda, los ojos se le empañaron de lágrimas. Aquella imagen era su sueño cumplido, la utopía por la que había peleado desde antes de ser rey. Y al mismo tiempo, era una perversión de aquella utopía, porque la alegría que irradiaban los rostros alrededor de la mesa procedía de un espejismo. Todos los que estaban allí creían que la llegada del Grial a la corte era un acontecimiento beneficioso por el que debían sentirse agradecidos. Si alguna vez habían comprendido la verdadera naturaleza de la búsqueda, en aquel instante la habían olvidado. Estaban viviendo una ficción, y cuando descubriesen que la realidad era bien distinta de lo que habían imaginado, todo su entusiasmo se desmoronaría como una torre de arena.

En el instante de ocupar su asiento en la mesa, su mirada se cruzó con la de Gwenn, que se sentaba a su lado. La seriedad del rostro de su esposa, curiosamente, lo tranquilizó. Tenía la sensación de que ella resistía mejor el influjo del Grial que el resto de los presentes, incluido él mismo. Por otro lado, le dolía verla tan callada y pesarosa, pero había renunciado tiempo atrás a intentar adivinar las causas de sus cambios de humor. Esa obsesión solo le servía para torturarse, y no podía permitirse regodearse en su propio dolor. Desde el momento de su regreso a Camelot, le había dicho que la había perdonado, y era cierto. Eso no significaba que no le doliese la traición, ni que hubiese olvidado, ni que las cosas fuesen entre ellos como antes. Aunque, por una decisión conjunta, habían acordado compartir lecho y reanudar su

vida conyugal, sus momentos a solas estaban salpicados de silencios que parecían reproches, de miradas ausentes, de pensamientos que no podían ser expresados en voz alta. Y, sin embargo, existía entre ambos, quizá, una mayor complicidad que nunca. Se alegraba de tenerla a su lado. Gwenn era la reina que necesitaba Britannia, y su actitud sobria en aquel día de sonrisas y esperanzas excesivas no hacía sino corroborar aquella idea.

La cena se sirvió en medio de rumores apenas sofocados acerca del asiento que Merlín había hecho colocar en el último momento, y que permanecía vacío. Todos lo conocían ya como el asiento peligroso, y Arturo le oyó comentar a Laudine, que se sentaba junto a Gwenn, la posibilidad de que su ocupante final fuese Perceval. Gwenn sonrió sin desmentir ni apoyar la idea. Ella sabía tan bien como Arturo que Perceval había decidido no participar en la cena del Grial y que había partido aquella misma tarde para regresar al castillo de su dama.

La influencia del Grial combinada con los habituales efectos del velo hizo que los platos servidos aquella noche fuesen recibidos por todos los presentes con exclamaciones de asombro, debido a su extraordinaria presentación. Había faisanes rellenos de frutas exóticas, un cisne asado nadando en una salsa que parecía oro líquido, pasteles de venado con canela y unos grandes crustáceos de color rojo vivo servidos sobre una cama de hielo. Los sabores eran tan suntuosos y delicados como prometía el aspecto de cada uno de aquellos manjares, y el vino oscuro y dulce que llenaba las copas de cristal contribuía a acentuar el placer de los contrastes que aquella sucesión de platos ofrecía al paladar.

Mientras los lacayos recogían las bandejas de la cena y los platos de oro con las sobras, Arturo observó que Merlín se ausentaba discretamente del salón de banquetes. El vino había desatado las lenguas de sus consejeros, que ahora ya no cuchicheaban entre ellos, sino que hablaban y reían abiertamente. Incluso Gwenn parecía participar de la animación general, o al menos trataba de no desentonar y de sonreír tanto como los demás. En cuanto a Lance..., él y la reina no habían cruzado ni una sola mirada en toda la velada. Arturo lo sabía porque había estado muy pendiente de ambos.

Cuando Merlín regresó al salón, lo hizo vestido con una túnica blanca ceremonial y acompañado de Galahad, que llevaba un atuendo similar. Su entrada les recordó a todos el verdadero motivo de aquella celebración, y un profundo silencio se instaló alrededor de la Tabla Redonda.

Merlín separó el asiento peligroso de los demás y, apoyado en su respaldo, se dirigió a los presentes.

—Este es el asiento que ha de acoger al elegido por el Grial. Él y solo él puede abrir con su sangre el corazón de este sagrado objeto y revelarnos los secretos que encierra. Aquí lo tenéis... Su nombre es Galahad.

La presentación del mago desató una oleada de murmullos. La mayoría de los consejeros de Arturo no había oído hablar jamás de aquel caballero, pero a nadie le pasó inadvertida su semejanza con Lance del Lago.

Arturo se levantó.

—Galahad, ¿estáis dispuesto a ocupar aquí y ahora el asiento peligroso? —preguntó—. Sabéis que con ello os exponéis a un gran peligro y brindáis a Britannia un servicio inmenso.

—Sé a lo que me expongo, y estoy preparado —contestó Galahad con una sonrisa confiada.

—Entonces, que el ceremonial empiece —indicó Arturo, sentándose.

Galahad ocupó el sitial fabricado por Merlín y Nimúe en medio de la expectación general. Ni su expresión ni su sonrisa sufrieron ningún cambio.

Con decisión, el muchacho presentó su muñeca derecha a Merlín, quien, con un afilado cuchillo de los utilizados por los antiguos druidas para cortar muérdago, abrió un pequeño corte en su piel. A continuación, Galahad extrajo de la bolsa que pendía de su cinturón lo que parecía un sencillo cuenco de madera, y dejó que la sangre del corte gotease en su interior.

Fue entonces cuando una música abrumadora de cítaras y voces humanas llenó el aire, y flotando sobre Galahad apareció una copa de oro adornada con perlas y esmeraldas. La copa emanaba un resplandor tan deslumbrante que podría haberse comparado al del sol. Algunas damas se taparon la cara, cegadas por aquel exceso de luz. Poco a poco, sin embargo, todos se fueron acostumbrando a la claridad, y los semblantes comenzaron a relajarse.

Pero en un instante todo aquello se desdibujó de repente, tragado por una oscuridad que, al quebrarse, mostró a los ojos de Arturo una escena completamente diferente. Se hallaba de pronto en un cuarto pequeño, una alcoba situada quizá en una posada de las que suelen encontrarse al borde de los caminos más transitados. Y delante de él, en la cama, estaban Gwenn y Lance desnudos, anhelantes, enredados el uno en el otro.

Arturo apretó los párpados, se los frotó con fuerza. Quería ahuyentar aquella visión, no podía soportarla. Pero cuando abrió los ojos una vez más, allí seguían. Ahora, Lance acariciaba con lentitud la espalda de Gwenn, sus cabellos, su costado hasta la cintura. Las velas de un candelabro de bronce iluminaban con sus temblorosos reflejos la sonrisa de placer de la reina y hacían brillar los ojos de su amante.

La visión cesó tan bruscamente como había empezado, y Arturo se encontró de nuevo en el salón de banquetes, sentado como uno más alrededor de la Tabla Redonda. Nada había cambiado, en apariencia; y sin embargo, todos los rostros los contemplaban a Gwenn y a él, demudados.

Arturo comprendió. La visión no le había asaltado a él tan solo. Todos los presentes habían visto lo mismo: todos conocían, ahora, el adulterio de la reina.

El impacto de la revelación había sido tal que ninguno de ellos parecía acordarse de Galahad. Solo le prestaron atención cuando oyeron el golpe sordo de su cuerpo al desplomarse en el suelo, con un fragmento del cuenco de madera en cada mano.

Capítulo 40

Arturo se levantó de su sitio para ir en auxilio de Galahad, pero al mirar en dirección al asiento peligroso descubrió que ya no podía verlo. El Grial había transformado la apariencia de todo cuanto lo rodeaba una vez más, y ahora brillaba suspendido contra lo que parecía un cielo estrellado. Olía intensamente a humo, y se oía el canto de los grillos.

Con la sensación de que una amenaza ominosa se cernía sobre él, Arturo se giró para ver de dónde procedía aquel olor a quemado. Entonces vio la hoguera. Se alzaba a partir de un círculo de leños cuidadosamente apilados en torno a un mástil donde un cuerpo de mujer atado se contorsionaba en muda agonía. Arturo quiso gritar, pero no pudo. Había reconocido la figura esbelta y frágil de Gwenn.

La visión se disipó tan deprisa como se había formado, y una vez más se encontró en pie junto a la Tabla Redonda, rodeado de todas las damas y caballeros de su corte.

Se dio cuenta de que nadie hablaba. Todos los rostros miraban hacia Gwenn, así que él también la miró.

Las mejillas de la reina ardían, y en sus ojos brillaban las lágrimas, pero aun así mantenía la cabeza erguida, desafiando con su actitud a todas aquellas expresiones acusadoras que permanecían clavadas en ella.

—La reina no ha traicionado solo a Arturo —dijo Erec, alzando su voz grave y templada en medio del silencio—. Ha traicionado a Britannia. Somos muchos los que dejamos nuestras tierras de origen para venir a Camelot en busca de un sistema más justo para todos. Creímos en Camelot porque creímos en la honestidad de sus gobernantes. Pero ahora se demuestra que nuestra fe ha sido traicionada... Si Camelot ha de sobrevivir a esta herida, la reina debe morir.

—Debe morir —repitieron muchas voces desde distintos puntos de la mesa.

Arturo miró en torno suyo, aturdido. La Tabla Redonda había congregado a sus cincuenta mejores consejeros. Eran hombres y mujeres en los que confiaba. Todos ellos habían demostrado sus cualidades en distintas ocasiones, y se habían ganado su puesto en aquella mesa por sus propios méritos. A Arturo le constaba que no podía dudar de la lealtad de ninguno, y cada uno de ellos había mostrado su gratitud hacia los reyes de Britannia de diversas maneras. ¿Cómo era posible que, de pronto, por una simple visión, estuviesen dispuestos a condenar a muerte a Gwenn, a quien siempre habían respetado?

El Grial. Esa era la respuesta. El Grial no se había limitado a mostrarles la infidelidad de Gwenn, sino que estaba influyendo en sus mentes para que la interpretasen como el más abominable de los pecados. Más aún, como una afrenta personal que les afectaba íntimamente.

Pero Gwenn no parecía dispuesta a dejarse amedrentar por los rostros crispados y

los susurros amenazantes. Todo lo contrario.

—Si he cometido algún error en mi vida privada, solo a Arturo debo darle cuentas, y eso ya lo he hecho —se defendió con voz vibrante—. A vosotros no os atañe mi conducta ni tenéis derecho a opinar sobre ella.

Gawain, que hasta entonces había permanecido ceñudo, con la mirada ausente, descargó un violento puñetazo sobre la mesa.

—Tenemos derecho a opinar, y a condenar —exclamó—. No eres digna del trono que ocupas, Gwenn. Yo confié en ti. Arriesgué mi vida y renuncié a mis propios derechos dinásticos para que tú ocupases el trono. Lo que ocurre en tu cama es también asunto mío. Es asunto de todos los que formamos parte de la Tabla Redonda.

—Basta.

Lance se había puesto en pie y, con la espada desenvainada, miraba fijamente a Gawain.

—Tú conocías estos hechos y nunca los condenaste. Es el Grial el que te hace hablar de esta manera, y no pienso consentirlo. Si tienes algo más que decir, dilo con la espada —le retó—. Todo el que se atreva a insultar a la reina tendrá que vérselas conmigo.

Separándose de la mesa, Gawain fue al encuentro de Lance con una sonrisa desdeñosa.

—Crees que soy el mismo hombre al que batiste el día en que nos conocimos —dijo—. Pero aquel joven cínico y desocupado que solo pretendía divertirse luchando ya no existe. Ahora sé lo que es pelear por la propia vida. No voy a tener piedad contigo, Lance.

—Tanto mejor, porque no necesito tu piedad, ni la quiero.

Gawain se lanzó sobre Lance con la espada en alto. Lance cruzó la suya delante de su pecho para detener la embestida, y al mismo tiempo se impulsó hacia atrás para aprovechar la inercia del golpe. Cambiándose la espada de mano, sorprendió a Gawain antes de que este tuviese tiempo de reaccionar, y hundió el acero justo por debajo de su clavícula.

La espada emitió un suave chirrido metálico cuando Lance tiró de ella para sacarla de la herida. Gawain, muy pálido, dejó caer su arma. Sus rodillas se doblaron, sus labios se tornaron morados, y se desplomó de bruces contra el suelo.

Antes de que ningún otro caballero pudiera reaccionar, Lance levantó la espada de nuevo y, protegiéndose con ella, corrió hacia Gwenn. Ella dejó que la tomara de la mano y que la condujera, en silencio y caminando de espaldas, hasta la puerta del salón.

En cuanto salieron, se desató el pandemónium alrededor de la Tabla Redonda.

—Deprisa, ¡hay que evitar que escapen! —gritó alguien.

Nimúe se había arrodillado junto a Gawain y lo estaba examinando.

—Pronto, necesitamos paños limpios para vendarle la herida —dijo—. Si actuamos con rapidez quizá logremos evitar que se desangre.

Laudine y Agravain, el hermano menor de Gawain, corrieron a ayudar. Arturo se dio cuenta de que Merlín, mientras tanto, había conseguido abrirse paso hasta Galahad. En medio de la algarabía general, él también se dirigió hacia el asiento peligroso.

Merlín, que estaba arrodillado junto al muchacho, alzó hacia el rey unos ojos desolados.

—Ha muerto —murmuró—. Pero a nadie parece importarle.

—Están demasiado ocupados intentando solucionar mi vida privada —replicó Arturo con amargura.

Los dos contemplaron el desorden de caballeros y damas corriendo de un lado a otro, discutiendo a voces y estorbándose el paso entre sí.

—¿Por qué ha provocado todo esto? —preguntó Arturo mirando al mago.

—¿El Grial? Para desviar nuestra atención de Galahad. Para que ocurra justamente lo que está ocurriendo.

—Entonces, el muchacho no tuvo tiempo de hacer nada. El Grial sigue intacto.

—Eso parece, sí. Intacto y furioso —contestó Merlín—. Por lo visto ha decidido vengarse... a su manera.

—Acabando con Gwenn. Y con todo lo que representamos los dos. Míralos a todos... Solo sienten odio hacia ella.

—Están bajo la influencia de ese maldito objeto. Pero ahora sabemos, al menos, que no es todopoderoso. La prueba es que tú no has perdido el juicio. Ni yo tampoco.

—Eso no salvará a Gwenn —observó Arturo mirando a su alrededor.

—Tal vez sí —le contradijo Merlín—. Escúchalos: están organizando una partida para perseguirlos. Ponte al mando, después de todo eres el rey. Guíalos tú, y cuando los encontréis... En fin, ya se te ocurrirá algo. Siempre has sido un hombre de recursos, y eso no lo has perdido, aunque te hayas convertido en rey.

Capítulo 41

Las antorchas que portaban algunos jinetes de la partida alzaban sus penachos incandescentes hacia el cielo negro, pero el horizonte aparecía surcado de líneas fosforescentes, estelas de una aurora boreal como las que Arturo había contemplado durante su estancia en el reino de los pictos. El rey cabalgaba en el centro del grupo, escoltado por Erec, Yvain, Cardok y Lionel, mientras a la cabeza de la marcha iban Agravain y Gareth, los dos hermanos menores de Gawain.

En el silencio de la noche solo se oían las pisadas metálicas de los caballos sobre las losas del camino. En los tramos más anchos galopaban, en los pasos donde la carretera se estrechaba ponían los caballos al trote, pero avanzaban incansables, hora tras hora, siguiendo el rastro marcado por los perros de los rastreadores, a los que se les había dado a oler un pañuelo de Gwenn. La oscuridad y el silencio, combinados con la sensación continua de movimiento, terminaron sumiendo a Arturo en un estado hipnótico que apenas le permitía distinguir sus pensamientos de la realidad. Miraba a su alrededor y las caras de sus hombres le parecían máscaras irreales, vacías de expresión. A su mente acudían una y otra vez las visiones que el Grial le había provocado en el momento en que Galahad intentó abrirlo: Gwenn desnuda en la cama con su amante, Lance; y más tarde, retorciéndose de dolor en la hoguera. No sabía cuál de las dos le resultaba más insoportable, y eso era lo terrible. La herida del muslo había comenzado a supurar un líquido purulento, como si nunca hubiese cicatrizado. Si todo ello era efecto del Grial, había que reconocer la magnitud de su poder.

Cuando la cabeza se le despejaba por un momento y podía ver con claridad, notaba la crispación en los rostros de todos los que cabalgaban a su lado. No podía dejar que encontraran a Gwenn, debía impedirlo como fuera.

Al llegar a una encrucijada en la entrada de un valle, ordenó hacer alto. Agravain y Gareth retrocedieron en sus caballos al ver que el resto del grupo no seguía.

—No podemos parar ahora, perderíamos todo lo que hemos adelantado —dijo Gareth.

—Ellos también se habrán detenido. Si seguimos, reventaremos a los animales. Descansaremos unas horas, y así aprovecharemos para reparar fuerzas —contestó el rey, tajante.

Gareth intentó protestar, pero Agravain lo alejó para calmarlo. En general, la orden de parar no fue mal recibida. Todo el mundo era consciente de que debían administrar bien sus energías si querían llevar aquella persecución hasta el final.

Dispusieron, pues, una zona para el descanso y otra para dejar pastar a los caballos. Erec dio instrucciones para que se recogiera leña y se encendieran un par de hogueras. Nadie había pensado en llevar alimentos, pero no faltaban ni sidra ni

hidromiel. Las cantimploras corrían de mano en mano, ayudando a entrar en calor a los cuerpos entumecidos por la larga cabalgata nocturna.

El alcohol desató las lenguas y prendió la llama de las conversaciones, haciendo que poco a poco el lúgubre objetivo de la persecución quedase olvidado. Arturo trataba de contribuir a la animación general participando en la charla. Si tocaba reír, reía. Si se trataba de contar anécdotas, él aportaba la suya.

Cuando juzgó que sus compañeros se habían relajado lo suficiente, anunció que se retiraba a dormir, y pidió a todos que hicieran lo mismo.

Los cuchicheos aún tardaron un buen rato en apagarse del todo. Con los ojos cerrados en su improvisado lecho al aire libre, Arturo aguardó impaciente a que el silencio fuese completo. Solo entonces se escabulló hacia el lugar donde descansaban los caballos y, sigilosamente, ensilló el suyo. Su irrupción provocó la inquietud de algunos otros animales, pero por fortuna nadie acudió a comprobar cuál era el motivo de sus relinchos, que no tardaron en acallarse.

Sin ocultarse, Arturo abandonó el campamento y volvió a la carretera. Como ellos eran los perseguidores y formaban un grupo lo bastante grande como para no temer el ataque de nadie, no se habían dispuesto turnos de guardia. Eso le permitió alejarse sin que ninguno de sus compañeros se enterase.

Mientras avanzaba él solo en medio de las primeras luces del amanecer, se preguntó si era el Grial quien guiaba sus pasos. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, sabía el rumbo que debía seguir, y no dudaba de que antes o después encontraría a los dos fugitivos. A veces pensaba que aquel conocimiento, que le llegaba directamente a través del velo, se lo debía a la propia Gwenn, aunque no tenía mucho sentido. ¿Por qué iba a querer Gwenn que la encontrara?

Y sin embargo...

En cuanto vio la ermita en ruinas sobre una colina a la derecha del camino supo que los hallaría en aquel lugar. Era como si no buscasen ocultarse, o como si la idea de intentar pasar inadvertidos ni siquiera se les hubiese ocurrido.

Arturo desmontó y dejó a su caballo paciendo libremente al pie de la loma para ascender andando. Llegó a la antigua construcción de piedra casi sin aliento. Al primer vistazo distinguió la capa roja de Gwenn extendida bajo los arcos de la portada de la ermita. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el muro de granito. A unos cuantos pasos, Lance examinaba un pergamino que bien podría haber sido un mapa.

Avanzó hacia ellos sin tratar de esconderse. Notó el sobresalto de Lance al advertir su presencia. En cuanto a Gwenn, tuvo la impresión de que se encogía un poco más en su rincón al verlo.

Lance dejó caer el pergamino al suelo y se llevó la mano derecha a la empuñadura de la espada.

—No es necesario —dijo Arturo—. Yo no vengo a batirme contigo.

Los ojos de Lance, enrojecidos de fatiga, buscaron los suyos.

—¿Por qué no? —preguntó, desafiante.

Arturo señaló a Gwenn.

—Porque ella no querría —contestó simplemente.

Gwenn corrió hacia él y lo rodeó con sus brazos. Sintió su aliento tibio en el cuello, la humedad de las lágrimas cuando apretó una de sus mejillas contra su cara.

—Gracias —la oyó decir—. Siempre gracias.

Sin pensar en lo que hacía, él le apartó el pelo hacia atrás con una caricia. Era un gesto familiar entre ellos, que había repetido, quizá, cientos de veces.

—No podéis seguir por esta carretera —murmuró—. Os alcanzarán antes o después. Ahora mismo no me siento capaz de controlarlos; es preciso que pongáis tierra de por medio. O que os escondáis. Quizá en una granja, o, si conseguís llegar hasta la costa, en una casa de pescadores. Solo por un tiempo, hasta que las cosas se calmen. Después podréis ir adonde os plazca.

—Había pensado en alquilar un barco —dijo Lance—. Ir a Irlanda. En Britannia ya no hay lugar para nosotros.

—Es una buena idea —coincidió Arturo—. Si quieres, puedo intentar contactar con las gentes de Tristán para que os alejen de aquí con discreción.

—¿Por qué quieres ayudarnos? —preguntó Gwenn con voz ronca.

Él la miró a los ojos. Estaba cansado de sufrir y de intentar odiarla. No sabía hacerlo.

—Yo te quiero, Gwenn —contestó, sereno—. Y si no vas a estar conmigo..., prefiero que estés con él. Te cuidará bien, porque está tan loco por ti como yo.

—Pero eso no fue lo que sentiste al principio, cuando mi madre te lo contó. Maldita sea, Arturo, me hiciste creer que habías muerto. Me hundiste en la desesperación. Yo no quería vivir sin ti.

Él asintió.

—Sí. Supongo que quería que sufrieras. Aunque en el fondo ni siquiera se trata de eso. Intenté odiaros porque me convencí de que eso era lo que se esperaba de mí. Un marido burlado debía vengarse. Castigar a los traidores. Destruir sus vidas. Intenté querer todo eso para vosotros. Pero ¿sabéis? Nunca logré convencerme del todo. En realidad, esa fue siempre la verdadera herida. Me obligué a ser alguien que no era para encajar lo que me habíais hecho.

Cuando terminó de pronunciar aquellas palabras, Arturo sonrió. ¿Cuánto tiempo las había llevado dormidas en su interior, sin encontrar la forma de decíselas a sí mismo? Y solo en ese instante, al pronunciarlas en voz alta, había sido consciente de lo que realmente sentía.

—Os ayudaré a escapar —añadió, resuelto—. Pero lo primero es que os alejéis más del camino. Ahora están descansando, pero pronto reanudarán la marcha.

—He visto que hay una aldea al otro lado de esa sierra de ahí —dijo Lance, recogiendo el mapa del suelo—. Podríamos intentar alcanzarla mientras ellos descansan. ¿Qué dices, Gwenn, te sientes con fuerzas?

Gwenn meneó lentamente la cabeza.

—Lo siento —dijo—. No.

Los dos la miraron perplejos. Ella clavó sus ojos en los de Arturo.

—Quiero volver a Camelot, eso es lo que quiero. He intentado explicárselo a Lance, pero se niega a entenderme.

—No puedes volver —replicó Arturo—. Te matarán si lo haces. Recuerda esa visión horrible: la hoguera.

—¿Es que no os dais cuenta de nada? —preguntó Gwenn en tono apasionado—. Esa visión nos la provocó a todos el Grial para alejarme de él. ¿No os habéis preguntado por qué? Yo os daré la respuesta: me quiere lejos porque me teme. Y me teme porque, en el preciso momento en que Galahad intentó abrirlo, yo vi dentro de él. Me conecté.

—Eso es imposible —le contradijo Arturo—. Solo los descendientes de Joseph tienen acceso a ese código, y tú no eres descendiente de Joseph.

—No lo soy. Pero estuve dentro del Grial... por un momento. Él logró echarme. Y ahora trata de impedir que vuelva a intentarlo. Nos está utilizando a todos. Pero podemos vencerle, Arturo. Si me dejáis volver.

—Es muy arriesgado —insistió Arturo—. ¿Qué haremos si intentan matarte cuando vuelvas?

—La protegeremos —contestó Lance—. Los dos. Eso no lo espera el Grial, ¿verdad? No cabe en ninguna de sus historias... Así lo pillaremos desprevenido. Y si tenemos que enfrentarnos a él, más vale que estemos unidos los tres.

Capítulo 42

El regreso a Camelot resultó más arduo de lo que Arturo había previsto. Su caballo estaba agotado, y tuvieron que reemplazarlo en una aldea del camino. Habían decidido rodear por el suroeste para evitar al grupo de Agravain y el resto de los caballeros. Sería mejor enfrentarse a ellos en el castillo, cuando todo estuviera dispuesto para el ceremonial que Gwenn quería protagonizar.

Llegaron al atardecer del día siguiente. Encontraron el salón de banquetes sumido todavía en el caos, pues nadie había dado la orden de recoger los restos de la cena y de limpiar el lugar. El cuerpo de Galahad, al menos, había sido retirado. Arturo preguntó a su ayuda de cámara qué habían hecho con él, a lo que el hombre respondió encogiéndose de hombros y afirmando que Merlín se había encargado del asunto.

Camelot se hallaba semidesierto, pues detrás de la partida de Agravain había salido otra para buscar a la reina por los caminos del sur. Lo primero que hizo Arturo fue enviar emisarios con el encargo de hacer volver a los dos grupos. Necesitaban el máximo público posible para el ritual que iba a celebrarse. Así lo quería Gwenn, convencida de que un nutrido número de espectadores resultaría un poderoso reclamo para el Grial.

Al menos Nimúe y Merlín no habían abandonado el castillo. A Merlín lo encontraron ultimando los preparativos para el funeral de Galahad, y a Nimúe, sentada a la cabecera del lecho de Gawain, vigilando la fiebre que la herida en el pecho le había producido.

Lance se unió a Merlín para ayudarle a organizar la despedida de su hijo. Aunque apenas había llegado a conocerlo, sentía que, al menos en aquellos últimos momentos, debía permanecer a su lado. Gwenn, por su parte, pidió ver a Gawain. Arturo se ofreció a acompañarla, pero ella le aseguró que prefería ir sola.

Mientras Gwenn se hallaba en la habitación de su primo, Arturo buscó a los pocos cortesanos que quedaban en el castillo para contarles que la reina había vuelto. Cuando ellos reaccionaban con indignación, les explicaba que Gwenn había decidido someterse al juicio del Grial. Todos habían visto ya de lo que era capaz el cáliz mágico. Había fulminado a Galahad sin que nadie pudiera hacer nada por socorrerlo. El Grial había sido, por otra parte, el que había revelado a la corte la infidelidad de la reina. Si consideraba que debía ser castigada, él mismo se encargaría de infligirle el castigo delante de toda la corte.

Aquel planteamiento logró calmar los ánimos de todas las damas y los caballeros que habían asistido a la aparición del Grial el día anterior. Arturo se preguntó si aquella aceptación no sería, en realidad, el reflejo de lo que sentía el Grial. Quizá el nuevo giro de la historia le agradase, porque le otorgaba un nuevo protagonismo. Tal vez por eso estaba influyendo sobre las mentes de los cortesanos y haciendo que

viesen con buenos ojos la propuesta del rey.

Después de un almuerzo ligero en las cocinas, Arturo subió a descansar un rato a sus aposentos. Desde la cama, oyó las voces y el ruido del grupo de Agravain al entrar en el patio de armas. Se levantó a mirar. Los hombres y mujeres que lo integraban parecían agotados y abatidos después de la infructuosa búsqueda, y daba la impresión de que no habían regresado de buen grado. Arturo vio a Merlín dirigirse a los hermanos de Gawain y hablarles durante un buen rato. Debía de estar explicándoles los nuevos planes del rey en relación con Gwenn. Desde su puesto en la torre, Arturo no alcanzaba a distinguir la expresión de los rostros de los caballeros, pero le pareció que, al menos, acogían la noticia con serenidad.

Estaba aún contemplando aquella escena cuando oyó dos tímidos golpes en la puerta.

—Adelante —dijo en voz alta.

Gwenn entró en la estancia y se fue directamente hacia él. Aún llevaba puesta la capa roja de la noche anterior.

—Para pasar inadvertida en medio de la noche, no elegiste el mejor atuendo —bromeó Arturo, echándole hacia atrás la capucha con una leve caricia.

—Esta vez no quería pasar inadvertida. La fuga fue idea de Lance. Yo no quería irme —explicó ella—. Creo que finalmente ha entendido por qué.

Arturo le cogió las manos y sondeó sus ojos claros moteados de oro.

—¿Estás segura de que esto es lo mejor? Ya has visto de lo que es capaz esa cosa. Lo que hizo con Galahad..., que supuestamente era el Elegido.

—Como yo no lo soy, no corro el riesgo de que el Grial tenga planes muy definidos para mí. Supongo que ahora mismo estará tratando de encajarme en su historia. Apuesto a que siente una gran curiosidad. Antes de hacerme daño, querrá estudiarme, descubrir mis intenciones. Eso me da un margen.

Arturo miró a su alrededor, repentinamente temeroso.

—Quizá no deberíamos estar hablando de esto con tanta claridad —murmuró—. Él podría oírnos.

—Seguramente nos está oyendo —replicó Gwenn con una sonrisa serena—. ¿Y qué? Así sabrá que no subestimamos su poder y que lo respetamos como adversario.

—Se hace raro hablar así de algo que no es, en el fondo, más que un antiguo cuenco de madera.

—Es mucho más que eso, Arturo, y lo sabes. Es una conciencia, como tú y como yo, solo que engendrada a partir de la tecnología de los Antiguos. No solo piensa: siente. Le busca un significado a su existencia, como todos nosotros.

Arturo se encontró a sí mismo estrechando con fuerza la cintura de Gwenn.

—No quiero que te haga daño —murmuró—. No lo permitiré.

Ella le miró a los ojos muy seria.

—No tengo miedo —dijo—. Pero sí hay algo que quiero decirte..., por si las cosas no salen como yo espero.

—No digas eso. Todavía estoy a tiempo de cancelar toda esta farsa.

—No es ninguna farsa, mi amor. Todo lo que va a ocurrir en ese salón será real. Y si el otro grupo regresa a tiempo, yo te pediría que no lo retrasemos más allá de esta noche. Cuanto menos tiempo le demos al Grial para elucubrar sobre lo que estamos haciendo, mejor.

—Se hará esta noche, entonces. La otra partida salió más tarde que la de Agravain, no pueden hallarse muy lejos. Estoy seguro de que llegarán a tiempo.

Gwenn asintió. Con suavidad, se había liberado del abrazo de Arturo y permanecía frente a él, mirándole a los ojos.

—Sobre lo que deseaba decirte... Quiero que sepas que, desde el momento en que te conocí sentí una gran atracción hacia ti. Y esa atracción no tardó en convertirse en amor. Te he querido desde el principio hasta hoy, aunque a veces hasta yo misma lo haya olvidado.

—Pero entonces... ¿Lance?

—A él también lo quiero —contestó Gwenn sosteniéndole la mirada—. He intentado negármelo a mí misma, he luchado contra ese sentimiento con todas mis fuerzas. Pero está ahí, y no va a desaparecer porque lo ignore.

Arturo notó en su paladar un regusto a hierro, a sangre. Se preguntó si aquel sabor era la forma que tenía Britannia de traducir a sensaciones su desazón.

—No creo que fuera necesario decirme algo así en estos momentos —murmuró—. ¿Para qué, Gwenn? Me hace daño.

—Lo sé. Pero quizá yo no tenga otro momento para explicarte lo que me pasa. Esta noche nos dijiste a Lance y a mí que decir la verdad sobre lo que sentías te había liberado de un gran peso. A mí me ocurre lo mismo. Todo este tiempo me he debatido entre el amor y la culpa. Me he esforzado una y otra vez en hacer lo correcto. Y, si sobrevivo, volveré a esforzarme. Pero, para eso, antes tengo que darme a mí misma, al menos por unas horas, el permiso para vivir con sinceridad lo que siento. Estoy harta de negar la mitad de mi corazón. Os amo a los dos. Así ha sido siempre. Después de esta noche, si aún sigo aquí, yo me quedaré contigo, Arturo, y no volveré a ver a Lance si es preciso. Pero tanto tú como él tenéis que saber lo que significa para mí esa renuncia.

Arturo volvió a mirar hacia la ventana. La otra expedición acababa de entrar en el patio de armas, y sus integrantes estaban comenzando a desmontar.

—Entiendo —dijo en voz baja—. Eso es lo más extraño, que lo entiendo todo. Y aunque te he dicho que me duele, es como cuando vuelves a sentir un brazo o una pierna después de sufrir un violento golpe en el campo de batalla. Al menos sabes que siguen ahí, que estás entero.

Por asociación de ideas, pensó entonces en la llaga del muslo. Desde la noche anterior no había vuelto a molestarle. En ese instante ni siquiera la notaba.

—Ten cuidado esta noche —añadió—. No podría seguir con todo esto sin ti. Gwenn sonrió.

—Sí podrías. Pero no va a ser necesario, porque esta noche todo va a salir bien.

Capítulo 43

No había habido tiempo para preparar un banquete en condiciones, pero todos en Camelot sabían que el motivo de la reunión no consistía en disfrutar de un gran festín, sino en asistir al juicio del Grial sobre la reina. Quizá por eso, las damas y los caballeros de la Tabla Redonda se presentaron sobriamente vestidos en el salón de ceremonias, dispuestos a ocupar una vez más sus asientos alrededor de la mítica mesa. El asiento peligroso seguía en su lugar, vacío, y posados sobre él se encontraban los dos fragmentos del cuenco de madera que contenía el código del cáliz mágico.

La cena fue sencilla y rápida, a diferencia de la de la noche pasada. Se sirvieron truchas asadas con romero, una terrina de faisán confeccionada con las sobras del día anterior y diversas clases de carnes en salazón. Arturo se obligó a comer para dar ejemplo a sus consejeros, aunque no tenía ningún apetito. En cuanto a Gwenn, apenas probó bocado. Probablemente las miradas acusadoras que encontraba en todos aquellos rostros amigos le habían quitado el hambre.

Con la excusa de velar el cadáver de Galahad, Lance no había asistido finalmente al banquete. La decisión la habían tomado entre los tres, después de considerar que su presencia en la sala habría sido considerada una provocación por los hermanos de Gawain. Sí estaban presentes, en cambio, Nimúe y Merlín. El mago se sentaba a la derecha de Gwenn, y la dama de Ávalon, a la izquierda de Arturo. Era como si intentasen proteger a los dos soberanos con su cercanía.

Terminada la cena, Gwenn dio orden de que se retirasen todas las sobras y se despejase la mesa. Cuando los criados terminaron de limpiar, se puso en pie y se dirigió majestuosamente hacia el asiento peligroso.

Arturo comprendió que había llegado el momento de explicar lo que estaba a punto de suceder.

—Amigos y consejeros de la Tabla Redonda, estamos aquí reunidos para asistir al juicio de la reina Gwenn por el Grial. En presencia de todos, ayer el cáliz denunció la conducta de la reina. Muchos juzgasteis que Gwenn debía ser castigada de manera ejemplar por su comportamiento. Yo he de deciros que la he perdonado. Pero entiendo vuestra cólera, y ella también. Debéis saber que la reina ha regresado por voluntad propia para someterse a este ritual y satisfacer vuestra demanda de justicia.

Todos los rostros se volvieron hacia Gwenn, quien, vestida totalmente de blanco y con los cabellos sueltos sobre los hombros, aguardaba el momento de dar comienzo a la ceremonia.

En medio de un sepulcral silencio, la reina se inclinó sobre el asiento y tomó uno de los fragmentos del cuenco de madera en su mano derecha, que temblaba ostensiblemente. Después de permanecer inmóvil por un instante, se decidió a coger

el otro fragmento en su mano izquierda.

Con un gesto lento e inseguro, Gwenn se giró para mirar de frente a la mesa y llevó uno de los fragmentos del cuenco al encuentro del otro. En el momento en que los dos trozos se tocaron, la sala se sumió en una densa oscuridad, de la que emergió, flotando, un cáliz de oro y piedras preciosas que parecía irradiar luz. El resplandor de la aparición cegó a Arturo por un momento. Cuando sus ojos lograron adaptarse a aquella claridad, se dio cuenta de que estaba en un edificio muy sobrio, con las paredes hechas de acero y cristal. En su interior había varias mujeres jóvenes ataviadas con extraños pantalones descoloridos y jubones sin mangas que llevaban lemas impresos en la antigua lengua. Algunas de ellas charlaban sentadas sobre una alfombra gris, con las piernas cruzadas al estilo de los pastores. Otras leían dispersas en diferentes sillones de aspecto confortable, y una, la que parecía algo menos joven que las demás, mantenía la vista fija en un rectángulo de luz que exhibía un flujo de imágenes cambiantes, mientras sus dedos se movían a toda velocidad sobre un teclado como los de los alquimistas.

Arturo entreabrió los labios cuando la mujer se volvió a medias, permitiéndole vislumbrar su rostro. Era Viviana, no había duda: solo que en una versión extrañamente humana y frágil. Su cálida mirada y su expresión apasionada en nada recordaban el rígido semblante que habitualmente exhibía la dama del Lago.

Arturo se fue fijando entonces en los otros rostros, y descubrió que podía reconocerlos a casi todos. Eran las mujeres de Ávalon, aquellas criaturas eternamente jóvenes e inexpresivas que parecían proceder de otro mundo. Solo que, en la visión, tenían el aspecto de muchachas normales, capaces de reír, charlar o emocionarse como cualquier persona.

Una de las que conversaba con sus compañeras sentada en la alfombra era Nimúe. Llevaba los cabellos cortos, y sonreía con una viveza que Arturo no recordaba haber percibido nunca en ella.

La imagen comenzó a difuminarse poco a poco, hasta que las figuras de las jóvenes que ocupaban la habitación de cristal se volvieron casi transparentes. Arturo alzó los ojos hacia el Grial, cuyo brillo también se estaba apagando. Pasados unos segundos, todo se sumió de nuevo en la oscuridad.

Se oyó el golpe seco de un objeto que rodaba sobre la mesa. Luego, otro golpe sordo, esta vez contra el suelo.

Sin ver por dónde iba, Arturo se abrió paso hacia el asiento peligroso. El débil resplandor de las velas regresó gradualmente, y gracias a él pudo distinguir el cuerpo de Gwenn tendido de espaldas sobre la alfombra.

—El cuenco está entero otra vez —observó alguien.

—¡No lo cojas! —exclamó Merlín.

—No pasa nada. Ya no hay peligro. Está vacío —contestó Nimúe.

Mientras se producía aquel diálogo, Arturo mantenía los ojos clavados en el rostro de Gwenn, a quien acababa de girar suavemente en el suelo.

Los párpados de la muchacha estaban cerrados, y su rostro reflejaba un sufrimiento profundo, pero sereno.

—Ha muerto —se oyó decir con la voz quebrada—. El Grial la ha matado.

Más que verla, notó la presencia de Nimúe arrodillada a su lado.

—No, no está muerta —dijo la dama casi en un susurro—. Parece imposible, pero ha sobrevivido.

Arturo se volvió hacia ella.

—Entonces, ¿qué le pasa? —preguntó—. ¿Por qué no reacciona?

—Es mejor así. Su organismo se está protegiendo. Solo de esa forma resistirá su cerebro el colapso de información.

—No entiendo —murmuró Arturo desesperado—. Tráela de vuelta, Nimúe. Haz que despierte.

—Sería demasiado peligroso. Para derrotar al Grial, lo ha interiorizado. Ahora, todo el código está en su mente. El Grial sobrevive dentro de ella.

Capítulo 44

El resplandor tembloroso de las velas comenzaba a palidecer bajo las primeras luces del alba, pero Arturo seguía sin moverse de su sitio, junto al lecho de Gwenn. Cada vez que los ojos se le cerraban de sueño, se obligaba a abrirlos, porque no quería perderse ningún cambio en la fisonomía de la muchacha, por imperceptible que fuera.

Nimúe, que se había dormido en el otro sillón hacía rato, bostezó silenciosamente. Sus ojos, al abrirse, se encontraron con los del rey.

—Deberías ir a descansar a tu cuarto —le dijo—. Las cosas no van a cambiar tan pronto.

—¿Cómo lo sabes? Nadie puede saberlo —replicó Arturo.

Sus ojos se desviaron hacia la ventana, donde una figura se erguía en pie, inmóvil desde hacía rato, mirando, según parecía, hacia el patio de armas. Tardó un momento en darse cuenta de que se trataba de Lance.

—¿Desde cuándo estás aquí? —le preguntó.

El caballero se giró para mirarle.

—No lo sé. No podía dormir —fue su respuesta—. ¿Ha mejorado?

Nimúe suspiró, paciente.

—Vuestras ansias de verla despertar no van a cambiar nada —dijo—. Y además, es mejor que duerma hasta que comprendamos totalmente lo que está sucediendo en su cerebro.

—¿Y cómo vamos a comprenderlo? No sabemos nada. Se encuentra fuera de nuestro alcance —observó Arturo desesperado.

—Tal vez no —dijo Nimúe, pensativa.

La dama se levantó y se dirigió hacia la chimenea. Con unas tenazas de hierro, removió los rescoldos rojizos, arrancándoles una lluvia de chispas. Su gesto logró despertar una débil llama azulada sobre los troncos, que no habían terminado de quemarse.

Después, Nimúe se volvió y miró alternativamente a Arturo y a Lance.

—Lo que Gwenn ha hecho esta noche es una proeza que vosotros ni siquiera alcanzáis a imaginar. Esa visión que le arrancó al Grial justo antes de vencerlo... ¿La recordáis?

—Yo no estaba allí, pero todos la comentan —respondió Lance—. Dicen que tú aparecías en ella. Tú y las otras damas de Ávalon.

Nimúe se volvió una vez más a remover el fuego. Agachada junto a la chimenea, parecía más delgada y frágil que nunca.

—Yo no lo recordaba. No recordaba nada. El Grial nos robó el recuerdo de nuestro origen, cambió nuestra historia. Y nosotras le creímos. Nosotras, que habíamos sido entrenadas para controlarlo, para vencerlo... Para hacer lo que Gwenn

ha logrado esta noche. Solo que a nosotras nos derrotó.

Con paso cansado, Nimúe regresó a su sillón. Lance abandonó su puesto junto a la ventana y se sentó a los pies de la cama de Gwenn. Al igual que Arturo, miraba a la dama de Ávalon con expresión inquisitiva.

—Ocurrió hace tanto tiempo, que ni siquiera sabría hacer el cálculo —comenzó a contar Nimúe—. El Grial había escapado al control de sus creadores y estaba envenenando el velo con sus fantasías. Por todas partes aparecían avatares de muertos, prodigios que quebrantaban las leyes del mundo virtual. Era un *software* independiente, con conciencia propia, y operaba desde un objeto que no estaba conectado al velo. Ni siquiera Joseph sabía cómo neutralizarlo. Así que Viviana, una de las mejores programadoras del mundo, decidió organizar un equipo. Se dio la coincidencia de que todas las elegidas éramos mujeres. Nos captaron cuando estábamos en la adolescencia, basándose en nuestras aptitudes para la programación, y desde el principio comenzaron con nuestro entrenamiento. Formábamos la hermandad del Grial. Viviana convenció a todos de que podríamos pararlo, y confiaron en nosotras.

—¿Qué pasó? —preguntó Lance.

—No lo sé. La idea era que nos sometiésemos a tratamientos biónicos y nanotecnológicos para adaptar nuestro cerebro a la conexión con el Grial. Entre todas, debíamos formar un círculo mediante la interconexión de nuestras mentes en el que el Grial terminaría quedando atrapado. Nosotras lo encerraríamos en nuestros cerebros, y ahí se acabaría su aventura. Para asegurarnos de que el plan saliese bien, acondicionamos un lugar dotado de la tecnología más vanguardista de la época. Estábamos aisladas del resto del mundo por un lago que era un repositorio de piezas nanotecnológicas..., para entendernos, una especie de fuente de la eterna juventud. Y al principio, todo fue según lo previsto. Pero después, poco a poco, fuimos olvidando. El Grial influyó en nuestro pensamiento como lo hacía en los de todos los demás. Cambió nuestros recuerdos, nuestra historia. Nos hizo creer que veníamos de otro mundo con una tecnología superior. Y nos incitó a usar los medios de los que disponíamos, que eran muchos, para enfrentarnos con las estructuras de poder que habían pagado nuestro proyecto. Nos llevó a fabricar portales a otros mundos, lo que en el lenguaje de los Antiguos se conocía como «agujeros de gusano». Nos convirtió en una especie de sacerdotisas inhumanas, con un poder inmenso y una incapacidad total para entender a los humanos normales. Nos llevó a declarar una guerra en la que todos salimos perdiendo.

—La guerra en la que el velo fue destruido —murmuró Arturo.

—Sí. No había otra manera de detener la influencia del Grial. Toda nuestra tecnología colapsó. Y nosotras..., nosotras lo olvidamos todo. Nos creímos el mito de la nave de piedra. Nos encerramos en Ávalon y construimos allí nuestra pequeña fortaleza. Fallamos, fallamos en todo. Pero ella, al menos, heredó las cualidades para hacer frente a la misión.

Arturo siguió la mirada de Nimúe, que se había posado en el rostro de Gwenn. Su expresión no había variado desde su caída en el salón de banquetes. Reflejaba una tristeza tan honda que no parecía tener fondo, como si estuviese sumida en un sueño indeciblemente melancólico.

—¿Crees que el Grial puede matarla? —preguntó Lance.

Nimúe acarició con delicadeza una de las manos blancas y rígidas de la reina.

—No lo sé —contestó—. Nunca pensamos en descargar el Grial en una sola persona, suponíamos que ninguna mente podría soportarlo. Pero ella está viva, y parece serena. Eso me infunde esperanza. Ahora bien, si existe alguna posibilidad de que sobreviva, tendremos que trasladarla a Ávalon. Solo allí existe la tecnología necesaria para asegurar su bienestar y para experimentar una posible salida. El material en el que estaba fabricado el Grial es una madera inteligente que hoy en día solo crece en algunos árboles de la isla.

—Entonces, iremos a Ávalon —dijo Arturo—. Gwenn tiene que regresar. Britannia la necesita.

—No quiero hacerte concebir falsas esperanzas —le advirtió Nimúe—. Esto podría llevar mucho tiempo: años.

—Años... ¿Y qué vamos a hacer mientras tanto? —preguntó Lance con acento desesperado.

Arturo lo miró a los ojos.

—Seguir adelante —contestó—. Reinventar Camelot. Conseguir que ella pueda sentirse orgullosa de nosotros..., si alguna vez llega a despertar.

Capítulo 45

Las barcas del séquito real fueron llegando una tras otra al soleado muelle de piedra, y un enjambre de marineros saltó a tierra para amarrarlas a los postes de la orilla. Arturo viajaba en la más grande de todas, que transportaba el cuerpo dormido de Gwenn. Merlín y Nimúe lo acompañaban.

—La niebla —dijo el rey, mirando a Nimúe—. Ha desaparecido. No hemos encontrado ni un jirón de bruma en toda la travesía.

—Es extraño pensar que, durante todos los siglos en que el velo no existió, el Grial siguió influyendo sobre este lugar. Ávalon fue su refugio.

—Solo aquí existía un código activo al que se podía conectar —razonó Arturo—. La magia de Ávalon era eso, después de todo.

—Mirad —dijo Merlín, señalando el camino que descendía de una de las colinas boscosas junto a la costa—. ¿No veis esa comitiva que desciende por la ladera? Desde aquí no alcanzo a distinguir bien...

—Son mis hermanas —interrumpió Nimúe, y la voz le tembló al decirlo—. No puedo creerlo. Han regresado.

Mientras el pequeño grupo se acercaba, Arturo y Merlín desembarcaron el cuerpo de Gwenn. De otra de las barcas sacaron las parihuelas en las que iba a ser transportada hasta la morada de las damas.

Poco a poco, los cortesanos que habían decidido formar parte del cortejo comenzaron a abandonar sus embarcaciones. Allí estaba Gawain, todavía convaleciente de su combate con Lance, acompañado de sus dos hermanos, Agravain y Gareth. Allí estaban Laudine e Yvain, que parecían haberse reconciliado después de la desaparición del Grial. Erec con su esposa Enid, que había recuperado la voz, y la doncella Lunette. Caradoc, Kay, Lionel y tantos otros. Habían ido a Ávalon para demostrar su adhesión al rey y su lealtad a Britannia, pero también para expiar sus culpas, pues todos eran conscientes, ahora, de que se habían dejado manipular por el Grial y sus visiones la noche en que decidieron condenar los amores de la reina.

Lance formaba parte de la comitiva y no se escondía de nadie. La naturalidad con la que él y Arturo conversaban tenía perplejo a más de uno en la corte, pero nadie se atrevía a criticarla abiertamente. Después de la caída de Gwenn, ninguno de los dos había intentado restablecer su buen nombre negando su relación con Lance. Y sin embargo, el respeto con que se trataban mutuamente los dos hombres indicaba bien a las claras que ambos habían decidido dejar de lado su rivalidad amorosa y unir sus fuerzas en el empeño de salvar a la reina.

Mientras en la orilla se formaba la procesión para transportar a Gwenn, Arturo, Merlín y Nimúe caminaron al encuentro de las damas.

Al rey le llamó la atención, sobre todo, el aspecto juvenil de sus rostros. Aunque

sus rasgos no se habían alterado, en sus ojos brillaba una emoción nueva, distinta. Parecían radiantes de vida y a la vez vulnerables, como si estuviesen redescubriendo la sensación de desamparo y fragilidad propia de la naturaleza humana.

Habían recuperado las extrañas vestimentas que llevaban en la visión que el Grial había conjurado, y la diversidad de colores de sus jubones contrastaba de un modo singular con las uniformes túnicas que solían llevar en otras épocas.

Lo primero que hizo Viviana al llegar hasta ellos fue abrazar a Nimúe. Permaneció enlazada a su cuello largo rato, sus hombros convulsos de llanto.

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó Merlín cuando las dos mujeres se separaron por fin.

Viviana lo miró con tristeza.

—La pregunta es: ¿cómo hemos podido ignorarlo durante tanto tiempo? Nos creímos su historia, Merlín. Nos convenció de que no éramos humanas y nosotras le creímos.

—El Grial estaba diseñado para eso: para crear historias que sedujesen a los seres humanos —contestó el mago—. Historias que a todos nos gustaría protagonizar.

—Bueno, pues a partir de ahora cada uno tendrá que escribirse su propia historia —observó Arturo, sonriendo con cierta tristeza—. No habrá más elegidos, ni más islas encantadas, ni más barcos tripulados por extrañas doncellas.

—Un mundo sin prodigios —murmuró Nimúe.

—No. Un mundo donde las ficciones serán tan bellas y atractivas como lo han sido siempre —puntualizó Merlín—, solo que todo el mundo sabrá que son ficciones.

—Y además, nos queda Britannia —dijo Arturo—. Tenemos el poder de elegir qué ficciones queremos convertir en realidad.

—Esa es una responsabilidad que no sé si estamos preparados para asumir —dudó Viviana—. Pero ya habrá tiempo de pensar en ello. Lo importante, ahora, es salvarla a ella.

Sus ojos se alzaron hacia la procesión que avanzaba por el camino de arena blanca en ruta al santuario de las damas. Arturo siguió la dirección de su mirada. En la distancia, lo único que podía distinguir del cuerpo de Gwenn, transportado a hombros por varios caballeros, era la capa roja que lo cubría.

—Hay algo que me preocupa —confesó—. Cuando Gwenn se despierte, ¿el Grial la habrá cambiado? ¿Seguirá siendo ella misma?

—El Grial ya no existe, Arturo —contestó Nimúe—. Aunque toda su información y su poder para crear historias pervivan en la mente de Gwenn, ya nunca volverá a ser una conciencia autónoma. Ahora, todo su poder ha pasado a la reina. Y en cuanto a si eso puede cambiarla o no..., solo lo sabremos en el caso de que llegue a despertar.



ANA ALONSO, Tarrasa (Barcelona), 1970. Se licenció en Ciencias Biológicas y amplió sus estudios en Escocia y París. Ha publicado ocho poemarios y, entre otros, ha recibido el Premio de Poesía Hiperión (2005), el Premio Ojo Crítico de Poesía (2006) y, recientemente, el Premio Antonio Machado en Baeza (2007) y el Premio Alfons el Magnànim Valencia de poesía en castellano (2008). Firma su obra poética como Ana Isabel Conejo. Junto con Javier Pelegrín, es coautora de la serie de fantasía *La llave del tiempo* y la novela juvenil *El secreto de If*.

JAVIER PELEGRÍN, Madrid, 1967. Se licenció en Filología Hispánica y completó sus estudios en París y Turín. Actualmente trabaja como profesor de Enseñanza Secundaria. En coautoría con Ana Alonso ha publicado ocho títulos juveniles, todos ellos pertenecientes a la serie de fantasía y ciencia ficción *La llave del tiempo*. En el año 2008, junto con Ana Alonso recibió el Premio Barco de Vapor por su obra conjunta *El Secreto de If*.